Rob Hart

Asesinos anónimos

AdN

Annotation

Mark es el asesino a sueldo más peligroso del mundo. Su apodo, Caballo Pálido, infunde miedo en el frío corazón de todos sus rivales en cuanto lo oyen. Pero tras descubrir por las malas que la vida que ha llevado lo ha convertido en un monstruo, Mark decide dejarlo todo atrás. Con la ayuda de su padrino, Kenji, se une a un grupo de exasesinos que se reúnen en secreto para apoyarse mutuamente durante su rehabilitación. Sin embargo, en medio de su proceso, alguien lo ataca. Empujado de nuevo al oscuro mundo de la traición y el asesinato, herido y huyendo de Nueva York a Londres y de ahí a Singapur, Mark tiene que resolver el misterio de quién va a por él y por qué. ¿La Agencia habrá considerado que sabe demasiado y que hay que quitarlo de en medio? ¿Algún rival se habrá atrevido a atacar tras su decisión de dejar las armas? ¿Alguna de las miles de personas que podrían querer vengarse de él por fin habrá dado el paso?…

ROB HART

Asesinos anonimos

Traducción de M.ª del Puerto Barruetabeña Diez

AdN Editorial

Título Original: *Assassins Anonymous*
Traductor: Barruetabeña Diez, M.ª del Puerto
©2024, Hart, Rob
©2024, AdN Editorial
ISBN: 9788410138636
Generado con: QualityEbook v0.87

Rob Hart

Asesinos anónimos

Traducido del inglés por Puerto Barruetabeña Diez

AdN

Este es para mí

«Todos los problemas del ser humano derivan de su incapacidad para estar a solas en una habitación.»

BLAISE PASCAL

1

«¿Por qué una oruga se envuelve en seda mientras se transforma en mariposa? Para que las otras orugas no puedan oír los gritos. El cambio duele.»

RORY MILLER, *Meditations on Violence*

Lower East Side, Manhattan, Nueva York En el presente

La adrenalina es el mejor analgésico. Su efecto no dura mucho, pero en pleno arrebato violento, cuando una bala te atraviesa las entrañas o un cuchillo te raja la piel, es sorprendente lo poco que llegas a sentir.

Además, altera la percepción del tiempo. Para la mayoría de la gente, cuando el dolor brama para llamar la atención, como un bebé muerto de hambre, todo se convierte en un caos de extremidades y gruñidos. El mundo parece moverse al doble de velocidad de lo habitual mientras tú ves cómo se desata el infierno desde fuera, como si estuvieras suspendido en el aire, flotando sobre tu cuerpo.

Pero cuando llevas años dedicándote a esto, como me pasa a mí, el tiempo se convierte en algo que puedes girar, examinar detenidamente y manipular a tu antojo. Y así es como acabas preguntándote cosas sobre ti.

Como por qué estás tirado en un suelo de linóleo frío, rodeado de los trozos de una mesa plegable poco resistente y cubierto de café barato y restos de dónuts. O cuál de los pecados que has cometido ha provocado que apareciera ese hombre que te acaba de dar una patada en el pecho que te ha hecho salir volando.

Cuando me desperté esta mañana, pensé que no necesitaba ir a una reunión. Pero los días en que pienso eso son precisamente en los que tengo que ir. Así que me obligué a desplazarme hasta el sótano de la iglesia de santa Dimpna, en el Lower East Side. Es una iglesia diminuta, tan olvidada que hay quien diría que está abandonada, escondida en la zona salvaje que hay bajo el puente de Williamsburg.

Los detalles de la reunión no son importantes ahora.

Lo fundamental es impedir que este tipo me mate.

Es un tío muy alto, tanto que no puedo evitar preguntarme si tendrá que agacharse cada vez que cruza una puerta. Y diestro. No es corpulento, pero las venas de los brazos le sobresalen como las

cordilleras en un mapa topográfico. Se le ve un tatuaje en el antebrazo izquierdo: un punto negro rodeado de otros cuatro, como el número cinco en un dado. Tiene una franja estrecha de pelo oscuro en medio de la cabeza, como la cresta de un mohicano, y el resto la lleva rapada. Va vestido con pantalones cargo, botas negras y un polar de color azul marino. Y reconozco esa mirada vidriosa y fría, porque la veo todas las mañanas en el espejo. Puede que sea ruso. No ha dicho ni una palabra todavía, pero esa patada, la postura y esa confianza casi arrogante me sugieren un entrenamiento en Systema.

Me levanto con dificultad y con cuidado de no resbalar con la comida que hay por el suelo. Está a unos tres metros de mí. Debería haber buscado dominarme cuando estaba en el suelo, pero no lo ha intentado hasta ahora. Lo que está haciendo es evaluarme, con una mirada de reconocimiento y entusiasmo.

Creo que sabe quién soy.

Lo que significa que está loco o sobrado de confianza.

—Podemos hablarlo —le digo, y miro los restos de comida—. Te ofrecería un dónut, pero ya llevan en el suelo más de cinco segundos.

Él sonríe elevando solo la comisura izquierda de la boca y dice entre dientes:

—*Kozyol.*

Definitivamente, ruso.

En cuanto el insulto sale de sus labios, se lanza a por mí a toda velocidad.

Demasiado rápido.

Tiene tantas ganas de demostrar algo que no se ha fijado en lo que hay en el suelo. Tres zancadas, pisa un dónut con glaseado de chocolate y resbala. Eso frena su impulso y me proporciona la oportunidad que necesito.

En rápida sucesión me agacho, agarro por el asa de plástico la jarra rota de la cafetera y lo ataco con el borde cubierto de fragmentos de cristal en un movimiento rotatorio dirigido a su pierna. Mi intención es alcanzarle detrás de la rodilla y cortarle algo importante que lo incapacite, porque necesito saber quién lo ha enviado. Aunque tampoco es que pueda matarlo.

Y menos aquí. Este es el peor lugar posible.

Pero se aparta en el último segundo y no logro alcanzarlo por un pelo. Ocurre lo mismo con mis tres ataques similares siguientes. Busco hacerle cortes que no sean letales, pero él cuenta con una rapidez propia del mejor Bruce Lee y solo ves dónde empieza y dónde acaba, pero no lo que hace en medio.

Ya estoy agotado. Tengo los músculos cubiertos de polvo y telarañas. Hace tiempo que no me pongo al límite. Intento cortarle la pierna otra vez, pero me lanzo con demasiada fuerza y pierdo el

equilibrio. Él se impulsa, gira y me da una patada en un lado de la cabeza. Yo aprovecho la fuerza del golpe para hacer una voltereta en el suelo y volver a levantarme.

La adrenalina está haciendo su trabajo. El dolor está fuera, llamando a la puerta, pero la desorientación está dentro, instalada cómodamente y tomándose un té.

Apoyo bien los pies, esperando a que cargue. El cristal de la cafetera no es un arma eficaz, es demasiado frágil, pero algo es algo. Entonces, como no podía ser de otra manera, él se lleva la mano al cinturón y saca una navaja corta negra. Parece lo bastante afilada como para atravesar el blindaje de un tanque.

Otra señal de confianza. Podría haberme apuñalado en un primer momento; no lo he oído hasta que no estaba justo detrás de mí, y no hay en este mundo mucha gente que pueda alardear de haber conseguido algo así.

Pero lo que pretende es ponerse a prueba.

Mantiene el cuchillo detrás de él, donde no puedo agarrarlo para controlarlo ni quitárselo de la mano. Y ha colocado el antebrazo izquierdo lleno de venas por delante, para usarlo como escudo. Los cuchillos son peligrosos si están en manos de idiotas, pero no hay nada peor que alguien que sabe usarlos.

Está dando pequeños pasos para acercarse, valorando la distancia. Avanza un poco antes de retroceder, retándome a que intente cortarle otra vez. Yo he imitado su postura, con el antebrazo por delante y la muñeca hacia mí, para que no pueda alcanzarme en la parte de dentro, que es la vulnerable.

Estoy en total desventaja.

Lo que este tipo no sabe es que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para no matarlo, aunque la parte más salvaje de mí ya esté rugiendo por las ganas que tiene de hacer justo eso.

Mientras él sigue haciendo su baile, yo aprovecho para respirar. Inspirar durante cuatro segundos, contener la respiración otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro. Me sirve para calmar mi sistema nervioso lo bastante para que pueda centrarme.

La cafetera no me sirve como arma, así que, cuando por fin decide atacar, se la tiro a la cara. Él se gira para protegerse los ojos y se tambalea un poco, y eso me permite acercarme agachado por su lado desprotegido e ir a por el cuchillo. Si puedo controlarlo, tal vez logre librarme de esta solo con unos cuantos cortes o alguna que otra punción leve y no acabe con esa navaja hundida hasta el mango en el pecho.

Consigo agarrarle la muñeca con una mano, le sujeto la mano del cuchillo con la otra y le empujo con el hombro para crear un poco de

distancia y alejar el arma de mi cuerpo. A partir de ahí esto es una partida de ajedrez a ciento cincuenta kilómetros por hora. Si le clavo la rodilla en la parte de atrás de la suya, puedo tirarlo al suelo y controlarlo, obligándolo a que baje el brazo del cuchillo y utilizando mi posición ventajosa para mantenerlo ahí.

Pero es fuerte. Da un tirón enérgico hacia atrás, creando una oportunidad, y un momento después los dos estamos peleando por hacernos con el arma.

Mis dedos resbalan con algo húmedo y me cuesta mantener el agarre.

Entonces es cuando el efecto de la adrenalina me traiciona y el tiempo se vuelve confuso.

El caos de extremidades y gruñidos, una eternidad en un instante.

Él se aparta con cara de no poder creérselo.

Tiene las manos vacías. Pero yo también. Sé que el cuchillo no ha caído al suelo porque lo habría oído. Noto el corazón arrasado por la marea ácida del arrepentimiento.

Casi llego a un año.

Lo examino buscando el mango del cuchillo, esperando que sea una herida que no resulte mortal. Puedo aplicarle presión, llamar a una ambulancia, hacerle un torniquete... Lo que haga falta para salvarle la vida a este tío.

Pero no veo el cuchillo por ninguna parte.

Y él me está mirando el vientre.

Sigo su mirada y veo que el cuchillo está clavado junto a mi costado izquierdo.

—Oh, gracias a Dios —exclamo, y toco con cuidado los bordes de la herida.

Entonces es cuando aparece el dolor y rompe contra mí como una ola. Caigo al suelo. Ruedo para apoyarme en el otro costado y evitar que el cuchillo se clave más profundo. Todos los nervios de mi cuerpo cobran vida y el grito que no puedo evitar resuena en mis oídos.

Esa es otra cosa que tiene la adrenalina: es el mejor analgésico, pero no dura mucho.

Él se acerca a mí y pienso: «Ya está, se acabó». Me pregunto qué lo ha traído aquí, cómo me ha encontrado, por qué lo hace. Estaría bien que hiciera un bonito monólogo para contármelo, pero no parece de los habladores. Supongo que da igual. Podría llenar todo un estadio con la gente que me quiere muerto.

Y aunque no he completado todos los pasos, ni siquiera he llegado a las reparaciones; tal vez esto sea lo que me merezco: morir con dolor en el suelo de una iglesia.

El ruso se pone en cuclillas a mi lado y me cachea. Saca el cuaderno pequeño y gastado que llevo en el bolsillo del pecho, lo

hojea y asiente. Parece satisfecho porque ha conseguido lo que venía a buscar. Entonces se agacha para acercarse a mi oído, tanto que noto el calor de su aliento, y dice:

—Muy decepcionante, *kotenok*.

Eso escuece. *Kozyol* significa «cabra», pero es más o menos la versión rusa de «cabrón». *Kotenok* significa «gatito».

Además, me ha apuñalado.

Y eso que, en general, este tipo es un gilipollas.

Me echo a reír al ver que mi ego es mi principal preocupación a pesar de que me estoy desangrando, pero creo que él no ha llegado a oírlo. Estoy casi seguro de que ya se ha ido. Ruedo para ponerme boca arriba y me quedo mirando los fluorescentes del techo, que emiten un leve zumbido. A pesar del dolor, me siento agradecido.

Morir con mi rehabilitación intacta me parece un logro.

Dicho esto, tal vez todavía tenga una oportunidad. Sale sangre de donde está el cuchillo, pero no veo burbujas ni huelo a heces, así que es posible que no me haya atravesado los intestinos. Lo único que tengo que hacer es dejar el cuchillo clavado para que lo retenga todo en su sitio hasta que encuentre a alguien que me ayude.

El cuchillo es lo único que me mantiene con vida; es como contener lo que hay dentro de una presa con un dedo.

Oigo pasos detrás de mí. El ruso vuelve a aparecer en mi campo de visión y se despide burlonamente con la mano, moviendo los dedos. Después se agacha, agarra el cuchillo y le da un tirón para arrancármelo. El dolor produce una sobrecarga en mi sistema hasta el punto de que lo veo todo borroso.

—Hasta pronto —dice el ruso.

Me aprieto la herida con la mano.

La sangre caliente resbala entre mis dedos.

Esto no era lo que yo pensaba que me depararía el día de hoy.

2

«MATHILDA: ¿La vida siempre es así de dura, o solo cuando eres niño?

LEÓN: Siempre es dura.»

El profesional (León)

West Village, Manhattan Ese mismo día, horas antes

Salta el temporizador y su sonido estridente me saca bruscamente del trance inducido por el golpeteo rítmico de la comba. Me agacho para coger el teléfono de la superficie del tejado y lo meto en el bolsillo de la sudadera con capucha. Después miro los tejados del West Village y lleno mis pulmones con el aire frío.

Hace un día precioso.

Bajo las escaleras para volver a mi apartamento y cuelgo la comba de un gancho junto a la puerta. P. Kitty se acerca parsimoniosamente a su comedero, que está en la cocina, y maúlla indignado, exigiendo su tributo. Saco una lata de corazón e hígado de pollo en trocitos, la vuelco en su plato y le rasco un poco esa cabezota hueca naranja mientras se lanza a por la comida.

Una parte de mí quiere que me tome una noche de descanso, en la que no tenga que procesar emociones profundas, y que me quede en casa a ver películas, pero Kenji me está esperando en Lulu's y no quiero dejarlo plantado. Eso es suficiente para activarme. La temperatura ronda los menos seis grados, pero los diez minutos de comba me han hecho sudar a pesar del frío, así que me meto en la ducha, me seco y me visto. Después le relleno el cuenco del agua a P. Kitty. Se ha comido la mitad de la lata y luego se ha ido a acomodarse en el sofá, donde se ha hecho una bola y ahora es una masa informe cubierta de pelo naranja.

—Nada de fiestas mientras esté fuera —le advierto.

El gato ni se mueve.

Cojo la bolsa de basura y me dirijo a la puerta, pero justo en ese momento me doy cuenta de que me olvido el cuaderno. Lo he dejado encima de mi ejemplar, estropeado y muy manoseado, del Libro Grande (el manual de Alcohólicos Anónimos), que está en su lugar especial, junto a la grulla de papel que Kenji me dio en Praga años atrás. Me guardo el cuaderno en el bolsillo de la chaqueta y me siento

un poco más seguro.

La ventana está abierta una rendija (en el apartamento se acumula el calor y se vuelve un horno); aunque me parece demasiado estrecha para que P. Kitty se escape por ella, prefiero correr el riesgo a volver y encontrarme el piso convertido en una sauna, de modo que la dejo así.

Bajo una planta y llamo a la puerta del apartamento que está justo debajo del mío. Oigo ruido al otro lado, la puerta se abre un poco y asoma un ojo más o menos a la altura de mi pecho. Me reconoce, y la señora Nguyen abre la puerta. Lleva un grueso albornoz, zapatillas peludas y el pelo canoso peinado hacia atrás y sujeto con una cinta del pelo.

—Recogida de basura —digo.

Me sonríe y me da una bolsa pequeña de plástico blanco con un nudo muy bien hecho en la parte superior.

—Eres un ángel.

—Es lo menos que puedo hacer, teniendo en cuenta que usted le da de comer al gato cuando estoy fuera. Pero tiene que dejar de cebarlo. Se está poniendo gordo.

—No está gordo, es que tiene los huesos grandes —replica ella—. Y si va por ahí pidiendo comida es que tiene hambre. No le das de comer lo suficiente.

—Creo que estamos de acuerdo en que no nos vamos a poner de acuerdo.

—¿Quieres que lo cuide en Navidades? ¿Te vas a alguna parte?

—Voy a estar en el mismo sitio que todos los años: en el piso de arriba, bebiendo whisky y viendo *Qué bello es vivir*.

—¿No tienes familia? ¿Novia? —pregunta—. ¿O novio?

Me encojo de hombros.

—No me gusta la Navidad. No me regalaron la bici de montaña que quería cuando era niño y desde entonces la cosa no ha hecho más que empeorar.

—Vale, Scrooge. Yo voy a hacer galletas de almendra para mi hijo y mis nietos en Nochebuena, por si quieres pasarte. —Enarca una ceja—. Me vendrían bien un par de manos fuertes.

—Por muchas veces que intente tirarme los tejos, ya se lo he dicho: no me voy a acostar con usted.

Se echa a reír y levanta la mano para darme una palmadita en el pecho.

—Más te gustaría. Gracias por llevarte la basura, Mark.

—Hasta mañana —me despido, y me dirijo a las escaleras—. Y deje de darle comida a mi gato a escondidas.

—Pues deja tú de matarlo de hambre —grita cuando ya le he dado la espalda.

Llego a la calle, tiro la basura en los contenedores y me encamino hacia el Lower East Side. Normalmente iría andando, pero hoy prefiero coger la línea F, así que me abro paso entre la gente para llegar a la estación de la Cuarta Oeste, bajo corriendo las escaleras del metro y logro subir a un vagón justo cuando se están cerrando las puertas.

Y, cómo no, ahí está Smiley.

Es un viejo conocido del barrio. No siempre va en la línea F; lo he visto en la A y en la 1 también. Tal vez viva por aquí cerca, aunque es posible que esta zona solo sea su coto de caza. Como siempre, se balancea desacompasado con el bamboleo del vagón del metro, aferrado a una botella medio vacía de Hennessy, y no deja de soltar fanfarronadas propias de los veintitantos años que debe de tener. Lleva el pelo desgreñado grasiento y llaman la atención las cicatrices que tiene en la cara. Una de ellas le cruza la mejilla, y por eso da la sensación de que siempre está sonriendo de una forma grotesca.

Yo normalmente lo ignoro. La mayoría de las personas que van liándola en el metro son indigentes o tienen alguna enfermedad mental, y a mí me dan pena; la ciudad invierte miles de millones de dólares en la policía, que no hace más que acorralarlos, acosarlos y darles palizas. Y ese dinero lo consiguen tras recortar la financiación de las agencias que se ocupan de los indigentes y velan por su salud mental, los sitios donde realmente podrían ayudarlos.

En general, son básicamente un peligro para sí mismos. Si los ignoras, te dejan en paz, aunque siempre puedes cambiarte de vagón o esperar al siguiente metro.

Aunque eso es fácil de decir desde mi posición.

Pero ahora mismo está hablando con una morena joven y guapa que lleva botas caras de cuero y un plumas blanco, pero ella no quiere saber nada. De hecho, está acurrucada de tal forma que parece que le gustaría desaparecer. Se respira miedo en el vagón y la gente mira para otro lado, como si no ver lo que pasa sirviera para que nadie tuviera que sentirse culpable.

Me acomodo en el asiento vacío que hay al lado de la chica y miro a Smiley.

—Oye, tío, ¿cuál es tu helado favorito?

El disco que tiene en su cabeza se raya y pierde el hilo.

—¿De qué coño hablas, tío? —responde.

—¿Cuál es el mejor sitio para comprar comida por aquí? Yo voy a Dags, pero es un poco caro.

—Oye, estábamos hablando —asegura, y va a darle un trago a la botella, pero se queda mirándola sorprendido cuando se da cuenta de que ya está vacía.

—A mí no me parecía una conversación, pero me he dado cuenta

de que tenías ganas de hablar, así que se me ha ocurrido venir a charlar contigo. ¿Cuál es la última película buena que has visto?

La andanada de preguntas consigue exactamente lo que pretendía: confundirlo e irritarlo, pero no le resulta lo bastante agresiva como para enfadarlo.

Entonces se abren las puertas en la estación de Broadway-Lafayette y le doy un leve codazo a la mujer. Ella se lo piensa un segundo y después se baja del metro. En cuanto lo hace, me levanto y me coloco entre Smiley y la salida, para que no pueda ir tras ella.

Las puertas se cierran y él me empuja. No lo ha hecho con fuerza, pero no ofrezco resistencia y me aparto para crear un poco de distancia entre los dos y poder verle bien las manos. Un tipo al que le han rajado la cara de esa forma seguro que lleva una navaja como consecuencia de ese recuerdo. Es una suposición preventiva: no pierdo nada si me equivoco, pero gano mucho si no.

Por ejemplo, consigo que no me apuñale.

—¿Sabes quién soy? —pregunta.

—No —contesto—. Yo me llamo Mark. ¿Cuál es tu color favorito?

—El rojo —responde—. Y voy a verlo todo de ese color como no te quites de en medio.

—Vaya, pues mejor no —digo, haciendo todo lo posible por evitar la sonrisita peligrosa que están a punto de formar mis labios.

Intenta darle otro trago a la botella (que sigue vacía) mientras piensa qué hacer a continuación. El metro reduce la velocidad para detenerse en la Segunda Avenida. Estoy empezando a pensar que esto ha sido un error por mi parte. No me arrepiento de haber redirigido su atención hacia mí, pero seguramente debería haber tenido más mano izquierda. Pero en cuanto las puertas se abren, dice entre dientes «gilipollas» y se baja.

Cuando se cierran de nuevo, unas cuantas personas aplauden. Yo se lo agradezco con un gesto de la cabeza, orgulloso por haber mantenido la calma y un poco irritado porque nadie intervino antes de que lo hiciera yo. Pero por encima de todo me encuentro luchando contra ese impulso, propio de una masculinidad tóxica, que me hace querer seguir a Smiley y preguntarle: «¿Y tú sabes quién soy yo?», hasta que al final logro controlarlo.

Los copos de nieve caen flotando al otro lado de la ventana del restaurante. No nieva lo bastante para que cuaje, pero sí para que cuente como la primera nevada propiamente dicha del invierno. Al otro lado de Delancey, visible a pesar del flujo constante del tráfico, hay un arbolito pelado adornado con lucecitas de colores. La imagen me parece triste: el pobre árbol ahí solo, haciendo lo posible por arrojar luz en una ciudad oscura e indiferente, pero podría ser solo un reflejo.

Para recuperar mi atención, Kenji le da unos golpecitos a mi cuaderno, que he sacado muy obedientemente, pero que muy díscolamente no me he molestado en abrir. Tiene el pelo canoso largo recogido en un moño en la parte superior de la cabeza, y en su cara veo, como siempre, esa media sonrisa que parece su respuesta para alguien que acaba de contar un chiste que no es del todo gracioso: aunque no tiene suficiente gracia como para que suelte una carcajada, sí la justa para ganarse su respeto.

—¿Qué tal vas con el paso ocho? —pregunta.

Le doy un sorbo a esa agua sucia con sabor a café y me encojo de hombros.

—Se acerca el día de Navidad. ¿Vamos a hacernos regalos? Porque, si me has comprado algo, no quiero aparecer con las manos vacías y sentirme como un imbécil.

—¿Mark?

—Mi talla de camiseta es la M. Y tengo muchos accesorios de cocina, no necesito más.

—¿Maaark? —insiste Kenji, alargando mi nombre con una voz grave de barítono, como si estuviera regañando a un niño.

—Estoy en ello —contesto.

Kenji se ríe por lo bajo, se recuesta en su taburete y mira alrededor para asegurarse de que no haya nadie cerca que pueda oírlo. Aparte de un hombre mayor sentado en una de las mesas en un extremo del restaurante, que prácticamente se confunde con su traje marrón casi en descomposición mientras hace el crucigrama del *New York Times*, en el restaurante solo estamos nosotros dos y la propietaria, Lulu. Es un local estrecho y pequeño de estilo vagón de ferrocarril, lleno de cromo, madera de imitación y polvo. La comida es buena, pero la privacidad es lo mejor.

—¿Qué pasa? —pregunta Kenji—. Estás distraído.

Le cuento lo de Smiley: que debería estar orgulloso por haber controlado la peligrosidad de la situación, pero que lo que quería de verdad era golpearle la cabeza hasta reventársela y que las esquirlas de sus huesos me cortaran los nudillos.

—Si buscas reafirmación, no hay problema. —Kenji me da una palmadita en el hombro—. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, papá.

—Sé que no hago más que repetírtelo, pero es que resulta fácil de olvidar. El cambio no es algo que eliges solo una vez; tienes que hacer la misma elección al despertarte cada día...

Kenji se queda callado cuando Lulu aparece a nuestro lado. El pelo pelirrojo ya se le está volviendo blanco y sus ojos verdes de mirada dura brillan detrás de unas gafas de montura de color rojo con forma de ojo de gato. Levanta una jarra de cafetera de cristal llena de

café y nos rellena la taza a ambos sin decir ni palabra. Después vuelve junto a la caja registradora, donde se pone a revisar papeleo.

—No es fácil —continúa Kenji en voz un poco más baja. Con la mano derecha se acaricia el colorido y complejo tatuaje que le cubre prácticamente todo el antebrazo izquierdo: la cola de un dragón, que va unida al cuerpo que envuelve todo el torso de Kenji; la cabeza le ocupa toda la espalda. Tiene la costumbre de tocarse el tatuaje cuando recuerda su vida anterior.

—La idea de ir a ver a la gente y sentarme con ella... —Le doy otro sorbo al café, esperando que el líquido caliente me suelte un poco el nudo que noto en la garganta.

—¿Te acuerdas de lo que te dije hace años? —pregunta Kenji, haciendo girar la taza sobre su plato.

—La voluntad —contesto.

—Yo estuve haciendo una reparación del daño hace dos noches —cuenta—. Encontré a una antigua novia de alguien que ahora vive aquí, en Passaic. —Deja la taza y cierra la mano—. Tiene un restaurante. Fusión japomexicana, sea lo que sea eso.

—¿No quiso compensarte invitándote a algo?

—Fui a la hora de cerrar.

—¿Y le contaste lo que hiciste sin más?

Kenji asiente.

—Pareció un poco alterada al principio, asustada también, pero me escuchó. Cuando terminé, me dijo que no me perdonaba, pero que había pasado tanto tiempo que ya no me guardaba rencor. Me aseguró que había dejado atrás ese dolor hacía mucho tiempo y que ahora debía cargar yo con él. Y me pidió que me fuera y no volviera por allí nunca más.

—¿Y cómo te sentiste? —pregunto.

—En el momento, incómodo —confiesa—. Pero cuando iba de vuelta al metro me sentí aliviado. Tenía que hacerlo. —Le da un largo trago al café—. Cuantas más veces lo haces, más fácil se vuelve.

Me río al oír eso. La idea de que cualquier parte de este proceso se vuelva fácil me resulta ridícula.

Aunque la verdad es que le estoy mintiendo a Kenji. Hace tiempo que ya tengo preparado lo necesario para el paso ocho: la lista de gente a la que debería ofrecerle una reparación del daño.

Pero el paso nueve implica hacer esas reparaciones.

Y eso significa admitir que esas cosas han ocurrido.

—Pero hay algo que no entiendo —digo—. El paso nueve dice que debemos hacer las reparaciones directamente a cuantos nos sea posible, excepto cuando hacerlo implique perjuicio para ellos o para otros. Si ocurre eso, entonces podemos hacer esa reparación en nuestra vida en general, simplemente viviendo una vida mejor. Una

vida de servicio. ¿Pero por qué no trata todo el programa de eso? ¿Cómo puede no implicar un perjuicio ponerte delante de alguien y soltarle una cosa como esta? Es como arrancar la costra de una herida. Ponemos a esas personas en una posición... ¿Y si quieren venganza?

Con esa media sonrisa en la cara de nuevo, Kenji comenta:

—Hablas como todas las personas que no quieren iniciar el paso nueve.

Tengo las manos apoyadas en la barra, como si estuviera intentando aferrarme a ella para no alejarme flotando. Esas manos que han causado tanto daño, que han hecho que mi lista del paso ocho sea tan tremendamente larga. Kenji parece notar el cambio en el ambiente y me cubre la mano izquierda con su derecha, para mantenerme con los pies en el suelo. El instinto me pide que aparte la mano, pero le agradezco la intimidad del gesto.

Sobre todo porque sus manos han hecho las mismas cosas que las mías.

—Eres mi cuarto apadrinado —recuerda—. Dos abandonaron. Y al otro su pasado volvió para pasarle factura. Tú has ido avanzando por los pasos muy decidido. Los has aceptado con buena disposición. Pero has llegado aquí y te has encontrado con un muro. No quiero perder a otro. No te olvides de que esto es un acto de bondad; no solo con la gente de tu lista, sino también contigo. Lo que estás haciendo es aprender a perdonarte a ti mismo.

—Lo sé —reconozco—. Me estoy empeñando en hacerlo difícil.

—Mucho.

Inspirar cuatro segundos, contener otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro.

Tiene razón. Pasar el noveno paso significa que puedo terminar el programa y algún día... Bueno, la verdad es que no espero llegar a perdonarme del todo, ni encontrar una especie de paz interior, pero tal vez pueda volver a dormir por las noches o llegar a odiarme un poco menos.

Y quizá eso sea suficiente.

La campanilla de la puerta tintinea a nuestra espalda. Entra una pareja joven que sostiene a la altura de los ojos un teléfono al que miran sin parar de sonreír, como dos lunáticos. Él lleva un gorro negro y una bufanda andrajosa enroscada con cierta elegancia alrededor del cuello y ella, unas gafas gruesas y grandes, un abrigo rosa con mucho pelo y la cabeza rapada.

—En el episodio de hoy de *Restaurantes por descubrir* vamos a visitar Lulu's Diner —dice el hombre—, que está tan fuera del mapa que ni siquiera tiene página de Yelp y...

Lulu chasquea los dedos y con eso consigue que él deje de hablar. Sin apartar el boli del papel en el que está escribiendo, ni levantar la

vista, señala hacia la puerta y ordena:

—¡Fuera!

Los dos se quedan parados en el umbral con la puerta abierta. El aire helado de diciembre desplaza el calor del interior. Ninguno de los dos sabe qué decir y nos miran como si pudiéramos ayudarlos.

Yo encojo solo un hombro y les digo:

—Yo no la cabrearía.

Y sin decir nada más, ambos se van.

Justo por eso venimos nosotros a Lulu's.

Me doy cuenta de que Kenji no ha apartado su mano de la mía. Los dos nos fijamos en el punto del contacto, después nuestras miradas se cruzan y nos echamos a reír. Es la válvula de escape que necesitábamos en ese momento.

Él va a sacar la cartera, pero yo llevo en el bolsillo un billete de cincuenta dólares doblado y listo para sacarlo rapidísimo. Lo dejo en la barra con un golpe y él suspira.

—Por favor... —empieza a decir.

—Déjalo, tío.

Kenji valora la costumbre y la tradición, y por eso no le gusta que siempre pague yo. Pero yo abandoné mi vida anterior con un colchón económico considerable. Él lo dejó todo con una mano delante y otra detrás y empezó de cero.

—Gracias —responde, y me hace una leve reverencia—. Y sí, creo que sería un buen detalle hacernos regalos este año. Hace mucho tiempo que no los hago.

—Oh, no me hagas caso, era broma, solo quería seguir poniendo las cosas difíciles. Una vez más. Después de lo que pasó la Navidad pasada...

—Tal vez deberíamos coger ese mal recuerdo y sustituirlo por uno bueno —propone.

Siento dos cosas a la vez: vértigo ante la perspectiva de hacer algo tan normal como hacernos regalos y también una vergüenza corrosiva por lo que pasó la última vez que envolví un regalo de Navidad.

Pero me parece otro pequeño paso en el camino que lleva al tipo de vida que quiero construir.

Esa vida en la que pasan cosas normales.

—Pongamos un límite de gasto: cincuenta dólares. ¿Te parece bien? —pregunto.

—Sí.

Nos levantamos y nos ponemos los abrigos. No sé si Lulu se fija o no, pero le grito para que me oiga desde el otro extremo del restaurante:

—Oye, Lu, ya casi es Navidad. Tal vez deberías decorar esto un poco.

—Ajá —dice, o eso creo.

Kenji señala a la puerta.

—Vamos. Todavía tenemos que ir a por los dónuts.

El sótano de la iglesia tiene poco mobiliario, pero es lo bastante grande para que quepan unas cuantas docenas de personas cada vez que hay una fiesta o un evento para recaudar fondos. La cafetera borbotea junto a una caja abierta de dónuts en una mesita plegable colocada en un rincón. Las paredes son del mismo azul que un huevo de petirrojo y el suelo es blanco y negro como un damero. Parece que el lugar se ha quedado congelado en el tiempo en algún momento de 1982.

Kenji se inclina un poco para colocar un aparato plateado del tamaño de un pintalabios en la mesita que tiene delante; ese dispositivo evita que nos oigan o nos graben desde fuera de este espacio. Al lado está su ejemplar del Libro Grande, todavía más estropeado que el mío. Ese solo se mantiene unido gracias a una gruesa goma elástica azul que evita que las páginas se desparramen.

—Bienvenidos a Asesinos Anónimos —saluda—. Me llamo Kenji y soy asesino.

Kenji nos mira a todos, uno por uno. Somos cinco y estamos sentados en sillas plegables metálicas marrones bajo unas luces fluorescentes que emiten un zumbido constante.

Valencia lleva una camisa roja de franela y vaqueros. Tiene el pelo negro azabache muy corto y despeinado, como si acabara de salir de la cama. Y parece que estuviera oliendo algo repugnante; esa es su expresión facial habitual.

Booker tiene una pinta que anuncia a gritos «soldado»: rapado, tatuajes de tribales negros que decoran su piel enrojecida y botas y pantalones militares. No hace más que examinarlo todo, esperando que ocurra algo que le dé una excusa para explotar.

Stuart es el más joven del grupo, con mucha diferencia, al menos una década, y viste como alguien incluso más joven que eso: sudadera negra holgada y pantalones cargo caídos. Está encaramado en la silla como un animal que sobrevive robándoles la comida a depredadores más grandes.

—Asesinos Anónimos —continúa Kenji— es un grupo de hombres y mujeres que comparten su experiencia, su fuerza y su esperanza para resolver el problema que los trae aquí a todos y para ayudarse entre ellos a recuperarse. El único requisito para formar parte del grupo es querer parar. No estamos vinculados a ninguna secta, denominación, partido político, organización ni institución; nuestro propósito principal es dejar de matar y ayudar a los demás a hacer lo mismo.

»A las reuniones de Asesinos Anónimos no está permitido acudir con armas. Tampoco se permite mostrar afiliaciones políticas

relacionadas con nuestra vida anterior. Si a alguno de nosotros se lo conocía por algún apodo o alias, no lo utilizará aquí. Compartiremos nuestras historias, pero camuflando los detalles dentro de lo posible. Si alguien quiere traer a algún nuevo miembro, este tendrá que recibir previamente una aprobación expresa para poder incorporarse. Estas medidas son para protegernos a todos, no solo de gente ajena que pueda tener algún interés, sino también de los demás asistentes.

Lo dice muy en serio. Cuentan por ahí que hace unos años, en un grupo de Los Ángeles, dos asesinos a sueldo profesionales revelaron sus alias y descubrieron sin pretenderlo que habían pasado décadas jugando al ratón y al gato. Y antes de que acabara la reunión había cuatro personas muertas.

El anonimato es un componente importante de cualquier proceso de rehabilitación, pero sobre todo en nuestro caso.

—Valencia, ¿podrías recordarnos tú los pasos? —pide Kenji.

Valencia se revuelve en su asiento y cierra los ojos, tomándose un momento para recordar las palabras. En una reunión de Alcohólicos Anónimos normal estarían escritos en unos folios que se repartirían para que todos pudieran leerlos, pero en nuestro caso preferimos que no haya nada por escrito.

—¿De verdad tenemos que hacer esto todas las veces? —se queja Booker.

Pero Kenji no se molesta; es que Booker es así.

—Recordad que tenemos los pasos para evitar acabar con nuestra vida y las tradiciones para no terminar con la de los demás. ¿Valencia, por favor?

Booker resopla, se quita el rosario con cuentas de madera que lleva colgado del cuello y se envuelve la mano izquierda con él, como hace al inicio de todas las reuniones. Me siento tentado de señalar la ironía que eso supone, pero no es el momento. Valencia comienza:

—Uno: admitimos que éramos impotentes, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.

»Dos: llegamos a creer que un poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio.

»Tres: decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de un poder superior, como nosotros lo concebimos.

»Cuatro: sin miedo, hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.

»Cinco: admitimos ante el poder superior, ante nosotros mismos y ante otro ser humano la naturaleza exacta de nuestros defectos.

»Seis: estuvimos enteramente dispuestos a dejar que el poder superior nos liberase de todos estos defectos de carácter.

»Siete: humildemente le pedimos al poder superior que nos liberase de nuestros defectos.

»Ocho: hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.

»Nueve: reparamos directamente a cuantos nos fue posible el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.

»Diez: continuamos haciendo nuestro inventario personal, y cuando nos equivocábamos, lo admitíamos inmediatamente.

»Once: buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con el poder superior, como nosotros lo concebimos, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla.

»Doce: habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar este mensaje a otros como nosotros y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos.

Oír los pasos siempre tiene el mismo efecto en mí: surgen en mi interior muchas ganas de completarlos y, a la vez, un terror absoluto solo de pensarlo.

Valencia continúa:

—Ninguno de nosotros ha podido mantenerse apegado a estos principios en forma ni siquiera aproximada a la perfección. No somos santos...

Esta frase siempre provoca unas cuantas risitas.

—Lo importante es que estamos dispuestos a desarrollarnos de una manera espiritual —concluye.

Valencia mira a Kenji y este asiente.

—Gracias —dice—. Y ahora...

La mano de Stuart se levanta a la velocidad que lo haría la del alumno favorito del profesor.

—Stuart —dice Kenji, mirándome—, tenemos otro asunto...

—Bah, no pasa nada. Tampoco hay prisa —intervengo.

Stuart se retuerce las manos en el regazo.

—Vale, es que yo...

—Ya estamos con esta mierda otra vez —murmura Booker, y mira a los demás como diciendo: «Venga ya, ¿no?».

Stuart se calla al instante y fija la mirada en el suelo.

—Booker, ya sabes que nosotros no hacemos las cosas así —interviene Kenji con calma, pero también con firmeza—. Todo el mundo puede compartir lo que quiera sin sentirse juzgado. El único requisito es querer parar.

—Es que... —empieza a decir Booker, sacudiendo la mano llena de cicatrices en dirección a Stuart—. Es un friki, ¿vale? Todos lo pensamos. No me gusta que esté aquí sentado. Lo que hicimos nosotros fue contra gente que también estaba metida en el ajo. Yo

mataba señores de la guerra y terroristas, no gente inocente. —Mira a Stuart—. ¿Pero cómo demonios te enteraste de que existíamos? Este grupo se llama Asesinos Anónimos, no Psicópatas Anónimos.

Kenji me mira, esperando que intervenga. Otra diferencia con una reunión normal de Alcohólicos Anónimos, donde la gente puede hablar todo lo que quiera sin que nadie interrumpa, es que nuestras reuniones muchas veces se acaban convirtiendo en una especie de sesiones de terapia de grupo.

—¿Mark? —dice Kenji.

La atención de Booker se centra en mí.

Stuart se atreve a mirarme.

—Un par de cosas, Booker —empiezo—. Primero, sabes tan bien como yo que Kenji le dio su aprobación a Stuart tras el proceso de admisión, como ha sucedido con todos los demás. Segundo, también aceptamos a matones, y ellos no son asesinos. Tú tienes derecho a tener tus sentimientos al respecto, pero ya hemos tenido esta conversación más de una vez. Lo que hicimos nosotros fue por dinero, por placer, o porque es lo único que se nos da bien. Stuart —continúo señalando al chico agazapado— tiene una verdadera compulsión, el tipo de conducta que normalmente se asocia con la adicción, lo que significa que este es el mejor lugar para él. Que esté aquí significa que alguien sigue con vida. ¿Quieres que excluyamos a los mercenarios también? Porque entonces quedarían fuera los soldados que se pasaron a trabajar para empresas militares de seguridad privada...

Booker tensa involuntariamente los músculos de los antebrazos. He deducido ese dato por lo que ha compartido en las reuniones, y es obvio que no le gusta que haya identificado su área de trabajo. Los soldados son los más fáciles de detectar: los delatan sus bravuconadas.

—Pero aquí todos estamos intentando mejorar —insisto—. Así que creo que deberíamos apoyar a Stuart, no machacarlo.

—Lo que tú digas —murmura Booker, y cruza los brazos.

Miro a Valencia. Ella es la que más me ha costado encasillar, porque no habla mucho. Booker es un soldado que se convirtió en mercenario. Kenji, un sicario de la Yakuza. Stuart es Stuart. Pero lo único que puedo decir de Valencia es que es mexicana y que no se comporta como si fuera militar o policía, así que he supuesto que tuvo algo que ver con los cárteles.

—¿Qué dices tú, Valencia? —pregunto.

—A mí me parece que hay demasiadas interferencias —dice, mirando más allá del círculo que formamos, a la pared, aunque es como si no la viera.

—Es cierto, volvamos a la reunión. —Le guiño un ojo al chico—. ¿Qué tienes que contarnos, Stuart?

—Bueno... —empieza, sin apartar la vista del suelo, y se abraza

como para reconfortarse—. Anoche fui a un bar cerca de mi apartamento porque me gustan las patatas fritas que hacen allí. Las hamburguesas son regulares, pero las patatas están ricas. Así que pedí una ración y la camarera... era mi tipo. —En su boca aparece una sonrisita.

Creo que todos nos quedamos helados al oírle decir eso de «su tipo».

Sigue hablando, cada vez más rápido.

—Vivo en Astoria, así que el barrio normalmente está bastante tranquilo cuando cierran los bares. Podría haberla seguido para enterarme de dónde vive. O haber hablado con ella para sonsacarle información personal. Siempre se me ha dado bien lo de conseguir que la gente se abra. Pero no lo hice. Me comí las patatas, pagué la cuenta y volví a casa.

Kenji aplaude con entusiasmo y el resto hacemos lo mismo, aunque con algo menos de intensidad.

—Muy bien, Stuart —dice—. ¿Y cómo te sentiste?

Él ladea la cabeza y se clava el pulgar de la mano izquierda en la palma de la derecha.

—Sigo preguntándome qué tal quedaría su cabeza en mi nevera, con una manzana en la boca. Pero lo importante es que todavía la tiene sobre los hombros, ¿no?

Noto que la incomodidad se extiende por la habitación, así que vuelvo a aplaudir. Nadie me sigue, pero no me importa. Al menos he conseguido romper ese silencio.

—Día a día, colega —lo animo—. Día a día.

Booker murmura algo que no logro distinguir.

Kenji suspira y dice:

—Gracias, Stuart. Bien, quiero deciros que nuestra siguiente reunión va a ser especial...

Una oleada de calor me invade el cuerpo. No importa la edad que tengamos, en el fondo todos seguimos siendo como niños que quieren que su profesor les conceda una estrellita.

—A Mark le faltan solo unos pocos días para cumplir su primer año —anuncia Kenji.

Al oír esto todos aplauden, esta vez con más ganas que cuando lo hicieron con Stuart.

Kenji tiene el récord de antigüedad allí: cinco años y pico. Valencia lleva cuatro y Booker, más de tres. Stuart es nuevo, solo lleva unos meses, lo que supone que está en un momento delicado de su recuperación, y por eso quiero apoyarlo.

Todos me miran atentos, esperando a que diga algo.

—Casi no me lo puedo creer. —Saco del bolsillo mi último premio: la chapa de los seis meses. La inscripción ya casi no se lee,

porque la superficie de plástico duro está muy gastada por todas las veces que he necesitado frotarla entre los dedos para recordarme que es real—. Justo hoy he estado pensando que hay cosas que no desaparecen, como la memoria muscular. Y eso me ha hecho preguntarme: ¿de verdad puedo cambiar? Pero supongo que no importa si puedo o no; lo fundamental es que estoy dispuesto a hacerlo. —Levanto la vista y los miro a todos, uno por uno—. Y quiero decir que me siento agradecido por teneros a todos vosotros. Nadie entiende las consecuencias que tiene arrebatar una vida, cómo te destroza. Después viene cuando te acostumbras, y eso te arrasa aún más. Y al final se convierte solo en un trabajo. Cuando ves a los asesinos a sueldo en las películas parece que esta profesión tiene algo de noble, pero la realidad es que solo somos herramientas para que alguien con poder consiga aún más del que tiene. Puedo decir con total sinceridad, aunque todavía tengo mis problemas con esa programación que tengo tan arraigada, que no echo de menos matar. Y eso me hace sentir bien. Os lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón, pedazos de escoria.

Eso provoca que Booker suelte una carcajada explosiva y que Kenji me mire con desaprobación. Antes de que pueda decir nada, levanto una mano.

—No os he llamado escoria porque seáis exasesinos, sino porque siempre me dejáis solo a la hora de limpiar después de las reuniones.

—Vale —concede Kenji, poniendo los ojos en blanco—. Nos queda tiempo. Booker, ¿quieres compartir algo?

Los demás comparten sus historias, que son básicamente siempre las mismas. Booker habla de los fantasmas de sus víctimas del pasado, que lo persiguen hasta la tienda donde compra la comida o permanecen a los pies de su cama por las noches. Valencia cuenta que quiere ser madre, pero no una que mata gente, y que espera merecerse algún día ese privilegio. Kenji nos relata la reparación del daño que hizo la otra noche con la novia de un hombre al que mató en Kioto.

No hay límite de tiempo. Como solo somos cinco, a veces cuesta llenar una hora; solo hace falta que alguien no esté de humor para hablar. Pero incluso las noches en que terminamos todos contando lo de siempre, a mí me ayuda estar aquí, ver a esta gente y saber que no estoy solo.

Mientras los escucho, pienso en ese logro que ya tengo tan cerca.

Ha pasado un año desde el mayor error que he cometido, al margen de todos los anteriores.

Me siento muy satisfecho y, cuando pasa la hora y llega el momento de recitar la oración de la serenidad, uno las manos, digo las palabras a la vez que el resto del grupo y es como si las estuviera pronunciando por primera vez:

—«Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las cosas que puedo y la sabiduría para reconocer la diferencia.»

Cuando la habitación se queda vacía, cierro los ojos e inspiro hondo. Me gusta regañar a los demás por dejarme solo cuando toca limpiar, pero la verdad es que me gusta. Me permite meditar y procesar lo que ha ocurrido en la reunión. Un poco de descompresión antes de volver al mundo donde las luces, los ruidos y la gente vuelven a ponerme al límite.

Pero aquí, durante este rato, me siento a salvo.

Oigo un ruido detrás de mí. Me doy la vuelta y encuentro a Stuart en el otro extremo de la habitación, de pie, incómodo. Tiene las manos agarradas delante del cuerpo, y por la forma en que me mira, muy fijamente, sin parpadear, me recuerda a un bicho; es como si hubiera encendido la luz, sorprendiéndolo, y él estuviera a punto de salir pitando en cualquier dirección. Tal vez solo está nervioso porque sé a qué dedicaba su tiempo libre antes. El silencio se alarga demasiado, así que pregunto:

—¿Qué tal estás, colega?

—¿Cuál es la diferencia entre asesino a sueldo y asesino sin más? —pregunta.

—A un asesino a sueldo le paga una organización política o criminal para matar a alguien. Un asesino sin más mata por motivos religiosos o políticos, pero no necesariamente recibe una remuneración. Los límites son un poco difusos. Lee Harvey Oswald era un asesino, pero hay personas en este grupo que han cambiado el curso de lo que sucede en el mundo sin que nosotros lo sepamos, y alguien les han pagado muy bien por hacerlo. A veces se pueden intercambiar los términos, pero no siempre. Es como el whisky y el bourbon: todos los bourbons son whiskys, pero no todos los whiskys son bourbons, ¿me entiendes?

Stuart niega con la cabeza.

—No.

—Vale, igual no es la mejor comparación, pero es lo único que se me ocurre ahora mismo.

—¿Y entonces yo qué soy? —continúa.

—Alguien que ha matado a otras personas, igual que yo —aseguro—. Y que pertenece a este grupo, como yo.

Stuart da unos pasos hacia mí y me pongo tenso. Me parece que se da cuenta, porque se detiene. Una cosa que he aprendido sobre Stuart es que es muy consciente del efecto que tiene en la gente, y eso es un mérito que le reconozco.

—Quería decirte que siento haber interrumpido el anuncio de Kenji. Y gracias por lo de Booker —dice.

—Booker duerme en una cama hecha de lija. Pero en el fondo no es un mal tío. Ninguno somos tan malos. Solo nos podemos permitir el lujo de reconocer que hemos cometido errores.

—Me gusta lo del lujo —contesta Stuart, saboreando la palabra.

—No creas que me lo he inventado yo. Me lo dijo Kenji una vez.

Stuart mira al suelo.

—Yo... lo comprendo. No soy como el resto de vosotros. En el fondo no.

—Oye, Stuart. —Me vuelvo para mirarlo y espero a que él lo haga también—. Es bueno que estés aquí.

—Gracias. Eso significa mucho para mí, sobre todo viniendo de ti. Oye... —Vuelve a fijarse en el suelo, cambia el peso de un pie a otro y después levanta la vista para mirarme a los ojos—. Todavía no tengo padrino. ¿Te parecería bien... serlo tú?

Noto que un sudor frío me cubre la piel y se me eriza todo el vello.

No hace falta tener padrino durante la rehabilitación. Kenji es el mío, pero él no tiene. Booker y Valencia son padrinos el uno del otro. Yo nunca he pensado en aceptar un apadrinado. Hasta ahora no he tenido problema en defender a Stuart (porque, si él puede cambiar, yo también), pero aceptar un papel activo en su recuperación implica un compromiso a otro nivel. Y no estoy preparado para eso. Todavía me cuesta arreglármelas con lo mío.

—Tengo que pensármelo —contesto.

Asiente y, sin decir nada más, cruza el umbral a oscuras que hay en el extremo de la habitación. En cuanto se va, el aire parece menos denso.

Noto un revoltijo de emociones complicadas en mi interior. Un poco de arrepentimiento porque no sé si he herido sus sentimientos y un poco de alivio porque creo que he conseguido zanjar la conversación.

En otros tiempos habría analizado los números, y la ecuación habría dado un resultado claro: acabar con la vida de Stuart salvaría muchas otras. Así que le habría cortado el cuello y lo habría dejado tirado desangrándose en cualquier zanja.

Pero ahora soy una persona diferente. En el fondo quiero que le vaya bien, pero la relación entre padrino y apadrinado es muy íntima.

Voy a tener que hablar con Kenji de esto. Tal vez él también crea que no estoy preparado.

La esperanza es lo último que se pierde.

Cuando estoy a punto de tirar los restos de los dónuts a la papelera que hay al lado de la mesa, oigo el chirrido de una suela a mi espalda.

—¿Qué pasa, Stuart? ¿Se te ha olvidado algo? —pregunto.

Pero, en cuanto me giro, una bota se estrella contra mi pecho.

3

«El dolor no duele.»

DALTON, *Road House. De profesión: duro*

The Bowery En el presente

Doy tres vueltas a la manzana, atento por si alguien me sigue, y después espero diez minutos para entrar sin que me vea el portero; estoy bastante seguro de que el ruso se ha ido, pero me siento culpable por venir aquí así. Aporreo la puerta del apartamento sin dejar de vigilar el acceso al rellano. El dolor se está convirtiendo en aturdimiento general, así que no me siento demasiado culpable. Tengo una cantidad limitada de sangre en el cuerpo.

Tal vez no esté en casa. O ya no vive aquí. Pero una sombra cruza por detrás de la mirilla, se oye el ruido de una cadena que corre, el chasquido de una cerradura y la puerta se abre.

Astrid lleva una bata de seda color lavanda que acentúa su figura, atlética y tonificada. Acaba de salir de la ducha y todavía tiene mojado el pelo largo del color de las hojas en otoño. Con la cara limpia y sin maquillar se aprecia mejor el paso de los años en su cara. Como siempre, verla me deja sin aliento. Todo el mundo tiene sus gustos y preferencias, pero, para mí, Astrid es justo como una mujer debería ser.

Aunque no se lo he dicho nunca. Nuestra relación siempre ha sido puramente profesional y estoy a punto de poner a prueba sus límites. Ha pasado tanto tiempo que tarda un momento en reconocerme. Entonces hace una mueca por la confusión.

—¿Mark? He quedado con alguien dentro de una hora y...

Baja la vista y ve el montón de trapos ensangrentados que me estoy apretando en el vientre.

—¿Pero qué coño...?

—¿Puedo entrar, por favor? —suplico.

Se aparta con la boca abierta. Cruzo el salón, con pocos muebles pero decorado con gusto, y pienso en sentarme en el sofá, pero es de cuero blanco y se va a quedar la mancha. Así que me dirijo al baño, que está hecho un desastre, con maquillaje desperdigado por todas partes y toallas mojadas en el suelo. Dejo caer el montón de trapos

manchados en la bañera con patas.

—Ha pasado bastante tiempo. ¿Cuál es la tarifa actual por aparecer en tu puerta sin avisar?

Astrid está en el umbral, intentando recuperarse de la impresión.

—Seis mil.

—Te doy doce —digo, quitándome la camisa por la cabeza para ver bien el corte ennegrecido y abierto que tengo en el abdomen. Sigue saliendo sangre, pero más despacio. No sé si eso significa que las cosas están mejorando o que ya me estoy quedando sin suministro. Estoy un poco atontado, y no es una buena señal. Me meto en la bañera.

Astrid se acerca, cerrándose mejor la bata.

—Ha pasado más de un año desde la última vez que te vi. No puedes aparecer en mi puerta de improviso, como si nada.

—Borré tu número. —Algo que parece decepción asoma en su cara, pero tal vez solo sea lo que a mí me gustaría ver—. Lo siento, de verdad. Pero si voy al hospital me pasaré el resto de mi vida en la cárcel, si no acabo muerto antes de llegar, claro.

Resopla, busca algo en su teléfono y se lo acerca a la oreja.

—Soy yo. Perdona, pero me ha surgido un problema familiar... No, no pasa nada, pero tengo que cancelar lo de esta noche... Te llamo en cuanto pueda.

Deja el teléfono en el lavabo, busca algo en el armario de debajo y, sin mirarme, me da un frasco naranja lleno de pastillas.

—Vicodina. No te va a servir para nada ahora mismo, pero la agradecerás después.

Me trago dos a palo seco. Ella prepara todos sus instrumentos médicos de forma rápida y eficaz, pone una toalla limpia en el suelo para arrodillarse y después se lava y se seca las manos. Se las enfunda en unos guantes de látex azules y pregunta:

—¿Cómo era de largo el cuchillo?

—Ocho o diez centímetros —respondo.

Limpia la herida con unos algodones y la empapa con una solución antibacteriana de color naranja. Después saca una jeringa y va dándome pinchazos a intervalos regulares por todo el perímetro de la herida.

—¿Lidocaína? —pregunto.

Asiente.

—Necesito saber si hay algo dentro. Lo mejor que puedo hacer es introducir un dedo en el corte y palpar. No es infalible, se me podría escapar algo. —Levanta la aguja—. Y esto no es milagroso.

—Mejor que nada. No te preocupes, no te voy a hacer responsable a ti si acabo muerto.

Me mira con la frente arrugada.

—Y me iré en cuanto acabes, así que, si me muero, no tendrás que deshacerte de un cadáver. Me acuerdo del protocolo.

Asiente.

—¿Preparado?

Abro el frasco de pastillas y me tomo otras dos. Van a tardar un rato en hacer efecto, así que no, preparado no estoy, ¿pero qué otra opción tengo? Me pasa una toalla pequeña.

—Muerde —aconseja.

Obedezco, y ella no pierde el tiempo. Mete un dedo en la herida y veo toda una galaxia de estrellas ante mis ojos.

Había un boxeador que decía que el dolor es información. Si te duele el hombro, lo proteges. Si te duelen las costillas, te las cubres. Si lo procesas así, puedes soportar casi todo.

Pero esto... Es solo dolor.

Aguanto las ganas de golpear algo, de gritar, y me centro en quedarme muy quieto mientras el dedo sigue rebuscando. Resbala, se desliza y palpa como si estuviera a punto de arrancarme algo.

Después de una eternidad haciendo eso, saca el dedo sucio y lo huele.

—Creo que el intestino está intacto. Y no parece que haya mucha sangre en la cavidad corporal. Pero no puedo estar segura del todo. Te voy a coser y después te vas.

—Claro —contesto.

Se me ocurre pedirle un chupito de algo (siempre tiene algún que otro whisky bueno a mano), pero la combinación de alcohol y vicodinas podría empeorar el sangrado. Al menos la lidocaína alivia algo el dolor que producen la aguja y el hilo mientras van serpenteando para unir los pliegues de la piel. De todas formas, los centros del dolor de mi cerebro ya están al límite y echando chispas. En este punto, cualquier otra cosa desaparece en medio de la vorágine.

—¿Me lo vas a contar? —pregunta.

—¿El qué? —pregunto, como si no lo supiera perfectamente.

Parece que la aguja se atasca y ella lo intenta de nuevo, atravesando la carne con cuidado.

—Sabía que te dedicabas a hacerle daño a la gente, pero nunca me dijiste por qué ni cómo, a pesar de que te lo pregunté muchas veces.

—Es más seguro así.

—Pero ahora quiero saberlo. Es lo menos que puedes hacer después de aparecer en mi puerta por sorpresa.

—¿Los doce mil no te parecen suficientes?

Deja la aguja y aparta la mano.

—Puedes acabar tú. A mí me da igual.

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí y te aprecio —aseguro—. Pero voy a ser muy sincero contigo: cuanto menos sepas, mejor.

—¿Es que es posible que aparezca alguien más en mi puerta?

—Me he asegurado de que no me seguía nadie.

Asiente, satisfecha al parecer, y sigue cosiendo.

—Creía que habías encontrado a otra persona —deja caer.

—Me hice un corte bastante feo con un papel hace unas semanas, pero me pareció que podía curármelo yo solo.

—Ya veo —dice. Nada más, para que me quede pensando qué significa eso.

En vez de preguntar, me pongo a observar sus manos. Son largas y elegantes y trabajan con la velocidad y la precisión de las de una concertista de piano. Solo unos minutos más y ya está. La herida de repente parece mucho menos grave.

Se quita los guantes y los tira en la bañera a mis pies.

—Siempre que no se infecte ni te salga un hematoma, porque eso indicaría hemorragia interna, creo que te recuperarás. —Se sienta en el suelo y mira todo lo que hay en el baño, menos a mí.

Me hundo un poco, intentando acomodarme algo mejor en la bañera. Los dos nos tomamos un momento para respirar.

Saco del bolsillo un teléfono móvil negro, cuadrado y con pinta de antiguo y, después de desbloquearlo con la huella dactilar, escribo el código de acceso de diez dígitos. Astrid sonríe, burlona.

—¿Todavía tienes ese ladrillo? Ahora la gente moderna tiene un iPhone.

—Este ladrillo —digo mientras busco entre mis contactos— es ilocalizable y no se puede jaquear. Si intentas acceder sin la contraseña, los datos se borran. Y podría pasarle por encima un tanque y resistiría. Oye, necesito hacer una llamada, ¿me disculpas un momento?

—No.

—¿Cómo que no?

Astrid me atraviesa con una mirada dura.

—Entiendo lo de que cuanto menos me cuentes mejor, pero no pienso permitir que no me digas absolutamente nada.

—Vale. Voy a llamar a un amigo. Si me lo coge, puedo pedirle que vaya a mi apartamento a por tu dinero y después venga aquí. Si no, iré yo mismo a buscarlo.

Kenji lo coge al segundo tono.

—¿Mark? ¿Estás bien?

—La verdad es que no. ¿Puedes hablar?

No responde al instante. Debe de estar desplazándose a algún lugar más seguro. Tiene un teléfono normal, así que, a pesar del nivel

de encriptamiento del mío, debemos procurar que la conversación sea lo más breve y poco clara posible. Cuando vuelve a hablar, lo hace en susurros.

—¿Qué ha pasado?

—Ha aparecido una visita inesperada después de que se fuera todo el mundo. Ruso, alto, con un tatuaje de cinco puntos en el antebrazo. Muy poco amable. Estoy a salvo por ahora, pero me vendría bien que me echaras una mano. ¿Puedes ir a mi apartamento a recoger una cosa?

Se queda callado un momento.

—Estoy ocupado. Pero menos mal que estás bien. Eso es lo más importante. Hasta que sepamos lo que está pasando, seguramente lo mejor es que pongas tierra de por medio. Deberías salir de la ciudad.

—¿Pero cómo me voy a ir de la ciudad? Tengo que descubrir qué está pasando.

—Lo que tienes que hacer es mantenerte a salvo.

—Yo no huyo de la pelea.

—Eso suena más bien como algo que diría el antiguo Mark.

Intento responder a eso, pero no sé qué decir.

—Vale, oye, ¿puedes comprobar que los demás están bien?

—Dejaré un mensaje en donde siempre e intentaré enterarme de algo sobre ese ruso.

—Fantástico. Ten cuidado, ¿vale? Ojo avizor, ya sabes.

—Tú también. Y mantenme informado.

Cuelgo. Con suerte, esto será solo algo personal. Tiene que serlo, ¿no? Debe de tratarse de alguien que busca venganza o que quiere cerrarme la boca. Podría ser algún familiar o amigo de cualquiera de los que he matado o alguna de las personas para las que he trabajado o a las que me he enfrentado.

El cuaderno es la clave.

¿Por qué se llevó el cuaderno?

—Mark —dice Astrid.

—¿Qué?

—El dinero. Además, deberías limpiarme el baño. No me importa ocuparme de un desastre pequeño, pero esto... —Mira alrededor y se encoge de hombros—. Hay mucha sangre.

—Sí, sí, claro. —Me levanto despacio. Los puntos me tiran, pero aguantan—. Voy a lavarme un poco.

Astrid se dirige a la puerta y dice:

—Tengo algo de ropa limpia que puede que te sirva.

—Ahora voy a mi casa, cojo el dinero y te lo traigo.

Sale de la habitación y poco después reaparece con unas prendas dobladas.

—Te ofrecería una toalla limpia, pero creo que ya no me queda

ninguna. Y guárdate mi número otra vez. No pienso dejar que vuelvas a desaparecer antes de que me pagues.

Me costaría explicarle que la razón por la que borré su número es porque necesitaba apartar de mí todo tipo de tentaciones, y que no tener a alguien que pudiera curarme las lesiones graves hacía que la idea de resultar herido me resultara menos apetecible.

Pero me provocó cierta tristeza tener que hacerlo. Ella había formado parte de mi vida durante bastante tiempo. Era parte de mi rutina. Me salvó la vida más de una vez y a veces nos echábamos unas risas mientras me curaba. Por eso soy uno de los pocos clientes suyos que conoce la dirección de su casa.

La verdad es que echo de menos su forma de reír: fuerte y enérgica, como una canción pop.

¿Qué sentido tiene explicarle eso? No sabría ni por dónde empezar.

—Vale —acepto, y le doy mi número de teléfono. Me hace una llamada perdida y así vuelvo a tener el suyo—. Volveré dentro de un rato.

Cuando el taxi se acerca a la Tercera Oeste con Sullivan, me llega un olor químico y acre que se cuela en el interior del vehículo incluso con las ventanillas cerradas. Ese detalle, unido a las luces parpadeantes que ya se ven, me hace darme cuenta de que la noche todavía puede empeorar más.

Al doblar la esquina nos encontramos unas nubes de humo negro que se elevan hacia el cielo nocturno procedentes de la sexta planta.

La ubicación aproximada de mi salón.

Le doy un billete de cincuenta al taxista, abro la puerta y salgo precipitadamente. Me habría gustado hacer un esprint en medio del follón del tráfico, pero los puntos me obligan a conformarme con caminar.

Noto un enorme alivio cuando llego hasta el grupo de gente que hay junto a los vehículos de emergencias y encuentro a la señora Nguyen con un trasportín de plástico gris en la mano. Ella me ve acercarme y levanta el trasportín por encima de su cabeza.

—Temíamos que estuvieras ahí —dice—. Este ha bajado por la escalera de incendios.

Cojo el trasportín. P. Kitty se revuelve dentro y maúlla, asustado por las luces, el olor y el revuelo general. Lo dejo en el suelo y abrazo a la señora Nguyen. Ella me abraza también con tanta fuerza que hace que me arda la herida y me quede sin aliento.

Siempre he sospechado que el gato lograba escaparse por la ventana y bajaba a su casa para pedirle comida. Le doy un beso en la coronilla a la anciana.

—Gracias por no hacerme caso —digo.

Después levanto el trasportín a la altura de mis ojos y miro dentro. P. Kitty, en toda su gloria naranja peluda y cabeza hueca, me mira y me bufa.

—Yo también te quiero, amiguito —contesto. Y después me dirijo de nuevo a la señora Nguyen—. ¿Todo el mundo está bien?

—Creo que sí.

Los otros residentes han tenido suerte, porque hay un parque de bomberos a la vuelta de la esquina, así que los equipos de extinción habrán tardado solo un par de minutos, y eso habrá reducido los potenciales daños en el resto del edificio. Mi apartamento será una ruina calcinada, pero solo son cosas materiales. El dinero está a salvo, tanto del fuego como de cualquier daño que haya producido, y puedo volver a buscarlo en otro momento. Pero no hay otro P. Kitty, y por eso estoy más en deuda con la señora Nguyen de lo que ella será consciente jamás. Cuando vuelva a tener acceso a la caja fuerte, me ocuparé de pagarle el alquiler durante lo que le quede de vida.

Mi percepción por fin conecta con la realidad y comprendo que no hay forma de que esto sea una coincidencia. Ha tenido que ser el ruso o alguien que trabaja con él. Así que ya puedo asegurar con bastante certeza que esto es personal. El aire es tan gélido que me cuesta llenar los pulmones con él. Además, las vicodinas están comenzando a hacer efecto y en pocos segundos empieza a darme vueltas la cabeza.

La señora Nguyen se da cuenta y me apoya una mano en el pecho.

—Respira —ordena.

Inspirar cuatro segundos, contener otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro.

Ayuda, un poco.

—¿Estás bien? —pregunta la anciana.

No.

—Sí —contesto.

—Vale —dice con una sonrisa en los labios—. Porque algunos de estos bomberos son muy monos. Creo que voy a ir a echar un vistazo, a ver si alguno está soltero.

—A por ellos, guapa. Tengo que llevarme a P. Kitty a un lugar seguro. Volveré, ¿vale?

Ella mira de nuevo al edificio y contempla extasiada como un bombero que hay en lo más alto de una escalera dirige un chorro de agua hacia mi apartamento. Mientras, yo me asomo al bar de la esquina y veo que Tom está trabajando. Por fin algo me sale bien.

Tom parece un extra de una película de moteros, con su pecho enorme y su poblada barba gris. Ha pasado la mitad de su vida en Boston y la otra mitad en Nueva York, lo que le ha dejado un acento como el de un oso de dibujos animados. En este momento lleva un

gorro de Papá Noel en la cabeza que hace que parezca un san Nicolás que ha conocido tiempos mejores.

Es el único camarero de este garito que me deja entrar con el gato.

The Blinds es un local diminuto situado en una esquina y frecuentado sobre todo por gente de la zona. No tiene televisión, así que no atrae a los aficionados de los deportes. Cuando entro, solo hay unos cuantos clientes y reconozco a la mayoría, y eso me produce una cierta comodidad. Nadie parece afectado por el incendio que se está produciendo un poco más allá. Me siento con la espalda apoyada en la pared del fondo, desde donde veo bien la puerta pero donde no se me ve a mí si alguien mira por la ventana.

Tom se acerca con un vaso de whisky de malta con hielo.

—¿Es tu edificio el que se está quemando, Mark?

—Menuda noche llevo —contesto—. No debería beber ahora mismo, pero me vendría bien un poco de ese combustible que llamáis café.

Tom se encoge de hombros y le pone el vaso delante a Mike, un expolicía que ahora se dedica a tiempo completo a ocupar ese taburete de la barra. Él se lo bebe sin hacer ni el más mínimo gesto.

—Ahora te pongo el café. ¿Quieres un poco de leche para el gato también? —pregunta Tom.

—Por ahora no, gracias.

—Hablando en serio —continúa Tom—: la dueña no tardará en volver y se va a poner como una fiera como lo vea aquí dentro. Podemos defendernos diciendo que son circunstancias excepcionales, pero no quiero follones esta noche.

—Solo necesito un momento para reubicarme y luego me voy.

Con la vicodina haciendo su efecto me siento lento, como si tuviera el cerebro lleno de leña mojada. Tom me pone una taza en la mesa y sale afuera a fumar. El café está ardiendo y más negro que un agujero en el espacio. Mis neuronas se despiertan al instante.

Vale, necesito doce mil dólares. Mi principal fuente de efectivo es el dinero que tengo en mi apartamento, y no va a ser fácil acceder a él si hay alguien vigilándome. Tengo una tarjeta de débito para viajes y emergencias asociada a una cuenta en el paraíso fiscal de la Isla de Man, pero solo puedo sacar mil dólares al día de los cajeros, que además no me gusta usar porque suelen tener cámaras.

Y también necesito encontrar un sitio donde dormir esta noche. Preferiblemente fuera del radar y que admita gatos. Tengo como seiscientos dólares en la cartera. Me hace falta un hotel de mala muerte que me deje pagar en efectivo. P. Kitty parece haberse calmado ahora que estamos lejos de la conmoción, pero voy a tener que darle de comer pronto.

Se abre la puerta y el corazón me da un vuelco, pero es Tom. Tiene una cara rara, de las que no me gustan. Se acerca a mí con un trozo de papel doblado sujeto entre dos dedos y dice:

—Esto es raro, pero un tipo que hay ahí fuera me ha dicho que te dé esto.

—Se habrá equivocado —respondo.

Deja el papel sobre la mesa delante de mí.

—Te ha descrito perfectamente. Tenía acento ruso. —Debe de ver el pánico en mi cara, porque pregunta—: ¿Estás bien?

—¿La verdad? No tengo ni idea.

Se quita el rotulador que lleva colgando del cuello, encima de la sudadera, y lo deja en la mesa.

—No salgas de casa sin uno de estos.

Lo cojo y lo señalo con él.

—Gracias.

Se toca el gorro de Papá Noel y vuelve a la barra.

Cuando tenía veintitantos, Tom trabajó en la seguridad de uno de los bares punk más famosos de Boston, y cuenta que el rotulador lo ayudó a salir ileso de innumerables peleas. A mí siempre me ha gustado esa historia, tanto por su ingenuidad como, desde que decidí cambiar de vida, por su concepto de defensa personal no letal. Tal vez por eso, sostener el rotulador me hace sentir a salvo.

Le doy otro sorbo al café para evitar vomitar y desdoblo el papel. E inmediatamente esta noche de mierda se pone increíblemente peor.

En letras mayúsculas muy claras dice: «ES GUAPA».

Dejo un billete de veinte en la mesa y salgo antes de que a Tom le dé tiempo a darse la vuelta.

Astrid lleva un jersey de cuello vuelto y vaqueros y tiene una expresión de furia terrible cuando abre la puerta de la habitación del hotel. Me deja entrar y la vuelve a cerrar antes de ponerse como una fiera conmigo.

—¿Pero qué pasa, Mark? —pregunta—. Me prometiste que no iba a haber consecuencias. ¿Y por qué vas por ahí con un gato?

—Han incendiado mi apartamento —le digo, y me arrodillo para abrir el trasportín.

P. Kitty sale, cauteloso, y examina la habitación. Yo hago lo mismo. La última vez que estuve allí había chinches y manchas de sangre, pero parece que le han dado otro aire desde entonces. Ahora hay muchas líneas curvas y espejos por todas partes. Incluso veo un frasco de lubricante de cortesía en la mesita.

Es el primer sitio donde Astrid me curó. Cuando la llamé, le dije que saliera de su casa inmediatamente y se encontrara conmigo en este sitio solo si la dejaban pagar la habitación en efectivo. Entendió la situación inmediatamente. Era más seguro sacarla de su casa cuanto

antes que perder el tiempo en ir a buscarla personalmente.

He tenido que gastar otros cien dólares al llegar para sobornar a un mendigo y que distrajera al tipo que estaba en la recepción mientras yo me colaba con el trasportín. El mendigo igual se pasó un poco con lo de ponerse a gritar en el vestíbulo sobre la mala calidad del café y volcar una mesa, pero funcionó.

—¿Estoy en peligro? —pregunta Astrid.

Saco del bolsillo una lata de comida para gatos que he comprado en una tienda que me pillaba de paso y la pongo en el suelo al lado del trasportín. P. Kitty va directo a por ella, pero estoy seguro de que después irá a esconderse debajo de la cama hasta que se acostumbre al nuevo espacio.

—Sí —contesto.

—Vaya, pues gracias.

Se va al baño y cierra de un portazo. Yo me tumbo con cuidado en la cama y me miro en el espejo del techo. El café solo ha tenido un efecto relativo. Estoy un poco colocado y muy cansado. Pensar hace que me duela mucho la herida del vientre.

Meto la mano en el bolsillo y toco la chapa de los seis meses.

Cierro los ojos y pienso que me vendría bien dormir un poco, pero todavía tengo mucho que hacer. P. Kitty se acurruca junto a mi costado bueno y le acaricio la cabeza.

—Gracias, amiguito —le digo—. Me alegro de caerle bien a alguien aún. Aunque sé que es solo porque te doy de comer.

Es un poco bizco, así que nunca sé si me mira a mí o a alguna otra cosa, pero me gusta pensar que es a mí. Apoya la cabeza y ronronea contra mi piel.

Miro en el teléfono la aplicación de email encriptado y abro la carpeta de borradores. Así es como se comunica el grupo. Los emails no se pueden rastrear ni leer hasta que se envían; si se quedan en la carpeta de borradores, solo pueden verlos las personas que tienen la contraseña de la cuenta.

Hay un mensaje nuevo de Kenji:

Han atacado a Mark después de la reunión. Un ruso, alto y con un tatuaje con cinco puntos. Si a alguien le suena, informadnos. Las reuniones quedan suspendidas hasta nuevo aviso. Responded por aquí para que sepamos que todos estáis bien. K.

Debajo aparecen las respuestas:

No lo conozco, pero será mejor que rece para que no lo encontremos. B.

¿Y qué vas a hacer? ¿Ponerte a hacer una reparación con él hasta que lo mates de aburrimiento? Preguntaré con discreción. V.

Te cubrimos las espaldas. S.

Yo escribo una contestación breve:

Gracias, familia. M.

Ver sus mensajes me conmueve.

Astrid ha salido del baño, aunque ni me he dado cuenta de que ha abierto la puerta, y viene a sentarse en el borde de la cama.

—Tenemos que hablar de esto —anuncia.

Esa neblina mental que siento no me permite hacer varias cosas a la vez.

—Lo que yo necesito ahora es saber qué está pasando y si puedo alimentar dos pájaros con el mismo panecillo.

—¿No es «matar dos pájaros de un tiro»?

—¿Por qué se asocia siempre la productividad con matar cosas? —replico.

—No sé, pero tengo hambre. Voy a pedir comida y lo añadiré a tu cuenta.

—Claro.

Utiliza el teléfono de la habitación y en recepción la ponen en contacto con una pizzería. Me pregunta si quiero algún extra, pero estoy perdido en mis pensamientos, intentando encontrarle sentido a todo esto.

He matado a muchos rusos. Si la KGB supiera quién soy, mi foto estaría clavada en las dianas de todo Moscú. La lista de gente que puede querer venganza es infinita, pero no me viene a la cabeza ninguna misión concreta que pueda ser el origen de esto. Hay un momento en que lo de matar deja de ser algo personal. Normalmente solo importa el dinero, y eso hace que las cosas se vuelvan intercambiables.

Aunque el hecho de que ese tipo sea ruso no tiene por qué significar que esté a las órdenes de Rusia. Podría ser alguien que trabaja por su cuenta. O venir de parte de la Agencia, que por fin me ha encontrado y ha decidido que su vida será más fácil si estoy muerto.

Precisamente por eso me parece una estupidez por mi parte buscar en mi teléfono la aplicación de mensajería encriptada gracias a la que antes pagaba mis facturas. La que debería haber borrado a la vez que el teléfono de Astrid, pero no lo hice.

Pero ese es el primer pájaro que tengo que alimentar.

Solo ver el cursor azul parpadeando en la pantalla negra me trae una avalancha de recuerdos de lo que significa utilizar esta aplicación. Y ninguno es bueno. Es el tipo de acción que puede desencadenar cosas de las que me gustaría hablar con Kenji, pero, dadas las circunstancias, tengo que confiar en las herramientas que ya tengo.

Ya no soy el mismo Mark.

Esto es solo para protegerme a mí y a las personas que hay en mi vida.

No es una recaída, es la siguiente acción necesaria.

Escribo un mensaje rápido que no estoy seguro de que alguien vaya a leer.

De hecho, una parte de mí espera que nadie lo haga.

Solicito reunión.

Ap. 6 − 8.

Hecho eso, repaso la sección internacional del *New York Times* y del *Washington Post* para buscar pistas. Como eso no me ayuda, abro D@nt3, el buscador seguro que mantiene en el anonimato cualquier navegación que haga en internet, y voy a la página de Via Maris.

Otro sitio que hace un año que no miro.

Abro sesión con mi nombre de usuario: GJoubert, en honor al sicario que encarna Max von Sydow en *Los tres días del cóndor*. Me gusta porque es profesional, pero a la vez amable: persigue al Cóndor, Robert Redford, hasta que su misión cambia de repente y entonces le ofrece a su anterior objetivo palabras de ánimo e incluso lo lleva a la estación de tren. Antes me parecía que ese nombre de usuario era una buena referencia, pero ahora me hace sentir un poco de vergüenza.

La Via Maris era una antigua ruta comercial que conectaba Egipto con el norte de Siria, Anatolia y Mesopotamia. Ahora es un mercado en la red oscura donde se puede encontrar de todo, desde un asesino a sueldo hasta un obús M777 Howitzer, o incluso una doctora que acepta dinero en efectivo y a la que no le importa realizar procedimientos médicos en una bañera.

Esa es la forma en que se comunica la gente en mi mundo. Y también es el lugar donde me he pasado muchas madrugadas leyendo foros para saber qué estaba pasando de verdad en el mundo y adivinar adónde me iban a enviar a continuación. A veces también buscaba cosas en la ciudad, misiones a pequeña escala que me servían para ganar algo de dinero y para que no se me hiciera tan larga la espera hasta que la Agencia me volviera a llamar.

La sensación de volver a entrar en contacto con esos foros me anima y me aterra a la vez.

Llega la pizza y me doy cuenta de que debería haberle dicho a Astrid que soy intolerante a la lactosa. Y la cosa es aún peor, porque tiene aceitunas.

—¿Pero quién demonios le echa aceitunas a una pizza? —pregunto.

—Yo —responde Astrid.

—Eres un monstruo —concluyo.

Murmura algo entre dientes mientras le quito el queso a una porción y me la como tan rápido que ni siquiera soy capaz de decir si está buena o no. Cambio de postura y me doy cuenta de que P. Kitty ya no está tumbado a mi lado; ha ido a sentarse en el regazo de Astrid

y ella le acaricia el pelo naranja mientras mastica su porción.

Se da cuenta de que los estoy mirando.

—¿Cómo se llama?

—P. Kitty.

Se echa a reír.

—Es un nombre ridículo para un gato.

—Es un nombre de gato fantástico.

—¿Y cómo se te ocurrió?

Estoy a punto de contárselo cuando mi teléfono vibra, e inmediatamente me embarga un terror intenso. Enviar ese mensaje es lo único que se me ha ocurrido hacer, pero he hecho sonar una campana que ya no se puede silenciar y solo me queda esperar que eso no signifique que acabo de firmar mi sentencia de muerte por querer averiguar qué es lo que está pasando.

Confirme identidad.

Rebusco en mi memoria para encontrar algo que solo Ravi sepa. Cuando se me ocurre, no puedo evitar sonreír. Le va a gustar esto, siempre y cuando recibir un mensaje mío de repente no le provoque una apoplejía.

Gulab jamun.

Se produce una pausa que se alarga, seguramente más de lo necesario, porque me imagino que estará haciendo llamadas como loco o comprobando las ventanas para asegurarse de que están todas cerradas. Entonces llega la respuesta:

SIN.

Cuanto antes.

Detalles después.

Singapur.

Por supuesto.

Tras una búsqueda en el teléfono encuentro una noticia de hace unas horas sobre un tal Cho Jin-Su, un diplomático de Corea del Norte que se ha ahogado en la piscina de un hotel de Singapur. Meto su nombre en Google y descubro que estaba vinculado con su programa nuclear. El hombre tenía cuarenta y tres años y, por la foto, parecía estar bastante en forma. Un ahogamiento en una piscina tiene sentido. Es mejor que las muertes que podrían desencadenar potencialmente una Tercera Guerra Mundial parezcan accidentes.

Dejo el teléfono y le hago un gesto a Astrid.

—¿Tienes amigos o familiares con los que puedas quedarte? Fuera de la ciudad, mejor. Y si es muy lejos, más conveniente todavía.

Niega con la cabeza antes de darle otro mordisco a la pizza, pensativa.

—Tengo una hermana en Portland, pero no nos llevamos bien. ¿Por qué?

—Porque tengo que ir a Singapur.

—No, ¿por qué, Mark? ¿Qué está pasando? Merezco saberlo.

Tiene razón. Tampoco hace falta que se lo cuente todo, pero algo sí tengo que decirle.

—Soy asesino a sueldo —confieso—. Y alguien intenta matarme, pero no sé quién ni por qué. Todavía tengo que descubrirlo.

—Y la respuesta está en Singapur.

—La persona con la que necesito hablar está allí. Es un viaje largo, pero teniendo en cuenta cómo están las cosas, coger un avión que me lleve al otro lado del mundo me parece muy buena idea.

Deja el borde de la pizza y le acaricia la cabeza a P. Kitty. El gato se acurruca contra ella, cierra los ojos y disfruta de los mimos.

—¿Así que eres como John Wick? —pregunta.

Ni siquiera intento evitar poner los ojos en blanco.

—Los asesinos de verdad no tienen nada que ver con John Wick.

—Pero si ese hombre sabe quién soy, ¿no estaría mejor contigo?

Al oír esa pregunta no tengo claro qué le parece eso. Suena molesta, pero me parece detectar algo de miedo en su voz. A estas alturas, no sé cómo responder a esa pregunta. ¿Quizás? O tal vez quien quiera que sea pierda el interés si ella desaparece. Hay muchas preguntas sin respuesta.

Astrid rasca un trozo de queso pegado en la tapa de la caja de pizza.

—Siempre he querido conocer Singapur. Dicen que las tiendas de allí son increíbles.

—Sí, tienen un centro comercial con un río y una góndola en el interior.

Coge otra porción, le da un mordisco y continúa con la boca llena:

—Lo que está pasando ahora es culpa tuya. No quiero que me maten o me secuestren porque hayas aparecido en mi puerta cuando no debías. Así que voy contigo, porque tienes que ser tú quien arregle esto. Y, además, tengo unas cuantas condiciones.

Extiendo la mano para indicarle que las enumere.

—Me vas pagar una tarifa fija. Cinco mil al día.

—Me parece justo.

—Y quiero que me cuentes la verdad sobre quién eres.

—Eso implica una buena cantidad de cosas complicadas.

Astrid asiente.

—Lo comprendo. Pero si estoy metida en esto, quiero saber el terreno que piso.

El dinero no me importa lo más mínimo. Pero la desnudez emocional me parece un precio muy alto. Sobre todo porque me he pasado mucho tiempo sacando a la luz cosas de mi pasado en el

programa y me gustaría descansar una temporada y no tener que seguir haciéndolo.

Pero me da la sensación de que esto no es una negociación. O sí, pero ya he perdido.

—Vale. —Me pongo de pie. Tengo el cuerpo tan rígido que me siento como una estatua de hormigón que hubiera cobrado vida—. Te contaré más cosas en el avión. Vamos a por los pasaportes.

—Pero me has dicho que no es seguro que vuelva a mi casa...

—No lo es. Conozco a alguien —contesto.

Asiente y mira el trasportín.

—¿Y el gato viene también?

Miro a P. Kitty, que está subido a la bañera y mirando por encima del borde. Cuando me llega el olor, me doy cuenta de que debería haber traído una bandeja y arena también, pero al menos ha sido lo bastante listo para hacerlo en la bañera. Saco otro billete de cien y lo dejo en la cómoda para compensar al servicio de limpieza.

Podría dejarlo con la señora Nguyen o en una guardería de mascotas, pero no quiero. Necesito llevarlo conmigo para estar seguro de que puedo protegerlo. No se lo digo a Astrid, por si se enfada porque le parezca que me importa más el gato que ella.

Pero no es la única en esta habitación que me ha salvado la vida.

—Sí. Nos lo llevamos con nosotros —digo por fin.

No es fácil localizar la copistería en St. Mark's Place. Está bajo el nivel de la calle, al final de un tramo de escaleras corto pero traicionero, porque la piedra está gastada por el efecto del tiempo y del paso de muchos pies. El cartel está estropeado, le faltan letras, y la puerta se encuentra parcialmente cubierta por tablones de madera, porque alguien ha reventado de una patada el panel de cristal inferior.

El interior es un caos. Hay una fotocopiadora rota contra la pared de la izquierda y un mostrador que domina el resto del espacio. Y detrás se ven infinitas pilas irregulares de paquetes de papel y cajas de cartón. El hombre hawaiano calvo y corpulento que hay detrás del mostrador está comiéndose un paquete de galletas Oreo y leyendo un cómic de Linterna Verde muy gastado. Apenas nos mira cuando entramos.

—Solo fotocopias en blanco y negro —anuncia mientras pasa la página.

—La verdad es que he venido a ver si me puedes ayudar —respondo—. Tengo una antigua Xerox, modelo 5052, que quiero arreglar. Busco piezas de repuesto. En concreto, el accesorio para el soporte del rodillo. Se le ha roto la bisagra.

El hombre deja el cómic y mastica despacio la galleta mientras me mira de arriba abajo a mí y después a Astrid. A continuación se fija en el trasportín del gato, pero no dice nada.

Satisfecho con lo que ve, al parecer, abre una trampilla en el mostrador y sale para ir hasta la puerta principal y cerrarla. Luego apaga las luces y no queda más que el resplandor rojo de la señal de SALIDA para iluminar el camino.

Entonces se dirige al fondo, pasando como puede por el estrechísimo camino que queda entre las pilas de papel y las cajas. Al llegar enciende una lamparita. Utiliza una llave para abrir otra puerta que da acceso a un almacén lleno de más papel de impresora, y me pasa dos resmas aún embaladas.

—Ponlas donde puedas —pide.

Las dejo precariamente sobre otra pila de papel. Astrid se une a nosotros y formamos una cadena entre los tres para ir sacando papel hasta que queda al descubierto una puerta en el suelo. El hawaiano utiliza otra llave y levanta la trampilla que da acceso a un espacio oscuro. Una luz se enciende en el fondo y se ve una escalera metálica. Entonces se gira para bajar los peldaños más cómodamente y se agarra con las dos manos para cruzar el umbral.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —pide Astrid.

Él se encoge de hombros.

—Necesito un momento para prepararlo todo —anuncia, y desaparece.

Ella se vuelve hacia mí y me da un golpe en el pecho.

—¿Pero de qué va esto, Mark?

—Vamos a hacernos pasaportes y carnés de identidad. Con nombres falsos. Es la única forma de viajar.

Mira alrededor, a las pilas de papel de impresora.

—Vale, pero esto parece sacado directamente de John Wick.

—¿Y?

—Me has dicho que la realidad no tiene nada que ver con eso.

—Pues tal vez sí.

—Eso no me deja más tranquila —asegura sin dejar de mirar hacia el sótano.

—Estabas muy decidida hace veinte minutos.

—Estoy empezando a ser consciente de la realidad. No pienso esperar al viaje en avión para que me lo cuentes todo. Tienes que decirme algo más ahora.

Me agarra del brazo al decirlo y me clava el pulgar. La expresión de su cara es una mezcla de enfado y desesperación, o eso creo. Lo entiendo. Es mucho pedirle a cualquiera. Le debo algo.

Por desgracia, lo único que puedo contarle para garantizar que lo comprenda es lo peor de todo.

—El alias por el que se me conoce es Caballo Pálido —confieso.

Se aparta. Se le abren los ojos como platos y veo todo el blanco inyectado en sangre que rodea sus iris verdes. Se estremece como si

acabara de salir a la calle y notar el aire frío de la noche. Sigue alejándose poco a poco hasta que choca con la pared del fondo.

—Lo siento. —No se me ocurre qué más decir en este momento.

Mira al suelo y hunde los hombros. Quiero cruzar la habitación hasta donde está y consolarla, pero de repente siento las manos como antes: eficaces, diseñadas para matar, nada apropiadas para lo que ella necesita ahora mismo.

Lo que mejor le vendría sería que yo no hubiera ido a llamar a su puerta.

Ni esta noche ni hace tantos años.

Repito que lo siento y bajo la escalera para darle un poco de espacio y que pueda procesar lo que acabo de decirle.

4

«A veces, debido a la maldad de un hombre, diez mil personas sufren. Entonces hay que matar a ese único hombre para que las diez mil puedan vivir. En esta disyuntiva, la espada que mata llega a ser realmente salvadora de vidas.»

YAMAMOTO TSUNETOMO, *Hagakure. El camino del samurái*

Singapur Quince años antes

El hotel Millennium destaca en el perfil del horizonte de Singapur porque parece una ficha de dominó gigante: dos lados anchos y dos estrechos, y con una fachada cubierta de cristal oscuro que reluce bajo el fuerte sol. Hay tanta humedad en el aire que es como si estuviera intentando respirar bajo el agua, y los pantalones chinos y la americana que llevo ya están absorbiendo grandes cantidades de sudor.

A la hora de comer, la zona de Marina Bay está llena de gente que camina decidida en dirección a algún sitio donde comer y de turistas que contemplan las vistas como si fueran animales de zoo. La arquitectura de hormigón y cristal es bastante estándar y podría encontrarse en el distrito financiero de cualquier ciudad estadounidense de tamaño medio. La única diferencia es que no hay indigentes rebuscando en la basura, ni sentados en la acera, ni tampoco un policía a la vista.

La pobreza no es algo común en este país. Lo único que abunda más que la humedad en Singapur es el dinero. Y lo de los policías es una mezcla de dos cosas: la autodisciplina que todos tienen tan arraigada y que está vinculada al orgullo nacional y una red orwelliana de cámaras de vigilancia contraladas por un régimen autoritario que disfruta del uso masivo de la pena de muerte.

La otra diferencia principal es el mosaico racial: lo que más se ve son personas chinas, aunque también hay unas cuantas indias o malayas, una representación bastante acertada de la demografía del país. Como soy un hombre blanco con pinta normal, llamo la atención. No es lo ideal, pero no puedo hacer nada al respecto.

Dejo de fingir que estoy fumando un cigarrillo y lo tiro a la papelera que tengo al lado, que está a unos treinta metros de la puerta

principal del hotel y convenientemente situada en uno de los pocos puntos ciegos de las cámaras. El cigarrillo encendido aterriza en el interior de una bolsa de papel que he tirado antes, cuyo interior había empapado previamente con quitaesmalte. No espero a ver si prende, voy directo a mi objetivo. Recorro el camino de piedra y cruzo las pesadas puertas giratorias para entrar en el vestíbulo del hotel.

El espacio es grandioso, rozando lo opulento. Todo está cubierto de mármol blanco y tiene los bordes dorados, lo que supone un gran contraste con la fachada oscura. El centro de atención en medio del vestíbulo circular es una fuente que borbotea y llena el aire de olor a ozono. Está rodeada de gente vestida con ropa formal, típica de los hombres de negocios. Hay una conferencia de banca en la ciudad que ha traído aquí a bastantes blancos, y eso me ayuda a pasar un poco más desapercibido. Nadie se fija en mí, lo que hace que sienta un hormigueo de emoción.

No tienen ni idea de lo que está a punto de pasar.

Cuando llego al mostrador de recepción, oigo a alguien gritando afuera. El espacio tranquilo que me rodea se llena de nerviosismo de repente: veo hombros que se tensan y miradas que se dirigen hacia la parte de delante del edificio. En la recepción hay una mujer malaya joven con un vestido de color crema y un velo *tudung* de color rosa pastel que le cubre la cabeza y los hombros. Me dedica una sonrisa amplia y blanquísima sin mirarme a los ojos, levanta un dedo para indicarme que espere y abandona su puesto para acercarse a la puerta. Me agacho por encima del mostrador, conecto un USB con un programa de desactivación en un lado del monitor del ordenador, pulso la tecla ENTER en el teclado y lo saco. Lo tengo de nuevo guardado en el bolsillo antes de que a ella le dé tiempo a salir del vestíbulo. Voy hacia los ascensores y me subo a uno.

El programa de desactivación ha deshabilitado todas las cámaras y los sistemas de seguridad del hotel y ha borrado cualquier vídeo que hubieran grabado. Seguramente se habrá cargado también alguna cosa más. Eso que he conectado es como soltar un demonio de Tasmania rabioso en la sala de servidores. Es efectivo, pero no discrimina. Al personal del hotel le va a llevar un buen rato localizar el problema y repararlo. Para cuando lo consigan, ya me habré ido sin que mi cara haya quedado registrada en ninguna cámara.

Al llegar a la última planta, salgo a un pasillo silencioso con una alfombra azul y me dirijo a la escalera. Sé que el hotel es caro porque, en vez de manillas, las puertas tienen picaportes. Subo otras dos plantas y me encuentro que la puerta que da a la azotea está cerrada con llave, pero, gracias al programa de desactivación, sé que la alarma no va a saltar pase lo que pase. Uso una ganzúa para forzar el cilindro y, tras unos cuantos intentos, todos los pines encajan en su sitio.

La azotea está cuarenta plantas por encima del suelo y totalmente a la intemperie, a merced del brutal sol, así que aquí hace diez veces más calor que abajo. El Marina Bay Sands se distingue a lo lejos, un poco borroso por el efecto del calor. Es probablemente el edificio más representativo del perfil de Singapur y, al verlo, da la sensación de que alguien ha puesto en equilibrio una tabla de surf sobre tres torres idénticas. Más allá del Sands se ve el enorme océano, salpicado de barcos contenedores gigantes que navegan entre el montón de islas que surgen aquí y allá por todo el mar de China Meridional.

Desde aquí veo un buen trozo del país, una bucólica mezcla de estructuras construidas por el hombre y exuberante vegetación. Ayer un conductor de Uber que tenía ganas de hablar me contó que se puede recorrer en bici todo el perímetro de la nación en cuatro horas. Me encantaría hacerlo, pero me parece que no me voy a quedar mucho tiempo por aquí después de cumplir esta misión.

Saco la cuerda de nailon y el garfio que llevo ocultos en la chaqueta y me la quito para quedarme solo con una camisa blanca y los pantalones chinos. Tengo un cinturón y un arnés de escalada ocultos debajo. Habría preferido equipamiento táctico, pero esta operación presentaba unas cuantas dificultades.

Según el encargo, Jonathan Campbell es un bioquímico del Centro de Control de Enfermedades estadounidense que pretende vender su experiencia y sus conocimientos al mejor postor a cambio de librarse de las deudas de juego que tiene, además de cobrar una cantidad de dinero para poder seguir jugando. Como su campo de estudio son las armas biológicas, eso podría tener un resultado nefasto.

El comprador mejor situado hasta el momento es una facción escindida de los yihadistas islámicos que podría estar vinculada, o no (pero lo más seguro es que sí), con Hizbulah. Mantienen al científico en Singapur mientras negocian las cantidades y organizan la logística para trasladarlo. Aquí hay muchos casinos para que se entretenga y, supuestamente, suficiente seguridad para mantenerlo a salvo.

Campbell se pasa las noches dándose la gran vida rodeado de un grupo de guardaespaldas. Los compradores han tenido la precaución de crear una fachada de negación plausible; en vez de enviar a hombres de su organización, han contratado a miembros de la Tríada local. Que hayan sobrevivido hasta ahora al acoso de las fuerzas de seguridad de Singapur significa que son duros, aunque seguro que no tanto como para que yo no pueda con ellos.

Aun así, no puedo montar un espectáculo en la sala de un casino. Y cuando Campbell no está allí, está durmiendo arriba, en una suite en la planta más alta. Las imágenes de satélite revelan que no suele haber más de dos hombres en su habitación; el resto se reparte entre las

habitaciones adyacentes y la planta de abajo.

Por mucho que me hubiera gustado haber tenido más tiempo para planificar la operación, o al menos para poder actuar bajo la protección de la oscuridad, Campbell solo estará aquí un par de días más. Y Ravi dice que la Agencia la ha clasificado como de realización inmediata. Aunque, si es tan importante, no sé por qué la han elegido para que sea mi primera misión. Tal vez sea una prueba.

Mientras estoy en el tejado contemplando un país extranjero que parece una ciudad surgida en medio de la jungla, con el viento azotándome la cara, a punto de rapelar para entrar en una habitación de hotel y asesinar a unas cuantas personas que no he visto en mi vida, noto una sensación rara en las entrañas.

Esta va a ser la primera vez que acabe con vidas fuera del contexto de una batalla. Disparar a alguien que está intentando matarte en medio de las arenas de algún rincón olvidado del mundo no solo es aceptable, es que a veces incluso te conceden medallas por eso.

Pero hay algo un poco desagradable en esto. Me da la sensación de que estoy cazando ciervos con un misil nuclear táctico. Pero entiendo la situación. He hecho mis números. Campbell está dispuesto a vender unos conocimientos y una tecnología que son letales y que es probable que se utilicen en ataques contra civiles israelíes. Las armas biológicas no discriminan entre combatientes enemigos y niños inocentes. No hay duda de que hay que eliminarlo del tablero.

Pero, aun así...

Cuando era niño quería ser astronauta.

Me resultan curiosos los pensamientos que se me pasan por la cabeza mientras miro por encima del borde. El estómago me da un vuelco repentino. El suelo está a ciento cincuenta metros y aquí se nota el efecto de la gravedad. El balcón de Campbell está unos seis metros más abajo, pero necesito caer en un extremo, donde no me vean por las puertas de cristal, lo que significa que el punto de aterrizaje óptimo solo tiene poco más de un metro cuadrado.

Si caigo demasiado a la izquierda, me verán y estarán listos para atacar antes de que me dé tiempo a prepararme.

Si lo hago demasiado a la derecha, me voy a pasar el resto de mi vida arrepintiéndome de esta decisión.

De los cinco segundos que tardé en tomarla.

Es mejor que entre en acción para que el miedo no haga de las suyas. Hay un tubo incrustado en la superficie del tejado a mis pies. Le doy un buen tirón para comprobar que es seguro, después engancho el garfio, anudo la cuerda de nailon al cinturón de escalada y me cuelgo por encima del borde del edificio.

Miro una vez más para situarme y suelto la cuerda.

Noto el estómago en la garganta durante la caída hasta que alcanzo el balcón. Doblo las piernas para quedar de rodillas y que el impacto se distribuya por todo el cuerpo. Suelto la cuerda, me aseguro de que quede colgando fuera de la vista y después me agacho y apoyo los dedos sobre el áspero hormigón que tengo bajo los pies, agradeciendo el suelo sólido.

Y aquí estoy a la sombra, lo cual se agradece.

Ahora viene la parte que no puedo controlar.

Ravi ha dicho que dos guardaespaldas están siempre en la habitación con él y que uno de ellos es un fumador empedernido. El cenicero a rebosar que hay en la mesita del balcón lo confirma. Así que tengo que esperar a que salga para poder neutralizarlo y que solo queden dos personas en la habitación, una de ellas Campbell, que no es lo que se dice un luchador consumado.

Me crujen los nudillos cuando entrelazo los dedos y estiro las manos. Teniendo en cuenta cuánto le gusta al Gobierno local imponer la pena de muerte, el riesgo que supone ir por ahí con un arma es demasiado alto. Tampoco es que un arma de fuego me fuera a resultar de gran ayuda; incluso con un silenciador haría demasiado ruido y alertaría a los guardaespaldas de las habitaciones cercanas. Al menos en este caso, no hay problema en que se note que se trata de asesinatos, no hay que hacerlos parecer accidentes (al parecer, alguien que se sienta en una oficina en alguna parte quiere enviar un mensaje claro), así que no tengo que ser cuidadoso.

Pego la oreja a la puerta. Dentro se oye un murmullo bajo que puede ser gente que habla o una aspiradora. No puedo hacer nada más. Aprovecho el tiempo para repasar mentalmente el plano de la suite, que he memorizado esta mañana.

Las puertas de cristal dan a un salón. Debería haber una mesita de café, un sofá y dos butacas justo delante de mí. Enfrente, una cocina americana; a la derecha, la entrada y un aseo. El dormitorio está a la izquierda, con una cama de matrimonio y un baño completo más allá.

Pasan diez minutos y empiezo a preocuparme de que hayan decidido irse a la piscina o algo. Y de que el hotel logre solucionar el problema de las cámaras antes de que este tío necesite su chute de nicotina. Pero, justo en ese momento, un hombre con vaqueros y camiseta de tirantes sale al balcón, se acerca las manos a la boca y oigo el chasquido perfectamente reconocible de un mechero. Es chino, treinta y tantos tal vez, con físico de culturista y una cara redonda y juvenil. Lleva un cuchillo de caza con muy mala pinta en una funda de cuero sujeta al cinturón. Da una calada profunda, mira hacia la bahía y disfruta de la brisa que viene del agua.

La serenidad del momento.

Me pregunto en qué estará pensando.

¿Tendrá novia? ¿Familia? ¿Hijos?

Aparto esos pensamientos. En esta ecuación, él es un resto y a mí me tienen que cuadrar las cuentas. Se ha quedado justo delante de las puertas correderas, donde se le ve perfectamente, así que me muevo rápido. Me sitúo detrás de él y le envuelvo el cuello con un brazo y la frente con el otro. Se pone tenso e intenta agarrarme, pero, antes de que lo consiga, doy un tirón brusco y le separo las vértebras del cuello con un crujido que me resulta más satisfactorio de lo que me atrevería a admitir entre gente educada. Cuando cae, saco el cuchillo que lleva de la funda y me giro para abrir la cristalera.

Justo en ese momento me doy cuenta de que la información que teníamos no era correcta.

Hay cinco hombres en la habitación.

Dos en el sofá, uno en cada butaca y otro en la cocina preparándose un té. Van vestidos con ropa informal, como el que acabo de matar. La mesita de café está llena de botellas de cerveza vacías y envoltorios de aperitivos. Están viendo *Pretty Woman*, la parte en que Julia Roberts y Richard Gere se van de compras.

Todos me miran con una cara de total y absoluta confusión. Veo por el rabillo del ojo que alguien sale disparado de la cama y se encierra en el baño; Campbell seguramente.

La adrenalina se activa y el tiempo se ralentiza; solo tengo nanosegundos para calcular las probabilidades. Parece que ninguno lleva armas de fuego, pero veo unos cuantos cuchillos más en este salón. Una pelea con armas blancas en un espacio reducido significa que va a ser un mal día. Tengo que equilibrar las cosas. Por suerte para mí, veo los ángulos de ataque como si los hubiera dibujado una mano divina: qué tiene que ir dónde para producir la máxima cantidad de muertes.

Es como jugar al billar.

Cerdo chino a la esquina.

La mayor amenaza es el hombre que está en la cocina. Es el que tengo más lejos. Podría salir de la habitación y alertar a los demás o encontrar un arma más útil en medio de la refriega. Así que, antes de que a nadie le dé tiempo a ponerse de pie, cojo el cuchillo que le he quitado al muerto por la hoja y lo lanzo hasta el otro extremo de la habitación. Se hunde en el pecho del hombre de la cocina hasta el mango y él cae sin hacer ni un ruido. Intenta sacárselo, pero, antes de que pueda agarrarlo bien, ya está muerto.

Quedan cuatro.

Mientras estoy ocupado con esto, los otros empiezan a gritar entre ellos en mandarín y se ponen en pie. Le doy una patada a la butaca que está más cerca de mí. El hombre que se estaba levantando de ella cae de bruces y aterriza sobre la mesita de café de cristal. Esquirlas de

cristal salen despedidas y se esparcen por toda la habitación. La cabeza del hombre golpea la estructura de la mesa en un mal ángulo y se queda completamente torcida hacia un lado. No se vuelve a mover.

Tres.

Hay un pesado jarrón de cristal en una mesa que tengo al lado. Cuando el matón más próximo se me acerca, lo cojo y se lo estampo en la cabeza. Se hace añicos y el agua y los pétalos le resbalan por la cara. El golpe es tan fuerte que me reverbera por todo el brazo. Al chino se le nublan los ojos. Con suerte, le habré partido el cráneo como el cascarón de un huevo.

Dos.

Los últimos han tenido suficiente tiempo para prepararse. Los dos son jóvenes e irradian ira y masculinidad; están dispuestos a demostrar de lo que son capaces. El que tengo más cerca es un chico menudo con la cabeza rapada y el cuerpo cubierto de tatuajes. Saca una navaja y la abre. Me desplazo hacia la izquierda para que los dos queden en línea y pueda centrarme en él primero. Mueve el cuchillo como si fuera un niño mostrando orgulloso una piruleta. Le doy una patada en un lado de la rodilla y la articulación cede. El hombre cae chillando. Lo agarro por la nuca, le estrello la cara contra el suelo y le doy un pisotón con todas mis fuerzas en la parte superior de la columna. Los gritos cesan.

Uno.

El último es alto y delgado, pero su cuerpo parece tallado en granito. Extiende las manos con las palmas hacia arriba y mantiene la distancia, moviéndose con pasos cortos que sugieren que tiene conocimientos de *muay thai*. Yo me pongo en guardia y, justo en ese momento, él ataca con una patada dirigida a mi cabeza, que logro bloquear por poco. Es rápido. Doy un salto hacia atrás para que haya espacio entre nosotros y estoy pensando en cuál será la mejor forma de enfrentarme a él cuando algo me golpea en la espalda y me tira hacia donde está el sofá.

Doy una voltereta en el aire y aterrizo de pie sobre los restos de la mesita destrozada, pero me resbalo con el cristal. Había un sexto hombre. Probablemente en el baño. Le grita al de las artes marciales que vaya a buscar ayuda. El hombre asiente y sale corriendo hacia la puerta.

Genial.

Me incorporo, ignorando los cristales que me rajan las manos. El sexto hombre es mayor que los otros. Lleva el pelo canoso largo y disparado en todas direcciones, es corpulento pero atlético y tiene una expresión neutra en la cara, como si simplemente estuviera haciendo la cola del café, y esto significa que es el único de todos estos imbéciles que es peligroso.

Saca un puñal; un *tantō* corto, básicamente una espada samurái de tamaño reducido. Yo busco frenéticamente con la mano detrás de mí, con la esperanza de encontrar una de las botellas de cerveza que se han caído al romperse la mesa, pero lo que encuentro es un cojín de las butacas, que sostengo a modo de escudo.

Él lo mira y se ríe mientras avanza hacia mí. Se lo tiro a la cara, lo que provoca que instintivamente levante los brazos. Salto por encima del sofá y le doy una fuerte patada en el torso. Se estrella contra la pared y voy tras él sin perder un segundo, le hundo el hombro en el estómago y le agarro el brazo para controlar el puñal. Después paso por debajo de su brazo y lo obligo a levantar el arma para cortarle el cuello con ella.

Hace un ruido de asfixia, y un géiser producido por el líquido rojo, caliente y pegajoso nos salpica a los dos. Me entra un poco en la boca y eso despierta algo oscuro y salvaje en mi interior. La sangre me hierve y solo tengo ganas de arrancarle la carne a mordiscos.

Pero no hay tiempo para estos lujos.

Cojo el puñal y voy directo al baño, con la sensación de que en este momento debería llevar una capa negra y una guadaña. Encuentro a un hombre encogido junto al inodoro y con las manos en alto. Coincide con la foto de la descripción de la misión: alto, cuarenta y tantos, pelo canoso, la piel un poco grisácea por pasar demasiado tiempo en laboratorios situados en sótanos.

Campbell.

—Lo siento —dice con voz temblorosa—. Por favor. Puedo pagarte.

Esto no será un campo de batalla, pero el hombre del balcón y los otros de la suite eran de la Tríada, estaban en el ajo. Si llevas esta vida, tienes que asumir que existe la posibilidad de morir. Sin embargo, este hombre no tenía por qué participar en esto, pero decidió hacerlo. Los conocimientos que ha puesto a la venta podrían alterar toda la geopolítica y acabar con muchas vidas. Y de forma dolorosa.

—Lo siento, tío —contesto—, pero los números no están a tu favor.

Lo agarro del pelo y le echo hacia atrás la cabeza de un tirón. Chilla como un gato. Le rebano la arteria carótida. Se lleva las manos a la garganta, intentando mantener toda esa sangre en su cuerpo. Su estrategia no funciona y se le escurre entre los dedos. Se asfixia, hace un ruido ahogado y muere.

Oigo gritos que llegan desde el otro lado de la puerta principal. El picaporte se sacude y un segundo después esta se abre bruscamente y entra el de las artes marciales, que ahora lleva una pistola. Vienen más hombres detrás de él.

Mi plan de salida (cruzar tranquilamente la puerta principal, como si nada) ya no es una opción. Volver a escalar hasta el tejado me llevaría demasiado tiempo. Cuando yo estuviera solo a medio camino, a ellos ya les habría dado tiempo de llegar al balcón y ponerse a hacer prácticas de tiro al blanco usando mi culo como diana.

Solo me queda una salida.

Corro hacia las puertas de cristal mientras oigo como las balas impactan en la pared a mi espalda. Espero que el tubo resista. Agarro la cuerda, me envuelvo el brazo con ella unas cuantas veces y, antes de que mi cerebro tenga oportunidad de pensar demasiado, salto del balcón y vuelo sobre el centro de Singapur.

No puedo reprimir las carcajadas que me nacen en el pecho.

Me pregunto si el objetivo de esa risa es enmascarar el miedo, pero hago un rápido repaso y me doy cuenta de que no es eso lo que siento. Lo que me llena es una energía casi divina, como si pudiera moldear a mi antojo el universo, e incluso también la vida y la mismísima muerte.

Es genial cuando eres bueno en algo.

De repente, la cuerda llega al límite, con tal fuerza que casi me saca el brazo de la articulación, y empieza el movimiento inverso. La agarro con las dos manos para dirigirme directamente hacia las puertas de la habitación que hay una planta más abajo. Cuando llego hasta ellas, lanzo una patada que las hace pedazos y caigo dentro. Aterrizo con un golpe fuerte y noto que las esquirlas de cristal me hacen varios cortes.

La adrenalina lo está haciendo muy bien, porque sigue manteniendo a raya el dolor.

Pero esta noche lo voy a pasar mal.

Hay un hombre blanco gordo y viejo tumbado en la cama. Tiene del color de la leche todo el cuerpo, excepto la cara, que se ve roja como la remolacha. Una mujer joven con la piel de color bronce y el pelo oscuro cayéndole en cascada por la espalda está montada sobre él. Los dos gritan en cuanto me ven y se tapan con las sábanas.

—Perdón —les digo.

Me pongo en pie y voy hacia la puerta. Antes de abrirla, meto la mano en el armario y saco una americana negra. Ese hombre es mucho más grande que yo, así que me vendrá bien para ocultar la sangre. Me da tiempo a echarme un vistazo en el espejo del baño. Tengo unos cuantos cortes en la cara, pero eso no puedo arreglarlo.

Justo cuando abro la puerta que da al pasillo, aparece un hombre que va corriendo con un arma. Le doy una patada que hace que salga volando, se estrelle contra la pared y después caiga como un saco al suelo. Le quito el arma y le disparo en la cabeza (ya no tiene sentido lo de no hacer ruido). Miro al principio del pasillo y veo que vienen a

por mí otros dos con las armas en la mano.

Dos balas más y vuelvo a estar solo.

Esos dos venían de la escalera. Seguro que los demás utilizarán el mismo camino. Es más rápido. Me dirijo al ascensor y pulso el botón para bajar. Las puertas se abren en el momento exacto en que se confirman mis sospechas, porque se abre la puerta que da a la escalera del otro extremo. Entro corriendo en el ascensor y pulso sin parar el botón para cerrarlo, rezando para que no les dé tiempo a llegar.

No lo consiguen. Las puertas se cierran. El otro ascensor estaba en la planta baja. No podrán bajar más de treinta pisos de escaleras antes de que yo llegue abajo, y eso me da cierta ventaja. Pero no puedo cruzar el vestíbulo; la policía ya estará allí o cerca. Así que le doy al botón de la piscina, que está en la tercera planta, y se me ocurre una forma de improvisar.

De repente, me doy cuenta de que no estoy solo en el ascensor: hay un hombre mayor con un polo, pantalones chinos, gafas de sol y un sombrerito de pescador en la cabeza. Es blanco, estadounidense, sin duda, con esa expresión de asombro mezclado con terror que suele tener la gente del Medio Oeste. Todavía llevo el arma en la mano, y la chaqueta varias tallas más grande que he robado no cubre la sangre tan bien como esperaba.

Me guardo la pistola en la zona lumbar bajo la cintura del pantalón. Quiero decirle algo al hombre, pero no se me ocurre qué. Recuerdo lo que dijo Ravi: que la idea era ser invisible. La gente verá tu cara, pero la olvidará al instante. Una de las muchas razones por las que me escogieron a mí fue el hecho de que no tengo nada que llame la atención; eso fue lo que me dijo.

Soy un hombre blanco normal.

Entonces, ¿debería matar a ese hombre? Las cámaras siguen apagadas. Podría hacerlo.

Pero no me parece bien.

—Deme su cartera —le pido.

Él la busca en los bolsillos, la saca y me la pasa. Miro su carné. Franklin Reynolds, con una dirección de Kansas City. Se la devuelvo, saco un fajo de billetes del bolsillo y le señalo la alianza que lleva.

—Vaya al bar. Tómese algo. No se presente voluntario para hablar con la policía. Si le preguntan, dígales que no me vio bien. Y no le hable de esto a nadie, ni siquiera a su mujer. ¿Me ha entendido, Kansas City?

Asiente. Las puertas se abren, salgo y me encuentro un pasillo vacío. Voy al vestuario masculino. Desde aquí, por unas ventanas que van del suelo al techo, se ve la piscina, que está en una terraza exterior. Hay gente cambiándose, pero nadie levanta la vista para mirarme porque todo el mundo es demasiado pudoroso. Cojo uno de

los albornoces del hotel, me quito toda la ropa, excepto los calzoncillos, y la tiro a la basura. Después voy hasta un lavabo y aprovecho los jabones de cortesía para limpiarme toda la sangre que puedo.

Los que protegían a Campbell estarán atascados en las escaleras. Además, a ellos ese tío les importa una mierda. No era más que un trabajo y ya no hay trabajo. Lo más seguro es que procuren desaparecer entre las sombras, no buscar venganza.

Los candados que hay aquí son todos baratos y endebles. Tengo que abrir tres para encontrar ropa de mi talla. Estoy poniéndome unos vaqueros que me quedan un poco apretados cuando se abre la puerta y entra un hombre chino con un traje negro. Proyecta la barbilla hacia afuera y levanta la voz para que lo oigan en todo el vestuario.

—Señores, esto es una emergencia. Tengo que pedirles que evacuen el edificio hasta nuevo aviso. —Después lo repite en mandarín y en tamil.

Yo me uno a los demás hombres que salen del vestuario, con la mirada fija en el suelo, y vuelvo tranquilamente a los ascensores.

Con la caída de la noche llega por fin un cierto alivio de la asfixiante humedad. Los vaqueros robados ya no me resultan tan agobiantes, e incluso se nota una brisa muy agradable que viene de la bahía.

Los escalones de piedra que bajan hasta el agua están llenos de turistas que se arremolinan bajo el cielo nocturno esperando a que empiece algo. Está lo bastante oscuro para que no se aprecien bien mis heridas, así que no tengo que preocuparme tanto por ocultar la cara. Mi cuerpo se muestra reticente y se queja como una máquina agrícola que alguien ha dejado bajo la lluvia. Me cuesta levantar el brazo por encima del hombro. A pesar de todo, todavía estoy bajo los efectos del subidón provocado por ese enorme chute de adrenalina. Podría soportar unos cuantos asaltos más si fuera necesario. Me abro paso entre la gente y me pongo de puntillas de vez en cuando para buscar a Ravi.

No tardo en encontrarlo; está apoyado en la barandilla, lejos de la multitud. Lleva un polo blanco, pantalones cortos tipo cargo y sandalias. Se le ve desaliñado y lleva el pelo negro, ondulado y salpicado con alguna que otra cana, despeinado pero con estilo, no de cualquier manera. Por su apariencia, cualquiera diría que es un padre de familia, pero sus facciones marcadas y esa sonrisa traviesa te hacen pensar más bien en uno que le tira los tejos a la profesora del colegio de sus hijos. Está mirando a la bahía igual que me miró a mí cuando me conoció y que mira al resto del mundo: como si todo fuera una hoja de cálculo. Solo datos que procesar y colocar en su lugar.

Me apoyo en la barandilla metálica a su lado. Él me mira de

arriba abajo y durante un segundo abre mucho los ojos, pero intenta distraerme para que no me fije tendiéndome una bolsa de papel marrón. Dentro hay unas bolitas de masa frita.

—Tengo un problema con los lácteos —advierto.

—Llevan leche en polvo, pero están cocinados. ¿Puedes comer productos lácteos cocinados?

La respuesta es normalmente sí, pero a veces no. Da igual, no he probado bocado desde la hora del desayuno; ya me tomaré un Lactaid por si acaso. Saco una bolita de la bolsa. Está pegajosa y huele a rosas. Me la meto en la boca, entera. Está tan dulce que me duelen los dientes, pero eso también puede ser por algún traumatismo de antes.

¿Me han golpeado en la cara? Tal vez. No me acuerdo.

El perfil de la ciudad se refleja en la bahía, los altos edificios parece que se inclinan hacia nosotros y el arcoíris de colores recuerda a *Blade Runner*. Estamos bastante lejos de la gente para que nadie nos oiga, pero, aun así, Ravi habla en voz baja.

—Estás vivo —dice con una voz monótona y tan serena como las aguas oscuras que hay debajo de nosotros.

—Cualquiera diría que estás decepcionado.

No dice nada.

—¿Qué es esto? —pregunto, sacando otra bolita de la bolsa.

—Gulab jamun —responde—. En Little India los hay por todas partes.

—Tu información era una mierda —afirmo mientras mastico despacio—. Había seis hombres en la habitación, aparte de Campbell.

Se encoge de hombros, coge una bolita, la examina detenidamente y le da un mordisquito.

—Unas horas antes había ocho. Corría el rumor de que iban a atentar contra su vida, así que reforzaron la seguridad.

Lo dice completamente impertérrito y me dan ganas de darle una bofetada.

—¿Y no podías haberme avisado?

Ravi le da otro mordisco a la bolita.

—O sea, que era una prueba.

Entorna los ojos y en su cara aparece una sonrisa torcida.

—Y la has superado.

—Vete a la mierda —exclamo más alto de lo que pretendía, y tengo que mirar por encima del hombro para asegurarme de que no hay nadie lo bastante cerca para oírme—. Podrían haberme matado.

—Pensamos que era posible que te mataran o te detuvieran, en cuyo caso habrías acabado muerto antes de llegar a ver las paredes de la celda —asegura Ravi—. Pero eso era la entrevista. Y el trabajo es así. Lo que está en juego puede ser cualquier cosa, desde una tonelada de dinero hasta el fin del mundo, y el único requisito es ser el mejor. Y

el hecho de que estés aquí me confirma que te las vas a arreglar bien.

Cojo dos bolitas y me las meto en la boca. Recuerdo como hace tres meses me metieron en una habitación anodina en Coronado y allí me encontré a Ravi sentado en una mesa, mirándome como si no fuera más que unas celdas con un código de colores en una pantalla de ordenador que intentaba adivinar qué resultado darían, con una mano apoyada en una carpeta que tenía delante, pero que no llegó a abrir.

Me dijo que trabajaba para una organización que se llamaba la Agencia. Le pregunté si se refería a la CIA y respondió que eso equivalía al fútbol infantil, mientras que ellos eran la liga profesional. Por lo que entendí, se trata de algo relacionado con las cloacas más profundas del Estado: un grupo clandestino formado por varias agencias gubernamentales y unos cuantos líderes financieros e industriales que comparten el objetivo de mantener el planeta girando de la mejor forma posible.

—Estoy impresionado —dice Ravi, y tira la bolsa vacía en una papelera que hay a su lado. Saca una toallita del bolsillo para limpiarse los dedos. Yo prefiero chuparme los míos—. De cada siete personas que reclutamos, solo una lo consigue. Normalmente, la primera misión no es tan difícil; al menos la gente suele llevar un arma, pero tú has ido allí desarmado... —Me examina de nuevo—. Impresionante. Muy impresionante.

Está intentando halagarme.

Y, por mucho que me irrite, funciona. No me alisté en los SEAL pensando que allí me iba a ganar la vida con las palabras. Y lo que he hecho hoy no es algo que pueda lograr cualquiera.

—¿Por qué yo? —pregunto.

No he querido hacer esta pregunta hasta ahora, pero me parece importante.

—No tienes familia ni verdaderos vínculos en tu vida civil —apunta Ravi—. Cuentas con puntuaciones altas en las pruebas, recomendaciones esplendorosas. Tienes oído para los idiomas. Y el temperamento adecuado. El Ejército está lleno de militares chiflados que duermen con su AR-15 o de tíos que llevan colgando un par de testículos en la parte de atrás de su camioneta. Tú no encajas en ninguno de los dos tipos. Tenemos más parámetros, pero la verdad es que eres exactamente lo que buscamos.

—¿Y cómo quieres que confíe en ti? —sigo preguntando.

Antes de que Ravi pueda responder, el delicado y evocador sonido de unos instrumentos de cuerda chinos se eleva desde unos altavoces ocultos y el agua de la bahía explota, formando torres de finas gotas de agua que iluminan unos tentáculos de luces de neón para crear formas de flores y mandalas que cada vez se hacen más grandes y se acercan hasta que llego a notar la condensación en la cara. La

multitud no para de soltar exclamaciones de asombro.

Es precioso, pero en este momento me cuesta apreciarlo.

Ravi se quita las gafas y las limpia con el polo.

—No hace falta que confíes en mí. Lo que tienes que hacer es ayudarme a mantener el mundo en funcionamiento.

Se vuelve a poner las gafas y me tiende la mano.

Pienso en lo de ser astronauta.

Y en el hombre que he matado en el balcón: el crujido de las delicadas piezas que formaban su cuello y cómo cayó su cuerpo inerte cuando el alma lo abandonó.

Y en lo bien que me he sentido al saltar de un edificio altísimo para salvarme gracias a mi ingenio.

Y en lo genial que es ser bueno en algo.

Y en dedicarme a algo que implica recibir chutes de adrenalina todos los días.

Le estrecho la mano a Ravi.

—Necesitas un sobrenombre —advierte.

—¿Como un alias?

—Ahora mismo hace falta desde el punto de vista operativo —continúa—, pero cuando vaya pasando el tiempo, resultará disuasorio. Servirá para solucionar ciertas situaciones sin que tengas que levantar una mano siquiera.

—Eso te lo dejo a ti. Me parece muy arrogante ponerme uno a mí mismo.

Me vienen recuerdos del colegio, cuando vi *Depredador* por primera vez y pensé que, si tuviera un apodo tan chulo como Dutch, nadie se pasaría conmigo.

Pero no funcionó.

Ravi vuelve a mirar al agua y a las formas iluminadas con neones que cambian entre la neblina.

—«Yo miré, y vi aparecer un caballo pálido y descolorido, y el que lo montaba se llamaba Muerte.» —Sonríe, muy orgulloso de sí mismo—. Llevo tiempo queriendo usar ese nombre, pero ya te he dicho que solo lo logra uno de cada siete. Vale, Caballo Pálido. —Me da una palmadita en el hombro, deja la mano ahí un momento y me da un apretón—. Los de Hizbulah no van a querer que se les relacione con esto. Para ellos, este incidente no ha ocurrido, así que no va a haber nadie buscándote. Tienes un vuelo a los Estados Unidos reservado para mañana por la noche bajo el mismo nombre con el que has venido. Mientras, aprovecha para visitar los mercados de comida. El Maxwell Food Centre en Kadayanallur Street es mi favorito. Prueba el arroz con pollo. Y el *char kway teow*. Disfruta de tu estancia.

Aparta la mano y, sin decir nada más, me deja solo allí. Lo veo cruzar entre la multitud, con las luces multicolores iluminándole el

polo blanco, y un momento después ha desaparecido. Vuelvo a mirar a la bahía y contemplo el agua y las luces que bailan y crecen, creando formas cada vez más espectaculares y complicadas cuando la música llega a un *crescendo*.

«Yo miré, y vi aparecer un caballo pálido y descolorido, y el que lo montaba se llamaba Muerte.»

No es que me sepa la Biblia de memoria, pero sé cómo termina ese versículo; es como si la voz rasgada de Johnny Cash me lo estuviera cantando al oído.

«Tras él venía el Infierno.»

La música para. Las luces se apagan. El agua vuelve a la superficie de la bahía y la multitud queda envuelta en la oscuridad.

5

«El león no puede protegerse de las trampas y el zorro no puede defenderse de los lobos. Por tanto, uno debe ser un zorro para reconocer las trampas y un león para asustar a los lobos.»

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

Singapur En el presente

Una azafata, a la que es evidente que le cuesta sonreír por el agotamiento, me tiende dos formularios de aduanas en blanco. Le paso uno a Astrid y enciendo la luz superior, que emite un resplandor amarillento en la cabina a oscuras. Astrid apoya el formulario sobre la mesita del asiento y señala unas letras rojas y negritas: ADVERTENCIA: LA LEY DE SINGAPUR ESTABLECE QUE EL CASTIGO POR TRÁFICO DE DROGAS ES LA PENA DE MUERTE.

—¿Deberíamos preocuparnos? —pregunta.

—¿Ya me vuelves a hablar?

—Lo digo en serio —insiste, y mira al suelo, donde está el trasportín bajo el asiento de delante. Dentro, P. Kitty apenas se ha movido durante las diecinueve horas del vuelo.

Un detalle curioso: por mucho CBD que les des, los animales no pueden sufrir una sobredosis. Aunque sí tomé la precaución de sacar los premios de la bolsa en la que venían y meterlos en un contenedor hermético, para que la Agencia de Seguridad en el Transporte no nos pusiera problemas. No sabía cuáles eran las normas y tampoco me molesté en mirarlas.

—No creo que pase nada —le contesto a Astrid mientras me revuelvo en el asiento para intentar que me circule un poco la sangre. Tengo el cuerpo rígido y dolorido, pero al menos ya estoy menos incómodo. En la sala de conciertos del dolor, he pasado de estar al lado del altavoz a escuchar desde el fondo del local.

Su tono no es muy amable, pero esta es la conversación más larga que hemos tenido desde que conseguimos los pasaportes, y eso a mí me parece un progreso. Se ha pasado mirando fijamente al vacío todo el trayecto hasta el aeropuerto en taxi y después las dos horas que hemos estado esperando el vuelo. Como era evidente que ella no tenía ganas de hablar, me he tomado un puñado de vicodinas antes de

despegar y me he pasado la mayor parte del viaje dormido o atontado.

Echo unos cuantos premios más dentro del trasportín de P. Kitty y él no se acerca a mi mano, así que debe de estar ido todavía. Mejor para él.

—Creía que no eras real —dice Astrid mientras busca un bolígrafo en el bolso.

—¿Qué quieres decir?

—Yo me dedico a remendar a mala gente —dice mientras rellena el formulario prestando mucha atención para que todo coincida con su nuevo pasaporte, mirando primero el documento y después el papel para comprobar—. Y la gente cuenta historias. A veces eran cosas sobre Caballo Pálido, pero parecía que hablaban de una especie de criatura sobrenatural.

No puedo evitar sentir cierto orgullo al oírlo.

Me mira por el rabillo del ojo.

—Pareces el tipo de tío que se quita la alianza en un bar antes de tirarme los tejos y que, cuando lo rechazo, se sube a su monovolumen para volver a Long Island con su familia. Nadie diría que eres un asesino a sueldo. Jason Statham parece un asesino, tú no.

—Primero, gracias por todo lo que has dicho —respondo—. Segundo, Jason Statham es una estrella de cine que casualmente ha interpretado el papel de asesino unas cuantas veces. Y parece que toma cristales para desayunar; cuando entra en una habitación, sabes que alguien va a salir herido. Pero conmigo no pasa eso. Y, en el fondo, esa es la idea. —La miro con una sonrisita, temiendo la impresión que pueda dar, pero es lo mejor que le puedo ofrecer—. Además, las historias no son más que eso. La gente exagera cuando las cuenta. Solo soy un tío al que se le daba bien su trabajo.

—¿Se le daba? —repite—. ¿Qué pasa, que lo has dejado?

Una parte de mí quiere contárselo: el programa, el año sin matar, todo. Pero, aunque sí que confío bastante en ella, que es más de lo que puedo decir de la mayoría de la gente, la verdad es que en el fondo no puedo confiar del todo. Hasta ese punto no. Recuerdo la pelea con el ruso. Si hubiera podido utilizar todas mis capacidades, él estaría muerto y yo no me encontraría en esta situación. Pero ahora me veo en la obligación de pelear con una mano atada a la espalda. Invocar el alias de Caballo Pálido puede que me mantenga a salvo un poco más. No es exactamente vivir siendo fiel a lo que soy ahora, pero mi reputación es el mejor escudo que tengo.

—Últimamente he estado muy centrado en el golf, mejorando mi *swing* —contesto.

Ella acaba de rellenar el formulario y me pasa el boli. Yo me pongo a hacer lo mismo con el mío y estoy a punto de escribir «Mark» en la casilla para el nombre. Por suerte, consigo corregirlo sin que

parezca que he tenido que hacerlo.

—¿Qué has estado haciendo mientras dormía?

—He visto varias películas —reconoce—. Y he pedido la cena para los dos y me he comido la tuya también.

—¿Alguna buena?

—He vuelvo a ver *Cuando Harry encontró a Sally*. Me encanta.

—Es una de las cinco mejores de todos los tiempos. Con esa no puedes fallar.

Me mira con los ojos entornados.

—Pensaba que lo tuyo serían las películas de acción.

—Prefiero las clásicas y las comedias románticas. Ya tengo acción de sobra en mi vida cotidiana.

Pone los ojos en blanco al oírme decir eso (comprensible), pero después vuelve a poner una expresión neutra. Entonces se inclina hacia mí y baja la voz.

—¿Tienes una especie de código?

—¿A qué te refieres?

—Un código. Los asesinos a sueldo siempre se rigen por un código.

Más chorradas de las películas. Aunque la verdad es que supongo que todos tenemos una serie de principios para guiarnos, como una estrella polar personal.

—Creo que no mataría a nadie menor de edad, pero nunca me he encontrado en esa situación. Simplemente... tienes que estar en el ajo y que cuadren los números. Equilibrar la balanza de alguna forma. Sacrificar una vida para salvar otras.

—¿Has matado a alguna mujer?

—A unas cuantas.

Dejo esa confesión en el aire. Cuando la digiere, continúa:

—Necesito hacerte una pregunta y que seas totalmente sincero conmigo.

Dejo el bolígrafo encima del formulario a medio rellenar y me vuelvo hacia ella. Dejando al descubierto el vientre. Mostrando un poco de vulnerabilidad.

—Te he visto la cara y sé quién eres. ¿Voy a llegar al final de esta historia?

Ah. Por eso quería saber lo del código. Ha tenido tiempo para pensar y se pregunta si, cuando bajemos del avión y nos acerquemos a la aduana, donde estaremos rodeados de policías, ella debería echar a correr y pedir ayuda a gritos.

—Te he prometido que te voy a proteger y lo haré. —Parece insegura—. Si te sirve para quedarte más tranquila, como eres una persona que salva vidas, los números están a tu favor.

—Pero he salvado las de personas bastante malas.

—Entonces eres Suiza. No tengo ningún interés en entrar en guerra con Suiza.

Es la verdad, porque tampoco tengo otra opción. Hace un año y unos pocos días lo habría pensado. Los restos complican las ecuaciones. Me odio inmediatamente por pensar eso. La vieja programación. Pero por la forma en que su cuerpo se relaja, parece que lo acepta como una respuesta sincera.

Se queda mirando la pantalla que hay en el respaldo del asiento de delante, donde se reproduce un anuncio de la aerolínea.

—¿Cuál es el plan entonces?

—Cuando aterricemos, deberían darme instrucciones sobre dónde puedo encontrar a mi antiguo contacto, que pienso ignorar para ir a buscarlo por mi cuenta —explico—. Os dejaré a ti y al gato a salvo en un hotel, iré a un cajero para sacar algo de efectivo y veré de qué puedo enterarme. Después volveré a por vosotros y decidiremos cuál es el siguiente movimiento.

Tengo que hacer otra cosa más, pero no quiero hablarle de eso. Sigo intentando convencerme de que no es el momento adecuado. Pero estamos hablando del otro lado del mundo, ¿cuándo voy a tener otra oportunidad?

—Dejarme a salvo en un hotel —repite—, como si fuera una figura de cristal que no quieres que se rompa.

—Astrid, esta gente a la que me enfrento no se anda con chiquitas.

—Yo sé una cosa sobre esa gente de la que hablas —asegura—: todos acaban recurriendo a mí para que los cure, porque en el fondo no son más que niños asustados que quieren a su mamá.

—El hotel es más seguro.

Se recuesta en el asiento y cruza los brazos.

—Será mejor que el hotel tenga un bonito spa.

—Voy al baño.

Busca en su bolso y me da una cajita cerrada con una cremallera.

—Límpiate la herida y ponte un vendaje limpio. Es fácil, ¿no? No necesitas ayuda para eso.

La señalo con la cajita.

—Gracias.

Mientras me dirijo a la parte delantera de la cabina, me cruje todo el cuerpo al volver a la vida. Escojo un baño libre que es lo bastante espacioso para que me pueda mover dentro; una de las pocas ventajas de los vuelos internacionales. Me mojo la cara, intentando librarme del aturdimiento. Orino, me lavo las manos y me levanto la camisa.

Los puntos han aguantado. La herida todavía tiene bastante mala pinta, pero no está roja ni amoratada. Palpo los bordes de la herida;

duele, pero dentro de los parámetros normales. Abro la cajita, me limpio la herida y la cubro con otro vendaje. Cuando termino y lo guardo todo, me vuelvo hacia el espejo y me miro.

Todavía no estoy seguro de si traer a Astrid conmigo ha sido una buena decisión. Tal vez debería haberle dado algo de dinero y haberla enviado a algún lugar desconocido antes de irme al aeropuerto. ¿Y ahora quiere ayudarme? No me parece mal su buena intención, pero lo último que quiero hacer es ponerla en plena línea de fuego.

Me rasco la barba de dos días que tengo y me pregunto cómo será volver a ver a Ravi. Nunca he tenido una familia propiamente dicha. La Agencia se convirtió en algo parecido a eso, y Ravi era como el padre que a veces te envía a golpear el avispero con un palo mientras te observa desde el salón tomándose una cerveza.

En los últimos tiempos de mi reinado, la sola mención del nombre Caballo Pálido ya era suficiente para que todo el mundo tirara las armas y saliera corriendo. Me sentía como si caminara sobre las aguas. Era un dios. El Infierno venía tras de mí. Pero de repente ya no puedo volver a hacer la única cosa que se me daba bien, eso en lo que era prácticamente el mejor.

¿Y si esto es lo que él quería? Sacarme de mi escondite y después dar el golpe maestro.

La Agencia podría estar detrás de esto. Hay una razón por la que este trabajo no incluye un plan de pensiones. O mueres o sobrevives lo suficiente para huir y esconderte. Aunque podría ser que haya algo en el fondo de mi mente que la Agencia necesite o que no quiera que sepa nadie más.

No logro librarme de la sensación de que esto es algo personal. El ruso se llevó el cuaderno. La lista de todas las personas a las que debería repararles el daño causado. Y daba la sensación de que eso era justo lo que había ido a buscar.

Tengo muchas preguntas ahora mismo y muy pocas respuestas, pero eso no me molesta. Lo que sí lo hace (y me tiene muerto de miedo) es pensar en que, cuando se plante delante de mí, Ravi vea en mis ojos que ya no quiero seguir matando y que ya no puedo protegerme.

Tengo que sentarme con los leones y esperar que no tengan hambre.

Pero hay un problema con los tipos como Ravi.

Que siempre tienen hambre.

Necesito algo que me dé ventaja. Un poco de seguridad, nada más. La idea se me ocurre al instante; es un poco tópica, pero esas cosas existen por algo, y ese algo es porque funcionan. Salgo del baño, vuelvo a mi asiento, me acerco a Astrid y le digo:

—Se me ha ocurrido una forma en que puedes ayudarme.

Ella sonríe y contesta:

—Te escucho.

Yo esperaba que, como estamos en invierno, no hiciera tanto calor como la última vez que estuve aquí. Pero sí. En cuanto salimos del aeropuerto, la humedad me abraza como ese tío un poco rarito que siempre intentas evitar: con demasiada fuerza y tocándote en los peores lugares.

Se está un poco más fresco en el Maxwell Food Centre, lejos del contacto implacable del sol y bajo una multitud de ventiladores de techo que mueven el aire, haciendo que se agiten las guirnaldas y el espumillón que cuelgan de las vigas para anunciar con poco entusiasmo la proximidad de las Navidades.

Casi es la hora de comer, así que este sitio está atestado de gente haciendo cola en los diferentes puestos. El ruido de las cacerolas que entrechocan, los roces de los utensilios en los woks y el olor a carne caliente lo llenan todo. No hay muchos blancos por aquí, así que esta vez también destaco.

Singapur antes era como Tailandia: comida callejera por todas partes, hasta en el más mínimo hueco. Pero allí, para que las condiciones fueran más higiénicas y las calles más adecuadas para el tráfico, trasladaron a los vendedores callejeros a mercados como este. En cada puesto se sirven solo unos cuantos platos concretos. Cada uno tiene su especialidad, ya sea un plato o la cocina de una región. Una ración de algo delicioso cuesta solo un par de sings, que no son más que unos pocos dólares estadounidenses. Recuerdo que el arroz con pollo de Tian Tian era espectacular. Mi regla en estos sitios es buscar la cola más larga, ponerme al final y después pedir el plato que veo que lleva en la mano la mayoría de la gente después de pagar. Hasta el momento, me ha funcionado bien siempre.

Pero no he venido aquí para comer.

Paso entre las mesas con manteles de plástico naranjas y verdes, cada una rodeada por seis asientos bajos amarillos fijados al suelo. Encima de algunos hay paquetes de pañuelos, la señal habitual de los locales para decir: «Estoy en la cola, pero este asiento está ocupado». Algunas personas dejan también los bolsos o los teléfonos, otra señal de la baja criminalidad que hay en el país.

Ravi está sentado en la parte central, al fondo en una zona un poco más tranquila, y ocupa una mesa él solo. Polo blanco, pantalones cortos y sandalias. Paso por delante de un puesto que tiene la cubertería expuesta y consigo coger un tenedor y un cuchillo sin que nadie se dé cuenta. Después me planto delante de él hasta que se fija en mí.

En su mesa hay un puzle geométrico formado por bandejas de plástico de cafetería rojas, naranjas y verdes, colocadas en ángulos

rectos precisos y con huecos uniformes entre ellas. En cada una hay un plato diferente. Reconozco el *char kway teow*: fideos de arroz planos salteados con longaniza china especiada, gambas y almejas de sangre. Al lado está el arroz con pollo de Tian Tian: un plato de pollo hervido cubierto de una salsa marrón que va con otro en el que hay una cúpula de arroz con tres salsas para acompañar. Hay varios platos más que no identifico.

A Ravi se le ve mayor y ya tiene casi todo el pelo blanco. No sé si darle un abrazo o un puñetazo. No sabría decir cuál le dolería más.

Por fin levanta la vista para mirarme y en su cara aparece una mueca que pasa de la sorpresa al miedo y después a la ecuanimidad.

Me siento en la silla que hay frente a él, pincho con el tenedor un trozo de pollo y me lo meto en la boca. Está a temperatura ambiente, pero tierno, suave y jugoso. Cómo demonios consiguen que un pollo hervido y tibio sepa así de bien es algo que nunca llegaré a comprender.

—Estás vivo —dice Ravi.

—Estoy teniendo un *déjà vu*.

Cojo un poco de arroz. Él pincha con su tenedor un salteado cuyo nombre no conozco y se lo mete en la boca. Los dos nos observamos mientras masticamos despacio, como si pudiera haber algo afilado escondido en la comida.

—Si estás esperando que aparezcan tus guardaespaldas, los dos están indispuestos ahora mismo —advierto.

—¿Están vivos? —pregunta.

—Uno está encerrado en un cubículo en el baño de la parte sur. El otro, en un armario de la limpieza en el lado este. No he venido con intención de quemar los puentes.

Asiente.

—Se suponía que no teníamos que vernos hasta esta noche.

—¿Y darte así la oportunidad de prepararte?

Sonríe. Los dos hemos recuperado rápido la antigua dinámica: yo intento impresionarlo y él está impresionado, pero hace todo lo que puede por ocultarlo. No me pregunta cómo lo he encontrado. No quiere insultarme de esa forma. La verdad es que sé que le gusta comer y que este puesto es su favorito. Era una suposición lógica, pero también he tenido suerte.

Pero solo estar aquí, compartiendo el espacio con él, hace que la estática psíquica propia de lo que hacíamos antes juntos active mi antigua programación. Las bandejas de comida y su vaso de agua son de plástico, pero la cubertería es de metal. No es un metal sólido, aunque sí lo bastante resistente como para sacar un ojo o hacer una buena herida en una garganta. He contado treinta y siete personas en un radio de quince metros desde donde estoy. Veinte hombres y

diecisiete mujeres. Hay salidas en todas direcciones, pero prefiero la de la izquierda, porque la multitud es más densa en esa zona y hay un enorme carro metálico en medio del camino, cargado de bandejas de comida vacías, que podría volcar para bloquear el paso tras de mí. Además, veo una fregona metida en un cubo contra la pared, que podría partir en dos y utilizar como arma improvisada.

Noto el hormigueo de la electricidad en los dedos. Por primera vez en mucho tiempo, vuelvo a sentirme yo. El yo que repartía vida y muerte como si fueran cartas de una baraja. Cojo un poco de *char kway teow* y el sabor de la longaniza me explota en la boca.

Ravi deja el tenedor y coloca una mano sobre la otra delante de él.

—Asumimos que estabas muerto. Así es como suelen acabar estas historias. La mayoría de nuestros activos acaban muertos o huyen. Y tú nunca me pareciste de los que huyen.

—Necesito un favor —anuncio.

Sonríe y me mira con los ojos muy abiertos.

Es audaz por mi parte hacer una petición así.

—Teníamos algo para ti. Era una sorpresa para la reunión que íbamos a tener luego —asegura.

—¿Eran magdalenas? Dime que eran magdalenas, por favor.

—Pues no.

—Qué pena. Oye, me ha atacado un ruso. Alto, con una cresta tipo mohicano. —Le enseño el antebrazo—. Con cinco puntos aquí, como los de un dado.

Ravi abre la boca como si fuera a decir algo, pero se lo piensa mejor y cambia de táctica.

—Siempre hay un ruso, ¿verdad?

—¿Lo conoces?

—No me das muchas pistas. El tatuaje es popular entre los criminales rusos. Se supone que significa que han pasado tiempo en la cárcel. El punto en el medio lo representa a él, y los otros cuatro que lo rodean son torres de vigilancia. —Se queda callado un momento y mira a la multitud. No sé si está buscando a alguien o las palabras adecuadas—. Francamente —continúa—, me sorprende que todavía esté vivito y coleando después de haber tenido un encuentro contigo.

Pienso en hacer mi rutina de respiración, pero hasta eso me parece una muestra demasiado clara de vulnerabilidad.

—Esta mañana no he desayunado y, aun así, he podido neutralizar a dos hombres en un lugar lleno de gente sin que se haya dado cuenta nadie —replico—. Y sigo siendo lo bastante bueno para encontrarte en un país con cinco millones de personas solo dos horas después de haber bajado del avión. ¿Se ha hablado algo que tenga que ver conmigo? ¿Hay alguna razón para que alguien quiera venir a por

mí?

Se recuesta en la silla, vuelve a coger el tenedor y sigue comiendo.

—Yo no he oído nada. Como seguro que ya te imaginas, le he comunicado al director que te has puesto en contacto conmigo...

—Chivato.

Arquea una ceja. Le hago un gesto con la mano para que siga.

—Le ha sorprendido —asegura Ravi—. Pero la sorpresa se convirtió enseguida en enfado. En este trabajo no desapareces sin más. Quería que movilizara a Azrael.

A Ravi le encantan las referencias bíblicas. Aunque yo nunca he conocido a Azrael, su reputación lo precede como una nube de tormenta. Es el segundo mejor asesino de la Agencia y estoy seguro de que, después de que yo desapareciera, fue él quien ocupó el sitio que dejé vacante.

—Enviar a una panda de imbéciles a por mí es una cosa, ¿pero mandar a otro profesional? Eso es como intentar parar un huracán con una bomba atómica —explico.

—Yo no quiero empezar una guerra —aclara Ravi—. El director ya se ha calmado un poco. Quiere hacerte una oferta.

—¿Cuál es?

—Sal del dique seco y cuenta lo que has estado haciendo durante todo este año. El director querrá cobrarte un precio para que demuestres que sigues manteniendo tus lealtades. Conociéndolo, pedirá un pago en carne, literalmente. Pero yo intercederé por ti. Te ayudaremos a encontrar y eliminar al ruso. Después volverás a trabajar al día siguiente, aunque estarás atado en corto durante un tiempo.

Lo pienso.

No dice mucho de mí que lo haga.

Sería tan fácil como ponerse un par de zapatos viejos. Significaría tranquilidad y seguridad, no solo para mí, sino también para Astrid, P. Kitty y mi grupo de rehabilitación.

Si es que se trata de una oferta real. Podría ser algo para que pase por el aro y que así les sea más fácil clavarme un puñal por la espalda. Aprieto un poco más el cuchillo de mantequilla sin punta que tengo en la mano y noto esa energía divina recorriéndome las venas.

Tal vez esta es la persona que soy y no puedo cambiar.

Entonces pienso en lo que diría Kenji: «Deja que eso salga y que dios entre».

Suelto el cuchillo y lo dejo en la mesa.

—¿Has oído hablar alguna vez de Kurt Gödel? —pregunto.

—Era un matemático alemán —contesta Ravi.

—Correcto —respondo, cojo de nuevo el tenedor y como un poco

de un plato con huevo—. Desarrolló una teoría que denominaba el teorema de la incompletitud. Se supone que las matemáticas son un sistema verdadero y definitivo, porque uno más uno siempre son dos, ¿no? No me voy a poner a explicártelo en profundidad ahora, porque seguro que no lo haría bien, pero ese teorema afirma que cualquier conjunto de reglas que propongas como base para las matemáticas estará inevitablemente incompleto. Siempre habrá hechos ciertos sobre los números que no se podrán probar con esas normas.

—¿Y qué significa eso?

—Que las matemáticas son un sistema imperfecto. —Dejo el tenedor y me levanto de la mesa—. Nos vemos, Ravi.

—¿Por qué lo dejaste, Mark? ¿Fue por una mujer? Igual que pasa con los rusos, siempre hay una mujer.

—Me he tomado un descanso.

Ravi sonríe, y eso me deja sin aliento.

—Sabía que había algo diferente en ti.

Lo ve. Me pregunto qué es lo que me ha delatado. No importa. Levanto la mano y me rasco detrás de la oreja, la señal que Astrid y yo hemos acordado. Unos segundos después aparece un punto rojo luminoso en su pecho.

—Tienes algo en la camisa, amigo —digo.

Baja la vista y se ríe.

—Yo también he visto esa película. Le has dado a alguien dinero y un puntero láser. ¿Y para qué? ¿Para intimidarme? Por favor... —Se pasa el dorso de la mano por encima del punto, como si se estuviera quitando una mota de polvo.

Apoyo las manos en la mesa y me acerco lo bastante para que pueda oler lo que acabo de comer.

Y saco la parte más salvaje de mí.

—¿Quieres arriesgarte? —pregunta Caballo Pálido.

Se le abren un poco los ojos y se yergue unos centímetros. Sea lo que fuera lo que ha sospechado un momento antes, ya se ha desvanecido. Se acuerda de lo que soy capaz. Sabe que podría dispararle en el corazón y largarme de allí antes de que nadie intentara detenerme o salvarlo.

Me doy la vuelta y desaparezco entre la multitud sin que le dé tiempo a pensarlo demasiado.

Astrid sale de detrás de un puesto con el puntero guardado en el bolsillo. Le cojo la mano y los dos salimos al sol ardiente que cae a plomo fuera del mercado.

—Ha sido divertido —dice con un toque de entusiasmo en la voz.

Hay algo en su reacción que me hace sentir raro, pero no quiero perder el tiempo analizándolo.

Unas luces de neón rosas y azules iluminan el barrio de Geylang.

Está al norte del distrito empresarial central, pero cualquiera diría que se trata de un país diferente. Aquí no hay rascacielos ni turistas, solo tiendas que también sirven como vivienda y trabajadoras sexuales. Hay muchos ojos fijos en mí. Soy la única cara blanca que he visto desde que me bajé del metro y llamo la atención como un gato en un parque para perros.

Me alejo de la acumulación de gente de Geylang Road y paseo por los *lorongs*, las callejuelas donde se nota menos bullicio. Hay algún burdel que otro, donde se ven mujeres sentadas en sillas plegables o de pie junto a la acera, en grupitos, fumando y vestidas con unas prendas diminutas y trasparentes. Cuando mi mirada se cruza con la de alguna de ellas, me saluda con la mano, pero cuando las ignoro y continúo caminando no me siguen.

Singapur es una especie de zona gris en lo que respecta al trabajo sexual. La prostitución no es ilegal, pero sí lo es tener un burdel o ejercerla en la calle. Pero la mayoría de las autoridades toleran la actividad. Y en este barrio puedes encontrarte con unos cuantos burdeles y al volver la esquina darte de bruces con una hilera de pequeños templos budistas. Así que hay que recorrer la zona con precaución y someterse a un juicio espiritual silencioso.

Pero si quieres encontrar la poca actividad delincuencial que hay en Singapur, este es el lugar. Se esconde entre las sombras, pero yo sé dónde buscar. Astrid ha protestado, todavía exaltada por el éxito del encargo que tenía que ver con Ravi, pero esto tengo que hacerlo solo.

Es una locura incluso que siga en la ciudad. La Agencia ya habrá movilizado un pequeño ejército. Pero volcarán sus recursos en el aeropuerto, las estaciones de tren y las terminales de autobús. Esperarán que huya, no que me quede a pasar el rato. Eso me da un poco de tiempo.

A menos que tengan acceso a la red de vigilancia local, que estoy convencido de que así es. Incluso en esta parte de la ciudad hay cámaras sobresaliendo por todas partes: cuelgan de las farolas y asoman en las esquinas. Sé cómo apartar la cara y que no me la puedan escanear completa, pero hay demasiadas para poder zafarme de todas.

Trabajar para la Agencia tiene sus ventajas. Tus huellas, imágenes de reconocimiento facial e historial laboral y familiar... Todo ha dejado de existir. Si alguien busca alguno de esos datos, solo encontrará un leve rastro, pero nada más. Eso me ha venido muy bien hasta ahora, pero fue la Agencia la que le dio a algún botón para borrarlo todo del mapa, lo que significa que puede volver a pulsarlo cuando quiera. Puede que lo hiciera en cuanto me puse en contacto con Ravi, pero nadie me estaba esperando en el aeropuerto, y eso es una buena señal.

Ravi.

Su oferta de salir del retiro no hace más que darme vueltas en la cabeza.

Por eso lo que estoy haciendo ahora mismo es necesario. Dar un paso adelante, alejarme aún más de la encrucijada en la que me vi hace un año. Por suerte para mí, aunque el ruso se llevó mi cuaderno, la información que hay en su interior la llevo grabada a fuego en el pecho.

De repente, me doy cuenta de lo solo que estoy ahora mismo y que podría perfectamente estar recorriendo una calle tranquila de camino a encontrarme con una sentencia de muerte. Saco el teléfono y llamo a Kenji. Lo coge al primer tono.

—Estás bien —dice casi sorprendido, algo que me molesta un poco.

—¿Cómo están todos?

—A salvo. ¿Y tú?

—He encontrado a mi antiguo jefe. No sabe nada sobre esta adquisición reciente. Pero me ha ofrecido mi antiguo trabajo.

—¿Y cómo te ha hecho sentir eso? —pregunta Kenji.

Me quedo callado el tiempo suficiente como para que no haga falta que responda.

—Es normal que te lo hayas pensado —asegura—. Este proceso no es perfecto. Tú no eres perfecto. ¿Qué es lo que te digo siempre? Deja que eso salga...

Espera a que yo termine la frase.

—Y que dios entre.

Tampoco es que ninguno de los dos creamos en Dios. Es lógico después de las cosas que hemos hecho. Uno de los principios básicos de Alcohólicos Anónimos es rendirte ante un poder superior, sea cual sea para ti ese poder. Pero nosotros nos considerábamos dioses, porque hacíamos lo mismo que ellos: repartíamos muerte, decidíamos quién vivía. Así que decir: «Deja que eso salga y que dios entre» para los Asesinos Anónimos significa: «Tú no eres un dios, eres un ser humano, y lo que has hecho lo han sufrido otros seres humanos».

Y este es justo el momento en que tengo que rumiar eso un poco, aunque se me quede metido entre los dientes.

—Cambiando de tema, estoy a punto de hacer mi primera reparación —le anuncio a Kenji.

—Mark, no estás preparado para pasar al noveno paso —advierte—. Primero tenemos que sentarnos a revisar tu lista y decidir entre los dos quién es el mejor candidato para hacer una reparación directa.

—Pero he venido hasta aquí. Y la verdad, teniendo en cuenta todos los factores, me parece algo providencial —afirmo—. Creo que

necesito hacerlo. Poner en juego el balón. Ya te he hablado de este. Mi primer trabajo.

Kenji suspira.

—Va a ser incómodo. Ten cuidado. No lo alargues.

—Gracias, amigo.

—¿Mark?

—¿Qué?

—Estoy orgulloso de ti —dice, pronunciando las palabras muy despacio, asegurándose de que hacen su efecto.

Y lo consigue.

—Yo también te quiero —contesto.

Colgamos porque me estoy acercando a mi destino: un edificio de apartamentos muy cuadrado y ruinoso que sobresale en medio de una larga hilera de casas adosadas de tres plantas idénticas.

El Fuji Majestic.

También conocido, no por mucha gente pero sí por mí, como la base de operaciones de la Tríada local.

Dentro, si la información que he encontrado en Via Maris es correcta, estará uno de sus lugartenientes: Xie Yang, al que todo el mundo llama Billy. Su padre era Wen Yang, un sicario de la Tríada que hace muchos años salió al balcón de una habitación del hotel Millennium a fumarse un cigarrillo y acabó con el cuello roto por culpa de un asesino estadounidense.

De tal palo, tal astilla, parece.

Hay más de un motivo por lo que esto me resulta tan providencial.

Uno, porque no quiero hacer esto, lo que siempre es una buena razón para enfrentarte a algo que tiene que ver con la rehabilitación.

Y dos, porque me parece adecuado que mi primera reparación tenga que ver con el primer hombre que maté cuando me convertí en asesino para la Agencia.

Hay un hombre fumando junto a la puerta principal. Veintitantos, cabeza rapada, perilla bien arreglada, camiseta de tirantes rosa fluorescente. No es Yang. Sospecho que, cuando lo vea, me voy a encontrar con una versión de su padre. Me dirijo hacia donde está ese tío y me acerco, no demasiado como para faltarle al respeto, pero sí lo bastante como para demostrar que no le tengo miedo.

—He venido a ver a Billy —le digo.

El hombre le da una calada profunda al cigarrillo, tira la colilla a la calle que hay detrás de mí, se coge las manos y las coloca delante del cuerpo, todo eso sin apartar los ojos de mí.

—Dile que quiero hablar con él de su padre —añado.

El hombre se me queda mirando un momento más y después cruza la puerta.

Seguro que me ha entendido. En Singapur hablan bien mi idioma, sobre todo los jóvenes. A través de la puerta de seguridad metálica lo veo recorrer un pasillo mal iluminado y subir a un ascensor.

Espero caminando en círculos y pensando en lo que quiero decir. No se me ocurre nada, así que voy a tener que improvisar sobre la marcha, algo que seguro que es muy mala idea, pero es que todavía estoy en proceso de aprendizaje.

El hombre regresa, abre la puerta y me hace un gesto con la cabeza para que lo siga. Antes no llevaba ningún arma, pero ahora se ve claramente el revelador bulto de una pistola en la cintura, muy mal escondida en la parte delantera de los pantalones. Es una estupidez. Así no la va a poder sacar rápido. ¿Por qué hace eso la gente?

Las películas, esa es la respuesta. Siempre es culpa de las películas.

Nos subimos al ascensor en silencio y después cruzamos un largo pasillo. Tras una puerta se oye una música atronando. Al otro lado de otra llora un bebé. Me estoy arrepintiendo. Creo que debería haber huido nada más salir del mercado.

El hombre me acompaña hasta una de las puertas, la abre y me deja pasar primero. No me gusta que se quede detrás de mí. Esperaba encontrarme un apartamento, pero lo que hay es un salón convertido en una oficina decorada por un adulto al que le gustan las mismas cosas que a un adolescente.

Está iluminada con una luz indirecta morada y en la pared hay pósteres enmarcados de películas clásicas de kung-fu y de acción: *El mono borracho en el ojo del tigre, Los cinco venenos, El mono de hierro, El luchador manco contra la guillotina voladora, El asesino, Juego sucio* y unas cuantas que no reconozco.

En la pared del fondo destaca un escritorio de madera tan grande que parece imposible que haya cabido por la puerta. Detrás hay una vitrina de cristal con armas chinas: espadas de gancho cabeza de tigre, espadas de taichí y un precioso par de cuchillos mariposa. Sentado tras la mesa, donde se ven papeles de fumar, montoncitos de marihuana hechos con poco cuidado y un revólver Taurus 856 plateado y reluciente, hay un hombre joven chino que lleva un chándal rojo y unas Nike blancas.

En mi mente veo a su padre. Tienen la misma cara de aire infantil, aunque eso no sirve para suavizar el odio que hay en sus ojos. No esperaba que nadie viniera a abrir esa herida esta noche.

En la pared, a su izquierda, hay un póster de la película *Hervidero*. Lo señalo con un gesto de la cabeza.

—Un clásico. Chow Yun-Fat, el Tom Cruise chino, ¿no?

—¿Quién eres? —pregunta—. ¿Y qué es lo que sabes sobre mi padre?

—Oye —digo, mirando al tío que tengo detrás y que está acercando despacio las manos a la cintura, demostrando lo pringado que es—, creo que sería mejor que habláramos de esto en privado.

Oigo como la piel del hombre que tengo detrás roza el metal del arma cuando la envuelve con la mano. Toda esa programación antigua... No es que la esté recuperando poco a poco, es que aparece al instante. No creo que me vaya a disparar, así que le dejo sacar el arma y ponérmela en la nuca. Si eso le hace sentir mejor...

Billy sonríe mientras ve esta escena desarrollarse ante sus ojos.

El problema es que el hombre con el arma ha hecho lo más tonto que se le podía ocurrir: se ha acercado demasiado. La distancia de seguridad mínima para retener a alguien a punta de pistola son seis metros y medio. Si la separación es menor que eso, puede pasar cualquier cosa. El arma puede fallar. La adrenalina interfiere con la motricidad fina; no todo el mundo tiene una relación personal tan íntima con esa hormona como yo. Apuntar y disparar es más difícil de lo que la gente cree. Si este tipo fuera un profesional, como mínimo, habría dado unos cuantos pasos atrás.

Me quedo quieto, imperturbable, y me aseguro de que los dos se percatan de ello.

—No he venido a hacerte daño —le digo a Billy—, solo a decirte algo que creo que debes saber. Mi intención es tener una conversación respetuosa, y no puedo hacerlo en estas circunstancias. Así que te lo voy a preguntar una sola vez y con educación. ¿Podrías decirle a tu amigo que aparte la pistola y nos dé cinco minutos?

Billy sentía cierta curiosidad, pero se está aburriendo de esto. Mira a su alrededor, a la oficina inmaculada, y no me sorprende lo más mínimo oírle decir:

—Aquí no. Llévatelo al sótano o a otro sitio.

—Está bien —respondo, y antes de que el tipo que tengo detrás sea capaz de procesar del todo la orden, bajo el hombro, doy un paso atrás y le empujo el brazo que tiene el arma para que apunte al techo, por si dispara, cosa que no hace. Después se lo aparto hacia un lado, le quito el arma de la mano, la desmonto y dejo caer las piezas al suelo.

Billy pone la mano sobre la Taurus y yo grito:

—¡Para!

Se queda petrificado y me mira fijamente.

—Te prometo que te puedo quitar esa también. Solo te pido cinco minutos y después me voy.

Billy se queda quieto, suspira y después le hace un gesto al otro para que se vaya.

Cuando nos quedamos solos, cruzo el despacho y me siento en la silla vacía que hay delante de su mesa. Casi siete metros. Debería haber disparado. Billy se recuesta en su silla, pone las Nike en la mesa

y se tumba un poco hacia atrás, intentando trasmitir sensación de poder.

Intenta ocultar que está muerto de miedo.

—Casi no conocí a mi padre —confiesa—. Murió cuando yo tenía doce años. Pero llevaba años sin verlo. ¿Qué es lo que tienes que contarme que crees que necesito saber?

—Yo lo maté —anuncio.

En cuanto las palabras salen de mi boca, siento un alivio enorme.

¿Y no hacía falta más? ¿Solo ser capaz de decirlo? ¿Tan fácil como eso?

Pero entonces Billy salta por encima de la mesa, me tira al suelo y me da un puñetazo en la cara.

Por suerte, en medio de la vorágine, no llega a tocarme la herida del vientre, y me siento agradecido por ello, pero sí consigue la ventaja de ponerse de rodillas para seguir pegándome. Una y otra vez, sin decir nada. Menos mal que la alfombra es gruesa; la forma en que está rebotando mi cabeza no es agradable, pero podría ser peor.

Busco la serenidad de aceptar algo que no puedo cambiar: yo maté al padre de este hombre y ahora él quiere matarme a mí.

Me rompe la nariz. Veo sangre por todas partes. Antes de venir aquí le dejé al conserje del hotel un sobre con mi tarjeta de crédito y el PIN y le dije que, si no había vuelto por la mañana, se lo diera a la mujer que se alojaba conmigo. Astrid estaría bien aunque yo acabara muerto.

Billy me agarra del cuello de la camisa y me atrae hacia él. Levanta el puño. Está cubierto de sangre, temblando por la fuerza contenida, y siento que ese golpe puede ser el que me deje inconsciente.

Y después me llevarán al sótano.

—Dime tu nombre —exige—. Para que sepa cómo se llamaba el hombre que mató a mi padre.

Veo la oportunidad de ser sincero.

Y tal vez también de salvarme la vida.

Si me esfuerzo mucho, tal vez logre convencerme de que eso es lo único que pretendo hacer.

—Mark —contesto—. Pero me conocían como Caballo Pálido.

Billy afloja la mano con la que me agarra y me deja caer al suelo. Mi cabeza rebota sobre la alfombra otra vez. Se quita de encima de mí y se aparta hasta quedar arrinconado en una esquina, como un animal asustado, buscando la salida, pero con miedo de pasar a mi lado para llegar a la puerta. Yo me pongo de rodillas, busco el hueso de la nariz rota y después lo empujo para volver a colocarlo en su lugar. No puedo evitar gritar cuando el hueso araña el cartílago.

—Tú... Tú... —Es lo único que logra decir.

—Sí —contesto, respirando despacio para aguantar el dolor—. Soy yo. ¿Me dejas acabar lo que he venido a decir?

Billy me mira en un estado de absoluta y total confusión. Vuelve a su silla, se sienta y entierra la cabeza entre las manos.

Cree que va a morir.

Dios, el poder que ejerce mi alias sobre la gente.

Ese es el poder que tengo yo.

«No, ya no. No pienses eso.»

Me siento en la silla que hay frente a él. Me duele toda la cara.

—Tu padre era parte de un equipo que protegía a un hombre que intentaba vender una información delicada a gente muy peligrosa —explico—. Le partí el cuello. Creía que estaba salvando el mundo y utilicé eso como excusa para acabar con su vida. No puedo sentarme aquí y decirte que preferiría no haberlo hecho. No estoy seguro de que así sea. Lo que sí puedo decirte es que siento el dolor que eso te causara a ti. No puedo compensártelo. Matarme no lo va a traer de vuelta y te prometo que tampoco te va a hacer sentir mejor. Pero entenderé que hagas lo que necesites hacer.

—Tú... eres Caballo Pálido —dice sin mirarme.

—Sí, eso ya lo tenemos claro.

—Entonces... —Por fin me mira a los ojos, y en su cara aparece una sonrisa de oreja a oreja—. Le acabo de dar una paliza a Caballo Pálido.

Eso no me lo esperaba.

—Sí, si quieres verlo así...

Aplaude, se levanta y se pone a dar puñetazos en el aire mientras da saltitos alrededor de la mesa.

—¡Y a mi padre lo mató Caballo Pálido! ¿Sabes cuánto va a mejorar eso mi reputación?

Es todo tan absurdo que tengo ganas de echarme a reír. Cruza el despacho hasta un minibar y saca dos botellas de cerveza Tiger. Las abre y pone una delante de mí.

—Y ahora me voy a tomar una cerveza con Caballo Pálido —continúa mientras sacude la cabeza y da un trago—. Ese Caballo Pálido. Eres una leyenda. —Me mira de arriba abajo—. Creía que eras más alto. Y que tenías más músculos también. Como Jason Statham.

Consigo contener el suspiro, cojo la botella y doy un trago. La cerveza está helada y alivia un poco el dolor de la paliza que acabo de recibir.

Billy da otro trago largo y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Mira, tío, a mí no me caía bien mi padre. No era bueno con mi madre. Prácticamente nos abandonó. Supongo que en el momento... —Mira a lo lejos, buscando las palabras para expresar lo que quiere

decir, y después continúa—: He pensado que debía hacerte daño porque así es como debe ser, ¿no? Pero en realidad lo que estoy es alucinado de que estés aquí.

El dios que tengo dentro es lo que me ha salvado.

Esto es terrible para mi rehabilitación.

—La venganza nunca te hace sentir como crees —respondo—. Suena muy bien hasta que tienes que vivir con ella. Sé que puede sonar a que estoy intentando salvarme el pellejo, pero esa es la conclusión que yo he sacado.

Me observa mientras le da otro trago prolongado a la botella.

—No sé para qué me iba a servir matarte —concluye—. Ni por el lío que se iba a montar…

Se está envalentonando. Le reconozco cierto mérito por ello.

—Es muy magnánimo por tu parte —digo.

—¿Magnánimo?

—Amable.

Asiente.

—¿Y ahora qué?

—Tú ya tienes una historia que contar. Disfrútala todo lo que quieras. Si de verdad no vas a meterme un tiro en la cabeza, creo que mi siguiente paso es encontrar la forma de salir de este país con vida.

Me mira sin entender y me encojo de hombros.

—Mis antiguos jefes me quieren muerto. Y saben que estoy en Singapur.

Asiente despacio y después dice:

—Te propongo un trato.

Levanto la mano y le hago un gesto para que continúe.

—Te puedo meter en un barco sin problema. Tenemos una ruta que va de Singapur a Yakarta.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Si le voy a decir a la gente que te he pegado y que has matado a mi padre…

Abre un cajón de su mesa y busca algo. Eso que está diciendo me deja un mal sabor de boca. A Caballo Pálido no le dan palizas. Él no deja a la gente con vida. No dejaría que ese crío le partiera la cara y después se fuera de rositas.

Pero ya no soy esa persona. Es solo una historia que me contaba y estoy intentando cambiarla. ¿Qué importa si el argumento cambia de dirección?

—Quiero un *souvenir* —proclama.

Coloca sobre la mesa una daga de acero de Damasco con un mango de madreperla.

—No me importa que sea la mano no dominante —prosigue—. Aunque mi padre fuera un cabrón, me parece un precio justo, ¿no?

Inspirar cuatro segundos, contener otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro.

Apoya las palmas en la mesa y sonríe, esperando a ver qué digo.

Me levanto y cojo la daga. Siento el peso en la palma, la agarro bien, la hago girar en la mano y después la clavo en la madera de la mesa, justo entre los dedos corazón y anular de su mano izquierda.

—Tu *souvenir* es que te deje vivir —responde Caballo Pálido.

Palidece al oírlo. Le tiendo la mano y me la estrecha con una expresión indescifrable.

—No tengo que salir de la ciudad yo solo —añado—. Voy con alguien. Y viajamos con un gato.

Saca un trozo de papel, escribe algo con las manos temblorosas y después me lo da.

—Estad en esta dirección dentro de dos horas. Pregunta por Xiao.

Me acabo la cerveza y dejo la botella en la mesa.

—Gracias —digo.

Cuando voy de camino a la puerta, vuelve a hablar.

—Oye, tío, creo que necesito que compartas conmigo algo de tu sabiduría antes de irte. Tengo veintiséis años y dirijo la Tríada de Singapur. ¿Qué le dirías a tu yo de veintiséis años si pudieras hablar con él ahora?

Lo pienso un momento y después le digo:

—Sé astronauta.

Y me voy sin ver su reacción al oír esas palabras.

Las gotas de lluvia se estrellan contra el parabrisas del taxi cuando para delante del hotel. Pago al taxista con unos cuantos sings, salgo y lo veo alejarse. Me quedo solo en una calle flanqueada por árboles al lado de la autopista.

Espero que Astrid se haya calmado un poco. No le ha gustado el alojamiento: un hotel de dos estrellas bastante lejos del centro de la ciudad, que además no tiene spa. Ella quería que encontráramos una habitación en Marina Bay, pero allí hay vigilancia por todas partes.

Pero nos ha venido bien: desde aquí solo hay un trayecto de diez minutos a pie hasta Jurong Port, donde se supone que debemos encontrar a Xiao, si es que existe y Billy no tiene intención de aparecer con un ejército de miembros de la Tríada. Aunque lo dudo. Creo que he conseguido impresionarlo y, a la vez, darle un buen susto.

Echo hacia atrás la cabeza y miro al cielo. Unas cuantas gotas de lluvia me caen en la cara.

Lo de adoptar mi antiguo personaje ha sido para sobrevivir.

Ignoro el hormigueo que siento en los dedos y la sensación de ligereza en el pecho.

Recuerdo el miedo en los ojos de Billy cuando he clavado la daga un par de centímetros en la madera de la mesa.

El temor que se le tiene a un dios.

Llamo a Kenji, pero no contesta. ¿No es... mediodía allí? Debería estar pendiente de mi llamada para saber cómo me ha ido. Acabo de hacer mi primera reparación. Es algo muy importante. Tal vez esté ocupado y me llame dentro de unos minutos. Eso es lo que hace siempre.

El vestíbulo está vacío, aparte del hombre indio atractivo que hay tras el mostrador, con un chaleco azul y unos cuernos de reno de fieltro en la cabeza. Levanta la vista solo un segundo cuando entro. Subo al ascensor y busco en el bolsillo mi tarjeta llave. Nos queda una hora antes de que tengamos que salir para el puerto. Ojalá me diera tiempo a ducharme, pero tras dejar a Billy, por si acaso, cogí un tren hasta el extremo oeste del país para después volver hasta aquí en taxi. Si alguien me estuviera siguiendo, lo habría detectado o perdido en el proceso.

Llego a la puerta que hay al final del pasillo y llamo: dos golpes, uno y luego dos, para que Astrid sepa que soy yo. Un momento después, responde.

Tres golpes.

Se supone que deberían ser dos.

Eso significa que tengo que tomar una decisión rápido. Hay alguien ahí dentro, pero no es posible que todas las fuerzas de la Agencia estén aquí, o me habría encontrado una Taser en el cuello nada más salir del taxi. No quiero dejarla abandonada, así que abro la puerta y me la encuentro de pie junto a las camas, con una expresión en la cara que se parece bastante a la de Billy después de que clavara el cuchillo en la mesa.

Hay dos hombres en un extremo de la habitación, vestidos totalmente de negro. Ambos tienen el ceño fruncido de una forma que parece ensayada y el tipo de músculos que solo se consigue con la ayuda de una aguja. Eso es lo primero que los identifica como material de segunda categoría. La cabeza rapada del de la izquierda tiene el mismo perímetro que su cuello; el tipo de la derecha lleva una barba de vikingo y el pelo recogido en una coleta.

No son como yo, son más bien objetos contundentes; lo bastante fuertes para causar daño, pero no lo suficientemente inteligentes para librarse después, así que son prescindibles, en definitiva.

El de la cabeza rapada (al que mentalmente voy a llamar Cuello de Toro) tiene la mano apoyada en el arma que lleva en una funda en la cintura y el dedo en el seguro.

—El resto del equipo está de camino. No tardarán.

—¿Estás herida? —le pregunto a Astrid.

Niega con la cabeza. No se ve a P. Kitty por ninguna parte. Su trasportín está en un rincón, vacío. Es un gato listo. Bueno, la verdad

es que no; se ha quemado la lengua cinco veces por mordisquear cables eléctricos, pero seguramente habrá tenido suficiente cerebro para esconderse bajo la cama.

Cierro el ojo derecho y le digo a Astrid:

—No va a pasar nada.

Se sienta en una de las sillas libres. Estamos en un microhotel, así que la habitación es más larga que ancha. Hay una mesita y dos sillas a mi derecha. A la izquierda, una cocina americana y la televisión. Más allá hay una plataforma elevada con dos camas casi juntas, con los cabeceros pegados a la pared de la derecha y un espacio de unos treinta centímetros a su izquierda.

Los dos hombres están de pie en un extremo de la habitación, de espaldas a la ventana, que queda oculta tras las cortinas opacas, que están echadas.

Levanto la mano y me froto el ojo derecho cerrado.

—Oye, ¿qué haces? —dice el de la coleta.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué haces con el ojo?

—Se me ha metido algo. Polvo, seguramente.

Cuello de Toro saca la pistola y la mantiene junto al costado.

—No te muevas, jefe. Las órdenes son atraparte con vida, pero pueden pasar cosas, ¿sabes? Y seguro que me ascienden si me convierto en el tipo que se cargó a Caballo Pálido.

Hay un neceser en la mesa, que habrá traído Astrid. No es lo ideal, pero puedo hacer algo con eso.

El de la coleta carraspea.

—¿Entonces eres tú? —Hay cierta reverencia en su voz.

—En carne y hueso.

—Pues a mí no me pareces para tanto —dice Cuello de Toro.

Aunque no lo dice con voz del todo firme.

Sigo frotándome el ojo con cuidado.

—La gente exagera cuando cuenta las historias. La verdad es que vosotros dos sí que parecéis bastante duros, así que no tengo intención de hacer ninguna estupidez.

—Deberíamos usarte de saco de boxeo por lo que has hecho —amenaza Cuello de Toro—. Pero parece que se nos ha adelantado alguien.

Necesito un momento, pero entonces lo recuerdo: Billy.

—Pues deberíais ver cómo ha quedado el otro —respondo—. No tiene ni un rasguño.

—No te preocupes —continúa Cuello de Toro—. Antes de que esto termine, vas a ver de lo que soy capaz. Te lo mereces.

—En general, seguro que sí, ¿pero a qué te refieres exactamente?

—A que me he despertado con la cabeza metida en un inodoro.

Ah, son los matones que protegían a Ravi en el mercado. Los neutralicé tan rápido que ni me fijé en sus caras. Aunque no se lo voy a decir, porque seguro que eso no hace que me vean con mejores ojos.

—Ya, tío, entiendo que no ha sido muy agradable —respondo—. Pero no era nada personal. De verdad que lo siento.

Astrid está a tres metros y medio de mí y fuera de la línea de fuego del tío de la pistola. El de la derecha no ha sacado la suya todavía. Los dos están a menos de seis metros de mí. Las cosas no pintan bien para ellos.

Hundo los hombros, todavía tapándome el ojo con la mano.

—La verdad es que me da igual —prosigo—. Estoy muy cansado. Cansado de huir, de vivir así. De tener miedo siempre. Es como si mi vida pudiera terminar en cualquier momento, ¿sabéis? La gente cree que ser Caballo Pálido es algo muy divertido, pero es duro. Es difícil estar a la altura de tantas expectativas.

Cuello de Toro se ríe.

—Vaya quejica estás hecho.

—Oye, Astrid...

—¿Qué?

—¿Dónde está P. Kitty?

—Debajo de la cama.

—Ah, ha sido listo. Oye, tío, no sabéis mucho de piratas, ¿verdad?

Antes de que puedan responder, muevo rápidamente la mano y apago el interruptor que está en la pared a mi lado. Con las cortinas echadas y sin ninguna otra fuente de luz en la habitación, nos quedamos todos completamente a oscuras. Pero como yo ya llevo varios minutos con el ojo derecho cerrado, este ha tenido tiempo de adaptarse a la oscuridad, no del todo, pero bastante más que los de los matones.

Cierro el ojo izquierdo, abro el derecho y así puedo distinguir las siluetas de los dos hombres al otro lado de la habitación. Ellos lo ven todo negro. Astrid se tira al suelo. Agarro el neceser y echo hacia atrás el brazo para coger impulso y golpear con él a Cuello de Toro, porque es el que ya tiene el arma en la mano. Le da en plena cara. Echo a correr, doy un salto por encima de la primera cama y me estrello contra él con las rodillas por delante. Él impacta con fuerza contra la pared. El de la coleta está registrando la habitación, buscándome, pero sigue sin ver nada. En cuanto aterrizo en el suelo, recupero el equilibrio y le doy una patada en un lado de la rodilla.

Me giro hacia Cuello de Toro, que está un poco agachado, y le golpeo la cabeza con la rodilla unas cuantas veces, haciendo que rebote contra la pared. Suelta la pistola. El panel de yeso de la pared se agrieta y se rompe. Le doy otra patada lateral en el hombro al de la coleta para tumbarlo y evitar que le dé tiempo a ubicarse y sacar el

arma. Tengo que prestar atención para no tirar a ninguno contra la ventana: estamos en la planta octava, así que una caída desde allí supone una sentencia de muerte.

Cuello de Toro se desploma en el suelo. Me giro y le hundo el puño al de la coleta en el estómago, pero mi mano rebota en el chaleco antibalas reforzado que lleva bajo la camisa. Es como darle un puñetazo a un saco de boxeo demasiado lleno. Eso le da la oportunidad de lanzarse a por mí y acorralarme con su cuerpo en un espacio reducido. Me rodea el cuello con el brazo y me retuerzo hasta que encuentro un punto débil desprotegido, levanto el codo y le pego con él en la mandíbula.

Se tambalea, a punto de caer por la ventana, pero lo agarro del cuello de la camisa y tiro de él. Después le doy una patada en la rodilla y, cuando cae, le clavo la rodilla en un lado de la cabeza.

Unas manos me rodean la garganta. Cuello de Toro jadea junto a mi oreja.

—Esto lo voy a disfrutar.

Antes de que me dé tiempo a pensar cómo liberarme, lo oigo gritar y cae hacia atrás sobre la cama. Se toca la parte trasera de la rodilla, sin dejar de gritar, mientras Astrid levanta el pie bien alto, como si estuviera ejecutando un paso de ballet, y le patea con fuerza la frente. En el momento de golpearlo ella gruñe con un nivel de salvajismo sorprendente. Cuello de Toro se queda inconsciente y el de la coleta no está listo para el segundo asalto tampoco.

—No me esperaba eso —le digo a Astrid—. ¿Podrías encender las luces?

Tras unos segundos de búsqueda y gruñidos, la habitación se ilumina. El resplandor repentino me hace entornar los ojos. Parpadeo y compruebo que los dos hombres siguen con vida; ambos gimen, tirados en el suelo. Cuello de Toro lleva unas cuantas bridas gruesas en el cinturón y las uso para atarles las manos y los tobillos, antes de cachearlos y quitarles sus posesiones. Desmonto las armas y doblo los muelles de retroceso para que no vuelvan a encajar de nuevo. Destrozo de un pisotón los dos teléfonos y me guardo su dinero en el bolsillo.

—Mark, ¿qué demonios está pasando? —pregunta Astrid.

Me tiro al suelo y encuentro a P. Kitty bajo la cama, acurrucado en una esquina. Tengo que estirarme todo lo que puedo para agarrarlo de la pata y atraerlo hacia mí. Cuando lo tengo más cerca, lo sujeto por la piel de la nuca y se queda paralizado. Así puedo meterlo en el trasportín.

—Perdona, amiguito —me disculpo—. No tenemos tiempo para sutilezas. Te prometo que te lo compensaré.

—Mark, yo... —empieza a decir Astrid.

—Coge tus cosas, nos vamos.

Mientras repaso la habitación para asegurarme de que no queda nada aquí que necesite, se oye un ruido de estática que proviene de una de las figuras del suelo.

—Eco, responda. ¿Objetivo a la vista? —dice una voz masculina.

Busco en el chaleco del de la coleta y encuentro la radio.

—Todavía no —respondo.

—Hemos revisado todo Marina Bay. Envío refuerzos. Informe en cuanto llegue el objetivo.

—Entendido. Cambio y corto. —Apago la radio y la destruyo.

—¿Y ahora qué? —Astrid tiene sus pertenencias ya metidas en una mochila pequeña que compramos en el aeropuerto y lleva en la mano el trasportín.

—Vamos a dar un paseo en barco —anuncio.

—¿Adónde?

—A Yakarta.

Decidimos utilizar las escaleras en vez del ascensor. Mientras bajamos, solo puedo pensar en una cosa: debería volver y matarlos. Dejarlos con vida es un error. Podrían liberarse y venir a por nosotros. O alertar a los demás equipos de la Agencia para que vengan más rápido. Incluso hacerles daño a Astrid y P. Kitty. No es solo que los números no estén a su favor, es que noto algo en mi interior que intenta llamar mi atención, una sensación física de que me falta algo y que ver como la vida se apaga en sus ojos conseguiría llenar ese vacío.

Mientras, Astrid me mira como si no supiera si darme las gracias o un puñetazo en las pelotas por haberla metido en esto.

—¿Piratas? —pregunta al fin.

—Se cree que los piratas llevaban sus famosos parches en un ojo para que este estuviera siempre adaptado a la oscuridad. Así podían pasar con más facilidad de la cubierta superior a las inferiores.

—¿Y qué coño le ha pasado a tu cara?

—¿Mi cara?

—Pareces una chuleta cruda.

—Eso ha sido consecuencia de una situación que no tiene nada que ver con esta, relacionada con otra persona completamente ajena que también quería matarme. He tenido un día muy completito. ¿Dónde aprendiste a pelear?

—¿Y por qué has asumido que no sabía hacerlo?

He visto tal eficiencia en su movimiento que me hace preguntarme cuántas cosas no sé de ella, pero no tengo tiempo para indagar. Al menos me resulta reconfortante pensar que tengo la espalda mejor cubierta de lo que creía.

Abrimos la puerta y el vestíbulo está vacío. No me molesto en notificar nuestra salida en recepción; no quiero que vaya alguien a

limpiar la habitación, libere a los matones y estos puedan avisar a los demás. Siento una punzada en el vientre. Tengo sangre manchándome la camisa. Genial. Se me habrá saltado un punto. Algo más de lo que preocuparme.

Antes de llegar a la puerta principal, oigo:

—Señor Joubert —el recepcionista con los cuernos de fieltro se acerca a nosotros mostrando su brillante sonrisa hospitalaria—, ¿dejan el hotel?

—No, solo vamos a llevar unas cosas al coche. Volveremos a la habitación enseguida.

Mira el trasportín, pero se encoge de hombros y me tiende un trozo de papel doblado.

—Alguien ha dejado esto para usted.

Me lo da y vuelve al mostrador. Astrid mira por encima de mi hombro mientras lo leo.

TE ENCONTRARÉ VAYAS ADONDE VAYAS, KOTENOK.

Sinceramente, no sé qué es peor: que el ruso estuviera en este hotel, disfrutando de este jueguecito suyo que pretende volverme loco, o que, cuando salimos y miro el teléfono, me doy cuenta de que Kenji no me ha llamado.

6

«Saludar con una reverencia es una expresión de respeto y gratitud hacia el oponente que nos brinda la oportunidad de mejorar nuestra técnica.»

JIGORO KANO, fundador del judo

Praga Cinco años antes

Me acerco las manos a la boca y les echo el aliento. Debería haber traído guantes. La nieve cae con fuerza y el toldo bajo el que me he refugiado apenas logra protegerme de ella. La verdad es que resulta asombrosa la forma en que la nieve, iluminada por las luces amarillas de vapor de sodio, trasforma este polígono industrial silencioso en un lugar radiante. Inspiro el aire frío hasta llenar los pulmones e intento disfrutar de la tranquilidad del momento.

Porque muy pronto quedará interrumpida por el caos.

Saco la tablet de debajo del abrigo y miro la imagen en directo de las cámaras que instalé en el interior del ruinoso almacén esta mañana. Sigue habiendo solo unos cuantos matones fumando y jugando a las cartas. Ni rastro del objetivo: Daisuke Sakai, un *kumicho* (jefe supremo) de la Yakuza.

Sakai ha venido para vender un cargamento de armas al Club Social Nacionalista, un grupo neonazi que tiene su núcleo principal en los Estados Unidos, pero que recientemente se ha empeñado en revolver el avispero en Francia, Hungría y Alemania. La información de la Agencia dice que planean algo grande y violento, y la OTAN ha decidido extraoficialmente que, dado que ese grupo ha surgido en los Estados Unidos, es problema nuestro eliminarlo. Además, las armas han salido de manos de un traficante afgano a quien, por supuesto, originalmente se las vendieron los Estados Unidos.

Menuda maraña de mierda hemos creado.

Y ahora me toca a mí desenmarañarla.

Sakai, junto con un grupo de sus hombres, y más o menos una docena de neonazis, ya tendrían que estar aquí, pero aún no han llegado. Y esta mañana el pronóstico del tiempo no decía nada de que iba a nevar.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Ravi.

RAVI: ¿Informe de situación?

YO: Nuestros amigos llegan tarde.

RAVI: Será por culpa del tiempo.

YO: Eso he pensado. Oye, ¿adónde puedo ir a comer cuando acabe?

RAVI: La Degustation. Tiene estrella Michelin. Comida checa tradicional. Increíble.

YO: Gracias, pero ¿a ti te pagan dietas?

RAVI: No, pero no estoy casado ni tengo hijos. ¿En qué me voy a gastar el dinero si no?

RAVI: Tu vuelo sale mañana, pero puedo retrasarlo un día.

YO: ¿Es seguro?

RAVI: ¿Te preocupa?

YO: No. Intentaré reservar. ¿Quieres venir?

RAVI: Estuve allí ayer, pero no me importaría ir otra vez.

Miro la web del restaurante: ningún hueco para cenar mañana, pero hay una mesa libre a las 13:30. La reservo con el nombre de George Joubert y le paso la información a Ravi.

Será agradable. Ravi me dirá lo bien que he hecho el trabajo y se ofrecerá a pagar la cuenta. No es una mala forma de terminar una misión.

Después sigo esperando.

Una gran parte de este trabajo consiste en matar el tiempo.

La nieve sigue cayendo. Saco la tablet otra vez y compruebo por cuarta vez el estado de los programas que apagarán las luces y activarán las granadas de aturdimiento y los relés de los botes que llenarán el espacio de gas BZ. Me cuesta contener la excitación.

También conocido como bencilato de 3-quinuclidinilo, es un gas que produce disfunción cognitiva, delirios y alucinaciones. Normalmente cuesta encontrarlo, pero estamos en Europa del Este, y aquí hay quien compra este tipo de cosas. Llevo muchísimo tiempo queriendo probarlo. La información que tenemos indica que puede haber hasta veinte hombres; eso no me preocupa demasiado, pero mi trabajo resultará mucho más fácil si todos están flipando y desorientados.

Satisfecho porque todo está en su sitio y preparado, vuelvo a mirar las cámaras (sigue sin haber rastro de los idiotas que faltan) e intento calentarme las manos otra vez. El aire está inmóvil y reina una quietud tan atronadora que casi se oye la nieve azotar el suelo. Hay tanto silencio que prácticamente se convierte en una capa de sonido propia, y por su culpa está a punto de escapárseme un ruido: el suave crujido que se produce al pisar la nieve.

Viene de mi izquierda. Saco la siempre fiable SIG Sauer P365 de la funda de la cadera, salgo por un lado del hueco de la escalera

donde estoy escondido y encuentro una figura oscura agachada, esperando. Solo logro verla durante un instante antes de notar la larga catana plateada pegada a un lado del cuello.

—*¿Anatahadare?* —dice el hombre.

«¿Pero tú quién eres?»

Va vestido de negro de arriba abajo, con la cabeza enfundada en un pasamontañas. Es mayor que yo, zurdo, obviamente japonés, y se le ve en forma. No creo que sea parte del grupo. Primero porque puede andar por un tejado sin que lo detecte. Los que hay abajo son torpes; he escondido bien todo mi equipo, pero ellos no han revisado el espacio como deberían.

Y también porque reconozco la mirada de sus ojos.

Es la misma que veo cuando me miro al espejo.

Es un profesional.

Así que me la juego un poco. O más bien mucho, porque se ha colocado de forma que, aunque llegara a dispararle, el movimiento y el peso de su cuerpo harían que, de todas formas, la catana me cortara limpiamente la arteria carótida, que sospecho que sería como un pañuelo de papel mojado bajo esa hoja.

—*Watashi... wa karera... to issho ni imasen* —respondo.

«No estoy con ellos.»

Espero haber dicho eso. Solo chapurreo un poco el japonés.

—Estadounidense —afirma.

—He venido a por Sakai.

El hombre se queda callado y me pregunto si ha llegado el momento. Tenso un poco el dedo que tengo en el gatillo, no tanto como para alarmarlo, pero lo bastante para tener algo de ventaja. Si doy un paso atrás y...

Entonces aparta la espada de mi garganta. Todavía la tiene en guardia, pero en una posición menos amenazante. Bajo el arma también en respuesta.

—Yo también he venido a por Sakai —contesta.

—No sé si eso lo vuelve todo mucho más complicado o bastante más fácil.

El hombre examina el tejado para asegurarse de que seguimos solos. Yo no he dejado de estar atento a los ruidos característicos de coches o voces que podrían indicar que teníamos compañía, pero nada.

—¿Para quién trabajas? —pregunta.

—Una parte interesada —digo—. Es lo máximo que te puedo decir. ¿Y tú?

—He venido para saldar una deuda —explica.

Quiero echarme a reír, pero sigue sosteniendo la espada demasiado cerca de mí.

—Mira, amigo, no me importa cuál de los dos mate a Sakai. Solo necesito asegurarme de que está muerto antes de irme. Puedes quedártelo. Pero me he pasado casi toda la mañana poniendo unas trampas geniales y, joder, me fastidiaría mucho que se desperdiciaran.

El hombre abandona su posición de combate, se yergue en toda su estatura, aunque a pesar de todo sigue siendo casi una cabeza más bajo que yo, y envaina la espada.

—Debo ser yo el que aseste el golpe mortal —sentencia.

—No hace falta que negociemos nada —aseguro—. Estoy de acuerdo con tus condiciones.

Los dos volvemos a mirar el tejado, porque no sabemos qué decir a continuación. Nunca he trabajado con nadie que no fuera de la Agencia ni tampoco con otro profesional. A veces me traen unos cuantos peleles de refuerzo que no son capaces de deletrear sus apellidos sin mirarse los calzoncillos, donde los llevan escritos.

—¿Cómo quieres que te llame? —pregunto.

Se me queda mirando unos segundos. Comunicarse con este hombre es como hablar con un gato. ¿Me va a acercar la cabeza para que se la acaricie o intentará sacarme los ojos con las uñas? Lo entiendo, yo también estoy en tensión. Entonces se baja la parte inferior del pasamontañas y me enseña la cara. Es mayor de lo que creía.

—Kenji —dice.

—¿Tienes alias? —pregunto.

Entorna los ojos y ladea la cabeza.

—¿Alias?

—Sí, como un sobrenombre. Un nombre en clave. Como quieras llamarlo.

Asiente.

—Baku.

—Vaya, tío —exclamo, y no puedo evitar sonreír, aunque enseguida siento un poco de vergüenza por ello—, he oído hablar de ti. El *baku* es un demonio que devora pesadillas, ¿no? Me gusta. ¿No hubo hace un par de años una enorme refriega entre los yakuzas de Osaka? Entraste desarmado en una habitación en la que había treinta hombres y saliste sin un rasguño.

Deja ver una sonrisita.

—Sí que tenía algún rasguño. Y solo había veinticuatro.

—La gente exagera cuando cuenta las historias.

—¿Y tú? —pregunta.

Estoy a punto de no decirlo.

Pero solo a punto.

La verdad es que estas cosas no suceden a menudo.

—Mark —me presento—. Pero me conocen como Caballo Pálido.

El cuerpo de Kenji se tensa. Después cae de rodillas, agacha la cabeza y me ofrece su catana.

—*Jihiwokou* —dice. «Clemencia»—. No sabía que eras tú —añade.

Vaya, es un poco embarazoso todo esto, la verdad.

—Vamos, tío, no hay problema —aseguro.

Levanta la vista desde donde está arrodillado, confuso. Siento que se me hincha un poco el pecho. Es difícil no responder de esta manera ante reacciones así.

Pero por muy bueno que yo sea, este tío habría podido acabar conmigo y tengo que respetarlo por eso, así que intento reducir la tensión un poco y tranquilizarlo.

—Estaba pensando hace un momento que deberíamos encontrar un sitio para esperar dentro o alguna otra opción porque, si no, cuando intente apretar el gatillo, se me van a caer los dedos.

Se pone de pie y me lleva hasta el otro extremo del tejado, donde hay un hueco que está más resguardado del viento. Veo unas cuantas pisadas en la nieve. Debe de haber estado esperando ahí. Me resulta curioso y me pregunto cuánto tiempo llevamos aquí arriba los dos.

Hay un saco negro en el suelo. Mete la mano, saca una bolsa de gel pequeña, le da un golpe y me la pasa. Es un calentador de manos. Lo sostengo entre las mías mientras lo veo sacar un termo y ofrecérmelo.

—*Kanpai* —exclama.

Contiene un té verde humeante que me recorre todo el cuerpo e inmediatamente me calienta las entrañas. Se lo devuelvo y, como muestra de respeto, él no limpia la boca del termo antes de dar un largo trago.

—Me llamo Kenji Sakai —aclara.

—Ah, rollos familiares.

Kenji asiente y tapa el termo.

—Es mi hermano. No estoy de acuerdo con su decisión. La de venderle armas a esa gente. El dinero no debería importar más que el honor.

—La gente suele poner el dinero por delante de casi todo. Pero entiendo que esto significa que no podrás volver a casa después de lo que vas a hacer aquí.

—No tengo intención de hacerlo —asegura—. Quiero que la vida de mi hermano sea la última con la que acabe.

—¿De verdad? ¿Vas a dejar el negocio?

—Estoy cansado —confiesa Kenji, apoyándose en la pared y mirando a lo lejos—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Alguna vez te pasa factura? La acumulación de todo.

No tiene que especificar a qué se refiere con todo. Sé lo que

quiere decir. Miro hacia el mismo punto que él, por encima de esa zona industrial desangelada, como si hubiera alguna respuesta escrita en el horizonte.

—Para mí solo son números. Equilibrar ecuaciones. Tu hermano y toda esa gente que va a venir aquí planean hacer cosas malas. Nosotros los eliminamos y lo malo no ocurre. En general, todo el mundo gana.

—¿Duermes por las noches? —pregunta.

—Como un bebé.

La mirada de Kenji me deja claro que él no.

—Yo creo que cada vez que matamos a alguien perdemos una parte de nosotros y adquirimos algo de esa persona. —En sus ojos se ve cierta tristeza—. La sensación que tengo es que ya he vivido mucho tiempo y que ahora necesito descansar.

—Oye, tío, no tendrás intención de suicidarte cuando esto acabe, ¿no? No nos conocemos en realidad, pero no creo que esa sea la solución...

—No. Hay unos cuantos como nosotros que han dejado de matar y han formado un grupo de apoyo para ayudarse en la transición a una nueva vida en la que no maten a nadie. Después de acabar con mi hermano, voy a dejar la espada y a buscarlos. Quiero intentar tener una vida diferente.

Meto la mano en el abrigo para sacar la tablet. Me mira con los ojos entornados y acerca la mano a la espada.

—Voy a comprobar las cámaras.

Asiente y se relaja. El objetivo sigue sin llegar.

—¿Pero qué es ese grupo? —pregunto—. ¿Como Alcohólicos Anónimos, pero para asesinos?

—Justo eso.

—Pero nosotros no somos adictos a esto en realidad, ¿no? No es como la heroína.

—Es un sistema que nos produce gratificación y placer. Si haces tu trabajo bien, ganas dinero o consigues elogios. Tu cerebro produce dopamina. Luego te acostumbras a esa sustancia y quieres más. —Vuelve a mirarme con los párpados caídos—. Sabes de lo que hablo.

No es una pregunta.

Pero sí, lo sé.

Es genial cuando eres bueno en algo.

—No hace falta que sea una droga para que resulte adictivo —prosigue—. El sexo es adictivo. El juego lo es también. El subidón de ganar. El riesgo de perder. El peligro. Han hecho un estudio en el que han analizado a gente que mata, como nosotros. —Se da unos golpecitos en la cabeza con un dedo—. Tenemos deficiencias en el córtex prefrontal de nuestro cerebro. Eso afecta al juicio, al proceso de

toma de decisiones y al autocontrol. Y muchas de esas cosas también les pasan a los adictos.

Nunca lo había visto así. Ni tampoco lo había pensado, jamás. Lo que hago es un trabajo, y dejé de analizarlo en el mismo momento en que me quedé colgado en el aire en aquel hotel de Singapur.

—¿Crees que lo dejarás algún día? —pregunta.

—Siempre me he dicho que en un futuro sería agradable tener una granja. Un perro. Un sitio tranquilo. Dormir hasta tarde todas las mañanas. Pero la verdad es que esto es lo único que se me da bien en la vida. Me cuesta imaginarme no haciéndolo.

—El programa no trata solo de no matar —prosigue Kenji—. Todo se basa en renunciar al ego, a la idea de que nos han concedido el derecho a tomar decisiones que no deberían ser cosa nuestra. A mí me gustaría conseguir eso. Y tal vez algún día reparar las cosas que he hecho.

—¿Reparar? —pregunto—. ¿Quieres decir sentarte con las familias de toda la gente que has matado y pedirles perdón? Por dios, hombre, no pienso juzgar la forma en que quieres vivir tu vida, pero eso suena muy humillante.

—La diferencia entre la humildad y la humillación es la voluntad —sentencia Kenji—. En el fondo no lo haces por ellos, sino por ti.

Se oye un crujido a lo lejos. Ruedas. Miro las cámaras. Los hombres de dentro se levantan y se preparan para que no parezca que llevan una hora perdiendo el tiempo.

—Comienza el espectáculo —le digo a Kenji—. No tienes máscara de gas, ¿verdad?

—No.

Mierda. Yo solo tengo una. Con las ganas que tenía de usar el gas BZ. Bueno, tendremos que hacerlo de la forma tradicional. Saco el rifle de asalto HK417 de la funda que llevo en la espalda y hago unas comprobaciones rápidas.

—Sakai es tuyo. Supongo que no vamos a salir a tomarnos unas copas después de esto, por eso quiero decirte que ha sido un placer conocerte.

Me muestra las manos, extendidas la una sobre la otra.

En su palma hay una pequeña y complicada grulla de origami hecha con un papel blanco.

La cojo. Pienso en metérmela en el bolsillo, pero no quiero estropear su delicada belleza, así que la guardo dentro de la funda en la que traía el rifle.

—Por si alguna vez decides que quieres retirarte a esa granja —dice Kenji.

—Gracias —respondo, aunque no estoy muy seguro de todo eso. Es un gesto de amabilidad y me alegro de saber que pretende

encontrar la paz. Pero la sensación que tengo es que esto no va a ser más que otra interesante historia que contar y la grulla, un bonito *souvenir*.

Porque yo no soy adicto.

Puedo dejarlo cuando quiera.

Oigo un grito abajo, en la calle, y el sonido de la puerta al abrirse. Compruebo el rifle una vez más y digo:

—Vamos a cargarnos a unos cuantos.

7

«No son las montañas que tienes ante ti las que te desgastan, sino la piedra que tienes en el zapato.»

MOHAMED ALÍ

Londres En el presente

Astrid está buscando algo en el teléfono junto a la puerta principal del piso del sótano mientras yo vigilo la calle. No hay mucha gente por aquí y los transeúntes no nos prestan mucha atención.

—Fue hace como un año, creo —murmura entre dientes, hablando consigo misma más que conmigo—. Estoy segura de que todavía tengo el email en alguna parte...

Londres me pone nervioso. Tiene el mismo problema que cualquier ciudad grande: la red de vigilancia. Cuanto más tiempo pasa, más margen tiene la Agencia para subir mi imagen a las bases de datos de las fuerzas de seguridad de todo el mundo. Antes o después, solo pisar la calle será peligroso para mí.

Por eso, si esto funciona, va a ser un gran avance. El portal de alquiler por días dice que el piso no está disponible, pero las luces están apagadas y hay un montón de hojas secas en el felpudo que nadie ha limpiado. Hasta el momento no hemos conseguido un hotel que acepte solo efectivo y que no esté lejísimos, y ya es urgente que dejemos de patear las calles.

Y a los dos nos vendría bien ducharnos. El hombre de Billy apareció y nos subió a un barco de pesca. Siete horas después estábamos en Yakarta. Incluso nos consiguió unos sellos de entrada para los pasaportes para que no tuviéramos problemas para salir. No encontramos un vuelo directo a Nueva York, pero Astrid me dijo que tenía un conocido en Londres que podría sernos útil.

—Lo tengo —exclama. Introduce un código en la cerradura de la puerta y tenemos suerte.

Esta se abre y aparece un apartamento muy pequeño y muy europeo: paredes blancas, espacio reducido, muebles de IKEA, suelos de imitación de madera y enchufes raros por todas partes.

—Este teléfono es una mierda, por cierto —comenta Astrid, guardándose en el bolsillo su nuevo móvil desechable—. ¿De verdad

crees que este tipo me está rastreando?

—Algo utiliza para seguirnos.

Lo comprendí a medio camino de Yakarta, y esa es la razón por la que los teléfonos de ambos están ahora mismo en el fondo del mar de Java. Yo ya echo de menos el mío y me siento desnudo con un *smartphone* normal aunque antiguo, pero así al menos puedo acceder a mi email seguro y he conseguido que funcione D@nt3 para entrar en Via Maris. No vuelvo a descargar la aplicación de mensajes que utilizaba con Ravi; no tiene sentido dejar que me siga susurrando al oído cosas para tentarme.

Antes de cruzar el umbral del piso saco el teléfono y miro las redes wifi. Uno de los nombres es curioso: una larga cadena ininteligible de números y letras. Compruebo el mecanismo de la cerradura de la puerta otra vez. No es lo bastante sofisticado para trasmitir una señal. Dejo a P. Kitty en el suelo y le digo a Astrid:

—Espérame aquí.

Como es un piso en un sótano, es bastante oscuro y no quiero encender ninguna luz. Utilizo la linterna de mi teléfono para revisar el lugar, prestando especial atención alrededor de la cama, a las lámparas y los enchufes eléctricos. Hay bastante polvo, lo que resulta alentador y significa que no nos va a molestar nadie. En el baño veo un destello que sale de un conducto de ventilación. Arranco la rejilla y encuentro una cajita negra que me cabe en la palma de la mano. Incluso hay un enchufe eléctrico instalado en el conducto para que no se vean los cables. Se la llevo a Astrid para enseñársela.

—Una cámara —explico—. Con wifi. No parece que se active con el movimiento. Seguramente el propietario no la estará mirando si se supone que no hay nadie aquí.

—Será cerdo... —exclama Astrid.

—De repente no me siento tan mal por colarme aquí sin permiso.

Cuando nos instalamos, preparo las cosas de P. Kitty: una lata de comida para gatos, un cuenco que saco de un armario y lleno de agua y la bandeja higiénica, que afortunadamente hay en el apartamento, porque admite mascotas. Saco a P. Kitty de su trasportín y se queda quieto un momento, observando el nuevo espacio, antes de ir directo a por la comida. El pobre animal debe de estar muerto de hambre.

Cojo mi bolsa y voy al dormitorio, pensando en meterme en la ducha cuando salga Astrid, pero cuando entro en el cuarto me la encuentro desnuda de cintura para arriba y de espaldas a mí. Tiene una cicatriz muy fea que le cruza la espalda, como si alguien le hubiera clavado un gancho de carne y hubiera tirado de él en diagonal y hacia abajo desde el hombro izquierdo.

Nuestras miradas se cruzan y levanta los brazos para cubrirse los pechos, pero no sabe hacia dónde girarse, porque no se decide sobre

qué es lo más íntimo y, por tanto, lo que debe ocultar: el pecho o la cicatriz. Salgo inmediatamente de la habitación para darle un poco de intimidad.

—Perdona, lo siento —digo desde fuera.

—Bueno, los dos somos adultos —responde—. Y yo ya te he visto sin camisa.

—Menudo arañazo tienes. ¿Puedo preguntar?

Sale del dormitorio descalza, con vaqueros y una camiseta blanca. Me mira de arriba abajo mientras piensa cómo quiere responder.

—No todas las personas con las que he trabajado a lo largo de los años son tan amables como tú —confiesa.

Mi antiguo yo se habría ofrecido a hacerle una visita al responsable. Una parte de mí todavía quiere hacerlo, pero me da la sensación de que a Astrid no le parecería un gesto caballeroso. Aunque tampoco lo sería en realidad: solo me serviría de excusa para hacerle daño a alguien.

—La verdad es que me gustaría saber tu historia. Te las arreglaste bastante bien en aquella habitación de hotel.

En respuesta, se dirige a la cocina, saca la cafetera, la llena con agua y después coge una cápsula de una bandeja que hay debajo. Me mira como preguntándome, y asiento. Empieza a hacer el primer café y saca un taburete que hay cerca. Cuando termina de preparar la taza humeante, me la pasa. La dejo sobre la encimera para que se enfríe un poco mientras ella se hace el suyo.

—¿Cuál es el plan, jefa? —pregunto.

—El plan es salir y hablar con mi amigo. Y con suerte, él podrá decirnos dónde encontrar al tío que buscamos.

—¿Y cómo sabes que ese tipo está aquí?

—Lo sé —afirma—. A los tíos os encanta fanfarronear. Y a mí se me da bien escuchar.

—¿Estás convencida de que es seguro?

—No soy una damisela en apuros.

Coge su taza, va al fregadero y echa un poco de agua para enfriar su café un poco y poder tomárselo. Cuando se lo acerca a los labios, me mira por encima del borde de la taza y me llama la atención lo increíblemente atractiva que es.

No es que no me hubiera dado cuenta antes. Todo el mundo se fija en una mujer como Astrid.

Pero hay algo en este momento en que ambos podemos respirar tranquilos temporalmente y disfrutar de un café, después de que ella me haya puesto en mi sitio, que hace que me sienta seguro con ella. Quiero contarle toda la verdad sobre mí. Tumbarme con la cabeza en su regazo. Besarla y sentir algo que no sea esa mezcla de esquirlas de cristal y ácido de batería en el estómago.

Lo que significa que lo que necesito de verdad es asistir a una reunión.

Ya me ha pasado dos veces que, cuando he ido a decir algo, ha salido la voz de Caballo Pálido. Estoy recuperando los antiguos patrones y rutinas sin darme cuenta. Y no me siento bien por ello.

Al menos sigo intentando convencerme de eso.

Y no lo estoy consiguiendo, así que necesito reunirme con mis compañeros.

—Vale, sigue tu plan. Yo tengo que hacer unas cosas por mi cuenta —digo.

—Te escribiré un mensaje cuando sepa algo.

—OK —contesto, voy al dormitorio y saco el teléfono.

Sigo sin saber nada de Kenji y ya me estoy poniendo nervioso. Le envié un mensaje con el número nuevo y a estas alturas ya debería haberse puesto en contacto conmigo. Algo está ocurriendo. Pero si el ruso estaba en Singapur, no podía estar en los Estados Unidos causando problemas. De todas formas, Kenji se las puede arreglar perfectamente.

Aun así, entro en el email seguro y dejo una nota en la carpeta de borradores:

K, me vendría bien saber de ti. M.

E incluyo el número nuevo, por si no le ha llegado el otro mensaje. Después abro Via Maris y consulto los foros. En ellos puedes entrar en largas discusiones sobre los pros y los contras de los aceleradores de disparos o la mejor forma de disolver un cuerpo, e incluso encontrar opiniones sobre material de supervivencia. Casi todos los foros son públicos, excepto unos pocos, entre ellos Grullas de Papel. Introduzco la contraseña y reviso la lista de ciudades hasta que encuentro Londres.

Me aparece un hilo con solo un nombre de usuario: 1DayUK. Los comentarios están bloqueados. Envío un mensaje privado:

En la ciudad y en riesgo de CAER.

CAER es la sigla de Alcohólicos Anónimos para Cansado, Ansioso, Enfadado y Recluido, porque cuando nos sentimos así y no podemos librarnos de esas sensaciones somos especialmente vulnerables ante una recaída. Espero que usen el mismo acrónimo aquí, porque la verdad es que me siento así ahora mismo.

Me meto en la ducha y dejo que el agua caliente me empape la piel, después me enjabono y me lavo bien la herida del vientre. Astrid me la volvió a coser en el barco y no tiene muy mala pinta. Me duele, pero igual que el resto del cuerpo. No me sentía tan cansado desde la Semana del Infierno. Cinco días con veinte horas al día de entrenamiento físico, trescientos veinte kilómetros corriendo y cuatro horas de sueño cada noche. Con frío y hambre, cubierto de arena y

alguien gritándome a un centímetro de la cara todo el tiempo.

Pues cambiaría eso por esto sin pensármelo un segundo.

Por eso me he pasado todo el viaje hasta aquí alternando entre el descanso y los momentos de reflexión sobre qué valor puede tener el cuaderno. Todo lo que hay ahí está escrito en código, pero cualquiera con un poco de tiempo y medio cerebro podría descifrarlo. Me acuerdo de la mayoría del contenido y puedo eliminar directamente los trabajos esporádicos. Quien esté detrás de esto es un peso importante, lo que solo me deja unos cuantos cargos del Gobierno, oligarcas, terroristas enriquecidos por el petróleo y psicópatas ricos.

Un día después de empezar esta búsqueda, sigo sin tener nada que se parezca a una pista sólida y me resulta tan frustrante que quiero gritar. Solo me produce un cierto alivio que, al salir de la ducha y mirar el teléfono, encuentro esperándome la hora y la dirección de una reunión.

Son una iglesia diferente y un sótano distinto, pero cuando mis zapatos pisan el linóleo con un chirrido de la suela es como si me corriera agua fresca por las venas.

Algunas personas creen que la rehabilitación es un destino, pero en realidad es un camino por el que transitas durante el resto de tu vida, y la línea de meta siempre es el horizonte. Tienes que aprender a disfrutar del viaje. A ser el viaje.

Cuando entro en la habitación, se vuelve hacia mí un hombre enorme que parece un oso y que está junto a una mesa plegable donde yo creía que habría café y dónuts, pero encuentro *scones* y té, muy británico. Tiene el pelo color arena, una barba poblada y una cara que ha encajado muchos puñetazos.

—¿Eres el del mensaje? —pregunta con un acento británico de clase trabajadora tan marcado que podría llevarlo tatuado. Me pregunto qué lo habrá traído hasta esta habitación; no me parece del tipo del MI6, más bien un matón local.

—El mismo —respondo.

Abre los brazos como si esperara un abrazo, pero no estoy seguro de que realmente lo quiera.

—Bienvenido, hermano. Estadounidense, ¿no?

—¿Qué me ha delatado?

Me señala la mesa.

—Y neoyorkino. Tienes esa actitud seca tan típica de allí. ¿Kenji sigue dirigiendo el grupo de esa ciudad?

—Sí.

—Es un tío estupendo, ¿verdad? —Me tiende la mano—. Yo estuve por allí, no sé, hace tres o cuatro años, cuando fui a los Estados Unidos a visitar a mi hija. Me llamo Ray.

Nos estrechamos la mano. La suya es enorme y parece hecha de

hormigón. Se me pasa por la cabeza pensar en qué cosas habrá hecho con esa mano.

—Yo soy Mark.

—Mark. No suelen venir muchas visitas por aquí, pero todo el mundo es bienvenido. Te preguntaría qué te trae por la ciudad, pero algo que he aprendido desde que hago esto es que cuantas menos preguntas, mejor, ¿verdad?

—Cierto. Pero hoy lo estoy pasando mal y me alegro de haber podido venir.

—¿Cuánto tiempo llevas?

—Me faltan unos días para hacer un año.

—Yo llevo algo más de ocho —contesta—. Pero vas muy bien; el primer año es importante y vamos a intentar que te acerques un día más al objetivo.

Me señala un círculo de sillas. En el centro hay una mesita sobre la que espera el mismo tipo de dispositivo antiescuchas que Kenji utiliza para que nuestras reuniones sean realmente privadas. Cuando me siento, aparece otro hombre. Parece boxeador: orejas que recuerdan a flores de coliflor, cabeza calva y hombros anchos pero pies ágiles. Me examina con cara de pocos amigos y después mira a Ray, que asiente con la cabeza.

—Vale —dice el hombre, con un acento irlandés suave y musical que no está en absoluto en consonancia con su apariencia—, veo que hoy tenemos caras nuevas.

Después entra una mujer. Alta, elegante y con el pelo negro cortado muy corto, estilo *pixie*. Japonesa, diría yo. Si lo es, no pertenecería a la Yakuza, porque eso es un club exclusivamente masculino, así que lo más seguro es que trabajara por su cuenta. Me saluda con un asentimiento de cabeza, se sienta en una silla y coloca las manos en el regazo.

Hay ocho sillas, pero cuando entra el tercer hombre, Ray dice:

—Pues ya estamos todos. Empezaremos enseguida, así que os sugiero que os sirváis una taza de té.

La temperatura de mi piel aumenta, como si tuviera un foco dirigido hacia mí.

El hombre que ha entrado tiene el pelo negro con muchas canas ya, la nariz afilada, los ojos oscuros como el carbón y la mirada dura. Se le ve una cicatriz en la barbilla, asomando bajo una barba de varios días. Y cuenta con el cuerpo delgado y fibroso de un nadador olímpico. Se llama Jean Lavigne. Es un asesino francés cuyo alias es Noire, que no tiene la misma solemnidad que Caballo Pálido, pero suena muy francés, y eso es suficiente.

Nuestros caminos se han cruzado.

Hace seis años, un grupo de terroristas islamistas argelinos

pusieron una bomba llena de pólvora y clavos en una estación de tren de Lyon. Hubo cuatro muertos y docenas de heridos. Y enviaron a Lavigne para matar a Zain Hassan, el líder del grupo. El problema era que Hassan tenía una información vital para la seguridad nacional estadounidense, así que me asignaron a mí la misión de detener a Lavigne.

No me siento orgulloso de esa operación. Los números no cuadraban bien. Lavigne era un profesional y estaba haciendo su trabajo. Hassan era un hijo de puta; dos niños quedaron desfigurados por culpa de esa bomba. Pero, según mis cálculos, mantenerlo con vida salvaría más gente a la larga, así que era necesario hacerlo así.

Por eso no maté a Lavigne, solo quise retrasarlo. Se estaba acercando a Hassan en Catar, así que, cuando iba de camino hacia la última ubicación conocida del terrorista, le reventé una oreja desde una distancia de ciento cincuenta metros con un arma con mira telescópica. Eso le dio tiempo al equipo de la Agencia para llegar antes y extraer al objetivo.

Lavigne me mira de arriba abajo antes de sentarse frente a mí. En su momento, supo que fue Caballo Pálido quien lo atacó, y sé que estuvo buscando venganza. Preguntó por ahí, intentó encontrarme. Y se me acercó mucho una vez, en Marruecos. Pero no llegó a verme la cara. Intento no quedarme mirando el muñón de piel rosada y moteada donde debería tener la oreja izquierda.

—Hola a todos —empieza Ray, sentándose con un vaso de papel humeante lleno de té—. Como veis, tenemos visita hoy. Y viene de los Estados Unidos de América. ¿Por qué no te presentas tú mismo al grupo, amigo?

—Hola, soy Mark —digo, intentando no fijarme demasiado en Lavigne, para no darle pistas—. Y soy asesino.

El grupo me aplaude.

—Hola, Mark —saluda Ray.

La reunión empieza. El boxeador irlandés, Liam, recita los pasos. Cuando hacemos todo el ritual, Ray pregunta si alguien tiene algo que compartir y me mira a mí, ya que soy el invitado, pero Lavigne levanta la mano.

—Soy Jean y soy asesino —dice con acento francés, una forma de hablar un poco entrecortada y acentuación descendente—. Llevo tres años sin matar a nadie. Y estoy teniendo un muy mal día hoy. —Se queda callado un momento y se mira las manos, que tiene en el regazo.

Esto es justo lo contrario de lo que venía buscando yo hoy.

—Ayer estaba en el supermercado —continúa— y vi a un niño... —Inspira hondo—. Oí que le decía a su madre: «Mamá, ¿qué le ha pasado a ese hombre? ¿Es un monstruo?». —Ladea y agacha un poco

la cabeza, como si así pudiera ocultar su oreja—. Entiendo al niño, pero todavía hay días que quiero encontrar al hombre que me hizo esto y vengarme. Me he esforzado mucho por dejar atrás esa vida. Pero hay cosas que se quedan aquí. —Se señala el pecho—. Y es este recordatorio exterior, el que veo en el espejo todos los días, el que hace que todo se me haga cuesta arriba. Me digo: «No podrás cambiar, porque nunca vas a estar completo».

Se inclina hacia delante. Tener que procesar esa emoción lo hace sentirse más pequeño.

Me doy cuenta de que debería haberlo incluido en mi lista de reparaciones, pero no lo hice.

Y pienso en cuánta gente he dejado fuera.

A cuántas personas más he hecho daño.

¿Terminará alguna vez el proceso? ¿O me pasaré todo el tiempo que esté despierto hasta el día en que me muera intentando compensar cosas que nunca podré arreglar en realidad?

—Perdona —me dice Lavigne—. Como invitado, debería haberte dejado hablar primero, pero es que necesitaba sacarlo. ¿Lo entiendes?

Asiento despacio sin saber muy bien cómo encajar todo esto. Una parte de mí quiere decirle: «Fui yo. Yo soy el que te arrancó la oreja». Si intenta atacarme, seguramente los demás lo detendrán. Tal vez este sea el lugar más seguro para decírselo, porque podremos hablarlo delante de testigos.

Quiero hacerlo, pero siento algo arder en mi pecho. El recordatorio de todas las formas en que he causado dolor en este mundo. Ese hombre solo quiere ser mejor, y lo que yo hice se lo complica todo cada día.

—No pasa nada, hombre —respondo, saco la chapa de los seis meses del bolsillo y le doy la vuelta en la mano—. No sé cómo lo hacéis aquí, pero en el grupo al que pertenezco nos conceden una chapa cuando llegamos a un mes, a seis meses y a un año. —Les muestro la chapa de los seis meses—. Yo también estoy teniendo un mal día. Solo me quedan unos días para poder sustituir esta chapa por la siguiente, y siento que es un paso muy importante. Pero cosas de mi pasado han venido a por mí. Y lo que siento es que está volviendo todo. Las cosas de repente son otra vez como antes. Y lo peor es que me gusta. Echaba de menos esa sensación. Matar gente hace la vida mucho más fácil, ¿verdad? Así desaparecen los problemas. Y seguramente por eso la rehabilitación es tan dura. No aprendemos a reflexionar sobre las cosas que hicimos, solo las enterramos y seguimos adelante. No hemos tenido que mantener las conversaciones difíciles...

El resto está asintiendo. No sé si tienen límite de tiempo aquí. Ray no dice nada y la verdad es que normalmente no lo hay, así que

continúo:

—He hecho mi primera reparación hace... ¿un día? —Me señalo la cara con los cortes y moratones que me dejó Billy—. Fue muy raro. Me dio una paliza y a la vez pareció que me perdonaba. Fue algo complicado. Lo que quiero decir es que pensé que eso me iba a hacer mejorar, que me animaría a seguir en este camino, a continuar. Pero, en vez de eso, hay una parte de mí que desearía haber acabado con él allí mismo, para que no pueda venir después a por mí y causarme problemas.

Más asentimientos.

—Es difícil dejar vivir a la gente. Y también vivir con ello todos los días —concluyo.

Miro a Lavigne, que me sostiene la mirada.

«Lo hice.»

«Fui yo.»

«Lo siento.»

«Dilo.»

—Entiendo lo que sientes, amigo —dice el francés.

Esa palabra y la forma en que la dice me queman la piel expuesta.

«Amigo.»

Caigo en un agujero de autodesprecio, pero todo queda interrumpido cuando la mujer japonesa levanta la mano.

—Hina. —Ray la señala para darle la palabra.

—Caballo Pálido, ¿no? —pregunta.

El corazón se me queda parado en el pecho y levanto la vista para mirarla, pero está centrada en Lavigne.

—Sí —contesta él—. Él fue quien me lo hizo.

—Siento decir esto, pero creo que debo hacerlo para ser sincera conmigo misma. —Mira al suelo y cierra los ojos—. Él es la única persona por la que yo tiraría por la borda todo esto. Lo mataría si tuviera oportunidad. Sin pensármelo un segundo.

—Eso es algo difícil de reconocer —interviene Ray—. Gracias por compartirlo.

¿Qué? Pero si ni siquiera la reconozco.

Ray une las manos delante del cuerpo.

—Acumular odio hacia Caballo Pálido es como beber veneno y esperar que eso lo mate a él. No nos hace ningún bien. Tenemos que recordar siempre que él está enfermo y que sufre. En lo que tenéis que centraros es en lo que estáis haciendo hoy.

Y al decirlo me mira, pensando tal vez que esto me está ayudando.

Pero no.

El resto de la reunión pasa en medio de una neblina densa y termina con la oración de la serenidad, aunque yo no me siento nada

sereno. Cuando acaba, paso junto a la mesa de la comida para coger un *scone* antes de irme. No quiero largarme a toda velocidad, porque resultaría sospechoso, pero tampoco pretendo quedarme más de lo necesario. Además, tengo que ir a buscar a Astrid y ver si he tenido noticias de Kenji...

—Mark.

Al girarme encuentro a Lavigne, que me tiende la mano. No puedo deducir nada por la expresión de su cara ni por su postura, porque no veo más allá del muñón que tiene a un lado de la cabeza. Le cojo la mano y se la estrecho.

—Me alegro de que hayas venido —dice—. Necesitamos a los demás en días como este, ¿no?

—Cierto —contesto con el *scone* en la mano y ganas de huir y a la vez de decirle quién soy y por qué lo hice. Cumplía órdenes, que es lo que hacíamos todos, pero la verdad es que eso no es excusa. Yo tomé la decisión. Y después de apuntar, encontrarlo en la mira telescópica y apretar el gatillo, cuando vi que su cabeza se sacudía y él miraba frenéticamente alrededor antes de ponerse a cubierto, me sentí un poco decepcionado por no haberle metido una bala en el cerebelo.

La Agencia me dijo que tenía que detenerlo, así que matarlo era una posibilidad. Pero, en un extraño momento de solidaridad profesional, creí que lo mejor era ralentizarlo. Aunque después eso me pareció una señal de que me estaba volviendo blando.

—No sé cuánto tiempo vas a estar en la ciudad, pero ¿te gustaría tomar una copa algún día? —Aparta la mirada un segundo antes de volver a fijar sus ojos en mí—. No tenemos que hablar de trabajo, si no quieres. Ni de la rehabilitación tampoco.

Por dios.

Está intentando ligar conmigo.

Las cosas no hacen más que empeorar.

Es guapo, y con ese acento... Mi gusto por los hombres es más limitado que el que tengo por las mujeres, pero definitivamente es mi tipo. Mientras lo pienso, él nota que dudo.

—Perdona, esto es... ¿Cómo lo llaman? ¿El decimotercer paso?

Veteranos que se enrollan con otros miembros del grupo que llevan menos tiempo en rehabilitación. Es algo que no se ve con buenos ojos, pero ocurre. Si no fuera por el insanamente complicado componente psicosexual que hay en este caso, me lo pensaría. Por lo menos me distraería un poco de lo que está pasando.

Pero nunca podré repararle el daño a él.

Y menos después de que haya desnudado su alma delante de mí y yo simplemente me haya quedado allí sentado, escuchando, sin decir nada.

—Lo siento —contesto—, me encantaría. Pero estoy con una

amiga y, además, ahora mismo las cosas se me han puesto un poco complicadas.

Levanta las manos y da un paso atrás, en un gesto de deferencia.

—Claro. Tal vez si te quedaras en la ciudad un tiempo y las cosas se calmaran...

—Siento lo de tu oreja.

Lavigne se yergue en toda su estatura e hincha un poco el pecho.

—Gracias, pero no eres tú quien me debe una disculpa.

—Ya, bueno... —empiezo a decir, pero enseguida veo las cien formas en que se podría torcer esta conversación—. Pero lo siento de todos modos.

Se encoge de hombros.

—Eso me hizo despertar. Me ayudó a llegar hasta esta habitación y...

—Joder.

Los dos miramos al otro lado de la sala, donde está Hina con su teléfono en la mano, mirándonos a los dos. Si no fuera por la intervención de unos cuantos tendones y algunos músculos, su mandíbula habría llegado a tocar el suelo.

—Me acaba de llegar un mensaje... Han colgado un vídeo en Via Maris...

No.

Levanta un dedo y me señala.

—Es él. Caballo Pálido.

Lavigne se gira para mirarme, con los ojos llenos de furia, y solo dice:

—Tú...

En cuanto su hombro se sacude lo más mínimo, levanto la mano para bloquear el golpe. Mi cerebro reptiliano ya está calculando los movimientos (esquiva a la derecha, gancho a las costillas, *upper* a la mandíbula), pero contengo el instinto y me limito a protegerme, pasando directamente a modo defensa. No quiero devolverle los golpes. Una parte de mí cree que debería simplemente bajar las manos y permitir que se desquite. Así que le dejo pegarme y aguanto los golpes, solo esperando que eso le proporcione cierta paz.

Me da unos cuantos, pero de repente para. Veo que Ray lo tiene sujeto en un abrazo de oso. Lavigne abulta la mitad que él y, aun así, a Ray le cuesta retenerlo. Mientras, Liam se ha colocado delante de Hina con las manos levantadas.

—No lo hagas por él —dice—. No se lo merece.

Ella intenta esquivarlo y él se desplaza para bloquearle el camino, pero no sé cuánto tiempo va a poder mantenerse así.

—¡Hijo de puta! —grita Lavigne, todavía intentando liberarse del abrazo de Ray—. ¿Te has quedado sentado ahí como si nada?

—Escupe en mi dirección.

—Será mejor que te vayas —me dice Ray—. Ya.

No discuto ni espero para dar explicaciones. Cuando llego a la puerta, oigo que Ray añade:

—Y no vuelvas, ¿vale? Creo que este grupo en concreto no es adecuado para ti.

Resulta que la oficina de Billy tenía una cámara, y supongo que él ha visto la oportunidad de reivindicarse. Ha colgado un vídeo en el que se le ve pegándome con el mensaje: «Vengándome de CABALLO PÁLIDO por matar a mi padre. Lo he dejado vivir, y dudo que se atreva a volver».

Esto supone varios problemas. Primero, que se me ve perfectamente la cara, lo que va a movilizar a muchas personas que quieren matarme. Pero lo peor es lo que se está hablando en los foros. Algunas personas han asumido que lo que se ve en las imágenes no es verdad, que no hay forma de que Caballo Pálido haya dejado que un niñato le pegue y después le haya permitido seguir viviendo.

Pero también dicen que, si es así, es que no es tan duro como cuentan las historias.

Sabía que ese viaje en barco tendría un precio. Pero no pensé que fuera este.

—*¿Un asesino algo especial?* —pregunta Astrid.

—¿Qué?

—¿Qué te parece la peli *Un asesino algo especial*?

—Ah. —Salgo de mi estupor y tiro mi segundo vaso de café americano vacío al cubo de basura—. No la he visto.

—¿En serio? Es un clásico.

Ella sabe lo del vídeo. Le he dejado claro que no quiero hablar de ello. Si esta es su forma de intentar distraerme, me parece bien.

—No me creo a John Cusack como asesino a sueldo —confieso.

Asiente despacio mientras piensa.

—Vale, pues entonces... *Collateral.*

—¿Esa es la de Tom Cruise?

Astrid asiente.

—A Tom Cruise sí me lo creo en el papel de asesino, sin duda. ¿Pero eso de que secuestra a un taxista y acaba con él al final de la noche? Innecesariamente cruel. El taxista no estaba en el ajo.

—¿Y *El profesional*?

—Esa es buena. Jean Reno está fantástico. Pero tiene que ser el montaje internacional, no el de los Estados Unidos. Con ese te pierdes veinticuatro minutos de metraje.

—La parte que tiene que ver con su insana relación con Natalie Portman...

—Sí, pero, a pesar de eso, es la mejor descripción que he visto de

la vida de un asesino. —Lo que no quiero decir es que con lo que más me identifiqué fue con la serena tristeza y la soledad de Reno.

—*¿Escondidos en Brujas?*

—Muy divertida. Brendan Gleeson, madre mía. Vería cualquier cosa que haga.

—*¿Sr. y Sra. Smith?*

—La he visto, pero no recuerdo nada.

—Y ya tengo claro que no te gustan las películas de John Wick.

—No he dicho que no me gusten. Lo que dije es que son pura fantasía. Keanu Reeves es un tesoro nacional. ¿Pero gente pegándose puñaladas en la estación Grand Central en hora punta y nadie se fija? Vamos...

—¿Cuál es tu favorita?

—Me gusta Joubert, el asesino de *Los tres días del cóndor*. Ese sí que era un profesional.

—Vale, pero esa es un *thriller*. Me refiero a tu película favorita de asesinos a sueldo.

—*El silencio de un hombre.*

Asiente y le da un largo sorbo a su té.

—No la he visto.

—Una película francesa de los sesenta. Muy buena. Tampoco me creo a Alain Delon.

—Pero no te gustan las películas de acción.

—Tampoco he dicho que no me gusten, sino que prefiero otras.

—Vale —acepta Astrid, y aparece una sonrisa en su cara—. Película favorita de todos los tiempos.

Sé la respuesta, pero no quiero decírsela, así que le ofrezco una sustituta plausible.

—*Un mundo de fantasía*. —Y después, cansado de tanta pregunta sobre el tema, señalo con la barbilla el edificio que tenemos en frente, que se eleva hacia el cielo como si fuera un obelisco—. ¿Estás segura de esto?

—Trabaja aquí y está dentro —asegura—. No es el jefe supremo, la verdad, pero está bastante cerca de la cúpula.

En el edificio están las oficinas centrales de un banco. Aparentemente, nuestro hombre trabaja allí. Al parecer, es una persona introvertida que no pasa mucho tiempo socializando fuera de su casa o del trabajo y vive cerca, así que el plan es sencillo: esperar a que salga, seguirlo hasta su casa y después pasarnos por allí a ver qué podemos sacarle. Nuestro vuelo a Nueva York no sale hasta bien entrada la noche, de modo que parece una pista lo bastante buena para investigar.

Son un poco más de las cinco, así que supongo que no tardará en salir. Pero estoy nervioso y tengo que orinar. Astrid está a mi lado,

acurrucada dentro de su plumas. Lo único que quiero en este mundo es mostrarle el torbellino que tengo en el pecho; tal vez si otra persona lo ve, se reduzca su intensidad. Pero no puedo. Si le cuento lo que siento, tendré que admitir las cosas que antes era y que ya no soy.

No me ha preguntado por lo que he hecho hoy y yo no he querido saber cómo ha encontrado a este tío. No necesito conocer el origen de la historia, me vale con que funcione. Ni siquiera sé qué es lo que puede hacer este tío por nosotros, pero es mejor que el plan B, que es volver a casa, servirme un vaso de whisky y llorar con él en la mano mientras rezo para que toda la gente que me quiere muerto se distraiga con otra cosa.

Y no hay muchas posibilidades de que ocurra eso.

Estamos rodeados de gente y, aunque nadie sabe quién soy, tengo la sensación de que me vigilan. Cualquiera de estas personas podría estar a punto de clavarme algo afilado en las costillas.

Astrid sorbe su taza de té y sonríe. Esto es una aventura para ella. Si ella supiera... Creo que se está dejando llevar por la emoción y el romanticismo, pensando que todo es un juego. Pero no lo es. Es una cosa terriblemente estúpida y la odio, me odio a mí mismo y odio todo lo demás.

Miro la librería que tengo detrás y me pregunto si allí lograré encontrar algo de serenidad, o al menos un baño. Además, Kenji y yo acordamos que nos haríamos regalos. Un libro es algo que encaja con el presupuesto que hemos acordado. Y así tendré algo que hacer. Sustituir un recuerdo malo con uno bueno. Tal vez eso cuente como un pequeño paso en la rehabilitación.

—Da unos golpes en el escaparate cuando lo veas —le digo a Astrid.

Asiente sin apartar los ojos de la entrada.

—*En busca del arca perdida.*

—¿Qué le pasa? —pregunto.

—Mi película favorita de todos los tiempos —aclara—. Aunque no me lo hayas preguntado.

—Perdona. Esa es buena.

Murmura algo entre dientes, pero no oigo lo que dice porque ya estoy cruzando la puerta de la librería. Noto enseguida el calor del interior del local y el olor del papel me envuelve. La chica que hay detrás de la caja está bien envuelta en un jersey beis peludo y se cubre la cabeza con un gorro de lana granate. Lleva un aro en la nariz y dos pendientes expansores negros en las orejas. Me sonríe cuando entro y después vuelve a concentrarse en el libro que está leyendo.

Tras pasar por el baño, recorro los pasillos pensando: «¿Qué le compro a alguien que antes se dedicaba a matar gente?».

Si todavía fuéramos asesinos, sería fácil. Un cuchillo siempre

viene bien. Si tuviera un rifle favorito, una mira nueva; una de esas tan chulas, con retícula especial de distancia que compensa la caída de la bala. Pero su arma favorita era la catana. Tal vez haya accesorios para esa espada. ¿Un buen trapo para limpiarla, tal vez? Y también está la ropa negra, que siempre ayuda en esta profesión. Y algo de picar. Te pasas tanto tiempo esperando a que aparezca la gente que un buen alijo de barritas de proteínas o unos frutos secos variados ayudan a matar el gusanillo.

Pero eso forma parte de nuestra antigua programación.

¿Quién es Kenji ahora?

Bebe té. Cuando salimos a cenar, suele pedir la opción vegetariana. Una vez tuvimos una larga conversación sobre la filmografía de Akira Kurosawa. Su favorita es *Yojimbo (El mercenario)*; la mía, *La fortaleza escondida*. Y creo que los dos nos alegramos de que el otro no dijera *Los siete samuráis* o *Rashomon*. Una vez que quedamos en un parque, lo encontré leyendo una novela de Agatha Christie.

Acaricio los lomos de los libros al pasar junto a ellos. Agatha Christie me parece una apuesta demasiado segura; ¿y si le compro uno que ya ha leído? Podría elegir algo de temática oriental o de un autor japonés, pero quiero algo que no conozca. Algo nuevo y sorprendente. Aunque no me ayuda haber pasado más tiempo en mi vida matando que leyendo.

«Mierda, deja de pensar eso.»

Me parece que el ejercicio que estoy llevando a cabo es inútil, pero de repente me encuentro delante de una larga hilera de novelas de Dostoievski. Y una campanilla tintinea en mi cabeza. Algo que me resulta familiar. Saco *Crimen y castigo* de la estantería. Una bonita edición moderna en tapa dura.

Es un libro que leí hace mucho tiempo. Trata de un hombre que decide que él es una persona extraordinaria y por eso está justificado que mate a una anciana prestamista. El argumento era algo así, creo. Pero estoy casi seguro de que el mensaje que quiere trasmitir es que matar es malo. Eso puede estar bien. No quiero regalarle uno cuya conclusión sea que matar está bien. Cuando decidí dejar el trabajo pasé una temporada leyendo, para tener algo que hacer, pero descubrí que muchos *thrillers* modernos describían el asesinato como un medio aceptable para conseguir un fin, sin considerar el impacto que eso tiene en la vida real.

No importa lo «mala» que sea una persona, seguro que hay alguien en alguna parte del mundo que la quiere y que sufrirá mucho tras su muerte. Por eso dejé de ver películas de acción también. Acababa sufriendo por todos los esbirros a los que liquidaban solo porque pasaban por allí.

Llevo el libro hasta el mostrador y busco mi cartera.

—Oh, qué bueno —dice la chica—. Me encantó.

—Puede parecer una pregunta rara, pero... el protagonista no se sale con la suya, ¿verdad?

Me mira entornando un poco los ojos.

—No, acaba en la cárcel. Perdona si te he reventado el final.

—Este libro se escribió hace más de cien años, así que creo que ya es imposible que nadie reviente nada —contesto—. Solo quería asegurarme de que el hombre recibe lo que se merece.

—Bueno, esa es la cuestión, ¿no?

Rebusco en mi cerebro una respuesta ingeniosa a ese comentario, pero no se me ocurre nada.

—No se preocupe, hay tanto crimen como castigo. —Sonríe y mete el libro en una bolsa de plástico. Cuando me la está dando, oigo unos golpes en el cristal del escaparate. Astrid está agitando los brazos y haciéndome gestos para que salga.

En cuanto cruzo la puerta, sale disparada sin pararse a comprobar si la sigo o no. Vamos esquivando a la gente, pero hay tanta en la calle que ni siquiera tengo claro a quién estamos siguiendo. Dos manzanas después bajamos a todo correr las escaleras de la estación de metro de Leicester Square, cruzamos los tornos, bajamos por las escaleras mecánicas y entramos en un vagón justo cuando las puertas están a punto de cerrarse.

La gente va apretada aquí dentro como sardinas en lata. Encuentro un sitio en el que puedo agarrarme a la barra y Astrid se acerca y me susurra:

—Chaqueta dorada.

Ahí está. Es fácil de distinguir. Un hombre negro y fornido, con el pelo muy corto, un plumas de color dorado, vaqueros negros y zapatillas también doradas. Lleva puestos unos auriculares de cancelación de ruido de diadema y mueve la cabeza al ritmo de la música.

Astrid ha dicho que se llama Gaius.

Nadie sabe quién dirige Via Maris. Es un dato que conoce muy poca gente. Seguramente todo se gestionará entre unas pocas personas para evitar que las pillen. El portal parece diseñado y colgado hace veinte años, pero ese tipo de cosas tampoco necesitan ser llamativas. Solo hace falta que funcionen.

La persona que está en lo más alto es alguien que se hace llamar Hannibal Khan. No sé si es la unión del nombre del asesino en serie y del del villano de *Star Trek* o del de los dos conquistadores, pero es un apodo bastante logrado. Mejor que GJoubert.

Es increíble que Khan haya evitado que lo capturen durante tanto tiempo. La Ruta de la Seda, la plataforma de la red oscura original, se desintegró después de dos años. A Ross Ulbricht, al que todo el mundo

conocía como Temible Pirata Roberts, lo detuvieron los federales, aunque únicamente después de haber ganado cientos de millones de dólares. Si no lo hubieran pillado, iba de camino de amasar miles de millones.

Pero Hannibal Khan parece un poco más inteligente. Via Maris lleva funcionando ya doce años y estoy seguro de que las fuerzas de seguridad lo tienen en el punto de mira, pero hasta ahora sigue en perfecto funcionamiento.

Y Gaius, según la fuente de Astrid, es el hombre que se ocupa de la parte tecnológica de las cosas.

Casi lo perdemos cuando llegamos a su parada, porque él está a punto de pasársela. Va totalmente enfrascado en su teléfono y no se da cuenta de que hemos llegado a Earl's Court hasta el último segundo, y tiene que salir precipitadamente; Astrid y yo conseguimos abrirnos paso a la fuerza entre la gente justo a tiempo. Él sigue ajeno a nuestra presencia, aunque tampoco es que guardemos mucha distancia; sin duda, no es un profesional. Eso hace que todo sea mucho más fácil.

Subimos en la escalera mecánica unos peldaños detrás de él y recorremos dos calles. Se para en un restaurante indio de comida para llevar y después continúa hasta su edificio de apartamentos. Es bastante nuevo, elegante, todo lleno de aristas y ventanas que van del suelo al techo, lo que significa que seguramente también tendrá cámaras decentes, así que, aunque Astrid va tras él sin pensárselo, la agarro del brazo para retenerla.

—Vamos —protesta—. No se va a dar ni cuenta de que nos hemos colado.

Señalo la puerta e, incluso desde el otro lado de la calle, se ve claramente que encima hay una cámara con una cúpula negra.

—Espera.

Nos quedamos aquí aguardando, vigilando y rezando para tener un poco de suerte. Y la fortuna nos sonríe cuando vemos que se enciende una luz en una ventana del extremo de la cuarta planta. Ahora solo tenemos que entrar sin que nos graben. No tiene sentido que dejemos un rastro de miguitas de pan para la Agencia, el ruso o quien sea que nos persiga.

Estamos dando una vuelta para examinar el lugar cuando pasamos por delante de una ferretería. Llevo a Astrid hasta allí y entro para comprar un bote de pintura en espray.

Las ferreterías, las mejores amigas de un asesino a sueldo.

Volvemos al edificio y me cubro la parte inferior de la cara con la bufanda antes de entrar en el vestíbulo y echarle un chorro de pintura a la lente. Como la cúpula de cristal de la lente es negra, no se ve la pintura si no te fijas. Entonces llamo al timbre de un apartamento de la segunda planta.

Responde una voz irritada.

—¿Quién?

—Un paquete para el 5B. ¿Me puede abrir para que se lo deje en la puerta?

Nos abre. Subimos por las escaleras hasta la cuarta planta y nos dirigimos al fondo. Solo puede ser un apartamento y no hay cámaras por el camino. Llegamos a la puerta, llamamos y un momento después se oye una voz suave al otro lado.

—¿Sí?

—Traigo un paquete —digo, poniendo mi mejor acento británico falso, que estoy seguro de que suena fatal.

Hay un silencio y después un ruido leve detrás de la puerta. Seguramente Gaius estará mirando por la mirilla, pero me he colocado de forma que solo pueda ver un trozo de mi cuerpo, y Astrid está pegada a la pared.

—Déjelo en la puerta.

Saco el rotulador del bolsillo.

—Me lo tiene que firmar, oiga.

Astrid pone los ojos en blanco y yo me encojo de hombros. Lo que quiero decirle es: «A mí esto se me daba muy bien, así que ahórrate tus juicios».

Nos llega un profundo suspiro desde el interior y oímos como desliza una cadena. En cuanto la puerta se abre, le doy un empujón y entro. Gaius lleva una gruesa bata, pantalones de franela y tiene una expresión que es una mezcla de sorpresa y terror. Lo agarro por el hombro y le clavo el rotulador en las costillas. No lo hago con mucha fuerza, pero funciona a la perfección, porque pierde el equilibrio al arquear el cuerpo para alejarse del objeto, justo lo que me hacía falta para empujarlo contra la pared.

—Comprueba que estamos solos —le digo a Astrid.

Supongo que es así, pero de todas formas se dirige al pasillo para revisar el apartamento. Gaius está sorprendentemente tranquilo; creo que supone que, si colabora, no le pasará nada.

—Oye, tío, tengo dinero. Efectivo, debajo del colchón. Llévate lo que quieras, vete y estamos en paz, ¿vale?

—Tú escucha con mucha atención y todo el mundo saldrá de aquí sano y salvo.

Asiente y levanta las manos. Astrid aparece al final del pasillo y levanta el pulgar. Llevo a Gaius al salón. Hay muchas cosas, pero está ordenado: una tele enorme colgada en la pared, todas las consolas que puedo nombrar y algunas que no y un sofá de cuero caro. En la mesita de café de cristal está la comida que ha comprado de camino. Y la imagen de la tele está congelada, con Chewbacca petrificado a medio grito.

Empujo a Gaius hacia el sofá y se sienta.

—No sois polis —dice—, pero no sé si eso es un alivio o no.

—No te vamos a hacer daño a menos que nos des una razón —aseguro.

Entro en la cocina: espartana y limpia, como si no la usara nunca. Solo hay una enorme pila de recipientes de comida para llevar lavados y perfectamente apilados junto al fregadero. Cojo una silla que hay al lado de una mesa, la llevo al salón y la coloco al otro lado de la mesita de café. Astrid está de pie en el pasillo, sin saber muy bien qué hacer.

Ahora que ya estamos todos cómodos, Gaius me mira bien y de repente se le abren mucho los ojos y retrocede en el sofá.

—Mierda. Eres tú.

—¿Has visto el vídeo?

—Claro que lo he visto. Todo el mundo lo ha visto, tío. El portal tiene más tráfico que nunca. —Levanta las manos en un gesto tranquilizador—. Oye, antes de que lo hagas, déjame llamar a mi madre. No le diré nada, pero hace bastante que no hablo con ella y en este momento eso me hace sentir mal, y creo que debería al menos decirle que la quiero una vez más...

—Para —interrumpo—. No he venido a hacerte daño.

Entorna los ojos, confuso.

—¿Y para qué has venido?

—¿Puedes quitar ese vídeo?

Se encoge de hombros.

—Tal vez. Pero no tiene sentido.

—¿Por qué no?

Me mira como si acabara de preguntarle por qué el cielo es azul.

—Ya lo han compartido infinitas veces y le han hecho miles de capturas. No hay forma de volver a meter la pasta de dientes en el tubo. Ni siquiera en este caso.

—Vale. ¿Qué puedes contarme de mí? ¿Quién ha estado hablando de mí? ¿Quién ha buscado información sobre mí? Me persigue alguien, y ha tenido que investigarme en Via Maris. Tiene que quedar algún rastro de eso.

—Yo no entro en el sitio apenas. Solo lo gestiono.

—¿Hannibal Khan podría saber algo?

—Tal vez. Ni idea. ¿Sabes cómo funciona el sitio?

—Más o menos, pero veo que me lo quieres explicar, así que adelante.

Gaius sonríe un poco. Incluso cuando está en peligro, a la gente le encanta lucirse. Sobre todo si no tiene oportunidad de hacerlo a menudo.

—Vale, estamos hablando de la red oscura —empieza—. No está catalogada en ningún motor de búsqueda. Solo hay una forma de

entrar: con una dirección directa, a través de D@nt3, que es como Tor, pero mejor. Con Tor entras a internet en un sitio y después tu señal rebota entre siete mil relés repartidos por el mundo, ¿vale? Para hacer que sea imposible rastrearla. Pero nosotros utilizamos medio millón de relés, que además se aleatorizan cada vez, así que es todavía más imposible.

—No entiendo qué significa todo eso, sobre todo lo de «más imposible» —contesto, suponiendo que, cuanto más hable, antes llegaremos a algo útil—. ¿Pero cómo de seguro es todo? Al tío que gestionaba la Ruta de la Seda lo pillaron.

—Sí, es verdad, ¿y sabes por qué? Por un mensaje antiguo en un foro en el que se incluía su email y porque había falsificado documentos y se los enviaron a su casa. Y a pesar de todo eso, la pasma tuvo que montar un tinglado muy elaborado para poder pillarlo físicamente entrando en su ordenador y así probar sin duda que era él. Nosotros llevamos en esto el tiempo suficiente como para saber lo que hacemos.

—Pero aquí estoy yo, sentado en tu salón —replico.

Resopla con fuerza.

—Sí, y siento curiosidad por eso, hermano.

—¿Dónde está Hannibal Khan?

—No lo he visto nunca. Lo único que hago es proporcionarle mis conocimientos y el soporte técnico.

Cojo su teléfono de la mesa y lo pongo delante de él.

—Llámalo.

—¿Te parece que Khan es una persona a la que se puede llamar por teléfono? Intercambiamos mensajes a través de una app encriptada. Ni siquiera nos hemos reunido nunca en persona.

—¿Y cómo te paga?

—Como se paga todo en Via Maris: con criptomonedas. Que tampoco se pueden rastrear. ¿Es que te parece que estamos gestionando aquí un mercadillo de patio de colegio?

Esta conversación no nos está llevando a ningún lado. Tiene que haber algo más que no me está contando. Mientras pienso en cómo continuar, suelta una breve carcajada.

—¿Qué? —pregunto.

—Bueno, es que no participo, pero sé quién eres. Siempre había creído que serías algo parecido a Jason Statham...

A Astrid, que sigue detrás de mí, se le escapa una risita.

—Tiene que venirte algo a la cabeza —digo, inclinándome hacia delante en la silla. Los muelles del sofá se quejan cuando él se aparta—. He tenido un mal día, la guinda tras una mala semana. Y esta conversación que estamos teniendo ahora mismo —nos señalo a ambos— hasta el momento está siendo muy educada, ¿verdad?

Asiente.

—Pues no hagas que me olvide de mis modales —concluye Caballo Pálido.

Se queda sin aliento un segundo. Después se agacha y abre el portátil.

—Vale, vale. Se supone que no puedo contar esto, pero ya veo la gravedad de la situación, ¿eh? Lo que te voy a decir no puede salir de esta habitación... —Le da unos golpecitos al ordenador y hace una mueca—. Espera, estoy viendo algo raro aquí. Monitorizo todas las señales que se emiten alrededor del edificio. Una medida de seguridad personal, para asegurarme de que nadie me vigila, ¿sabes, no? Pero estoy captando una señal GPS extraña aquí y ahora. En esta habitación. Uno de vosotros lleva algo que está trasmitiendo.

Miro a Astrid y ella se encoge de hombros.

—Hemos comprado teléfonos nuevos.

—No son los teléfonos —asegura Gaius.

—¿Será eso lo que está utilizando el ruso para seguirnos? —pregunto.

—Sabíamos que algo tenía.

—Los GPS cada vez son más pequeños —continúa Gaius—. He visto algunos tan pequeños como una moneda de cinco peniques, y eso en casos de gente normal. Si hablamos de los de aplicación militar, pueden ser aún más pequeños.

Me levanto y miro en el baño. No hay ningún aparato electrónico, se ve desde el salón y la ventana es demasiado pequeña para escapar por ella. Vuelvo y le digo a Gaius:

—Entra ahí y cierra la puerta. Espera a que te digamos algo. Deja aquí el teléfono.

Gaius levanta las manos y se pone en pie, encantado de poder salir de la habitación. En cuanto oigo que cierra la puerta y echa el cerrojo, me paso los dedos por el pelo y me quito la camisa.

—¿Qué haces? —pregunta Astrid.

—Asegurarme de que no tengo nada pegado en el cuerpo —digo—. Me parece rebuscado, pero a estas alturas hay que tomar todas las precauciones. No puede estar en la ropa porque he tirado todo lo que llevaba puesto esa noche.

Asiente y se quita la camiseta también.

—¿Y eso? —pregunto.

—Para asegurarme de que no me lo ha puesto a mí —contesta—. Ese tío es bueno, ¿no? Me encontró. Tal vez se acercó a mí y yo no me di ni cuenta.

Los dos nos damos la espalda y seguimos desnudándonos. Me reviso toda la piel que puedo, pero al final me doy cuenta de que hay lugares que no veo.

—Creo que tenemos que ser más concienzudos —propongo—. Como has dicho, los dos somos adultos, ¿no?

—Parece que estamos buscando piojos.

Cuando me giro, ella ya está desnuda. Intento no fijarme en las sutiles y suaves curvas de su cuerpo y en la forma en que tiene un poco inclinada la cadera. Ella le echa un vistazo a mi entrepierna y enseguida levanta la vista y finge que no ha mirado.

—Bien, pues pongámonos manos a la obra con esta tarea tan extraña —dice.

Los dos revisamos palmo a palmo unas zonas muy íntimas de los cuerpos del otro, buscando cualquier cosa que podamos llevar pegada a la piel. Cuando está examinando mi zona genital, me concentro en la respiración para no excitarme demasiado. Tengo una cierta reacción y ella se detiene, pero no dice nada. Es la primera vez que estoy desnudo delante de una mujer desde lo de Sara, y en cuanto me doy cuenta de ello se me hace una grieta en la superficie del corazón.

Cuando terminamos, los dos recogemos la ropa del suelo.

—Nada.

Mientras me pongo la camisa, se queda mirando el vendaje que me cubre el corte del vientre.

Yo lo reviso también, pensando que se me ha vuelto a saltar un punto. Se me olvida todo el tiempo; el dolor se ha reducido tanto que casi no lo noto a menos que haga un movimiento brusco o que tosa. Pero el vendaje está limpio y...

—Oh, mierda —dice.

Entonces lo entiendo y la sangre se me hiela en las venas.

—Pero metiste el dedo en la herida...

—Si es pequeño, no lo notaría —se defiende—. Te dije que no era del todo fiable. ¿Pero cómo puede ser?

Me apuñaló. Me clavó el cuchillo, me lo arrancó y ni siquiera se dignó a invitarme a cenar primero. ¿Cómo es posible que dejara un dispositivo GPS al hacerlo?

Entonces caigo.

—Un cuchillo WASP —le digo a Astrid.

—¿Un qué?

—Un cuchillo de aire comprimido. Es peligroso, se usa para cazar. Inyecta una burbuja de dióxido de carbono en la cavidad corporal que se queda en el cuerpo y explota. Tal vez esto sea una versión modificada pensada solo para depositar algo. —Pensar en que llevo un dispositivo electrónico en el vientre hace que sienta náuseas—. ¿Qué opciones tenemos, aparte de una cirugía exploratoria en la bañera de este tío?

Astrid se encoge de hombros.

—Una cirugía exploratoria en la bañera de este tío.

Volvemos a ponernos la ropa y le digo a Gaius que salga del baño.

—Necesito un cuchillo afilado, alcohol, agua hirviendo y todas las toallas que tengas —dice Astrid—. ¿Tienes analgésicos con receta?

—Oye, oye, oye —exclama Gaius—, ¿qué me he perdido?

Me levanto la camisa y le enseño el vendaje.

—El tío que busco me apuñaló. Creo que el dispositivo de seguimiento está aquí dentro, lo que significa que ese tío podría aparecer aquí en cualquier momento. Por muy pocas ganas que tenga de hacer esto, tengo que sacármelo lo antes posible.

—Vale, un momento, estáis los dos como cabras —dice—. Dadme un segundo.

Desaparece en el interior del dormitorio y oímos que abre cajones sin dejar de murmurar. Por fin, vuelve con un pequeño dispositivo negro con una gruesa antena en la parte superior que parece un *walkie-talkie* y lo enchufa al ordenador.

—Un inhibidor de frecuencias —explica—. Bloquea la señal de todo lo que esté en un radio de seis metros. Pero va a interferir también con las de vuestros teléfonos. Podéis apagarlo para llamar, pero os sugiero que no lo hagáis. En cuanto lo apaguéis, ese tipo sabrá vuestra ubicación.

Me acerco a la ventana, miro afuera y reviso la calle. Está bastante llena de transeúntes y me digo que tal vez esté exagerando.

Pero entonces lo veo.

El ruso está al otro lado de la calle. Lleva una chaqueta verde militar y está fumando apoyado en una farola, como si estuviera esperando el autobús.

—¿Mark? —dice Astrid.

—¿Qué precisión tiene un dispositivo así, Gaius?

—No te da la ubicación exacta. Probablemente tendrá un radio de treinta metros.

Tiene que saber que estamos en la zona y que hemos dejado de movernos. Así que está esperando que aparezcamos o solo anda cerca para tenernos vigilados. Me aparto de la ventana por si levanta la vista y me ve.

—¿Y cuánto tiempo te hace falta?

Gaius pulsa unas cuantas teclas.

—Hecho.

Vuelvo a mirar desde detrás de la cortina, con cuidado de permanecer lo más oculto posible. El ruso se acaba el cigarrillo y saca del bolsillo algo que parece un teléfono. Lo mira un momento y después levanta la vista y examina el edificio, confuso.

—¿Qué ocurre? —insiste Astrid.

Me aparto de la ventana.

—Creo que nos hemos dado cuenta a tiempo. Está al otro lado de

la calle. Y parece que el inhibidor ha funcionado.

Astrid va hacia la ventana, pero la agarro del codo.

—No mires.

—Claro, perdona.

Gaius levanta la vista de la pantalla.

—Incluso ahora que no puede seguir la señal, sabe que estáis cerca. Podéis subir al tejado, ir por encima de los edificios y salir por el otro lado de la manzana. Creo que es la ruta más segura.

Me siento en el sofá a su lado y apoyo la cabeza en el cojín del respaldo.

—Ya.

—Oye, tío, no os voy a mentir. Aunque esto es una pasada.

—Me alegro de haberte impresionado, a pesar de que estoy seguro de que voy a acabar envenenado por culpa de algún metal raro. Volviendo a lo que decías sobre el sitio web...

—Sí, sí. —Sacude la cabeza y suspira—. Hay una función que se llama «modo dios» con la que puedo acceder a casi cualquier cosa con tal de que esté en el sitio en sí. No puedo comprobar de dónde vienen los *posts*, pero sí saber si la gente está intercambiando mensajes privados.

—¿Y en qué nos ayuda eso? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Me dará unos cuantos usuarios que revisar y ya veremos.

Cojo mi teléfono, abro D@nt3 y reviso los foros. Astrid hace lo mismo y seguramente Gaius también. Los tres estamos concentrados un rato, buscando cualquier cosa que nos pueda ser útil.

Ya han creado un foro dedicado a hablar de Caballo Pálido, así que empiezo por ahí. Hay mucha gente diciendo de todo. Que vienen a por mí. Que debo estar muy desentrenado para cometer un error como ese. Un montón de gente habla de venganza. Algunos quieren conocerme. Y una mujer, acostarse conmigo. Nada útil ni alentador.

Ni nada que me haga sentir bien conmigo mismo.

Durante todo el rato que pasamos haciendo esto, siento como si tuviéramos una espada colgando sobre nuestras cabezas. Quiero salir ahí fuera y enfrentarme al ruso. Pero me han dado unos cuantos golpes en los últimos días y tengo una herida abierta en el vientre que Astrid ya me ha tenido que coser dos veces. No estoy en plenas facultades. Y sigo sin tener ni idea de qué está pasando en realidad.

Hay algo más. Esa sensación que no había tenido nunca antes. Tan nueva que he necesitado tiempo para familiarizarme con ella y encontrar la forma de definirla.

Tengo miedo.

Porque no sé cómo vencer a ese hombre sin matarlo.

—Oye, he encontrado algo —dice Astrid.

Me pasa su teléfono. Es un *post* de alguien con un nombre de usuario generado de forma aleatoria, una cadena de letras y números. El mensaje dice:

Caballo Pálido no era tan duro como creía, ni mucho menos. Lo he dejado tirado en el suelo, sangrando y asustado como un gatito. Y no tenéis ni idea de dónde lo encontré...

Kotenok, gatito. Eso fue lo que me llamó el ruso. Al menos por ahora se está callando lo de la rehabilitación. Si se corre la voz de eso, estoy muerto con total seguridad. Tengo que pensar que él ha supuesto que yo vería este mensaje.

Está utilizando tretas psicológicas. Tal vez ni siquiera iba en busca del cuaderno y solo se lo llevó para torturarme con él.

—¿Cómo lo has encontrado tan rápido? —pregunto.

—Hay una función de búsqueda —explica Astrid.

—Claro que la hay —exclama Gaius, que se siente un poco insultado.

Mira el teléfono y después su ordenador.

—Es el único *post* de ese usuario. Esperad un momento... —Teclea un poco más, mira la pantalla y continúa—: La cuenta es nueva, se ha creado hace un mes, pero hay cierta actividad. Mensajes intercambiados recientemente con otro usuario.

—No me parece muy ético que puedas ver los mensajes privados —comenta Astrid.

Gaius la mira fijamente y después se ríe.

—Esto es una actividad ilegal. —Vuelve a teclear y dice—: No puedo leer los mensajes, pero sí veo si se han enviado y a quién. Ha estado intercambiando notitas con un usuario que se llama Sanjuro. ¿Queréis que mire qué encuentro sobre él?

De repente la habitación me da vueltas. Me inclino hacia delante y entierro la cabeza entre las manos. Astrid y Gaius se quedan callados. Estoy buscando algo que decir, cualquier cosa.

—¿Quieres...? —vuelve a decir Gaius.

—No —contesto—. Sé quién es.

Sanjuro es el nombre que adopta el *ronin*, el samurái sin señor, en *Yojimbo*.

La película de Kurosawa favorita de Kenji.

Por eso él eligió ese nombre de usuario.

8

«Tu peor pecado es que te has destruido y te has traicionado por nada.»

FIÓDOR DOSTOIEVSKI, *Crimen y castigo*

Midtown Manhattan Dos años antes

Son las ocho y tres minutos. Ya debería estar aquí. Miro el teléfono, pero como no hay nada nuevo, vuelvo a observar las puertas de cristal del edificio. El guardia de seguridad que hay tras el mostrador no ha apartado la vista de su teléfono en los once minutos que llevo aquí, lo que significa que no me ha visto. Y que hace fatal su trabajo.

No hace más que pasar gente por esta acera bulliciosa del Midtown. Me cubro un poco la cara con la bufanda porque el viento es helador, pero también porque me siento más seguro cuando la gente no me ve el rostro.

Tengo hambre. Debería haber comido algo antes. Siempre es un error no comer algo previamente.

Me vibra el teléfono.

Perdón. La reunión se ha alargado. Bajo ahora mismo.

Mi respuesta:

No hay problema.

Me desplazo por la pantalla para ver los mensajes anteriores de Sara.

YO: ¿Qué te apetece?

SARA: Hay unos puestos navideños en Bryant Park. ¿Qué tal un chocolate?

SARA: Y tal vez también patinaje sobre hielo.

YO: No sé patinar sobre hielo.

SARA: Tiene truco. Yo te lo enseño.

YO: Ah, ¿sí? ¿Y cuál es el truco?

SARA: Tendrás que esperar para verlo. Tengo una reunión hasta las 8. ¿Te viene bien que quedemos después?

YO: Perfecto.

Como ya tengo el teléfono en la mano, abro la aplicación de citas en la que nos conocimos. La primera foto que sale es de ella sentada en su despacho, que debe de estar en alguna de las plantas que hay

sobre mi cabeza. Lleva una camisa de franela azul, rosa y gris, el pelo caoba rizado y alborotado y se le ve una sonrisa tan deslumbrante que resulta casi cegadora.

En el apartado de las cosas que le gustan ha puesto ciencia ficción, espiritualidad y salir a comer por ahí, y especifica que en el terreno sexual le gusta el intercambio de poder, las prácticas en grupo y las relaciones éticas no monógamas. Por eso me encanta esta aplicación. Está pensada más bien para los rollos y las perversiones sexuales y no para establecer relaciones a largo plazo, lo que significa que las cartas más importantes ya están sobre la mesa desde el inicio. Cuando hicimos *match* y empezamos a charlar, dos cosas quedaron claras desde el principio.

Primero, que ninguno de los dos buscaba nada serio, y a mí eso no me suponía ningún problema. Los dos queríamos una situación de amigos con derecho a roce que se ven regularmente, en la que pudiéramos quedar y hacer alguna que otra práctica sexual un poco rara, pero también ir de vez en cuando a ver una película o a un museo. Cuando le estreché la mano a Ravi en aquel muelle de Singapur, acepté que lo de la familia tradicional y la casa con valla blanca no era una opción para mi futuro. Tampoco me pareció mal: nadie desea algo que nunca ha tenido. Pero después de muchos años de rollos de una noche y *escorts*, tengo ganas de tener algo que vaya un paso más allá.

Lo segundo que descubrí, incluso en la fase en que solo intercambiábamos mensajes, fue que hablar con ella era como tocar un cable con electricidad. Estábamos charlando con una confianza de viejos amigos y de repente, cuando menos me lo esperaba, la conversación se convertía en un intercambio ágil de contenido sexual, a veces con un toque dulce.

De todas formas, supone un riesgo. A mí no me importa correr riesgos a nivel personal, es mi trabajo, pero me preocupa el peligro al que la expongo a ella. Aunque me aferro a la esperanza de que puedo protegerla de cualquier cosa. No hay mucha gente en este planeta lo bastante idiota como para venir a por mí.

—¿Mark?

La luz que sale a raudales del vestíbulo del edificio ilumina la silueta de Sara desde detrás y forma a su alrededor un halo leve y dorado. Lleva un gorro de lana azul y un abrigo oscuro con un cuello de pelo negro que le envuelve la garganta. Cuando nuestras miradas se cruzan, me da la sensación de que el viento se para y que la temperatura ambiente sube unos cuantos grados. Y el Midtown, con todo su bullicio de coches y personas que nunca para, se queda en silencio de repente.

—Soy yo —respondo, intentando sonar seductor.

Sonríe y ladea la cabeza. Por la forma en que me mira, diría que ha reconocido algo. Entonces baja la mirada hacia mi entrepierna y eleva una ceja.

—Tienes la bragueta abierta.

Me doy la vuelta, me subo la cremallera y después vuelvo a mirarla.

—Esta no era la primera impresión que quería dar.

—No pasa nada —responde, y se acerca. Huele a lavanda—. ¿Vamos a por ese chocolate?

Acabamos de conocernos (antes solo habíamos intercambiado mensajes y hecho alguna videollamada), pero, cuando gira hacia el parque, entrelaza su brazo con el mío. Me parece un gesto muy anticuado y a la vez adorable. Hay una especie de magnetismo que me atrae hacia ella. Me pondría nervioso si no me trasmitiera tanta paz.

Las ramas de los árboles que rodean el parque se elevan hacia el cielo como manos esqueléticas que intentan alcanzar la luna llena, que brilla en medio de un cielo color índigo. Sorteamos las mesas que hay en medio del espacio iluminado por pequeñas lucecitas. La tierra está húmeda por la nieve fundida y cruje por la sal. Vamos directos a la furgoneta que ofrece chocolate caliente. Cuesta diez dólares el vaso, tardan cinco minutos en hacerlo y la cola iría más rápido si hubiera menos gente haciéndose selfis cuando llega al final.

—Nueva York existe en un estado cuántico —le digo a Sara.

—Ah, ¿sí? —pregunta.

Señalo con la cabeza a la pareja joven que está haciendo el gesto de la paz para tomarse una foto con sus vasos de chocolate, bloqueando con ello al siguiente grupo de gente y evitando que pueda hacer su pedido.

—Se ve simultáneamente lo mejor y lo peor de la ciudad en todo el mundo.

Ella mira las lucecitas colgadas por todo el parque, estira el cuello para conseguir ver la pista de patinaje sobre hielo y después observa las mesas llenas de gente que habla y se ríe.

—No sé —contesta con una sonrisa—. A mí me parece bastante bien.

Vaya. La forma en que acaba de pinchar y deshinchar mi cinismo me hace sentir avergonzado. Pero tampoco me importa eso.

Es por esa sonrisa. No sé cómo describirla.

Es como si ella lo hubiera descubierto, todo, y solo estuviera esperando pacientemente a que me una a ella para celebrar mi éxito.

Esperamos en nuestra burbuja de silencio mientras la cola avanza muy despacio, hasta que de repente pregunta:

—¿A qué te dedicas, Mark? No me lo has dicho.

—Soy analista de datos —contesto, que es la versión oficial. Hay

un poco de verdad en ello (mi trabajo se basa en las matemáticas, en cierto modo), pero también suena lo bastante vago y aburrido como para no dar pie a más preguntas.

—¿Y cómo acabaste dedicándote a ello? —insiste.

Normalmente la gente no hace más preguntas, supongo.

—Siempre he sido una persona de números —contesto—. Uso las matemáticas para darle sentido al mundo. Me hace sentir que tengo un objetivo. No es lo que quería ser cuando era pequeño, pero, oye, ¿cuánta gente cumple sus sueños infantiles?

—¿Y qué querías ser de pequeño?

—Astronauta.

Acerca su cuerpo al mío, buscando calor, y noto que encaja en todos sus recovecos como la pieza de un puzle.

—¿Por qué?

Se me acelera un poco el pulso. No estoy acostumbrado a que la gente me haga tantas preguntas sobre mí. No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve una verdadera conversación con otro ser humano que no tuviera que ver con el trabajo. Y esas suelen ser breves y nada agradables.

La respuesta sincera es que quería escapar de esta tierra y también de los lugares de mi infancia, una serie de casas de acogida inseguras y poco estables. Pero eso es algo demasiado íntimo para compartirlo, así que le digo:

—Quería ver las estrellas.

Su sonrisa me revela que sabe que no le estoy contando toda la verdad.

Por fin conseguimos los vasos de chocolate, encontramos una mesa vacía (bastante endeble, y los asientos son pequeños y están fríos, pero al menos están secos) y nos sentamos a bebérnoslo, mirándonos; se nota que aquí está ocurriendo algo. Mi cerebro siempre está analizando en segundo plano lo que hay alrededor, en cierto estado de alerta permanente, incluso en este momento en el que no hay un peligro inminente. Es como un runrún constante: «¿Dónde están las salidas? ¿Cuánta gente hay alrededor? ¿Qué podría utilizar como arma?».

Pero ahora mismo es como si tuviera visión de túnel y ella fuera lo único que hay al extremo. Mi percepción funciona a trompicones, se inicia y se para. Peor, siento que debería estar preocupado porque estoy desconectado, que no es bueno estar así de distraído.

—Y tú me has dicho que trabajas en el mundo de las organizaciones sin ánimo de lucro —comento.

Le da un sorbo al chocolate y pone los ojos en blanco.

—Ah, esa es buena... Sí, me ocupo de la gestión de un grupo que organiza bancos de alimentos por toda la ciudad. Cuando era pequeña

quería ser princesa, pero eso era en parte porque pretendía ser una gobernante benevolente en cuyo reino nadie pasara hambre, así que al menos voy en la misma línea.

Yo bebo también y pienso que tiene razón: es como estar tomando una chocolatina fundida. Tal vez lo del chocolate no ha sido buena idea en mis circunstancias, pero llevo Lactaid en el abrigo. Señalo con la barbilla el rascacielos que se cierne sobre nosotros.

—Y trabajas en algo parecido a un castillo.

—Sí, pero no hay cetros ni vestidos espectaculares —contesta—. Los astronautas también analizan datos, ¿sabes?

—Sí, pero yo no voy a pisar la luna —replico—. Qué le vamos a hacer...

—¿Es estresante?

—Algunos días. La verdad es que me paso la mayor parte del tiempo intentando matar dos pájaros de un tiro.

Hace una mueca.

—No me gusta nada esa expresión.

—Pues así es mi vida.

—¿Por qué se asocia siempre la productividad con matar cosas? —replica.

—¿Qué es lo que debería hacerles a los pájaros entonces?

—¿Acariciarlos?

—Me picarían la mano.

—Entonces, no sé..., alimentarlos.

—¿Darles de comer?

Asiente.

—Alimentar dos pájaros de un tiro —dice.

—¿Los alimentarías con balas?

Me saca la lengua.

—Pues alimentar dos pájaros con un mismo panecillo.

—Qué bonito. Me gusta.

Deja el vaso delante de ella y me pone las piernas en el regazo. Le masajeo los músculos de la pantorrilla.

—¿Y qué me dices de tu familia? —pregunta.

—No tengo. Soy hijo único y mis padres murieron cuando era pequeño.

—Lo siento.

—No pasa nada —contesto y, como quiero dejar de hablar de este tema, pregunto—: ¿Y qué me dices de ti?

—Mis padres viven en Phoenix, que es donde me crie. Tengo un hermano que vive al norte del estado de Nueva York. Es guardia en una cárcel. Estamos bastante unidos, pero no lo veo tanto como querría.

—Guardia en una cárcel. Tiene que ser un tío duro.

—Eso le gusta creer. Si alguna vez llegas a conocerlo, seguro que te amenazará y hará de «hermano mayor», pero no te preocupes, es inofensivo.

Me río al pensarlo y también ante la idea de conocer a un miembro de su familia. Eso es nuevo. Le doy un largo trago al chocolate mientras pienso en otro tema de conversación que no sea la familia, para que no volvamos sobre el hecho de que yo no tengo, pero en ese momento veo una cara que conozco detrás de ella.

Antonio Amato.

—Cuéntame cómo acabaste en lo del banco de alimentos —le pido.

Y la escucho solo con un oído mientras repaso los números en mi cabeza.

A veces reviso los encargos abiertos que la gente cuelga en Via Maris. Solo para pasar el tiempo entre las misiones de la Agencia. Los trabajos a nivel local no están tan bien pagados, pero son mucho más fáciles de realizar, porque no tengo que infiltrarme en un edificio del Gobierno o buscar la forma de inhabilitar un sistema de seguridad avanzado. Algunos de esos encargos son chorradas: un tipo que quiere que maten a su mujer porque le pone los cuernos o alguien que quiere cargarse a su vecino porque corta el césped a las siete de la mañana todos los domingos. No quiero tener nada que ver con asuntos de ese tipo.

Pero hace dos noches vi un encargo que implicaba a Amato y se me quedó grabado en la mente.

El imperio que dominaban las Cinco Familias se ha desintegrado, pero todavía quedan grupos de mafiosos por ahí y, al parecer, Amato es un pez gordo que ha cabreado a otro, y el ofendido está buscando a alguien que lo borre del mapa.

Amato lleva un abrigo marrón y el pelo canoso peinado hacia atrás con gomina. Tiene la constitución de un defensa de fútbol americano que se hubiera abandonado un poco. Está sentado unas mesas más allá con una mujer joven y atractiva. Parece universitaria. Tal vez sea una amante. Los dos hablan y se toman su chocolate y yo me reprendo por mezclar una cita con el trabajo, pero es difícil decir que no a un chute de adrenalina.

Sara acaba de contar lo que estaba explicando, algo sobre ayudar a la gente, y yo contesto:

—Parece un trabajo muy gratificante.

—Lo es —afirma, y me mira con los ojos entornados—. A veces voy de voluntaria a los bancos de alimentos. Es muy buen ejercicio. Y siempre viene bien una espalda fuerte, porque la mayoría de los voluntarios son personas mayores. Cuando llegan los sacos de patatas de veinte kilos tenemos que recurrir a la gente más joven.

—Suena divertido —le digo.

Deja su vaso.

—¿Estás bien? De repente parece que tuvieras la mente en otra parte.

Vaya, normalmente se me da mejor la multitarea. Amato se levanta de su mesa y va hacia los baños, así que le digo:

—Es que tengo un problema que es un poco vergonzoso de tratar en una primera cita.

Enarca ambas cejas y da otro sorbo, como si se estuviera preparando para lo peor.

—Se me ha soltado un poco la tripa —confieso, y levanto el vaso—. Es que tengo un problemilla con los lácteos.

Suspira con un enorme alivio.

—Dios, pensaba que me ibas a decir que estabas casado o algo así. Podríamos haber ido a tomar otra cosa, ¿sabes?

—Sí, pero parecía que tenías muchas ganas de chocolate.

Se inclina hacia mí y me da unas palmaditas en el brazo.

—Todos cagamos, no pasa nada. ¿Quieres usar el baño del edificio donde está mi oficina?

—No, los baños de aquí están bastante bien. Vuelvo dentro de unos minutos, ¿vale?

—¿Vamos a patinar después?

—Ya te he dicho que no sé patinar sobre hielo.

Sonríe, traviesa, y me guiña un ojo.

—Y yo te he contestado que tiene truco.

Dejo el vaso y me pongo de pie.

—Me lo pensaré.

Se recuesta en la silla y cruza las piernas. Saca el teléfono y enseguida se queda absorbida por Instagram.

Los baños están en el extremo del parque y voy hacia allí esperando tener suerte. De camino saco el teléfono, busco el mensaje original, lo localizo y respondo al número del anuncio:

Aceptado. Informaré en breve.

Cuando llego al baño, recibo una respuesta.

Foto e información de pago.

Normalmente digo quién soy y pido el pago completo por adelantado (nadie ha dicho nunca que no), pero no tengo tiempo de ponerme con esos detalles. Sara parece muy comprensiva con el tema de las potenciales molestias intestinales, pero cuanto más tiempo pase aquí, más posibilidades hay de que no acabe en su casa esta noche. Hay imágenes mentales que no se pueden borrar.

El baño portátil es un remolque unido a un generador que emite un fuerte zumbido. Hay dos puertas: una para hombres y otra para mujeres. Veo un cono de obra entre unos arbustos; lo cojo y lo pongo

delante de la puerta de la parte de los hombres antes de entrar. Amato está de pie frente a un urinario. Compruebo la parte inferior de los cubículos y no veo pies. Tampoco había ninguna cámara visible de camino, porque estamos en un parque y lejos de la calle.

Cierro la puerta con el pestillo. El ruido seco que hace resuena en el espacio y Amato se gira, todavía con la bragueta abierta. Teniendo en cuenta que le han puesto precio a su cabeza, estoy seguro de que sabe de qué va esto. Y me lo confirma cuando carga contra mí. Intento esquivarlo, pero me bloquea el paso un lavabo. El espacio es demasiado reducido. Me agarra por la cintura y me pega en el costado, intentando alcanzarme los riñones y el hígado. A pesar de su edad, está acostumbrado a las peleas cuerpo a cuerpo, y eso quiere decir que se siente cómodo en espacios pequeños.

Levanto una rodilla para crear un poco de distancia y considero darle un cabezazo, pero podría hacerme una brecha, que sangra muchísimo; además, no iba a ser fácil de explicar, así que me decido por darle un puñetazo en un lado de la garganta. La tráquea humana tiene la misma resistencia a la tracción que una lata de refresco, y nadie continúa peleando si no puede respirar.

Le empieza a faltar el aire y se aparta, con los ojos muy abiertos.

—Por favor —dice, boqueando para respirar—. Sea lo que sea lo que te vayan a pagar, yo te daré más.

No sé lo que habrá hecho. Normalmente lo sé antes de matarlos. A veces me ayuda saberlo. Pero no puedo más que suponer que lo que fuera que hizo no pudo ser nada bueno, dado que ofrecen veinticinco mil dólares por acabar con él.

—Lo siento, tío. Los números, ¿sabes? —contesto.

Le doy una patada en el vientre, pero me agarra el pie y me lo retuerce. Pierdo el equilibrio y me golpeo la cabeza con el lavabo. Me levanto, me toco la cabeza y noto sangre. Justo lo que no quería. Me pongo de rodillas, le doy un puñetazo con fuerza en el estómago, que hace que se doble por la mitad, le rodeo el cuello con el brazo y doy un tirón fuerte. La columna vertebral se parte y el cuerpo cae al suelo, inerte. Lo pongo boca arriba, le hago una foto con el teléfono y la envío al número de antes, junto con mi cuenta de criptomonedas.

Me doy cuenta de que tengo que orinar, pero ya llevo demasiado tiempo aquí y, antes o después, va a aparecer alguien a pesar del cono. Me da vueltas la cabeza. Me miro en el espejo: tengo un buen corte que sangra en la frente. Cojo unas cuantas toallas de papel y las aprieto contra la herida. Abro la puerta una rendija para asegurarme de que no hay nadie.

Cuando vuelvo a la mesa, Sara sigue con su teléfono. Me mira, se la ve confusa un momento y después abre mucho los ojos.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. Me he resbalado con una placa de hielo —explico.

Me hace un gesto para que me siente, me cubre la mano con la suya, aparta las toallas de papel y hace una mueca al ver la herida.

—Deberíamos ir a que te vean esto.

—No, no es nada. Seguro que dejo de sangrar enseguida.

—Es bastante profunda.

—¿Y qué pasa con el patinaje?

—Creo que deberíamos dejarlo para otro día.

—Pero me has prometido que me ibas a contar el truco —insisto.

Me dedica esa sonrisa cómplice otra vez y se sienta.

—Vamos a mi oficina, ¿vale? Está ahí mismo. Hay cocina y un botiquín.

—Vale.

Nos levantamos y entrelaza el brazo con el mío. Volvemos por donde hemos venido, pero nos detenemos al oír un grito que atraviesa la tranquilidad de la noche. Es la mujer que estaba sentada con Amato.

—¡Ayuda, por favor! ¡Mi padre!

Oh.

Sara mira hacia el lugar de donde vienen los gritos. La mujer aparece corriendo desde el baño.

—Creo que deberíamos ayudarla —sugiere.

Pero ya hay unas cuantas personas acercándose a ella.

—Eh... Es que me estoy mareando —digo.

—Vale —dice Sara, y nos vamos a su oficina.

Pero la energía de la noche ha cambiado. Lo que parecía cómplice y divertido de repente se ha vuelto frágil, como un cristal que se vuelve quebradizo con el frío.

Normalmente cuando acabo una misión siento ese subidón, la energía divina que me recorre el cuerpo. He vuelto a hacer eso que se me da tan bien. Yo he sobrevivido y la otra persona no. Me van a recompensar. Pero creía que esa mujer era una novia o una amante. No sé por qué eso supondría una justificación, pero así es. Algo en que fuera su hija, que Sara haya visto el dolor de la chica y que ahora vayamos a un sitio en el que me va a curar la herida, aunque no sabe que soy yo quien ha causado ese dolor, me hace sentir avergonzado por lo que acaba de pasar.

Nunca antes me había sentido así.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta.

Ya estamos en el ascensor, subiendo a su oficina. No recuerdo haber cruzado el vestíbulo. ¿Pero qué está pasando?

—Sí —contesto.

Llegamos y me lleva a la cocinita, me sienta en una silla de plástico duro y se va. Cuando vuelve trae un botiquín de plástico

blanco. Lo abre y saca toallitas, una crema antibacteriana y unas tiras de sutura. Después va al fregadero y se lava las manos.

Verla hacer eso me hace sentir aún peor.

Como si no me lo mereciera.

Vuelve, abre una toallita y me limpia la sangre de la herida con ella.

—¿Cuál es el truco? —pregunto.

—¿Qué?

—¿El truco del patinaje sobre hielo?

—Ah. No resbalarse —dice.

Me echo a reír, pero se abre una grieta en mi interior y tengo que esforzarme mucho para no echarme a llorar. Ella para y me mira a los ojos. Pero no hace solo eso: sus dulces ojos marrones tensan hasta el límite los hilos con los que he tejido mi vida.

—¿Estás contento? —pregunta.

No necesito contestar.

Ella lo sabía antes de preguntar.

Aparta la toallita, se acerca y me besa. Y en ese momento encuentro un sentimiento que ni siquiera sabía que estaba buscando.

Me siento seguro.

9

«Las amistades de un hombre son una de las mejores medidas de su valía.»

CHARLES DARWIN

Bushwick, Brooklyn En el presente

El tono de llamada se corta y el teléfono se cuelga. Kenji no me respondió cuando bajé del avión ni tampoco me lo coge ahora. No sé qué le voy a decir ni por qué lo estoy llamando, pero así tengo algo que hacer que no sea desaparecer en un agujero negro en el interior de mi cabeza y no volver a salir.

Me guardo el teléfono en el bolsillo. Quiero creer que él no ha tenido nada que ver, pero es difícil. Cuando atacamos a la Yakuza, mató a su hermano y se deshonró para siempre (es la peor transgresión que alguien de su posición podría cometer), huyó a los Estados Unidos, porque no podía volver a casa ni tener acceso a nada de su vida anterior, y apareció en Nueva York solo con el dinero que tenía en la cartera y con lo puesto. Y le tengo una profunda admiración por haber sido capaz de hacerlo. A veces me pregunto si yo habría aguantado tanto tiempo en rehabilitación si no tuviera los gruesos fajos de billetes que me facilitan tanto la vida. No necesito volver a trabajar en mi vida, aunque algunos días me cueste disfrutar de esa comodidad si pienso de dónde provienen.

¿Por eso Kenji se mostró tan reservado la última vez que hablamos? Creí que era porque los dos intentábamos no divulgar demasiada información en la conversación por teléfono. ¿Pero sería por otra cosa? ¿Habrá contratado al ruso o solo me habrá vendido? ¿Y por qué iba a jugar conmigo así? No tiene sentido, nada. Cuando oí la palabra «Sanjuro» fue como si me dieran con un mazo en el pecho, en pleno corazón, y el dolor psicológico que me ha provocado esa revelación todavía me recorre el cuerpo.

Creía que era mi amigo.

Saco la chapa de los seis meses del bolsillo y la sostengo en la palma de la mano. Él me la dio. Estaba muy orgulloso de mí. Y le hacía mucha ilusión que la cambiara por la siguiente. Pero ahora la noto diferente, como si no pesara lo mismo. Me parece más ligera.

Barata. Falsa.

—¿Qué es eso? —pregunta Astrid.

Me la vuelvo a guardar en el bolsillo.

—Nada.

—Sea quien sea a quien esperamos, más vale que aparezca pronto.

Los escalones de hormigón que llevan al apartamento de Valencia están helados, pero al menos se encuentran secos. Podría entrar sin dificultad y esperarla en un sitio calentito, pero nunca es una buena idea sorprender a una asesina, aunque esté rehabilitada.

He estado aquí antes. Una noche, hace unos seis meses tal vez, después de una reunión, salimos a tomar unas copas. Hablamos de sus ganas de ser madre y, cuando los dos estábamos lo bastante borrachos, decidió que yo tenía buenos genes y que utilizarlos sería más barato que ir a un banco de esperma. Fuimos a su piso, y ya estábamos casi desnudos cuando se detuvo un momento, me miró a los ojos, pareció reconocer algo y lo paró todo en seco. No me dijo por qué, pero respeté su decisión y entendí que era lo mejor. Preservar la seguridad y la santidad de las reuniones era más importante que echar un polvo, y supuse que ella estaría pensando lo mismo.

Si tuviera elección, habría ido solo, pero cuando sugerí buscar un hotel para que Astrid y P. Kitty se escondieran, ella se puso como una fiera. Me dijo que no tenía intención de ser la mujer del hotel. Traerla conmigo compromete la identidad y el anonimato de Valencia, pero no se me ocurrió ninguna buena explicación que darle.

Así que aquí estamos.

P. Kitty suelta un maullido lastimero desde el interior del trasportín. Meto un dedo y le rasco un poco la cabeza.

—Pronto estarás más calentito, amigo —prometo.

—Faltan dos días para Navidad —comenta Astrid.

—¿Tienes planes?

Se encoge de hombros.

—Voy a cenar con unos amigos. Y hablaré con mi hermana por FaceTime, aunque no nos hacemos regalos ni nada. ¿Y tú? ¿Cómo celebra la Navidad un asesino a sueldo?

Pienso en el año pasado.

El árbol. Las palomitas. Los regalos.

La sangre. Los gritos.

—Solo —contesto.

Valencia aparece por un extremo de la manzana. Se para cuando nos ve, pero después sigue caminando. Lleva una chaqueta de franela con cuello de pelo y una capucha le oculta la cara. Carga con una bolsa de supermercado. Levanto una mano y saludo. Se queda parada al pie de las escaleras y dice:

—Hola, Astrid.

—Hola, Valencia.

Miro primero a la una y después a la otra.

—¿Os conocéis?

—Claro —contesta Astrid—. ¿Qué tal se curó la herida de disparo?

Valencia se acerca una mano al muslo izquierdo.

—Bastante bien. Una cicatriz mínima. Lo hiciste muy bien. ¿Pero por qué estáis aquí los dos?

—¿Podemos entrar? —pido—. Es importante.

Pasa a nuestro lado y abre la puerta. La seguimos hasta su apartamento por una escalera que cruje. Entramos y nos quitamos los abrigos. Valencia lleva la bolsa a la cocina y saca carnes y verduras, que mete en la nevera.

—Puedes sacar al gato —dice.

Abro el trasportín y P. Kitty sale despacio y da unos pasos vacilantes por el salón. El pobre animal solo había visto en su vida dos lugares: una tienda de alimentación y mi apartamento, y de un día para otro ha dado la vuelta a medio mundo. Lo cojo y lo abrazo, intentando calmarlo, pero se retuerce hasta zafarse y se va a explorar la zona.

—Vale —acepto.

Valencia vuelve al salón.

—Supongo que tenemos que hablar en privado. Astrid, sírvete lo que quieras de lo que hay en la nevera. ¿Mark?

Me lleva por un largo pasillo hasta el dormitorio y cierra la puerta. La habitación es muy sencilla: una cama grande con una colcha de terciopelo verde un poco aplastada, una cómoda antigua y un bonito espejo de pie.

Y un tablón donde hay fotos de varios hombres.

No tienen prácticamente nada en común. No coinciden las edades, ni las razas, ni los tipos de cuerpo. Cada foto tiene una tarjeta debajo con unas notas escritas con letra clara en español que, como muchos otros idiomas, hablo bastante bien pero no entiendo muy bien por escrito. Mi cerebro de asesino me dice que esa disposición parece la de una serie de objetivos. Pero antes de que llegue a preguntar, Valencia me interrumpe:

—No te preocupes por eso. ¿Mataste tú a Rubén Espinosa?

Me doy la vuelta y me la encuentro fulminándome con una mirada acusatoria.

Espinosa. Necesito un momento. ¿Es triste que necesite pensarlo? Probablemente.

Una urbanización en una parte de México con mucha arena. Me colé por la noche para echarle una dosis de ricino en el cóctel a un

rebelde que buscaba desestabilizar el mercado inmobiliario. Estaba reclutando seguidores para destruir promociones nuevas y había orquestado los asesinatos de una docena de miembros del personal de seguridad.

—Supongo que has visto el vídeo. Sí, fui yo.

Aprieta los labios hasta que forman una línea que trasmite furia.

—Me lo suponía.

—Oye, no sé lo que era él para ti, pero era un mal tío...

—No —me interrumpe, y da un paso hacia mí—. Los banqueros y los gobernantes que estaban inflando los precios del mercado inmobiliario mexicano un treinta por ciento eran «malos tíos», Mark. Espinosa no era perfecto, pero estaba del lado de la gente.

—¿Y por qué te importa?

—Porque yo tenía que protegerlo.

—Creía que trabajabas para los cárteles.

Me mira con los ojos entornados.

—¿Creías que era de los cárteles porque soy mexicana? Menudo estereotipo, Mark. Formaba parte del Grupo de Operaciones Especiales. ¿Sabes lo que es?

Oh, mierda.

—El brazo paramilitar encubierto de la CIA.

—Eso es. —Me da la espalda y suspira con todo su cuerpo—. Esa estrategia inmobiliaria le jodió la vida a mucha gente. La sumió en la pobreza. Y todo para que algún cabrón se comprara un segundo yate cuando se le rompiera el primero. Teníamos la misión de detener a Espinosa. Pero yo le estaba dando información privilegiada para que pudiera ir un paso por delante. Lo que hizo fue por una buena razón. Y supongo que algo estaba consiguiendo, porque te enviaron a ti.

—Mira, yo solo hice mi...

Vuelve a darme la espalda. Está casi temblando de furia.

—No me digas que estabas haciendo tu trabajo. Un grupo de gente morena con aspiraciones intenta plantarle cara al sistema y ellos envían al Terminator blanco para acabar con todo. Aunque supongo que esa historia es la más vieja del mundo.

—Oye...

—¿Qué?

—He matado a muchos blancos también.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que es una estupidez. Ella se cubre la cara con las manos e inspira y exhala despacio varias veces. Yo también hago lo mismo: inspirar cuatro segundos, contener otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro. Resulta curioso pensar que este enfrentamiento se habría producido de una forma muy diferente hace solo unos años. Tengo ganas de echarme a reír y de comentárselo para reducir la tensión,

pero no creo que ella esté de humor para eso ahora mismo.

—Siempre me he preguntado qué pasó —dice—. El trabajo fue demasiado limpio. Por lo menos, ahora lo sé.

—¿Entonces no tenemos que seguir peleando por eso?

—No, imbécil. Puedo estar enfadada y triste y, aun así, perdonarte. Ese es el objetivo del programa.

—Vale, lo siento. Y siento lo del cártel. Ha sido un prejuicio.

Se deja caer en la cama.

—Dime qué está pasando.

—Creo que Kenji me ha vendido.

La expresión de su cara cambia por completo y parpadea unas cuantas veces.

—Eso no me parece posible.

Le hago un resumen de todo lo que ha pasado en los últimos días: el ruso, por qué estoy con Astrid, nuestro viaje a Singapur, la Agencia en alerta máxima y amenazando con enviar a por mí a Azrael y lo de Gaius y la conexión con Kenji. Me escucha con la cara impasible, asintiendo despacio en los momentos en que empieza a entender lo que está pasando, supongo. Cuando termino, nos quedamos en silencio un buen rato mientras intentamos encajar las piezas del puzle.

Valencia frunce los labios y después resopla, frustrada.

—He oído hablar de Azrael. Y nada de lo que me ha llegado es bueno.

—Yo no he tenido el placer, pero ellos creen que estoy totalmente descontrolado, y esa opción es como una bomba nuclear. Si esto se alarga mucho más, será cuestión de tiempo que nuestros caminos se crucen.

—¿Y de verdad crees que Kenji está implicado?

—Por eso he aparecido aquí sin avisar, por si te había dicho algo. Hasta hace poco, él era el único que conocía mi verdadera identidad y que estoy limitado por este maldito programa.

—Este «maldito programa» te está salvando la vida. Y también a mí y a muchos más.

—Sí, pero mi vida sería mucho más fácil si pudiera dejarlo atrás y que esto se desarrollara como...

—Para inmediatamente —interrumpe, se levanta y me clava un dedo en el pecho—. Sé lo que quieres decir, pero estás intentando darte permiso para borrar todo un año de progresos.

—¿Tan malo sería hacer borrón y cuenta nueva, solo esta vez, para poder vivir en paz? Solo ha sido un año. Puedo volver a empezar a contar los días...

—¿Y qué sentido tiene dejar de hacerlo? Sigue matando a alguien cada vez que tengas un problema. Al siguiente tío que se te cuele en la cola del banco, le partes el cuello.

—No es eso lo que quiero decir.

—No tenemos más que lo que tenemos —dice despacio, pronunciando bien todas las palabras—. Deja de decir eso, ¿vale? Aquí no. No es bueno que lo oigas tú ni tampoco yo. —Pone los brazos en jarras y arquea la espalda para estirarla—. ¿Qué hacemos ahora?

—Preguntarles a Booker y a Stuart para ver si ellos saben algo.

—Booker vive en Staten Island —dice—. Y Stuart, en Astoria.

—Yo preferiría hacer esto de forma analógica. Nada de llamadas, ni emails, ni mensajes de texto. Que no quede rastro. ¿Sabes dónde vive Booker?

—Sí, estamos en el mismo equipo de bolos.

—¿Los dos jugáis a los bolos?

Suelta una risita.

—A él se le da fatal, pero no se lo digas. Se molestaría.

—Vale, a ver qué te parece esto —propongo—. ¿Puedes ir a su casa? Yo intentaré encontrar a Stuart. Quiero saber si tiene alguna información útil, pero, cuando llegue el momento, me gustaría enfrentarme a esto solo con vuestra ayuda, la tuya y la de Booker.

—Vale —responde.

—Y quiero decirte otra vez que lo siento. Lo de Espinosa. Y lo de venir a soltarte esto. No me siento muy bien al respecto.

—Para eso estamos, idiota. Puedes y debes sentirte mal. Pero ahora tienes que sentarte a reflexionar sobre esos sentimientos y decidir hacer lo correcto después. Mientras, te perdono, porque la persona que eras entonces no es la misma que eres ahora. Bienvenido a la rehabilitación.

Intento con todas mis fuerzas mantener la expresión de la cara imperturbable. Pero no lo consigo, así que, para poder esconderme un poco, la abrazo con fuerza. Ella me lo permite y después me da unas palmaditas en el hombro y me dice:

—Vale ya de ser tan blando.

Nos separamos. El ambiente ha vuelto a la normalidad. Señalo con la cabeza las fotos del tablón.

—Es que no puedo evitarlo... Parece que estuvieras metida en algo de trabajo otra vez.

Resopla, se acerca al tablón y examina las fotos.

—Ya sabes en lo que estoy metida, Mark. Hablo de ello todas las semanas. Quiero ser madre. He tenido una reunión con los del banco de esperma y me han dado unos cuantos perfiles de candidatos potenciales.

—Creía que el proceso era anónimo.

Sonríe.

—Sí, pero no para gente como nosotros. Hay cosas que necesito saber y que seguro que esos tíos no revelarían en un formulario. Tengo

que estar segura.

—¿Qué tipo de cosas?

Se vuelve hacia mí y su expresión se suaviza. Nunca la había visto tan vulnerable.

—Quiero alguien que no tenga ningún tipo de historial de violencia.

Oh.

Eso fue lo que vio en mí la última vez que estuve aquí. Por eso me paró.

Porque seguramente nuestros genes son material combustible.

—¿Crees que nacimos así? —pregunto.

Me mira con una sonrisa con cierto aire de derrota.

—No quiero correr el riesgo.

Quiero contradecirla y decirle que no, que a nosotros nos fueron moldeando para ser como somos, pero esa forma en que me vibra el cuerpo y la sangre me hierve cuando noto el chute de adrenalina hace que no pueda estar seguro de que eso sea cierto.

Entonces me pregunto qué esperanza hay para mí. Para cualquiera de nosotros. Y encuentro una cosa más por la que sentirme aterrado: la idea de que puedo trasmitir lo que tengo dentro.

—Vamos —dice, y va hacia la puerta—. Pongámonos manos a la obra.

Antes de que abra la puerta, la interrumpo.

—Oye...

No se gira y responde con una voz que es casi un susurro.

—¿Qué?

—No soy un experto en el tema, porque yo no tuve una en realidad, pero al menos quiero decirte que creo que serás una madre estupenda.

Valencia deja caer la mano junto al costado y parece que quiere decir algo. Es como si estuviera preparándose para responderme, no sé si será con un «gracias» o un «que te den». Lo que sí sé con seguridad es que estoy convencido de lo que he dicho. Entonces levanta la mano, gira el picaporte y sale de la habitación sin decir nada.

La línea R del metro va en dirección a Astoria. Astrid está sentada frente a mí. Yo me distraigo con el teléfono, aunque la cobertura va y viene entre las paradas. No tengo mucha información para encontrar a Stuart. Sé su nombre y que es asesino en serie. Basándome en algunas cosas que ha contado, encontré unos cuantos asesinatos sin resolver en los últimos dos años en diferentes zonas de la ciudad que creo que podría haber cometido él.

Me siento incómodo por tener que ir a su casa, pero necesito comprobarlo todo. En parte porque él podría haber oído algo que yo no. Y también porque tal vez esté en peligro, y, a pesar de los

sentimientos encontrados que tengo sobre él, quiero que consiga rehabilitarse. Cada reunión a la que va es una vida salvada. Eso me hace recordar a un instructor de *krav maga* con el que entrené hace mucho tiempo. Estábamos haciendo un ejercicio para neutralizar a un tirador activo. «Cada segundo que consigues evitar que un tirador dispare es una vida salvada», decía él. «Y según el Talmud, por cada vida que salvas, estás salvando también un universo.»

En el ejercicio, él caminaba alrededor de la alfombrilla, descalzo, con la mano levantada como si llevara un arma, y gritaba: «¡PUM! Un universo».

«¡PUM! Un universo.»

«¡PUM! Un universo.»

A veces tengo que recordarme eso.

Sobre todo en momentos como este.

Porque Smiley está en el vagón también. Va de un lado a otro con su botella de Hennessy vacía, lanzándola al aire sin importarle que le pueda dar con ella a alguien.

El metro para en la calle Veintitrés. Él se balancea desacompasado con el vagón y se pone a hablar con gente que no quiere tener contacto con él. Tiene el pelo oscuro sucio y descuidado. Y parece más borracho de lo normal.

Entonces se fija en Astrid.

Se planta delante de ella, que se revuelve un poco, pero no veo su reacción porque Smiley se ha colocado entre nosotros.

Solo nos quedan unas pocas paradas. Y Astrid puede arreglárselas.

Podemos ignorarlo.

Inspirar cuatro segundos, contener otros cuatro, exhalar cuatro más...

No.

Me levanto y le doy un empujón para colocarme entre los dos. Él tiene que apartarse un poco para dejarme sitio y parece más sorprendido que enfadado. Después sonríe porque me reconoce.

—¿Has vuelto a por más?

Ignorar.

Solo me voy a quedar aquí plantado. Nada más. No tengo que hacer ninguna otra cosa.

Seré un elemento disuasorio pacífico y tranquilo.

—Estaba hablando con ella —dice.

Astrid me mira como diciendo: «¿Qué haces?».

Ignorar. Ignorar.

—¿Estás sordo?

—Mark, vamos... —interviene Astrid.

Ignorar. Ignorar. Ignorar.

Inspirar cuatro segundos...

Me da un empujón. Tengo los pies bien firmes en el suelo, así que no logra moverme, pero eso interrumpe mi rutina de respiración.

Lo que quería que hiciera.

Para darme una excusa.

—Siéntate o voy a empezar a verlo todo rojo, hijo de puta —dice.

Mi mano sale disparada antes de que mi cerebro pueda reaccionar. Lo agarro por la base del pelo y tiro hacia atrás con fuerza, dejándole expuesta la garganta. Me dan ganas de clavarle los dientes ahí. Quiero arrancarle un trozo y escupírselo en la cara.

—¿Tienes idea de cómo se sabe que alguien no sabe pelear? —pregunta Caballo Pálido—. Porque dice que lo ve todo rojo. Como si fuera a perder el control y a convertirse en una especie de animal. Pues no funciona así. La gente realmente peligrosa es la que puede seguir serena y guardando la compostura bajo la presión más intensa que te puedas imaginar.

Tiro más fuerte y eso lo obliga a arquear la espalda.

—¡Mark! —grita Astrid.

—No vuelvas a acercarte a mí con esas tonterías de tío duro —continúa Caballo Pálido—. No sabes con quién te las estás jugando.

Lo obligo a girar y le estampo la cara contra la puerta del metro. Cae al suelo gimoteando. Le cojo el brazo y me sitúo para rompérselo. Sé cómo hacerlo de forma que nunca acabe de curarse bien. Siempre le quedará un recordatorio, un dolor que hará que no se le ocurra volver a pensar que es un hombre...

Astrid me aparta de él de un tirón.

—Para —me dice.

El hombre está llorando hecho una bola, en posición fetal. Me doy cuenta de que lo que estoy haciendo es pisar una hormiga. Levanto la vista esperando... no sé, ver otra cosa que no es lo que encuentro, pero la imagen que tengo delante es que todo el mundo se ha apretujado en el otro extremo del vagón, totalmente aterrorizado.

Porque han visto la parte más salvaje de mí.

Y ojalá pudiera decir que me arrepiento, pero no.

Este es el momento perfecto para llamar a Kenji. Pero no puedo.

—Tenemos que irnos —asegura Astrid.

Unos cuantos viajeros han sacado los teléfonos y lo están grabando todo. Muy bien, esto va a acabar en las redes sociales. Cómo no. Y todos los que me buscan sabrán enseguida dónde estoy.

Cuando se abren las puertas en la calle Veintiocho, Astrid tira de mí para que me baje. Enseguida estamos de vuelta en la calle y buscando un taxi. Me duelen los puños por la fuerza con la que los estoy apretando.

Este parece ser el sitio. Las patatas fritas están buenas. Corte fino, crujientes por fuera y esponjosas por dentro, sazonadas en su punto

justo. En nuestra última reunión, Stuart dijo algo sobre que se había fijado en una camarera en un restaurante cerca de su casa en el que las patatas estaban muy ricas. No era mucha información, pero me puse a buscar y encontré cuatro blogs de comida diferentes que elogiaban las patatas de Rusty's Tavern.

Es un bar de toda la vida en la esquina de la Treinta y Uno con Steinway. Mucha madera, taburetes tradicionales y una mezcla de clientela más mayor, que solo quiere ahogarse en su copa, y burgueses gentrificadores de ojos como platos, de los que empezaron a llenar este barrio cuando Brooklyn se volvió demasiado caro.

Hay bastante gente cuando entramos, así que, después de ir al baño y lavarme la sangre de las manos, Astrid y yo encontramos un sitio en la barra y pedimos dos pintas y unas patatas. Ella no toca la cerveza. Yo me bebo la mitad de la mía; no lo bastante para emborracharme, pero lo suficiente para aturdirme un poco.

Astrid no me habla. Creo que la he asustado. Es normal. Me parece que todo lo que he construido durante este último año se me está escapando entre los dedos por momentos.

Y mis sospechas eran ciertas. Twitter está que arde: todo el mundo está compartiendo el vídeo en el que le pego a Smiley y ya lo han utilizado políticos de ambos bandos; los de la derecha creen que ya es hora de que recuperemos la ciudad con violencia, y los de la izquierda me condenan por atacar a alguien así y le piden al alcalde que dedique más financiación a los servicios de salud mental.

Y aquí estoy yo, atrapado en medio con mi arrepentimiento y tras haberle proporcionado pruebas claras a la Agencia de que estoy otra vez en Nueva York.

La camarera se acerca. Es joven y guapa: pelo oscuro recién arreglado que le cae en unas ondas brillantes, ojos azules penetrantes y el tipo de sonrisa que consigue grandes propinas de los más entusiastas.

—¿Necesitan algo más?

—Pues sí —le digo—. Quería hacerte una pregunta.

Tensa los hombros. No creo que yo le dé mala espina, pero cuando un hombre desconocido le dice a una camarera guapa que tiene que hacerle una pregunta, lo razonable es preparar las defensas.

—Tengo un amigo que viene a veces por aquí —explico—. Es una persona en la que no puedes evitar fijarte o que está por ahí, pero casi ni te das cuenta. Se llama Stuart...

Veo algo en sus ojos cuando oye el nombre.

—¿Lo conoces?

Asiente despacio.

—¿Es amigo tuyo?

—Tal vez no es «amigo», pero lo conozco. Y necesito encontrarlo

—le digo—. Me llamo Mark, por cierto.

—Ese tío me pone muy nerviosa.

—A mí también. Si no te importa que te pregunte, ¿ha hecho algo poco apropiado alguna vez?

—No, es muy educado. Pero tiene algo... Es como si llevara una máscara. —Coge un vaso, lo seca con un trapo y después me mira con ciertas reservas, seguramente porque tengo la cara hecha un mapa—. Siempre es respetuoso —añade por fin—, da buenas propinas y no se mete con nadie. Sería el cliente perfecto si no me pusiera la piel de gallina.

—Necesito encontrarlo. Si hay algo que puedas decirme...

—Vive a la vuelta de la esquina. Hay unas casas de ladrillo en el lado izquierdo de la calle, todas seguidas. No recuerdo en cuál vive, porque a mí me parecen iguales. Pero lo vi salir de una de ellas una vez.

Saco un billete de cien dólares de la cartera y lo dejo en la barra para pagar las patatas y las cervezas. Ella lo coge y me mira, expectante.

—Quédate el cambio —digo.

Cuando me bajo del taburete, se guarda el billete en el bolsillo.

—Si vas a buscarlo, ten cuidado, ¿vale?

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Claro. Haré lo que pueda.

Fuera del bar el sol está empezando a esconderse tras los tejados de los edificios y unos cuantos copos de nieve caen en espiral ante la luz amarilla de las farolas. Astrid sigue sin dirigirme la palabra. Me subo el cuello del abrigo, meto las manos en los bolsillos y los dos nos dirigimos a la esquina, pasando por delante de tiendas y casas decoradas con lucecitas de colores.

—¿No me vas a hablar? —pregunto.

—Eso ha sido una estupidez, Mark. No era más que un chiquillo.

—Uno que necesitaba una lección.

—Pues eso no le ha enseñado nada. Está claro que necesita una ayuda que no le proporciona nadie. Él no tiene nada que ver con todo esto, Mark. Y podrías haberlo matado.

Sí, es cierto.

Y me habría hecho sentir bien.

Aparto ese pensamiento en cuanto doblamos la esquina. La camarera tenía razón: hay seis casas de ladrillo de dos plantas pegadas entre sí y todas son exactamente iguales. Yo tengo buen ojo para los detalles, y si hubiera visto salir a Stuart de una de ellas ayer, hoy no sería capaz de recordar de cuál. De las seis, solo hay luz en dos, así que voy a la que está más cerca y llamo a la puerta. El buzón está a reventar. Saco un sobre.

Stuart Bates.

¿Es asesino en serie y se apellida Bates?

¿En serio?

—Es esta —informo a Astrid.

Una parte de mí cree que he tenido suerte por haberlo encontrado a la primera, pero todo ese correo y las luces de dentro me hacen preguntarme cuánto me va a durar. La manzana está prácticamente vacía. No hay cámaras a la vista. Siempre tengo una ganzúa barata en la cartera; no sirve para enfrentarme a una cerradura de seguridad, pero esta no lo es. Solo necesito diez segundos para abrirla y no tiene puesto el pestillo. Reviso la calle una vez más para asegurarme de que no se ve a nadie, miro las ventanas del otro lado de la calle para comprobar que no haya ningún mirón del tipo del de *La ventana indiscreta* y los dos entramos.

—Dios —exclama Astrid—. Menudo olor...

En cuanto lo noto, sé que lo que vamos a encontrar no será agradable. El hedor de la podredumbre es tan fuerte que se me queda pegado a la base de la lengua: carne podrida abandonada al sol. Estoy acostumbrado al olor de la carne fresca, al de la sangre y las vísceras que se queda flotando en el aire y al de un cuerpo cuando libera el contenido del intestino momentos después de morir, pero normalmente me he ido mucho antes de que llegue a ese estado.

Hay sangre en la entrada. Me agacho para mirarla más de cerca. Una película fina, seca y pegajosa. Han pasado un par de días, por lo menos. Tal vez más. Junto a la entrada está el salón, que es donde encontramos a Stuart, tumbado boca arriba y con la cabeza aplastada.

Astrid se cubre la boca con la mano y sale corriendo afuera.

Este salón no tiene ni la más mínima personalidad. Un sofá gris, una televisión grande, una mesita de café con unos cuantos mandos a distancia encima. No hay cuadros en las paredes ni alfombras en el suelo. Tampoco libros. Stuart lleva vaqueros y una sudadera. Unas cucarachas gordas se están dando un festín con los restos reventados de su cabeza.

Esto no es una estimación profesional, pero digamos que se trata de una suposición basada en la información disponible: diría que le han reventado la cabeza de un pisotón. Hay algo en la forma plana e irregular de la lesión que me hace pensar en el tacón de una bota. En medio de ese destrozo hay un globo ocular lechoso y nublado que mira al techo.

Tengo el estómago revuelto por una mezcla de emociones complicadas. Lo primero que surge es alivio. Seguramente el mundo será un lugar mejor sin él. Pero eso me hace preguntarme si no me estaré imaginando en su lugar ahora mismo.

Después de eso noto tristeza. Él lo estaba intentando y se lo

tomaba en serio.

Y por fin aparece una mezcla tóxica de miedo y confusión. ¿Cómo demonios ha acabado Stuart metido en esto? ¿Por qué iba a venir alguien a por él?

Aunque el porqué no importa mucho, supongo.

Lo que es fundamental ahora es volver y asegurarme de que Booker y Valencia están bien.

Lulu nos rellena las tazas sin decir nada y después vuelve junto a la caja. El hombre del traje marrón está sentado en el otro extremo del restaurante, como siempre, y no hay nadie más en el local.

—Es bonito el gato —dice Booker, señalando con la cabeza el trasportín.

—Es como un bebé peludo —añade Valencia.

—Siempre pensé que ibas en serio, pero no sabía que tanto. —Booker me señala la cara llena de golpes y moratones—. Parece que ese chico te dio una buena.

—¿Has visto el vídeo? —pregunto.

—No —dice Booker, y señala a Valencia—. Me lo ha contado ella. Yo ya no entro en Via Maris. Esa mierda me despierta cosas.

Después mira, preocupado, a Astrid.

—¿Qué tal se te curó el hombro? —le pregunta ella.

Él rota el brazo desde la articulación.

—Perfecto. Gracias de nuevo.

Ella sonríe y se acerca la taza a los labios.

—Es mi trabajo.

—En cuanto a Stuart —continúa Booker—, pues hasta nunca. No confiaba en ese tío.

—Lo estaba intentando —interviene Valencia en voz baja.

—Era raro —insiste Booker.

—Era uno de nosotros —concluye Valencia.

Entonces Astrid nos mira, confusa, pero no pregunta.

—Centrémonos —interrumpo—. Alguien intentó matarme a mí y después se cargó a Stuart. Kenji está implicado de alguna forma. Eso cambia las cosas por completo. ¿Ninguno de los dos ha notado nada?

—Nada —dice Booker.

—Nada —corrobora Valencia.

Hago girar la taza de café. Dos sorbos y ya no me apetece.

—¿Y Azrael? Booker, ¿sabes algo de él?

Booker se encoge de hombros.

—Rumores. Nada sólido. —Entonces chasquea los dedos—. Ese ruso se llevó tu cuaderno, ¿no?

Booker, Valencia y yo nos quedamos petrificados al oírlo. El silencio reina en la mesa hasta que un momento después Astrid lo comprende y dice:

—Creo que tengo que ir al baño.

Sale del banco en el que está sentada y desaparece de camino al fondo del restaurante.

Booker niega con la cabeza.

—Arrastrar a esa pobre mujer a esto...

—No he podido evitarlo. Pero sí, el ruso tiene toda mi lista de reparaciones. Está codificada, pero cualquiera con una tarde libre y medio cerebro podría descifrarla.

—¿Qué hay en él que pueda tener algún valor? —pregunta Valencia.

—Diez años de asesinatos políticos y todos los trabajos independientes que conseguí en Via Maris. Solo la información confidencial ya valdría una fortuna seguramente.

Booker me señala.

—Eso nos dice algo. Estabas a punto de empezar con el paso nueve, ¿no? Y tenías que repasar esa lista con Kenji para decidir con quién hacer las reparaciones en persona y en qué casos tendría que ser una reparación en tu vida. Kenji no necesitaría robártelo si estabas a punto de leerle toda la lista voluntariamente.

—He estado retrasándolo —confieso—. Creo que se ha dado cuenta. Tal vez no podía esperar. —Le doy otro sorbo al café—. O quizás en el fondo somos todos criminales y no podemos cambiar.

Valencia me da un codazo en las costillas.

—Deja de decir eso.

—Vamos a casa de Kenji —propone Booker—. Los tres juntos. A ver qué nos cuenta. ¿Sabes dónde vive?

Sí que lo sé.

—No, no lo sé.

Porque no estoy preparado para descubrir que esto pueda ser verdad.

—Vamos a ver —continúa Booker—. Dices que el tío que te atacó en santa Dimpna era ruso, ¿no? ¿Por qué no preguntarle a los rusos entonces? —Sonríe—. Conozco a alguien que opera desde un club en Brighton Beach. No os voy a mentir: seguro que no nos reciben con una alfombra roja, pero, pase lo que pase, necesito que no intervengáis. Aunque creo que, si aparecemos los tres con cara de pocos amigos, conseguiremos que responda a unas cuantas preguntas.

—Me gusta todo lo que dices, menos la parte de «los tres». Todo esto es solo mi problema. No os voy a poner a ninguno de los dos en peligro de estropear vuestra recuperación.

Dejo un billete de cien en la mesa y los dos me miran como si acabara de escupirles en la cara.

—¿Qué coño es esto? —pregunta Booker.

—Deberíais salir de la ciudad, los dos —aconsejo—. Y llevaros a

Astrid y al gato con vosotros. Las cosas se pueden poner feas. No sabemos aún si alguien va a por vosotros. Os dejaré un mensaje en la carpeta de borradores cuando lo tenga todo controlado.

—Olvídate de todo ese rollo de *cowboy* solitario —contesta Valencia—. Si tú estás metido en esto, nosotros también.

Booker coge mi taza y se acaba mi café.

—Vamos. —Es lo único que dice.

—No me gusta nada esto —les digo a ambos.

—Pues acostúmbrate —contesta Valencia—. No me hagas citarte el Libro Grande.

—Es que...

Valencia pone los ojos en blanco.

—«La sensación de haber participado en un peligro común es uno de los poderosos elementos que nos unen.»

Booker la mira y asiente.

—Lo que ha dicho ella. Nosotros no somos parientes, pero eso no significa que no seamos de la misma sangre. Seas Caballo Pálido o no, no puedes evitar que vayamos contigo. Y te voy a ser muy sincero: a mí no me pareces tan duro. ¿Sabes quién sí que lo parece?

—Te juro por Dios que, si dices que creías que iba a ser más bien como Jason Statham, te voy a dar la mayor paliza de tu vida aquí mismo, en Lulu's.

Booker levanta una mano.

Astrid aparece en la mesa de nuevo. Creo que puede adivinar, por las expresiones de nuestras caras, que no le va a gustar lo que viene ahora. Así que cuando la llevo afuera, le doy el trasportín del gato y unos cuantos billetes de cien y le digo que lo que tengo que hacer a continuación debo hacerlo solo y que vuelva al hotel donde nos alojamos la primera vez, estira un dedo y me lo acerca a la cara.

—Has puesto mi vida completamente patas arriba —dice— y todavía sigues ocultándome cosas. Estoy harta. En cuanto vuelvas, vamos a buscar la forma para que me pagues el dinero que me debes y después me largo.

Y se aleja en dirección al metro.

Es para protegerla, me digo.

Y me recuerdo que dejar entrar a gente en mi vida es algo que nunca ha salido bien.

10

«La ira puede convertirse en alegría y la cólera en placer, pero a una nación destruida no puede hacérsele resurgir y la muerte no puede transformarse en vida.»

SUN TZU, *El arte de la guerra*

Jericho, Nueva York Un año antes

Sara coloca una gran fuente de plástico verde llena de palomitas en la mesita de café, se sienta en el sofá a mi lado, se acurruca junto a mi costado y yo nos tapo a ambos las piernas con una manta peluda rosa. Cojo la fuente de palomitas y me la pongo en equilibrio sobre el regazo.

—No me puedo creer que no la hayas visto —comento.

—Lo siento —contesta, y se le nota que está un poco molesta—. Sé que es un clásico, pero nunca ha dado la casualidad.

—No era una crítica.

Me da un beso en un lado del cuello y noto sus labios cálidos contra mi piel.

—Supongo que es lo justo, teniendo en cuenta todos los programas de repostería que te hago ver.

—Primero, me encantan los programas de repostería. Segundo, es que tengo muchas ganas de compartir esto contigo. Es mi película favorita de todos los tiempos y la única tradición navideña que tengo.

—Una de tus madres de acogida te la puso, ¿no?

—Cuando era pequeño.

No es verdad. A estas alturas le he contado a Sara muchas mentiras, aunque podrían contar como verdades en realidad, porque todo lo de antes de conocerla no importa.

Le doy al *play* y suenan las campanas de iglesia y aparece el logotipo de Liberty Films y el título: *Qué bello es vivir*, de Frank Capra. Noto que me recorre todo el cuerpo una sensación de placer por haber llegado hasta aquí un año más.

Mientras estamos los dos sentados aquí, con nuestros pijamas de franela, en el salón en penumbra y mirando la televisión, las luces del árbol de Navidad que tenemos detrás parpadean y casi no me puedo creer que esté aquí ni que me merezca esto. La palma hidratada y con

la manicura perfecta de la felicidad doméstica.

La verdad es que la primera vez que vi esta película fue una Nochebuena en los barracones, con un grupo de cabezas huecas escandalosos, cuando estaba destinado en el Kurdistán. Pero algo en la película nos alejó a todos del filo de la navaja entre el deber y el terror en el que vivíamos. Cuando acabó, me dolían la cara y la garganta, porque no estaba en un sitio en el que pudiera echarme a llorar. Desde entonces la he visto todas las Nochebuenas solo y con una botella de bourbon, para que el alcohol mitigue las complicadas emociones que me afloran con ella.

Pero verla con Sara hace que algo resulte diferente. Cuando el George Bailey que interpreta Jimmy Stewart está de pie en un puente cubierto de nieve, a punto de tirarse, no noto en los huesos lo mismo de siempre: esa comprensión del lugar en que se encuentra George.

Porque cuando pasas mucho tiempo rodeado de armas, como yo, a veces te preguntas cómo sería meterte el cañón en la boca. Aprecias la precisión de la muerte.

Pero ahora mismo solo quiero estirar la mano y tendérsela a ese hombre, y me siento mucho más agradecido cuando aparece el ángel Clarence y lo detiene.

Esa forma en que alguien puede aparecer y tenderte la mano así...

Ya han pasado diez meses de cenas, paseos por el campo y noches de películas acurrucados bajo la manta con palomitas. Pero aún tengo la verdad sobre quién soy atravesada en la garganta. Lo he intentado. Una noche le puse *El profesional* y pensé en decírselo: ese tío es un poco como yo. Eso es lo que yo hago. Pero la vi encogerse en los momentos de violencia y eso me hizo seguir callado.

Según va avanzando la película y acabamos las palomitas, Sara se acerca aún más a mí y yo de vez en cuando la miro para asegurarme de que sigue despierta y ver la sonrisa de su cara, y no sé qué estoy disfrutando más.

Cuando termina la película, Sara me mira, sonríe y dice:

—Qué bonita. Gracias por compartirla conmigo. —Me da un beso, largo y dulce, se aparta y continúa—: Todavía estás a tiempo de huir, ¿sabes? ¿Estás seguro?

—¿De lo de conocer a tu madre y a tu hermano? —pregunto—. Claro.

—Es un gran paso. Y ya te he dicho que mi hermano puede ser un poco duro con mis novios.

—Sí, pero yo soy encantador.

Sonríe.

—Mark...

Su mirada se enternece y veo que está intentando tirarse a la piscina y decirme algo. Reconozco esa mirada porque yo la tengo

muchas veces. El agua la llama, pero esa verdad que quiere decir es una amenaza y no sabe si se va a convertir en algo que le salve la vida o en una piedra enorme que la arrastre al fondo.

Y entonces demuestra que es mucho más valiente que yo.

—Te quiero —dice.

El resto del mundo desaparece y no existe nada más que nosotros dos en ese sofá. Mi rutina de respiración no me sirve para nada en este momento porque me he quedado sin aliento.

Me da otro beso, me hunde la cara en el cuello y no sé si quiere demostrar intimidad o esconderse por si llega el estallido del caos.

—No pasa nada si tú no estás preparado —continúa—. O si no te encuentras en el mismo punto. Lo digo en serio. Pero yo sí estoy ahí, así es como me siento, y quería que lo supieras.

Nos besamos otra vez y permanecemos en ese espacio; ella con el alivio que ha encontrado al decir eso tan difícil y yo luchando con mi vergüenza, incapaz de devolverle el favor.

Ahora no. En este momento no.

Porque la quiero. De verdad que sí.

Pero si se lo digo, tengo que contarle la verdad sobre mí.

Se aparta y sonríe.

—¿Te vas a quedar levantado un rato?

—Ya me conoces —respondo.

Sara sonríe, se levanta y me da un beso en la frente.

—Eh, oye, y cuando subas... no resbales, ¿eh?

Me toco el sitio donde me hice la brecha en la cabeza cuando maté a Amato.

—No vas a dejar de recordármelo nunca, ¿verdad?

—Ni siquiera llegamos a entrar en la pista de hielo, así que no, no te vas a librar —dice, y se va a la cocina.

Yo voy cambiando de canal con la intención de encontrar un documental que me aburra lo bastante como para que me den ganas de dormir.

Sus palabras resuenan en mis oídos.

Yo antes no era así. Antes dormía como un bebé que se hubiera tomado un biberón lleno de pastillas para dormir. Pero la noche en que conocí a Sara, después de que nos acostáramos, estuve despierto hasta el amanecer, pasando de contemplar su silueta dormida a mirar al techo, buscando las palabras que pudieran describir lo que sentía, aunque fuera mínimamente.

Todavía no he podido encontrar esas palabras, ni tampoco dormir.

De camino desde la cocina hacia la escalera, Sara se para junto al árbol. Ya hemos puesto debajo los regalos de ambos.

Yo nunca le había comprado regalos a nadie antes.

Nadie ha recibido jamás un regalo mío.

Añade otro al montón, colocándolo con mucho cuidado para que no me dé cuenta, pero claro que lo hago, porque me han entrenado para notar cosas, pero respeto su intención fingiendo que no me he percatado.

—No te quedes despierto hasta muy tarde —dice Sara mientras sube la escalera—. Tenemos que madrugar mañana.

—Para eso está el café.

Cuando llega arriba, oigo sus pasos en el dormitorio. Voy a la cocina, me sirvo un par de dedos de whisky de malta y vuelvo a poner *Qué bello es vivir* porque quiero recuperar ese destello de mi antigua vida y también entender qué tiene esa película que de repente me parece diferente.

Y cuando el whisky hace su efecto, creo que llego a comprenderlo.

Es el viaje de George con Clarence. El repaso a la vida de George para descubrir cómo sería el mundo sin él: su hermano ahogado cuando era pequeño, la ciudad patas arriba, la gente de su vida triste y hundida.

Si yo no estuviera, ¿cómo sería el mundo?

Habría mucha gente muerta.

Pero también habría muchas otras personas vivas.

Estaban los seis miembros del Movimiento de la Yihad Islámica que planeaban poner una bomba sucia en Times Square en verano, en plena temporada turística. Los catorce miembros del Frente de Liberación Popular de Etiopía que estaban detrás de una campaña de limpieza étnica. Los doce miembros del Congreso paraguayo, una facción en la sombra del partido comunista del país, Patria Libre, que eran responsables de cientos de secuestros, bombardeos y otras operaciones con armas.

Los números estaban muy claros en esos casos.

Pero también estaba Michael Albertson, el periodista británico que tenía pruebas contundentes que demostraban que Rusia había interferido en las elecciones estadounidenses. Un asunto de seguridad nacional, me dijeron. Y Carol Gyzander, la activista medioambiental que planeó un ataque que afectaría a un campo de extracción de petróleo del río Kuparuk en Alaska. Me dijeron que podía morir gente, además de que eso crearía un gran caos en el mercado estadounidense.

A veces los números no están tan claros.

Y aunque estuviera salvando vidas, eso era solo en teoría.

El único número que importa es la contundente cifra de las personas que he matado.

Algunas noches que no puedo dormir, me siento y miro la grulla

de papel que me dio Kenji; está en una estantería de mi apartamento y todavía no la he abierto por miedo a cómo podría eso cambiar la ecuación. Otras veces no logro conciliar el sueño porque no dejo de oír el grito de la hija de Antonio Amato cuando encontró a su padre muerto en el baño de Bryant Park.

Le doy otro trago al whisky y disfruto del calor que me baja por la garganta.

Entonces vibra mi teléfono, que está en la mesa del café. Lo cojo y encuentro un mensaje de Ravi:

Tengo una misión para ti. He intentado esperar hasta después de Navidad, pero es una operación que hay que hacer lo antes posible. Tu vuelo sale del JFK dentro de tres horas. Te espero en el Chili's de la Terminal B. Avísame cuando estés llegando y te voy pidiendo una copa.

Me quedo mirándolo un momento. Tengo alquilado un trastero cerca para ese tipo de situaciones, para no tener que ir hasta mi casa para coger el equipo. Pero contemplo la escalera, el árbol y el regalo con la primera edición de *La campana de cristal* de Sylvia Plath que estoy deseando ver cómo abre Sara y comprendo que no hay otra decisión posible.

YO: Lo siento, tío. Tengo planes para estas fiestas.

Se produce una larga pausa. Me imagino la expresión de confusión e indignación de Ravi. El corazón me martillea en el pecho.

RAVI: Tú no tienes días libres.

YO: Tendrás que discutir eso con mi representante sindical.

RAVI: Estoy hablando muy en serio.

YO: Llama a Azrael.

RAVI: Azrael no está disponible. Y el director te ha pedido a ti.

YO: Pues no estoy disponible.

RAVI: Nadie ve estos chats más que yo, Mark, así que ahora te hablo como amigo: no es inteligente por tu parte hacer esto. Habrá consecuencias.

YO: Lo siento, Ravi. No haría esto si no fuera importante. Pero después de todo lo que he hecho, creo que me he ganado una noche libre. Feliz Navidad.

Y apago el teléfono.

Inspirar cuatro segundos, contener otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro.

Me nace una carcajada en el pecho. Ha sido más fácil de lo que creía. Simplemente lo he dicho y ya. Y seguro que habrá consecuencias, pero pueden esperar a mañana.

¿Y si simplemente lo dejo?

Tengo dinero suficiente para retirarme. Podría conseguir un trabajo, solo para estar ocupado, algo que haga la gente normal, y

olvidarme de los números y las ecuaciones.

Ni siquiera sé cómo será la estrategia para abandonar la Agencia, si es que eso es posible. Además, está el asunto de los enemigos que me he granjeado; aunque ninguno conoce mi identidad, si alguna vez se filtrara, pondría a Sara en peligro al exponerla a...

Entonces lo recuerdo: soy Caballo Pálido. No va a pasar nada.

Esto que tengo aquí es lo que quiero.

Cuando me meta en la cama, Sara se despertará un poco y se desperezará ligeramente para dejarme besarla, como hace siempre, y después le diré que la quiero y me dormiré en sus brazos. Y mañana, cuando su familia se vaya, le contaré la verdad sobre mí.

Tan sencillo como eso.

Puedo hacerlo.

El vaso de whisky está vacío. Si me tomo otro, me habré dormido para cuando acabe la película. Pulso el botón de pausa y me levanto. Me crujen las articulaciones. Al pasar miro el regalo que Sara ha dejado en el montón. Lo cojo y lo sacudo un poco. Es pequeño. Y suena algo dentro, pero no sé qué puede ser.

Estoy a punto de volver a ponerlo en la pila cuando oigo el leve roce de una pisada suave en la parte de atrás de la casa. Como no quiero hacer ruido, me meto el regalo en el bolsillo.

Todo desaparece y entro en modo trabajo; voy a la cocina y cojo un cuchillo del soporte que hay sobre la encimera.

Mi teléfono está encriptado, no se puede rastrear. Y siempre vigilo que nadie me siga cuando vengo. No hay forma de que alguien sepa que estoy aquí.

¿Verdad?

Seguramente sea solo un vecino que vuelve a casa tarde o que ha salido a fumar.

A menos que la Agencia piense que me he rebelado. ¿Ravi tenía a alguien vigilándome y lo ha mandado a por mí? Del montón de gente que he matado, ¿alguien habrá descubierto quién soy y ha venido en busca de venganza?

Tal vez no es el primer error que comete esa persona, pero seguro que va a ser el último.

Me acerco al solárium de la parte de atrás, donde hay una puerta que da al jardín. Veo una figura manipulando la cerradura. Me escondo en la cocina, al otro lado de la puerta abierta.

Si fuera mi apartamento, le cortaría la garganta y luego limpiaría el desastre. Pero no quiero sangre en el suelo que estropee nuestros planes navideños. Necesito dominarlo sin hacer ruido y enterarme de qué coño está pasando.

Me duele la mano y tardo un segundo en darme cuenta de que es por la fuerza con la que agarro el cuchillo. Mi vocación exige estar

siempre en el precipicio entre la vida y la muerte, y normalmente ahí siento la vibración de la exaltación, algo parecido a la serenidad, como si eso fuera lo que hubiera venido a hacer aquí.

Pero por primera vez estoy furioso.

Sea quien sea, pretende venir aquí y arrebatarme todo esto.

La puerta chirría al abrirse y la figura entra en la casa. Gracias al reflejo en el espejo que hay junto a la puerta principal, lo veo mejor: calvo, cuello grueso y hombros anchos. Tal vez no consiga no hacer ruido. Repaso la agenda de asesinos que tengo en la cabeza, intentando ponerle nombre a esa silueta, pero no lo identifico.

Me pego a la pared y le dejo pasar por mi lado y entrar en el salón. Lleva una bolsa, que suelta justo cuando me acerco y le rodeo la garganta con el brazo para hacerle una llave y cortarle el oxígeno. Se tensa contra mí. Con la otra mano le acerco el cuchillo.

—Si haces el más mínimo ruido...

Es fuerte y yo estoy un poco borracho y he dejado que la ira me nuble el juicio, así que mi respuesta es un poco lenta cuando se inclina hacia delante y me lanza por encima de su cabeza. Salgo volando y me estrello contra una alacena; los trozos de porcelana, cristal y madera se me clavan en la cabeza y en los hombros. Suelto el cuchillo, que cae en algún lugar de la habitación.

Vale, pues tal vez tenga que contárselo todo a Sara esta noche, pero eso no importa ahora mismo. Lo fundamental es recuperar la ventaja. El hombre se lanza a por mí y le pongo la zancadilla. Su pie de delante aterriza un poco más allá y consigue no caer, aunque se queda con las piernas abiertas en un ángulo extraño. Pone los brazos en el suelo para intentar recuperar el equilibrio y aprovecho para darle un puñetazo en la entrepierna. Hace una mueca de dolor cuando cae. Me encaramo encima de él y le doy un puñetazo en la cara tan fuerte que su cabeza rebota contra la madera que tiene debajo.

—¿Pero tienes idea de quién soy? —pregunto—. ¿Y te atreves a entrar aquí así?

—¿Dónde está...?

Vuelvo a estrellar el puño y le rompo la nariz.

Otra vez, y los trozos de los dientes que le acabo de machacar me arañan los nudillos.

Lo agarro por el cuello de la camisa y lo acerco a mi cara. Cada célula de mi cuerpo desprende esa energía divina, y la parte más salvaje de mí es la que ha tomado el control.

Alguien quiere arrebatarme todo esto, y no se lo voy a permitir.

—Lo inteligente sería mantenerte con vida e interrogarte —le digo—. Pero voy a descubrir quién te ha enviado de todas formas. Y quiero que comprenda lo enorme que es el error que ha cometido y lo que le pasará a cualquiera que se atreva siquiera a mirar a la mujer

que está en el piso de arriba.

Y entonces le rodeo el cuello con el brazo, empujo fuerte hacia abajo y doy un tirón que separa el cráneo de la médula espinal.

Cuando el cuerpo cae inerte y siento que la vida lo ha abandonado, la energía divina hace que me hormigueen los dedos y disfruto del éxtasis que me produce la adrenalina al correr por mis venas. Entonces se encienden las luces.

—¡Lucas!

Sara está de pie en lo más alto de las escaleras, sujetándose la bata que lleva atada a la cintura, con los ojos desorbitados, la boca abierta y mirando el cadáver que hay en el suelo.

Estoy intentando encontrar una explicación cuando me doy cuenta de que el nombre que acaba de pronunciar es el de su hermano.

Con las luces encendidas y la neblina de la violencia disipada, veo que la bolsa que llevaba el hombre estaba llena de regalos y que ahora hay paquetes muy bien envueltos tirados por el suelo. Sara baja las escaleras corriendo mientras yo le tomo el pulso a Lucas, como si lamentar que esté muerto pudiera cambiar el hecho en sí.

Ella se queda de pie junto a ambos y de repente me siento más pequeño que nunca. Las palabras se confunden en mi mente y se me quedan atascadas en la boca. Tengo que recordarme que debo respirar. Me levanto despacio y alzo las manos.

—Sara, por favor...

Por su cara pasa una sucesión frenética de emociones: incredulidad, furia, miedo. No sabe con cuál quedarse. Estoy tan desesperado por arreglarlo, por subsanar mi error, que digo lo menos adecuado para ese momento.

—Sara, te quie...

Ella, con la cara roja, levanta una mano para interrumpirme y me chilla:

—¡Ni te atrevas!

Y vuelve a subir las escaleras corriendo. La cabeza me da vueltas y tengo que hacer verdaderos esfuerzos por mantener el whisky en el estómago. Me levanto con las piernas inestables y oigo su voz, que dice: «Necesito que envíen a la policía... Sí, sigue aquí... Sí, esa es mi dirección. Dense prisa, por favor».

Quiero defenderme. Ha sido un accidente. Bueno, no ha sido un accidente, me han entrenado para hacer eso, pero no era mi intención.

Oigo el aullido de sirenas que se acercan.

Así que me pongo como puedo las botas y el abrigo, cojo la cartera y las llaves y salgo por la puerta de atrás. El frío aire de diciembre me hiela la cara.

Muchos kilómetros después me paro junto a una tienda de

alimentación que está cerrada para recuperar el aliento y recuerdo la cajita que Sara dejó bajo el árbol y que todavía tengo en el bolsillo. La saco, arranco el papel y la abro.

Cuando veo el test de embarazo positivo que hay dentro, caigo de rodillas y grito con la cara pegada al asfalto helado hasta que noto los pulmones en carne viva y ya no me queda energía en el cuerpo.

—¡Mark!

Ibrahim está inclinado sobre el mostrador en la parte delantera de la tienda, con el *kufi* granate que lleva en la cabeza ladeado de una forma muy elegante, mirándome como si no llevara pantalones. Bajo la vista para comprobar que sí los llevo. Son los del pijama de franela. Combinados con la chaqueta de cuero y las botas de trabajo, estaría como pez fuera del agua en cualquier sitio menos en el West Village, así que tampoco pasa nada.

—¿Estás bien, colega? —pregunta.

—Sí, tío. Perdona.

—¿Has bebido?

Me paso los dedos de la mano izquierda por el dorso de la derecha. Tengo cortes en los nudillos y me duelen por haberle roto los dientes a Lucas.

—Un poco, sí.

—Tómate un Gatorade y unas cuantas pastillas de Advil y a dormir —aconseja.

Vuelvo a mirar el congelador y los coloridos recipientes de helado. Todos esos sabores deliciosos que no puedo comer. Nata y galletas. *Brownie. Cannoli*. ¿Hay helado de *cannoli*? Estoy fuera de mi elemento. Dadas mis circunstancias digestivas, no es una especialidad que domine.

Miro el teléfono. Cuatro llamadas perdidas. Dos son de Sara. Dos de un número que no reconozco. La policía me estará buscando. No importa. A Sara solo le gusta dormir en su cama y le he dicho que tengo cucarachas en mi apartamento, así que siempre nos quedábamos en su casa. Los policías solo tienen mi nombre de pila, un apellido falso y a la organización más peligrosa del mundo cubriendo mis huellas.

No me encontrarán porque no soy una persona.

Pero no estaba huyendo de ellos de todas formas. Era más bien de la realidad de quién soy y lo que soy.

Un monstruo al que solo lo mueven la sangre, el dinero y la adrenalina.

Me estaba engañando al pensar que me la merecía. No estoy hecho para cosas humanas. Y tras darme cuenta de eso, ¿qué es lo que me queda por hacer?

De repente comprendo que a George Bailey le faltaba

compromiso.

Pero yo no voy a cometer el mismo error.

Abro el congelador y saco una tarrina grande de helado de *cannoli*. Después otro de galletas y otro de vainilla y cereza. Acabo con seis en total. Y terminaré la noche con mi SIG Sauer P365. La única persona que tendrá que preocuparse será la que encuentre mi cuerpo. Lo haré en la bañera. Será más fácil de limpiar. Me parece lo más considerado por mi parte.

Resulta curioso lo fácil que parece todo.

Pero seguramente será porque el desprecio ha sido siempre mi compañero.

«Vi aparecer un caballo pálido y descolorido, y el que lo montaba se llamaba Muerte...»

Ya que voy a hacer esto, será mejor que tire la casa por la ventana. Me dirijo a las estanterías que hay en medio de la tienda en busca de macarrones con queso, los que tienen esa especie de lava pegajosa de queso y el paquete brillante. Recuerdo que los comía cuando era pequeño. Me los preparaba la única madre de acogida que me gustaba, que después se echó un novio que quería un «hijo de verdad», así que me devolvió. Debía de tener siete u ocho años, porque desarrollé la intolerancia a la lactosa cuando tenía nueve.

Esto es lo que quiero para mi última comida.

Me lo voy a zampar todo y disfrutar de los últimos momentos de esta vida estúpida y maldita que tengo.

Tardo un poco en encontrarlos (no son un artículo que compre normalmente), pero entonces me salta a la vista ese paquete naranja y amarillo perfecto. Cuando lo saco de la estantería, una bolita de pelo asoma por el hueco que acabo de dejar y dice: «Miau».

Doy un brinco para apartarme y se me cae toda la comida que llevaba en los brazos.

—Vaya, lo has encontrado —dice Ibrahim desde la entrada.

El gato acaba de pasar la fase de cachorro, pero todavía no ha llegado a adulto. De un naranja un poco apagado, con el pelo sucio, está encaramado en el borde de la estantería y me maúlla como un bebé emocionado. Le rasco detrás de la oreja y entonces se cae de la estantería al suelo, pero se pone de pie enseguida y se frota contra mis piernas.

Suelto todo el aire peligroso que estaba conteniendo en mi interior y me echo a reír.

—Menudo cabeza hueca estás hecho —le digo.

Me agacho y él da un salto y se me engancha al pecho, clavando las uñas en la chaqueta de cuero. Lo abrazo contra mi cuello y tengo que contenerme para no apretarlo demasiado, como si pudiera absorber su cariño a través de la piel. Lo llevo al mostrador.

—¿Tiene nombre?

—Algunos chavales de la Universidad de Nueva York lo llaman P. Kitty, como el rapero.

Le acaricio la parte posterior de la cabeza al gato y él se acerca a mi mano.

—Qué nombre más tonto para un gato.

Ibrahim se ríe.

—Pues a mí me parece uno fantástico. ¿Lo quieres? Yo no puedo cuidarlo.

—Pero si vendes comida para gatos. Y todas las tiendas que se precien tienen uno.

Señala con la cabeza la zona de la cocina.

—¿Conoces a Manny, el del turno de mañana? Es alérgico. Y no puedo perderlo.

—Sí, Manny hace unos sándwiches increíbles.

—Todos están deseando contratarlo. Me lo robaría cualquiera a la mínima.

Le acaricio el cuello a P. Kitty. Él me enseña la garganta para que se la rasque.

—¿Y nadie lo quiere?

—Uno de los chavales quería llevárselo, pero son jóvenes, no confío en ellos. Tú vives en el barrio. No lo vas a abandonar cuando llegue la hora de volver a casa a pasar el verano. —Sonríe—. Y parece que a este amiguito le gustas.

Los animales tienen un sexto sentido, ¿no?

Si este gato se siente seguro conmigo, tal vez es que no soy un monstruo.

Fácil de decir, difícil de creer. Acabo de matar brutalmente a un hombre completamente inocente delante de su hermana, la mujer que amo y que lleva dentro a mi hijo, y todo eso en Nochebuena. Justo delante del árbol de Navidad.

Lo único que sé con seguridad en este momento es que ya no me puedo suicidar.

¿Qué le pasaría al gato si lo hiciera?

11

«Tocas fondo cuando decides dejar de cavar.»

El Libro Grande

Brighton Beach En el presente

Caminamos por el paseo marítimo y detrás de nosotros las atracciones cerradas de Coney Island desaparecen engullidas por la oscuridad de la noche. El viento que sopla desde el agua sin encontrar ningún obstáculo nos clava sus garras en la piel.

Podríamos haber ido por Surf Avenue, para resguardarnos un poco de los elementos, pero creo que Booker y Valencia tienen la misma sensación que yo: que el aire frío les ayuda a aclarar la mente, porque estamos procesando lo que podría pasar y el peso que tiene.

Nuestro destino aparece a lo lejos: el Ekaterina, un restaurante y club nocturno ruso que está junto al paseo. A esta parte del barrio la llaman Pequeña Odessa, por la cantidad de inmigrantes rusos y ucranianos que se establecieron en esta zona en los años setenta. Aunque la Iglesia ortodoxa rusa sigue el calendario juliano y su celebración navideña es el siete de enero, el lugar ya está decorado para las fiestas.

Hay gente apiñada sobre las gastadas tablas de madera de la entrada, fumando y charlando, y muchos llevan la última moda en collares, con lucecitas navideñas que parpadean. En medio de ese mar de pantalones de vestir, abrigos de visón y joyas que resplandecen, es obvio que nosotros no vamos ni mucho menos vestidos para la ocasión.

Cuando nos acercamos a la puerta, Booker saca el rosario de madera que lleva debajo de la camisa y se lleva la cruz a los labios. Después se adelanta y va directo a hablar con el jefe de seguridad, un hombre tan bajo como ancho, que lleva un abrigo grueso y un gorro *ushanka* negro. Algunas de las personas que esperan en la cola protestan. Booker y el jefe de seguridad se acercan y se susurran algo, primero de una forma que no parece amistosa, pero después da la sensación de que las cosas mejoran, solo para ponerse aún más desagradables a continuación. A mí sigue sin gustarme la idea de poner a mis amigos en esta situación.

Sobre todo porque hemos venido aquí para hablar con Zmeya.

Yo no la he visto nunca. No trato mucho con rusos, aunque he matado a unos cuantos y sé que tienen un nivel de locura completamente diferente. Pero no puedes trabajar en esto y no saber quién es Zmeya. Es la dueña del barrio, y los rumores dicen que tiene línea directa con el Kremlin. En el folclore ruso, *zmeya* es un dragón con muchas cabezas, así que sospecho que esta conversación no va a ser un paseo.

Booker y el jefe de seguridad llegan a algún tipo de acuerdo y este nos hace un gesto para que entremos los tres. Cruzamos el patio exterior, donde unas cuantas personas se arremolinan alrededor de las estufas, entramos en el restaurante y nos invade los oídos una música *klezmer*. Todo el lugar está cubierto de dorado y se ven aquí y allá pesadas cortinas de terciopelo, ese ostentoso sentido de la decoración ruso que parece una reacción directa al brutalismo del comunismo. Casi no hay espacio para que los camareros puedan pasar entre el mar de mesas llenas. Al otro lado de la sala se encuentra el escenario, donde hay unas mujeres con vestidos plateados resplandecientes y elaborados tocados en la cabeza que parece que acaban de terminar algún tipo de actuación.

Nuestro grupo atrae muchas miradas. Al principio creo que en el restaurante solo hay blancos, así que un negro y una mujer hispana llaman la atención. Pero entonces me doy cuenta de que a quien miran es a mí. Un hombre que no reconozco se levanta. Y después otro, y a ese sí que lo conozco: Alexsei Zaitsev, jefe de la dirección de la KGB.

Supongo que no todos los días entra aquí Caballo Pálido.

Mis posibilidades de salir de este lugar con vida se reducen por momentos.

El portero nos lleva hasta una puerta. Al otro lado hay una escalera y en el fondo, un almacén que tiene básicamente suministros para el restaurante. El hombre mete la mano debajo de una de las pesadas estanterías de madera, tira de algo y lo aparta a un lado. La estantería se desplaza lateralmente y da acceso a una habitación grande: un salón muy recargado con una barra a un lado y unas mesitas que llenan el espacio, aunque sin atestarlo. En una se está jugando una animada partida de póquer.

Cuando cruzamos el salón, la partida de póquer se detiene y la gente se levanta de las mesas y las arrastran hacia los lados, para dejar espacio en el centro.

Booker nos ha dicho que no intervengamos y que confiemos en él, así que le voy a dar libertad total de acción en este asunto, pero adopto una postura de pelea no amenazante cuando sale de entre las sombras un hombre que parece un cruce entre un *rottweiler* y un muro

de ladrillos. Es enorme y lleva la cabeza rapada cubierta por unos tatuajes desvaídos, borrosos y en escala de grises, de esos que se suelen hacer en la cárcel.

Entre este ruso y mi ruso, no puedo evitar preguntarme con qué alimenta esa gente a sus compatriotas para que acaben siendo tan grandes.

Sonríe y hace crujir los nudillos de los dedos, que son como salchichas, después se quita la americana negra y la tira a un rincón. Debajo lleva una camiseta de tirantes que deja al aire unos brazos de boxeador llenos de músculos. Booker está preparado para lo que venga: el pie derecho atrás, el talón izquierdo plantado delante y las manos en la cintura.

El matón se ríe cuando se acerca a Booker y le lanza un golpe directo demoledor que, si hubiera dado en el blanco, le habría prácticamente arrancado la cabeza a su rival. Pero Booker está demasiado lejos, lo que le permite agacharse para esquivarlo y aprovechar para propinarle un gancho fuerte y maligno en el costado a esa bestia.

El ruso hace una mueca de dolor, pero no se achanta. Vuelca todo su peso en un codo y se lo clava en la coronilla a Booker, que cae pesadamente y se queda desmadejado en el suelo.

La gente ya está animando e intercambiando billetes de dólares y de rublos. Hay una mujer al fondo, envuelta en las sombras, donde apenas puedo distinguirla. Lo único que veo es la brasa ardiente de su cigarrillo y el destello de sus ojos.

El ruso levanta una bota gigante y está a punto de reventar a Booker con ella, pero él rueda para apartarse y se pone de pie de un salto. Se aparta para crear un poco de distancia y deja que el ruso venga a por él. En ese momento salta con el pie por delante, en una patada frontal muy eficiente, bien dirigida y con la fuerza suficiente para detener el avance del gigante.

El hombre se tambalea y Booker continúa con otra patada, esta vez con giro, baja y contundente, y su pantorrilla impacta contra la parte de atrás de la rodilla del ruso. El mastodonte cae pesadamente sobre ella y me parece oír su crujido, incluso por encima de sus gritos. Después Booker le da otro gancho en el que imprime toda la fuerza de su cuerpo. El golpe le hace entrechocar los dientes y el ruso gira bruscamente la cabeza, pero no cae.

Booker consigue rodearle el cuello con el brazo al ruso y empujarle con todo su cuerpo la espalda, obligándolo a tirarse al suelo. Le hace una llave para estrangularlo que, cuando se tumba, pasa a ser una guillotina con el codo alto. Es un movimiento inteligente, recomendable para luchadores más pequeños que pelean con oponentes más grandes. La cabeza del ruso está muy bloqueada

cerca del torso de Booker, y este pega su cuerpo todo lo que puede al del hombre y le deja un brazo atrapado, arrebatándole cualquier ventaja. El ruso intenta golpearlo como loco, pero no puede hacer nada que resulte eficaz en esa posición.

Desde donde estoy yo, diría que Booker solo tiene que aguantar hasta que el ruso se canse.

Los gritos de la multitud se han intensificado, lo que provoca que apriete la llave. La cara del ruso está muy roja y no puede liberarse. Entonces le da unas cuantas veces con fuerza en la espalda y Booker lo suelta. Los dos se separan; el pecho del ruso no deja de subir y bajar, como si estuviera respirando por una pajita. Los dos se estrechan las manos y el ruso se retira al fondo del salón y después desaparece. Booker viene adonde estoy yo, con la cara cubierta de sudor, y me hace un gesto con la cabeza.

—Ella te recibirá ahora —dice.

Le doy una palmada en el hombro antes de dirigirme a la mesa del fondo. Los hombres que estaban sentados allí se levantan y se van, dejándonos a la mujer y a mí a solas.

Es viejísima, tiene la piel como pergamino y el pelo canoso en una media melena. Lleva una pasmina negra encima de un vestido rojo, muy poco maquillaje y un pesado anillo con un zafiro rodeado de piedras preciosas en la mano con la que sujeta el cigarrillo y que también utiliza para señalar un asiento frente a ella. Parece que se la podría llevar el viento sin dificultad, pero, aun así, esos ojos quedarían en su estela. Tiene mirada de tiburón.

—Una celebridad entre nosotros... —comenta.

Las mesas chirrían contra el suelo cuando vuelven a colocarlas en su lugar y los jugadores retoman la partida de póquer.

Miro por encima del hombro.

—¿De qué iba eso?

Apaga el cigarrillo en un cenicero de mármol.

—Dmitri y tu amigo tenían un asunto pendiente.

—Dmitri necesita trabajar sus habilidades de lucha en suelo.

Muestra una sonrisa fugaz y me señala con el dedo del anillo.

—Llevo tiempo diciéndoselo, pero no me hace caso. —Da una palmadita en la mesa—. Siéntate, por favor.

Me acomodo frente a ella.

—Estoy buscando a alguien.

Le da un largo trago a su copa de vino y lo saborea.

—¿No nos pasa eso a todos?

—Es alto. Casi dos metros. La cabeza rapada y con cresta de mohicano. En el brazo —le muestro mi antebrazo— tiene un tatuaje. Un punto rodeado de otros cuatro. Me han dicho que eso significa que ha estado en la cárcel.

—Sí, eso es —confirma.

—¿Lo conoces?

Me sonríe, decepcionada y molesta.

Como diciendo: «¿Cómo te atreves?».

—¿Cuál es el precio? —pregunto.

Sacude una mano con un gesto que abarca toda la habitación.

—Puedes hacerme una oferta. Aunque quedan pocas cosas en este mundo que no tenga.

—Doy unos masajes de pies espectaculares —contesto.

—¿Pero sabes quién soy yo? —responde, juguetona.

—Ulyana Semenova —anuncio, y, al oírlo, su fachada desaparece durante un segundo y lo manifiesta con una ceja que se enarca. Seguro que la mayoría de la gente no conoce su nombre real—. Has sido oficial de inteligencia. Cazatalentos. Buscabas y entrenabas agentes y conseguiste que varios activos estadounidenses se pasaran al lado ruso. Según cuentan, tuviste un papel importante en la operación Horizon, en los sesenta, tras la que más de cien agentes extranjeros infiltrados en la URSS quedaron expuestos y después fueron expulsados del país. Una gran victoria para Khrushchev, y una aún mayor para la KGB. Se te daba bien tu trabajo. Sospecho que seguiste haciéndolo hasta que un día decidiste que querías ser rica. Y aquí estás ahora. Convertida en la Zmeya.

Coge una cajetilla de cigarrillos de una marca rusa, saca uno y se lo pone entre los labios, pero no lo enciende.

—¿Y cómo es que sabes todo eso?

—Tú sabes quién soy yo —contesta Caballo Pálido—. Tiene su utilidad saber un poco de geopolítica.

Mi experiencia hasta ahora me dice que cada vez que hablo con mi voz de siempre, el miedo surge en el corazón de quien me escucha.

Pero ella solo sonríe, se quita el cigarrillo de la boca y señala con él como si fuera un puntero láser.

—Y has venido a mi restaurante. Qué honor. Hay unas cuantas personas aquí esta noche que estarían encantadas de acabar con tu vida. Aunque no lo harán si no les doy permiso. Tienes suerte de que esté de buen humor. Pero deberías tener cuidado en el camino de vuelta.

Vale, parece que he forzado la mano.

—En cuanto a ese hombre —prosigue—, te diré quién es, porque ya he decidido qué es lo que quiero de ti. —Hace una pausa para aumentar el efecto—. Un favor. Que elegiré yo como mejor me convenga.

El corazón se me hunde hasta quedar a la altura del intestino. Ella lo nota y su sonrisa se amplía. Hay un vaso de agua en la mesa que parece intacto. Lo cojo y bebo para intentar deshacer el nudo que

tengo en la garganta.

—¿Qué clase de favor?

—No puedo decírtelo —contesta—. Puede que te pida que mates a alguien. A eso te dedicas. Pero tal vez solo tenga curiosidad por saber si lo que dices es cierto y te pida que me des ese masaje en mis pies cansados una noche. Dependerá de lo que necesite.

Vuelve a ponerse el cigarrillo en los labios y lo enciende.

—Tengo dinero —digo.

—Y yo tengo más —replica.

—¿Considerarías aceptar otro tipo de pago?

—Vamos, ¿qué es una vida más para Caballo Pálido?

—Podría entrar en conflicto con la gente para la que trabajo —intento.

Se encoge de hombros.

—Nada en la vida es gratis.

—Vale —concedo—. Tendrás tu favor. Pero yo tengo derecho de veto.

Le da una calada al cigarrillo, pensativa.

—Una vez.

Creo que eso es lo mejor que voy a conseguir.

—Hecho —respondo.

Chasquea los dedos y aparece un hombre con un cuchillo de cocina, una copa de vino y una botella abierta, y lo pone todo en la mesa entre los dos. Ella roza su piel apergaminada con la punta del cuchillo para hacerse un corte poco profundo, de unos dos centímetros y medio, en la parte más carnosa del antebrazo y deja que caigan unas gotas de sangre en la copa. Limpia el cuchillo con una servilleta impoluta y me lo pasa, con el mango por delante. Hago lo mismo que ella. Entonces sirve un poco de vino en la copa y bebe. Después me la pasa.

Por esto es por lo que no me gusta tratar con rusos.

Están todos como cabras.

Doy un sorbo y sé que existe la posibilidad de que con esto esté estropeando todo eso por lo que llevo tanto tiempo trabajando.

—Viktor Kozlov —dice—. Lo apodan la Bestia. Tiene una historia un poco larga y no estoy segura de que todos los detalles sean pertinentes, pero sí que pasó un tiempo en la cárcel. En Óblast de Oremburgo, cerca de la frontera con Kazajistán.

—En el Delfín Negro.

Sonríe.

—Esa. De las más brutales de toda Rusia, y a nosotros no se nos conoce en general por nuestra hospitalidad. Tenía enemigos, pero cuando esos enemigos fueron depuestos y sus amigos subieron al poder, lo reconocieron como el valioso activo que es.

—Kozlov... Conozco a la mayoría de los jugadores principales, y nunca he oído hablar de él.

—Ha estado en la cárcel mucho tiempo. —Le da una larga calada al cigarrillo—. Si le damos tiempo, podría ser para nosotros como tú. Francamente, me sorprende que hayas venido a verme. Muchos asumían ya que estabas muerto. Un riesgo laboral si llevas esta vida. Pero tu Agencia ha salido mal parada en unas cuantas operaciones. Tras perder a su chico de oro —me señala con la cabeza— ha habido un gran vacío.

—¿Qué quieres decir con que ha salido mal parada? —pregunto.

—Un golpe de Estado fallido. Un asesinato que no se pudo llevar a cabo. Uno de sus activos fue detenido en Afganistán y... cedió bajo presión. No sé quién fue, pero al parecer reveló muchos de los secretos de tu Agencia, que quedaron al descubierto y empezaron a propagarse, como un charco de sangre sobre una mesa. Rusia está observando todo lo que pasa muy detenidamente y esperando el momento de dar el golpe definitivo.

Eso no lo sabía.

Si la Agencia está contra las cuerdas, tendrá una necesidad más acuciante de intentar empujarme a volver. Tal vez Ravi sabe más de este lío de lo que ha querido decirme.

—Moscú siempre fanfarronea mucho —respondo—. Pero ya sabes cómo funcionan las cosas en una oligarquía. En el momento en que uno de esos cabezas de chorlito cree que va a perder unos cuantos kopecks, se raja y le recuerda al Kremlim de dónde viene el dinero.

—Por una vez tengo que estar de acuerdo contigo —concede—. Pero solo por esta vez.

—¿Cómo encuentro a Kozlov?

Se encoge de hombros de nuevo.

—Espera a que te encuentre él a ti. Yo solo lo he visto una vez. Me dio un poco de miedo. Y no me asusto fácilmente. Tú —vuelve a sacudir la mano para señalarme— tienes un alma más tierna de lo que creía. En otras circunstancias te invitaría a quedarte a cenar. Sospecho que tendríamos muchas historias que contarnos. —Le da una última calada larga al cigarrillo y lo apaga—. Si sobrevives a esto, ven a verme otra vez. Bueno, supongo que tendrás que hacerlo...

—No me acuesto con nadie en la primera cita, para dejarlo claro y que no haya expectativas.

Eso, al menos, consigue que esboce una sonrisa auténtica.

Me levanto de la mesa e inclino un poco la cabeza.

—Gracias por tu tiempo.

—Tendrás noticias mías —promete.

—Por si acaso, no era broma lo de los masajes de pies.

Pero ella ya ha terminado conmigo. Agita una mano y los

hombres que estaban sentados con ella antes vuelven a su lado.

Todos entablan una conversación en murmullos en ruso. Alguien se lleva la copa de vino y el cuchillo, pero deja la botella y ella se sirve en una copa limpia.

Vuelvo a la barra, donde Booker y Valencia están tomando agua con gas. Valencia tiene la mirada fija en el espejo que hay tras la barra, Booker niega con la cabeza despacio y yo de repente siento una vergüenza repentina y desgarradora.

Cuando estamos a suficiente distancia del restaurante para que no puedan oírnos, Booker me da un fuerte empujón en el hombro y está a punto de tirarme al suelo.

—¿Por qué has bebido de esa copa, Mark?

—No tenía otra opción.

—Podrías haberte levantado y haberte ido. Esa era una opción.

—Tú me has traído aquí. Y yo necesitaba saber quién va detrás de mí.

—Y ahora que lo sabes, ¿qué cambia eso? ¿Qué has conseguido? —pregunta.

—Sé su nombre, y con eso puedo averiguar más sobre él. Y me he enterado de que las cosas en la Agencia se han puesto feas después de que me fuera, así que esto la vuelve a poner en la lista de sospechosos.

—Y ahora le debes un favor a Zmeya. Sabes lo que significa eso, ¿no?

Me acerco a Booker tanto que mi nariz queda muy cerca de la suya. Esa oscuridad que hay en mi interior está en ebullición y su voz se instala en mi garganta.

—¿Que qué significa? Que ella me pedirá algo y yo diré sí o no. Y si digo que no, ¿quién se va a atrever a hacer algo al respecto?

Booker ve cómo estoy y, en vez de enfrentarse a mí, inspira hondo y baja la voz.

—Es una cuestión de sangre, Mark. La tuya o la de otra persona. Todos sabemos quién eres y de lo que eres capaz. Pero eso ya no es una opción para ti, ¿no?

—Tal vez debería serlo.

Booker y Valencia se quedan petrificados al oír eso.

—Estoy cansado de todo esto —confieso—. ¿Qué he conseguido? Un montón de gente que quiere matarme, y no puedo hacer una mierda para detenerla, porque ahora juego con unas normas diferentes. Lo único que necesito es quitarme los guantes que me incapacitan las manos y así podré recuperar la paz. Tal vez merezca la pena.

Valencia me pone una mano en el hombro.

—«La adversidad nos presenta a nosotros mismos...»

Me zafo de su mano.

—No me cites más el Libro Grande. No hay nada en ese libro que pueda ayudarme con esto. No necesito la rehabilitación ahora mismo. No sé lo que me hace falta. Necesito...

A mi padrino. Necesito a Kenji.

—Dar una vuelta.

No miro atrás para ver qué hacen. No quiero verles la cara. Me alejo por el paseo marítimo y ellos son lo bastante inteligentes para no venir detrás de mí. Las luces que hay a mi alrededor se difuminan y desaparecen en medio de la profunda negrura que hay en mi interior. Con suerte, tal vez logre dominarla de nuevo después de una lucha con ella.

O tal vez me convenga más dejarla libre y permitir que resuelva todos mis problemas.

La puerta principal del edificio de apartamentos no ofrece mucha resistencia, ni tampoco la de entrada al apartamento de Kenji.

Me quedo en el umbral un momento, para permitir que el silencio se asiente en los rincones, y entonces enciendo la luz. El apartamento no se ve muy diferente de la última vez que estuve aquí. Limpio hasta el extremo de parecer casi vacío y con el suelo cubierto de tatami; eso lo hacía sentir más como en casa, decía Kenji. Hay una mesa baja tipo *chabudai* en el espacio principal, con dos zabutones de meditación a cada lado. No tiene televisión. Ni sofá.

La cocina está reluciente, limpia hasta un nivel microscópico. La basura está vacía y el cubo de reciclaje que hay bajo el fregadero también. En la nevera solo encuentro alimentos no perecederos. Nada fresco. El baño está seco; hace días que nadie usa la ducha.

No hay ni pasta ni cepillo de dientes.

El dormitorio solo contiene un colchón barato en el suelo, una almohada y una manta doblada primorosamente encima. La cómoda está casi vacía y no hay maletas en el armario. Dada la organización descuidada del interior, parece que han sacado de allí unas cuantas cosas a toda prisa y han dejado el resto.

Sabiendo lo que sé de él y de mí, rebusco hasta que encuentro una separación en el panel del fondo del armario y lo saco. Hay un hueco oculto. Dentro está su catana envuelta en una manta.

La saco, la desenvaino y la acerco a la luz. Sigue lo bastante afilada como para partir un átomo por la mitad. Muchos tenemos un arma fetiche; en mi caso es la SIG Sauer P365, y recomiendan que nos libremos de ella en cuanto empezamos en el programa. Pero no me sorprende que él siga teniendo la suya. Una vez me dijo que la había forjado un herrero famoso, cuyo oficio tradicional había pasado de padres a hijos al menos durante diez generaciones. El hombre utilizó acero *tamahagane*, que es rarísimo y muy difícil de trabajar, pero que produce unas hojas más resistentes.

Esta arma no tiene precio.

Parece que se ha llevado el resto de sus cosas, ¿pero de verdad se iría sin ella?

Registro el apartamento, esperando encontrar algo útil: signos de lucha, algo que me diga qué le ha pasado a ese hombre que tanto quiero y que creí que me quería a mí también.

Hay una mesita auxiliar junto a la puerta. El único sitio en el que no he mirado. Abro un cajón y encuentro un regalo con forma de libro, envuelto con un papel blanco brillante muy navideño y adornado con bastoncitos de caramelo. Escrita con un rotulador negro con la letra delicada de Kenji hay una palabra: «Mark».

Debajo del regalo está la chapa conmemorativa de un año que estaba guardando para mí. Me la meto en el bolsillo. Ya casi me la he ganado.

Pienso en dejar allí el regalo, pero no puedo evitarlo y rasgo el papel.

Es un precioso ejemplar encuadernado en cuero de *Crimen y castigo*.

A pesar de todo y por mucho que lo intento, no puedo evitar echarme a reír.

Astrid está en la cama, bien tapada con las mantas y leyendo un libro. Se ha duchado: tiene el pelo todavía mojado y la cara sin maquillaje. Hay unos recipientes de comida china para llevar en la mesita de café que hay junto a una butaca en una esquina. P. Kitty sale del sitio donde estaba durmiendo cómodamente en un rincón. Dejo el inhibidor de frecuencias en la mesita de noche, me siento en el borde de la cama y él salta a mi regazo y se restriega contra mí. Le rasco detrás de la oreja y ronronea contra mi mano.

—Me alegro de que te hayas dignado a venir. —Astrid deja el libro a un lado—. Y de que sigas estando de una pieza, por lo menos.

—Hace unos dos años... —empiezo a decir, pero dejo que la frase se quede en el aire, sin terminar.

Ella parece comprender la gravedad de mis palabras, porque la tensión desaparece de su postura.

—Conocí a una mujer —continúo—. Ella era capaz de mirar en lo más profundo de mi ser y sentí que alguien me veía de verdad por primera vez en mi vida, aunque ella nunca supo la verdad sobre mí. Llegué a pensar en dejarlo todo y encontrar un trabajo normal.

Me duelen los pies de tanto caminar, que es lo que he estado haciendo la mayor parte de la noche, así que me tumbo y me quito los zapatos.

—La Navidad pasada su hermano entró en su casa en plena noche, supongo que querría darle una sorpresa, pero mi cerebro entró en DEFCON1, ¿sabes? Para eso me han entrenado. Y lo maté. Ella

estaba embarazada...

Inspirar cuatro segundos, contener otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro.

Escojo un punto en la pared, una pequeña mancha de humedad que hay en el papel pintado, y me centró en ella, como si encerrara todo mi universo. Necesito algo a lo que aferrarme mientras las palabras van saliendo.

—En cuanto vi la prueba de embarazo positiva y me enteré de que iba a tener un hijo, me vi decorando un techo con esas estrellitas que brillan en la oscuridad. Uno de los dormitorios en los que estuve un tiempo cuando era pequeño las tenía y me hacían sentir seguro, porque me recordaban que había todo un universo ahí fuera. Que el mundo no era tan pequeño. Que algún día podría escapar...

Astrid intenta decir algo, pero cambia de opinión, y se lo agradezco.

—Mi hijo nació el 19 de agosto —prosigo—. Se llama Bennett. Pero no me hago ni la más mínima ilusión de que su madre me vaya a dejar participar de ninguna forma en sus vidas.

Hay una botella de agua en la mesita. La cojo, me bebo la mitad y después la hago rodar entre las manos.

—Entonces decidí dejarlo. Entré en un programa de rehabilitación para asesinos basado en los doce pasos. Kenji era mi padrino. Es la primera vez en mi vida que he tenido un mejor amigo, y ahora puede ser que me haya vendido. O tal vez no. Ahora mismo no lo sé. Sea como sea, lo necesito y no está aquí. El hombre que me atacó es un ruso que se llama Viktor Kozlov. La Bestia. He hecho un pacto con el diablo para conseguir esa información y seguramente he puesto en peligro toda mi rehabilitación por ello.

Vuelvo a dejar la botella y entierro la cabeza entre las manos.

—Quiero matar a alguien. A cualquiera. De verdad, cualquiera me vale. Bueno, a ti no. Pero necesito sentir cómo acabo con la vida de alguien con mis propias manos. Cuando lo hago, me siento poderoso, y ahora mismo lo que me siento es impotente. El poder es mejor. No hay nada en la vida que se pueda comparar con la muerte. En rehabilitación hablamos mucho de que matar es una compulsión, y una parte de mí nunca quiso creerlo. «Yo no soy adicto», no dejaba de pensar. Pero sí que lo era. Es la forma en que me han enseñado a comunicarme con el mundo que me rodea. Es lo único que conozco. Es la manera que he tenido de demostrar que soy un hombre... —Pienso en mirar a Astrid, pero aún no estoy preparado—. Estoy cansado. Y esto es difícil. Si encuentro a Kenji y me ha traicionado, puede que acabe matándolo. Y para detener a Kozlov lo único que puedo hacer es matarlo. Una rusa que se dedica al tráfico de influencias se va a cobrar un favor pronto y probablemente me pedirá que mate a alguien. Todos

los caminos llevan a lo mismo. He estado huyendo de quien soy. Me has pedido que te diga la verdad. Pues es esta.

Y por fin me giro para mirar a Astrid.

La expresión de su cara no dice nada.

Entonces alarga la mano para coger la mía.

Se la doy y siento su calor, el tacto de su piel. Tiro de ella hacia mí y la beso, sabiendo que lo que estoy haciendo puede ser lo peor en este momento, pero necesito sentir algo, que alguien que me ve iluminado por la luz inmisericorde de mis pecados me acepte. Y, para mi gran alivio, ella responde al beso.

Me despierto porque me da la luz del sol en los ojos, y encuentro la cama vacía.

Pienso que Astrid estará en el baño, pero la puerta está abierta y la luz apagada. La habitación está vacía. Su ropa y su bolsa han desaparecido. Me levanto de la cama y noto un tirón en el vientre. Tengo un vendaje limpio encima de la herida del cuchillo. Miro la mesita en busca del inhibidor y tampoco está ahí.

Están pasando muchas cosas, pero durante un segundo lo único que me importa es: estoy solo, Astrid se ha ido. He venido aquí, le he abierto mi corazón, la he dejado ver mi alma y ella se ha ido. Me quedo aquí sentado mientras el silencio me envuelve y me recuerda cuánto me ha costado la verdad.

No, no está todo en completo silencio. Hay un eco que reverbera en mi pecho. Presto atención y escucho.

Es la parte más salvaje de mí, que me dice: «Te lo dije».

Resbalo hasta llegar al suelo, con la espalda apoyada en la cama. P. Kitty salta a mi regazo.

—Todo se va a arreglar —digo.

No se lo estoy diciendo a él, sino a mí.

Pero no me lo creo.

Empieza un temblor en lo más profundo de mi pecho que se expande por todo mi cuerpo, abrazo a P. Kitty y me pongo a sollozar contra su pelo, envolviéndolo con mis brazos como si me fuera la vida en ello, porque sin él no me queda nada. Y él está a la altura y simplemente se queda donde está y ronronea contra mi piel.

La señora Nguyen no abre la puerta. Seguramente habrá ido a la tienda o estará haciendo taichí con las otras señoras en el parque. Pienso que podría dejarle a P. Kitty en su trasportín en la puerta, pero no quiero abandonarlo así. ¿Y si tarda en volver?

Voy a mi apartamento. En cuanto crucé la puerta del edificio, noté el olor a humo, que se intensifica en el último tramo de las escaleras que llevan a mi *loft*, que ocupa toda la planta superior.

La puerta está reventada y precintada con cinta policial. Entro a lo que queda de mi salón. Todo está calcinado, ennegrecido y cubierto

de ceniza blanca. Dejo a P. Kitty en la entrada y, a pesar de la destrucción, reconoce la casa. Araña la reja del trasportín y maúlla desesperado, pero no quiero dejarlo salir. Podría perderse o hacerse daño.

—Todo va a salir bien, amiguito —aseguro—. Vas a tener una vida mejor con la señora Nguyen. Ella te dará más premios que yo, seguro.

La estantería está destrozada. Busco la grulla de papel que me dio Kenji, pero ya no está. Tras ver la contraseña que había en su interior, hice todo lo que pude por volver a doblarla igual, pero no se quedó tan precisa y perfecta como estaba originalmente. Ahora no encuentro ni sus cenizas, es como si nunca hubiera existido.

Todavía quedan prendas intactas en el fondo del armario, pero huelen mucho a humo. Me pongo a cuatro patas en el suelo y palpo entre las tablas hasta que encuentro el pestillo y lo abro. La caja fuerte que hay debajo sigue intacta. Introduzco la combinación para abrirla. Hay una bolsa de lona embutida en un rincón del armario. La saco y la lleno de fajos de billetes de cien dólares todavía envueltos. Cada fajo tiene diez mil dólares y cuento cincuenta. La bolsa no pesa mucho y ese dinero será suficiente para ayudarme a empezar de nuevo.

Volveré a ganarlo cuando recupere el ritmo de trabajo. Tal vez debería darle el resto a la señora Nguyen e impartirle un curso acelerado sobre cómo gastarlo sin llamar la atención de Hacienda.

Cuando saco el dinero, busco debajo, en el fondo de la caja, para coger eso de lo que le dije a Kenji que me había deshecho, pero no lo hice.

Aunque lo cierto es que él también ha guardado su catana.

Mi SIG Sauer P365.

Una hermosa pieza de maquinaria mortal. Percutor lanzado, subcompacta, de acero inoxidable, miras de tritio X-RAY3 día/noche y cargador de diez balas. Armazón de acero inoxidable con módulo de empuñadura de polímero. Rebusco aún más abajo y encuentro una caja de balas de punta hueca de 147 granos.

No es nada ostentosa, pero es fiable.

Y ha segado muchas vidas.

Solo con sostenerla en la mano me siento como si pudiera dominar el mundo.

Esta es la dirección que siempre han tomado las cosas. No soy un hombre, soy un dron táctico con corazón y alergia a la lactosa. Antes esa arma la apuntaban y la disparaban otras personas y yo permití que así fuera. La única diferencia ahora es que la voy a apuntar yo. Encontraré la paz y después tal vez me busque esa granja, y que tiemble cualquiera que intente arrebatarme eso.

Soy Caballo Pálido.

Es una estupidez fingir otra cosa.

Busco en el bolsillo hasta que encuentro las chapas de los seis meses y el año y las dejo en la caja fuerte. Después saco la funda de arma que guardo con la pistola y me la ajusto a la cadera.

No hay mucho más que pueda hacer en este momento. Voy al baño a orinar. Me pregunto dónde estará Astrid y por qué habrá desaparecido de esa forma. Tal vez la gravedad de todo este asunto haya sido demasiado para ella. Supongo que lo de llevarse el localizador significa algo, pero no sé qué.

Da igual. Tampoco es que esté enamorado de ella. Ni el hecho de abrirme fue un último intento desesperado de salvarme a través de la verdad y la vulnerabilidad.

P. Kitty me maúlla.

—Estoy bien —contesto.

Oigo jaleo afuera: ruido de cláxones, alguien que grita, así que me acerco a la ventana y me asomo. Hay cuatro todoterrenos negros en la calle y una larga cola de coches atascados detrás. No necesito que nadie me confirme que vienen a por mí, pero cuando Ravi sale del primero de los coches, corro a esconderme dentro otra vez por si mira hacia arriba.

Cojo el trasportín de P. Kitty, me cuelgo la bolsa de lona del hombro y me dirijo al conducto de ventilación del edificio, que está situado entre el mío y el que hay detrás.

Las tropas de la Agencia acabarán comprobándolo y encontrando las agarraderas que le puse, además de la puerta en la parte de abajo que me sirve para pasar al edificio que hay detrás. Después localizarán la puerta secreta que lleva a un túnel de mantenimiento en el que hice una abertura lo bastante grande para colarme en el sistema de alcantarillado.

Si esa puerta estuviera en algún mapa, ya tendrían a alguien esperándome allí, pero, por suerte para mí, Nueva York es un laberinto de mierda construido encima de otro igual. Si pasas suficiente tiempo buscando, siempre encontrarás una buena vía de escape. Me habré ido mucho antes de que localicen la mía.

Salgo por la ventana, sujetando el trasportín de P. Kitty. Él no hace ni un ruido. Seguramente está muerto de miedo y doy gracias por ello. Lo último que necesito es que alguien mire por la ventana y me vea, aunque dada la proximidad de las ventanas entre los edificios y la falta de privacidad, la mayoría de la gente tiene cortinas o persianas.

He bajado unos tres metros cuando oigo:

—Lo he visto en una cámara que hay a la vuelta de la esquina hace menos de diez minutos.

La voz viene del apartamento de la señora Nguyen. Me detengo y me agarro bien para escuchar y asegurarme de que ella está bien. Ravi

no le haría daño, creo, pero no quiero correr riesgos.

—He salido a un recado —dice ella—. No sé si ha pasado por aquí. No lo he visto desde el incendio.

—Mierda, Fran, te pago mucho dinero y solo tienes que hacer una cosa: tenerlo vigilado. Y no eres capaz ni siquiera de eso...

—Primero, no me hables así —replica—. Y segundo, estoy jubilada. Lo he dejado. Acepté hacer esto porque es de bajo impacto y no había posibilidad de que saliera herida. Pero he trabajado demasiado para arriesgar mi vida de esta forma.

¿Qué?

—Vamos a registrar la zona —dice Ravi—. Si lo ves, ya sabes el protocolo. Llámame enseguida.

Hay un silencio y después la señora Nguyen pregunta:

—¿De qué humor me lo voy a encontrar?

—Seguramente no muy bueno. Pero no tiene ninguna razón para sospechar de ti, ¿no?

—No.

—Él vendrá a nosotros. Tenemos a su amigo. Si está cabreado con alguien, será conmigo. Pero cuando oiga lo que tengo que decirle, lo entenderá.

Un momento.

¿La Agencia tiene a Kenji?

¿Significa eso que no me ha vendido?

Me he retrasado demasiado. Pero no oigo ningún ruido por encima de mí. ¿No han ido a mi apartamento? Espero otro segundo, con la mano libre al lado de la pistola, que de repente me parece rara y es como si emitiera calor contra mi cintura. Después de un momento, decido arriesgarme y vuelvo a subir. No hay ningún ruido, nada. Entro de nuevo, corro hasta la ventana y veo que los coches están separándose de la acera.

Si la Agencia tiene a Kenji, no me ha dado la espalda.

Lo están utilizando para atraerme.

Como me he deshecho de mi antiguo teléfono y con él de la aplicación de mensajería segura con la que me comunicaba con Ravi, él ya no tiene forma de contactar conmigo.

Inspirar cuatro segundos, contener otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro.

¿Qué es lo que sé?

Zmeya me dijo que la Agencia ha tenido unos cuantos fracasos y que está contra las cuerdas, así que tiene la necesidad de que vuelva al trabajo. Pero Ravi sabía dónde estaba yo todo el tiempo; le estaba pagando a la señora Nguyen para que me vigilara. Esto, aparte de la frustración que me produce saber que mi vida no era como yo pensaba, hace que me surja una pregunta: ¿por qué no han venido a

buscarme antes?

Todo esto empezó con Kozlov, que me apuñaló, me puso un rastreador y se llevó mi cuaderno.

Me rajó, pero me dejó con vida.

Oh.

Una parte de la imagen completa encaja en su lugar y al menos empiezo a ver la silueta de lo que está pasando.

Esto es una lucha de poder.

Algún actor extranjero está intentando destronar a la Agencia.

Lo del cuaderno tiene un doble propósito: le da a ese actor un montón de información sobre las operaciones de su rival y me pone a mí en modo pánico y me vuelve contra ellos. Si quieres hacerle daño a una organización como la Agencia, lo mejor que puedes intentar es convertir a su mejor activo en enemigo.

Ellos deben de saber algo sobre lo que está pasando. E incluso aunque no contaran con la información de que yo estaba en el programa, sí sabían dónde encontrarme y que soy amigo de Kenji. Así que se lo llevaron, tal vez para protegerlo, como seguro o para usarlo para encontrarme.

Vuelvo a donde está la caja fuerte, la abro, saco la chapa de los seis meses, me la acerco a los labios y me la guardo en el bolsillo. La de un año se queda ahí. No me parece bien llevar conmigo algo que no me he ganado todavía. La escondo junto con el arma, saco unos cuantos fajos de billetes de la bolsa y me los guardo en el abrigo.

Solo importa una cosa: Kenji está vivo y lo tiene la Agencia.

Así que voy a ir a buscarlo.

Lulu me mira con una ceja enarcada cuando entro por la puerta del restaurante. El local está casi vacío. El hombre mayor con el traje marrón que hace el crucigrama está al fondo y hay un empleado del metro sentado en la barra, envolviendo su taza de café con las manos. Voy hasta la caja y le digo:

—Quiero el desayuno de los campeones, por favor. Sin salchichas, pero con extra de beicon.

Lulu se me queda mirando un momento, como si no hubiera entendido lo que he dicho, y después aparta los ojos de mí, levanta la voz y dice:

—Rodney, tengo que cerrar ya.

El empleado del metro levanta la vista, se encoge de hombros, deja dinero en la barra y se va. El hombre del traje marrón se queda. Cuando el único cliente se va, Lulu se acerca, cierra la puerta con llave, le da la vuelta al letrero para que ponga CERRADO y después me dice que la acompañe a la cocina. Dejo el trasportín de P. Kitty detrás de la barra y voy con ella. La cocina es muy estrecha, pero está inmaculada, con las superficies de acero inoxidable tan relucientes que

nadie podría decir cuándo se usaron por última vez. Me lleva hasta una puerta que hay en la parte de atrás que da a una escalera estrecha. Bajamos a un sótano que huele a humedad, donde hay otra puerta. Saca un llavero con un montón de llaves del delantal y la abre.

Dentro hay una habitación más o menos del tamaño del restaurante. Las paredes están cubiertas de unos paneles iluminados cuyas luces van cobrando vida poco a poco con un parpadeo. Y todos están llenos de armas: hay desde pistolas hasta rifles de asalto.

—¿Qué necesitas? —pregunta.

—Armas no letales.

—¿Adónde vas a ir?

—Al cuartel general de la Agencia.

Una carcajada le nace en lo más profundo del vientre y resuena en la habitación.

—¿Y quieres algo que no mate para ir allí?

La miro, me encojo de hombros y ella responde con el mismo gesto.

—Vale —contesta.

Y suena como: «Vas directo a tu funeral».

Tal vez sea cierto.

Se acerca hasta la pared más alejada y lleva arrastrando junto a ella una mesita con ruedas. Coge de uno de los paneles un par de cosas que parecen puños americanos, pero están hechos de un plástico negro que pesa y tienen salientes de metal.

—Acaban de llegarme estos —explica—. Puños aturdidores. Como una Taser.

—Nada con electricidad. No me puedo arriesgar a que le dé un ataque al corazón a alguien.

—Dios, no me lo pones fácil. Está bien.

Coge una pistola de la pared. Es un poco más grande que una normal. El cuerpo es negro, pero la corredera es naranja, y tiene dos cañones gruesos.

—Pistola de aire, cargada con unas cápsulas que revientan y producen una nube de espray pimienta. En cada uno de los cargadores caben cinco cartuchos. —Me la muestra y señala el barril de abajo—. Pones la cápsula de CO aquí. La primera vez que aprietas el gatillo se rompe. Cuando cambias el cargador, tienes que poner una cápsula nueva. Es lenta y a veces se atasca si disparas muy rápido.

—Me llevo dos y todos los cargadores que tengas.

—Entonces también querrás esto. —Pone sobre la mesa una máscara de gas con un visor amplio y trasparente—. No obstruye la visión. Y lleva un recubrimiento hipoalergénico en la parte interior para evitar que se empañe.

Busca en un cajón y saca un mango cubierto de espuma de unos

dieciocho centímetros. Me lo da. Compruebo el peso: es ligero como una pluma que acaba de caer. Lo sacudo para estirarlo en toda su longitud.

—Porra extensible de acero de bloqueo por fricción de más de cincuenta centímetros —explica—. No me suele gustar el recubrimiento del mango de la mayoría de las porras, pero este es bastante cómodo.

Golpeo la parte superior de la mesa con la punta para cerrarla y la dejo encima.

—Genial, ¿qué más?

Pone unas granadas cilíndricas delgadas sobre la mesa, seis en total.

—Granadas aturdidoras —continúa—. Cuerpo de aluminio no fragmentable ni combustible. Con mecanismo antirrodadura, así que se quedan cerca de donde las lanzas. Tres estallidos de luz y sonido. —Coloca una pieza delgada de plástico al lado—. Y puedes programar cualquiera de ellas para que detone en remoto.

—Me vendría bien un chaleco.

Abre un cajón más grande, saca un chaleco negro y me lo tiende.

—Me parece que es de tu talla. Nivel cuatro, protección completa de los costados y forro de malla refrigerante.

Compruebo el peso, palpo la parte de delante y veo que no tiene los característicos bultos de los chalecos de nivel cuatro.

—¿Cómo pueden asegurar ese nivel de seguridad sin placas de blindaje? —Antes de que tenga tiempo de responder, encuentro una etiqueta que tiene en un lado en la que hay un símbolo hebreo—. Ah. Me encanta la tecnología israelí.

—Todavía está en desarrollo, pero tengo el prototipo —asegura—. Una bala de calibre 30 − 06 de punta redonda te partirá una costilla, pero no debería traspasarlo. —Levanta un dedo, emocionada—. Una última cosa: un aparato que es la bomba.

Deja sobre la mesa una caja negra pequeña, con una cinta para sujetarla a la muñeca. La cojo y me la pongo.

—Emite un láser que satura el nervio óptico —explica—. Tiene un botón en la palma para que puedas utilizarlo sin que interfiera cuando aprietas el gatillo.

Apunto el dispositivo a la pared más lejana, pulso el botón de la palma con el dedo corazón y aparece un grueso punto de luz verde que parpadea.

—Genial. ¿Tienes dispositivos de desconexión?

Asiente, busca en otro cajón y saca un USB, que coloca junto al resto.

—Y también voy a necesitar algo de cubertería —añado.

No es que esté planeando cortarle la garganta a nadie, pero un

cuchillo puede resultar útil para otras cosas. Abre otro cajón y saca uno de veinte centímetros bien protegido en su funda.

—Punta de clip, mango plano. No es muy resistente a la corrosión y a veces se engancha al sacarlo de la funda, pero se puede usar para hacer palanca sin preocuparse de que se parta la punta.

Lo saco (es verdad que la funda ofrece un poco de resistencia, pero no es para tanto) y compruebo el filo. Se ve afilado de sobra y el mango de goma es agradable y ofrece buen agarre.

—¿Qué te debo? —pregunto.

—Dejémoslo en treinta mil —concluye—. Normalmente no tengo problema con los pagos a crédito, pero teniendo en cuenta lo que vas a hacer, prefiero que me pagues ahora.

—Los negocios son los negocios —respondo, y saco el dinero del abrigo.

Dejo el montón de billetes sobre la mesa.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta.

—La verdad es que no —confieso.

—Lo que estáis haciendo tú y los otros, lo del grupo, está muy bien. Lo sabes, ¿no?

—¿Cómo sabes eso?

Sonríe mientras saca una bolsa de lona, que pone sobre la mesa para que pueda meter todo el equipo.

—Kenji y tú no habláis en voz tan baja como creéis. —Mira a su alrededor mientras lo guardo todo—. Eres un buen cliente. Seguramente acabes muerto, pero no estaría mal que no fuera así.

—Gracias, Lulu. Y tú eres más dura que el cemento armado. Una última pregunta: ¿qué te parecen los gatos?

Asiente.

—Si no vuelves, me aseguraré de encontrarle un hogar.

—Eres un encanto. —Me cuelgo la bolsa con el equipo al hombro y dejo a Lulu organizando un poco. Al salir del restaurante, me paro en la caja. Una última cosa: cojo el rotulador negro que tiene al lado del cuaderno que hay junto a la caja registradora.

No hay que salir de casa sin uno.

Subo el trasportín a la barra y abro la puerta. P. Kitty estaba durmiendo; supongo que ya se ha acostumbrado a tanto cambio de sitio. No me arriesgo a abrazarlo muy fuerte, porque se zafaría de mi abrazo y se escondería en alguna parte. Pero lo levanto y lo miro a los ojos (al menos a uno, porque el otro parece dirigido hacia la pared).

—Siento todas las veces que he dicho que eres un cabeza hueca —le digo—. Me has salvado la vida. Eres un buen gato, te quiero y espero volver a verte, ¿vale? Pero si no, gracias.

«Miau» es su respuesta, y después lo meto de nuevo en el trasportín.

Cuelgo el teléfono. Booker ha aceptado mi disculpa y mi agradecimiento. Me ha prometido ir a buscar a Valencia y hacerme el favor que le he pedido. Me preocupaba que fuera demasiado a estas alturas, pero no.

Porque la sensación de haber participado en un peligro común es uno de los poderosos elementos que nos unen, y yo no debería olvidarlo.

Satisfecho porque eso esté cubierto, miro por encima del borde del tejado. El viento frío me alborota el pelo y noto la gravedad en el estómago. La azotea del edificio de la Agencia está unas veinte plantas más abajo. Compruebo el arnés que llevo en la cintura una vez más para asegurarme de que es seguro.

Es curioso cómo la vida se encarga de cerrar el círculo.

Mi carrera con ellos empezó y va a terminar oficialmente con un salto desde un tejado.

Voy hasta un extremo, desde donde veo perfectamente el cubo de basura que hay en la acera. Todavía hay demasiada gente por allí, así que espero. No tengo un plan claro, aparte de entrar en la oficina del director, presentarme para demostrarle lo fácil que es llegar hasta él y exigirle que me entregue a Kenji.

Seguramente no es el plan más elaborado del mundo, pero otras veces he trabajado con menos.

He estado allí dentro alguna vez, pero solo en las plantas inferiores. Antes era el edificio más alto de la manzana, pero después los constructores se obsesionaron con los rascacielos residenciales altísimos. La seguridad interior de ese tipo de edificios es tan terrible como era de esperar: un expolicía aburrido tras una mesa y un sistema de cámaras tan inútil que he podido entrar fácilmente y sin atraer ninguna atención indeseada.

Seguro que la Agencia me ha visto en las cámaras de la ciudad y sabe que estoy cerca. Pero supondrá que voy a aparecer en la puerta principal. Y yo voy a contribuir en lo que pueda a que siga creyéndolo si logro que el espacio de alrededor del cubo de basura se despeje un poco.

En cuanto aterrice en la azotea, se darán cuenta de mi presencia; hay unos cuantos aparatos electrónicos desperdigados por allí que parecen inocuos, pero estoy seguro de que tienen la superficie de la azotea controlada. Tengo que inutilizarlos enseguida. Hay un panel de acceso de emergencia cerca de la puerta de la escalera que me parece prometedor.

El espacio de alrededor del cubo de basura por fin se despeja, así que saco el mando del bolsillo y pulso el botón. Una de las granadas se activa con un ruido sordo, que apenas oigo, y un destello de luz. Después se producen otros dos estruendos más en rápida sucesión.

Como la basura está compactada alrededor de la granada, no tarda en arder. Los transeúntes se agachan para protegerse o sacan los teléfonos para grabar. Me pregunto si alguno de ellos llamará a Emergencias o si se limitarán a colgarlo en Instagram.

En cuanto veo las llamas, salto del edificio y rapelo hacia abajo. Cuando llego a la azotea, corro a toda velocidad hacia el panel de emergencia. Está cerrado con llave, así que meto la punta del cuchillo y hago palanca hasta que arranco la tapa. Hay un puerto USB y una pequeña pantalla de ordenador con un teclado. Pincho el dispositivo de desactivación y le doy a aceptar para que se inicie. La seguridad aquí es mejor que en la mayoría de los sitios en los que podría usar este dispositivo, pero me hará ganar algo de tiempo y...

—Hola, Mark.

Cuando me doy la vuelta encuentro a Ravi, que está a unos siete metros y medio de mí, con las manos tras la espalda, como si estuviera en una cola para pedir un café. Lleva una camisa blanca, pantalones azul marino y un par de mocasines italianos caros. Se ha puesto un chaleco táctico bajo la camisa y veo una pistola en una funda en la cintura.

—Hola, amigo —contesto—. Te veo muy solo aquí arriba. ¿Dónde está tu escuadrón de matones?

—Quería hablar contigo —dice—. Tú y yo solos. He supuesto que accederías por el tejado. Te conozco. Pero no se lo he contado a nadie.

—Es muy amable por tu parte.

Antes de que le dé tiempo a parpadear, ya he sacado una de las pistolas de aire de la funda y apunto con ella justo entre sus ojos.

Los entorna y ladea la cabeza.

—¿Es de juguete?

—Dispara cápsulas de espray pimienta. No te matará, pero tampoco será agradable.

Asiente despacio y da un paso, pero no para acortar la distancia, sino para caminar en círculo a mi alrededor.

—A estas alturas tengo que deducir que sabes que lo sé. Lo de santa Dimpna. Las grullas de papel. El último año. Sara y Lucas. Todo.

—Pero estabas esperando ¿para qué? ¿Para obligarme a volver?

—No, Mark, he intentado protegerte. La Agencia te ha estado buscando desde que desapareciste y entraste en el dique seco, pero ¿de verdad crees que te habrían dejado librarte de matar a un civil? Si el director se hubiera enterado, te habrían liquidado en un día.

—¿Y qué pasó entonces?

Se da una palmadita en el pecho.

—Fui yo. Yo hice que desapareciera.

—¿Y quieres una medalla?

—Un poco de agradecimiento estaría bien.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque, aunque no te lo creas, me caes bien, Mark. Por los detalles de la escena del crimen, no fue difícil deducir que fue un accidente. Pero me imaginé que te destrozaría. Encontrarte después formando parte del grupo de las grullas de papel me lo confirmó. Pensé que necesitabas un poco de paz.

—Y ahora quieres que vuelva. Pero si me has puesto hasta una carabina...

Ravi suspira y pone los brazos en jarras.

—Primero, la señora Nguyen era una de nuestras mejores agentes. Y estaba ahí para protegerte. Segundo, estamos metidos en un buen lío, que necesitaría seis horas y una presentación con diapositivas para explicarte. Inestabilidad en el este de Europa. Un cambio de régimen en Oriente Medio. Eliminación de objetivos de alto nivel que llevábamos años vigilando. Se ha hablado de una especie de esfuerzo concentrado en nuestra contra, pero todavía no vemos la imagen completa. La única conjetura que puedo hacer es que a Kozlov lo contrataron para acabar contigo y que el tablero quedara vacío.

—Pues yo tengo un problema con todo eso, Ravi —intervengo—. Sé que estás mintiendo.

—¿Y por qué lo sabes?

—Por tus propias palabras. Cuando comimos en Singapur, me dijiste que no sabías quién era.

—Vamos, Mark —dice, elevando la voz, algo nervioso—, tenía que hacerme el tonto. No tenía ni idea de por qué habías vuelto a aparecer. Y estoy haciendo malabares con todo, porque el director te quiere en su despacho. Azrael está esperando también, por cierto...

—Bien. Me vendrá bien el entrenamiento. ¿Dónde está Kenji?

—Abajo. Está a salvo.

—Más te vale.

—Supuse que quienquiera que fuera tras de ti iría a por él para obligarte a salir. Así que hicimos la extracción. Él conoce toda la historia. Lo sabrías si hubieras mirado tus mensajes. He intentado ponerme en contacto contigo para que nos reuniéramos.

—He estado muy ocupado.

Asiente y sigue rodeándome y manteniendo la distancia. No he podido evitar fijarme en que la distancia es de siete metros y medio. Doy unos cuantos pasos hacia él para reducirla. Se da cuenta, pero no reacciona.

—Baja conmigo —pide Ravi—. En son de paz. El director quiere sangre, pero puedo convencerlo. Estoy dispuesto a arriesgar mi reputación para conseguirlo. Querrá que vuelvas. Y tú lo vas a necesitar. Cuando seas consciente de lo que pasa, dejarás atrás toda esa tontería de la rehabilitación y nos ayudarás a volver a poner las

cosas en su sitio.

—No es una tontería.

—Te necesitamos, Mark. Necesitamos a Caballo Pálido. Mucha gente morirá si no nos ayudas.

—Mucha gente va a morir pase lo que pase.

—Pero tú puedes asegurarte de que mueran solo los que se lo merecen.

—Eso no es cierto. Nunca lo ha sido.

Ravi une las manos como si fuera a rezar.

—Por favor, Mark. Soy tu amigo.

—Un amigo no me diría que tire por la borda todo el trabajo que he hecho durante este año.

—Un amigo es alguien que te ve —contradice Ravi—. Y yo lo hago. Entiendo por qué lo estás pasando mal. A mí también me pasa. Si no fuera así, serías un sociópata integral. Pero al final el mundo necesita hombres malos porque somos los que mantenemos a raya a los otros hombres malos.

—¿Me acabas de citar *True Detective*?

Se queda callado, un poco avergonzado.

—Mierda, ¿la has visto?

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste en Singapur cuando te pregunté por qué me habías elegido para esto?

Ravi va a decir algo, pero se detiene.

—Que era por mi temperamento —continúo—. Que no era un militar chiflado. Que tenía una puntuación alta y una voluntad fuerte. Todo eso eran mentiras. Me elegiste porque era un niño asustado y solitario, desesperado porque alguien me dijera que soy bueno en algo. ¿Me equivoco?

Sus labios están a punto de formar una sonrisa y no necesito que diga nada más. Después suspira y su cuerpo se relaja un segundo.

Es una distracción, lo sé. Para cuando intenta sacar el arma de su funda, yo ya he disparado una cápsula en su dirección. Impacta contra su pecho con un estallido. Esperaba que hubiera un siseo o ver una nube de polvo. De hecho, durante un segundo me pregunto si el arma estará defectuosa, pero entonces él empieza a manotear y a frotarse la cara.

Y cae de rodillas, tosiendo.

—Hasta pronto, Ravi —me despido.

Al pie de las escaleras hay una puerta que da acceso a los ascensores que llegan hasta el piso superior del edificio. Más allá se ve una zona de despachos en penumbra, que parece casi vacía. Seguramente el despacho del director esté allí detrás.

Entre donde estoy yo y mi objetivo hay doce hombres y mujeres vestidos con equipo táctico: armadura corporal negra, gruesas gafas

protectoras y todos con FN P90, un subfusil compacto diseñado para espacios pequeños, que dispara cincuenta veces en un abrir y cerrar de ojos.

Menos mal que tengo mis pistolas de aire.

Cuando apuntan las armas en mi dirección, vuelvo al hueco de la escalera para protegerme. Oigo una voz que resuena en el espacio:

—Disparad a matar.

—¡Estoy seguro de que a estas alturas sabéis con quién os la estáis jugando! —grito desde la vuelta de la esquina—. ¡Si queréis volver a casa sanos y salvos, todavía estáis a tiempo!

En respuesta, se apagan las luces.

Que era justo lo que yo estaba esperando.

No veo nada y estoy seguro de que el equipo de asalto está activando sus gafas de visión nocturna. Saco una granada aturdidora del cinturón y la tiro por el hueco de la puerta, sin preocuparme demasiado de dónde cae.

—¡Granada! —grita alguien.

Se oye el primer estruendo, al que le sigue un destello cegador. Yo tengo los ojos cerrados y me tapo la cara con la mano, y, aun así, algo de luz se cuela. Con las gafas de visión nocturna, que amplifican la luz, seguramente ahora mismo parecerá que están mirando directamente al sol desde una distancia de tres metros. No debe de ser agradable, deduzco por los gritos.

Cuando la tercera y última combinación de ruido y luz pasa, salgo del escondite con las pistolas de aire en las manos. Los miembros del equipo de asalto gritan e intentan quitarse las gafas. Disparo las nueve cápsulas que me quedan sin preocuparme de darles a los hombres y las mujeres que hay en el pasillo. Solo pretendo que se abran cuantas más cápsulas mejor.

Vuelvo al hueco de la escalera, me pongo la máscara de gas y oigo toses.

—¡Luces, luces! —chilla alguien, ahogándose con mocos y flemas—. ¡Que alguien encienda las luces!

Lo primero que ven cuando vuelve la luz, si es que ven algo, es a mí avanzando por el pasillo, con la porra en ristre dirigida a rodillas, codos y cascos. Esto es como un ballet. Veo todos los ángulos, deduzco cómo pasar de un golpe a otro e identifico los blancos que van a producir el mayor daño sin llegar a matar a nadie. Algunos de ellos llegan a apretar el gatillo; los disparos resuenan en el reducido espacio y rebotan en las paredes, produciendo nubes de polvo de yeso, pero no consiguen darme.

Mi vieja amiga la adrenalina hace su función y empieza a jugar con el tiempo. Voy tan rápido que me parece que tardo una eternidad. Y para cuando llego al final del pasillo, soy la única persona que

queda de pie. Me siento muy bien por ello, pero entonces otro tío con uniforme táctico dobla la esquina y dos balas impactan en mi pecho.

Me quedo sin aire y caigo a plomo, boca arriba. Hundo la barbilla para no golpearme la cabeza contra el suelo y después me toco el lugar donde noto el dolor lacerante en el pecho para asegurarme de que las balas no han traspasado el chaleco. Ha funcionado, por eso siempre recurro a Lulu.

El tirador se acerca con el arma apuntando y yo dirijo a su cara el distractor óptico. Él se cubre los ojos, lo que me da el tiempo suficiente para rodar fuera de la línea de fuego, ponerme de pie y darle un gancho contundente en el costado, en la parte que no tiene cubierta por el chaleco. Después le golpeo con la punta roma de la porra en la frente.

Los números de las plantas de todos los ascensores van subiendo, así que activo la alarma de incendios. Las luces de emergencia se encienden, suena el aullido de una sirena que resuena en ese espacio reducido y los números dejan de aumentar. Esto es demasiado fácil. Paro un momento para recargar las pistolas de aire y después doblo la esquina para entrar en la zona de los despachos. Unas cuantas esquinas más y encuentro una amplia puerta doble de roble. Me estoy acercando a ella cuando de un rincón sale una figura.

Cuello de Toro.

Tiene la cara magullada, pero seguro que no tanto como su ego. Está furioso y me señala con un dedo rechoncho.

—Ha llegado la hora de la venganza, hijo de...

Le agarro el dedo, se lo doblo hacia el techo y él echa hacia atrás la cabeza y grita. Utilizo esa ventaja para obligarlo a arrodillarse y, con un rodillazo, lo dejo calladito.

La puerta. Sigo acercándome cuando algo impacta en mi espalda y salgo despedido. Aprovecho la inercia para lanzarme hacia delante y después doy una voltereta para ponerme en pie. Cuando me giro, encuentro a Ravi. Tiene los ojos rojos, la piel de la cara irritada y postura de combate.

—Estaba intentando protegerte, imbécil hijo de puta —dice—. Pero eso ya ha quedado atrás.

Saco una pistola de aire y disparo en su dirección, pero él se agacha bruscamente, casi hasta tocar el suelo, y el disparo se pierde. Antes de que pueda volver a apuntarle, me arrolla.

Error mío; estaba solo a tres metros y medio.

Los dos caemos al suelo y él me agarra el cuello, fija las manos y me golpea la cabeza contra el suelo con fuerza. Empiezo a ver borroso. Levanta un codo para clavármelo en la cabeza, pero consigo meter una rodilla entre los dos, lo aparto y lo lanzo lejos de mí. Nos ponemos en pie y ambos nos recuperamos un poco.

—No tenía ni idea de que sabías pelear —comento.

—Nunca envíes a la gente a hacer un trabajo que no estás dispuesto a hacer tú.

Lanza una patada, le agarro el pie, lo empujo con fuerza hacia atrás y pierde el equilibrio. Entonces le doy un puñetazo en la rodilla, no con la suficiente fuerza para romperla, pero sí para que necesite ponerse hielo mañana. Espero a que caiga al suelo, pero lo que hace es apoyarse en mí, adquirir ventaja y golpear con el otro pie. Está totalmente en el aire un segundo hasta que el pie que no le estoy agarrando impacta contra un lado de mi cabeza y caigo dentro de un cubículo vacío, despatarrado.

Desaparece de mi campo de visión y vuelve con una silla de oficina con ruedas que lleva levantada por encima de la cabeza. Le machaco un pie con la porra con todas mis fuerzas. Se tambalea. Me apoyo en las manos y le doy una coz en el estómago. Cae. La silla acaba aterrizando sobre mí, y eso duele, pero a él le duele más.

Antes de que me dé tiempo a ponerme de pie, me placa y acabamos luchando en el suelo. Y no es una pelea limpia. Los dos intentamos agarrarnos y encontrar un lugar desprotegido. Los golpes no dejan de sucederse, pero estoy tan acelerado que ni los noto. Por fin logro rodar, ponerme encima de él y darle unos cuantos puñetazos en la mandíbula.

Cae hacia atrás y se le ponen los ojos en blanco. Me pongo de pie y oigo que dice:

—De ahora en adelante estás solo, Mark.

En respuesta, saco la otra pistola de aire del cinturón, la recargo y le disparo una cápsula al pecho que le produce espasmos y otro ataque de tos.

Por fin llego a la puerta doble de roble.

La abro y encuentro una oficina elegante pero espartana que demuestra que allí se maneja dinero, pero sin alardear de ello. Es más larga que ancha y hay un escritorio en un extremo junto a unos ventanales que van del suelo al techo y que tienen vistas al Midtown. Hay dos sillas delante de la mesa y una al otro lado, que está de espaldas a la puerta.

Levanto la pistola mientras me pregunto qué tipo de hombre será el director. No lo he visto nunca. Soñaba con que un día lo conocería. Que me llamaría a su despacho para decirme lo bueno que era en mi trabajo. Ahora me doy cuenta de que eso era una fantasía absurda. No importa. No necesito su aprobación. La gente de arriba siempre es igual: se muestra aterrada cuando tiene que enfrentarse a las consecuencias de sus propias acciones.

Si no, no necesitarían a gente como yo.

La silla se gira y me encuentro con la última persona que

esperaba.

—¿Astrid?

Su cara parece diferente. Sus ojos parecen de hierro forjado y esa sonrisa no tiene nada que ver con ninguna que le haya visto antes. Es arrogante y maliciosa. Ha estado esperando pacientemente este momento. Lleva una blusa negra, pantalones negros y un arnés en el que cuelgan suficientes armas como para atacar la Bastilla.

—Azrael —contesta.

Vaya...

—Creía que Azrael era un hombre —confieso.

—Eso es muy machista. —Coge un arma que tiene en el regazo y me apunta. Desde donde está supera la distancia mínima de seguridad—. Y también mi intención.

—¿Eso es una FN Five-Seven? —pregunto.

Ladea un poco la pistola.

—Y munición de alta velocidad. Desde esta distancia hay muchas posibilidades de que atraviese un chaleco de nivel tres.

Le doy unas palmaditas al mío.

—Nivel cuatro.

—¿En serio? No parece que lleve placas de blindaje.

—Israelí.

—Ah, claro. Supongo que apuntaré a la cabeza entonces.

—Preferiría que no lo hicieras. Como te puedes imaginar, tengo algunas preguntas.

Más bien, muchas. Esto explica unas cuantas cosas: cómo es que sabía pelear y por qué se empeñó en pasar conmigo por todo esto. Pero saber eso solo hace que me surjan más preguntas. Lo único que puedo decir con seguridad es que verla me produce cierto nivel de comodidad, por extraño que parezca.

—Supongo —contesta ella—. Pero primero tenemos que salir de aquí. Date la vuelta, las manos tras la espalda. Si haces algún movimiento brusco, vas a descubrir la buena puntería que tengo.

Con la mayoría de la gente me pondría inmediatamente a pensar, a calcular las probabilidades y a buscar la forma de darle la vuelta a la situación. Pero Astrid, o Azrael, es una profesional. No quiero tentar a la suerte con alguien así. Es mejor esperar hasta que se presente una oportunidad que intentar forzar una.

Además, ahora mismo de verdad que me gustaría mucho obtener unas cuantas respuestas.

Me agarra las manos, me las ata bien tras la espalda con unas bridas y después me empuja.

—Camina. —Mientras nos dirigimos a la puerta de roble, oigo un ruido de estática y sé que habla por un *walkie-talkie*—. Lo voy a sacar. Despejad el camino hasta el garaje. Órdenes del director.

Ravi se está poniendo en pie con dificultad.

—Yo no he oído esa orden.

—Tampoco tenías por qué oírla.

Oigo un crujido fuerte detrás de mí y la cabeza de Ravi sale despedida hacia atrás mientras su cuerpo cae al suelo como un muñeco de trapo.

Unos segundos antes me habría quedado mirando y comiendo palomitas mientras cualquiera lo despellejaba vivo, pero entonces mi furia estaba ocultando los recuerdos que tengo de viajar con él por todo el mundo, comer en los mejores restaurantes y compartir risas después de las misiones. Formó parte de mi vida durante mucho tiempo, era alguien importante, y ahora un profundo pozo de tristeza se abre en medio de la ira.

—Dios, Astrid —exclamo.

—Apostó por ti y perdió. Y esa ha sido solo una en una larga serie de meteduras de pata. Como he dicho, órdenes del director.

Cuando llegamos a los ascensores, la única evidencia del caos de antes son los muebles rotos y los agujeros de bala en las paredes. Astrid pulsa el botón para bajar y se abre una puerta.

—Al rincón de la derecha —ordena—. De cara a la pared.

Me apoyo en esa pared cuando el ascensor empieza a bajar.

—¿Cómo demonios acabé en tu apartamento antes de lo de Singapur? —empiezo a preguntar—. ¿Estaba eso planeado?

—Fue una feliz coincidencia. Utilizo lo de ser cirujana de urgencias en el mercado negro como tapadera. Era médico en las Fuerzas Especiales antes de que me reclutara Ravi. Lo de coser y curar a la gente es una forma de ganar dinero extra y de mantenerme informada. Como no dejo de decirte, a los tíos os gusta fanfarronear.

—¿Y Ravi no sabía que estabas conmigo?

—Le decía que te pisaba los talones y me creyó. Yo quería pillar a Kozlov. En cuanto se lo mencionaste a tu amigo por teléfono, supe que era él. No tenía un nombre entonces, pero sabía perfectamente a quién te referías.

—¿Qué te ha hecho a ti Kozlov?

—Mató a alguien que era importante para mí. Y me dejó la cicatriz de la espalda. ¿Te has preguntado alguna vez por qué quise ir contigo? Cualquiera con dos dedos de frente habría huido. Cuando descubrí que eras Caballo Pálido, creí que podría utilizarte para atraerlo. Tal vez para ablandarlo un poco. Pero no sabía que eras tú el que se había vuelto blando.

—Eso no es cierto.

—Vale, Gandhi.

Las puertas del ascensor se abren y aparecemos en un garaje cavernoso. Está medio vacío y los aparcamientos los ocupan sobre

todo sedanes y todoterrenos negros y anónimos. Astrid sale primero y me dice que la siga. Pienso en darle al botón para que se cierre la puerta, pero seguramente no lo hará a tiempo.

—La furgoneta blanca, allí, en la esquina —señala.

Solo hay una, así que me dirijo hacia ella.

—Gandhi dijo que, si tuviera que elegir entre la cobardía y la violencia, elegiría la violencia, ¿sabes?

—Entonces era más duro que tú.

—Yo no soy un cobarde —replico.

—A mí no me engañas.

—¿Sabes lo difícil que es pasarte toda tu vida haciendo lo que yo hacía, siendo muy bueno en ello, y de repente decidir parar? Yo no tomé esa decisión solo una vez. Tengo que volver a tomarla todos los días.

—Y mira adónde te ha llevado.

—Funcionó, hasta que dejó de hacerlo. ¿Por qué te llevaste el rastreador y el inhibidor de frecuencias?

—Cuando me di cuenta de que no tenías ninguna utilidad para mí, pensé que podría atraer a Kozlov con el rastreador. Pero no ha aparecido. Y entonces recibí la llamada de Ravi y supuse que nuestros caminos se acabarían cruzando.

—¿Y por qué te acostaste conmigo?

Vacila.

—Una mujer tiene necesidades.

No le veo la cara, pero, por ese momento de vacilación, estoy seguro de que eso no es toda la verdad.

—¿Dónde está Kenji?

—Se escapó dos minutos después de que desactivaras la seguridad —afirma—. Vio la oportunidad y la aprovechó, supongo. Lo he oído por la radio justo antes de que entraras. Pero ya no lo necesito. Solo te necesito a ti.

Me paro delante de la parte de atrás de la furgoneta. Ella mueve la pistola para indicarme que me aparte y abre la puerta. En el interior no hay nada, solo una jaula metálica entre la parte de delante y la de atrás.

—Entiendes que matar a Kozlov no te va a devolver a la otra persona, ¿verdad?

—Entra en la furgoneta —contesta.

—¿Sabes cómo es ese tipo de ira?

—¿Qué?

—Como beber veneno y esperar que sea la otra persona la que muera.

—Entra ya.

Subo, me siento en el suelo y cierra la puerta. Da la vuelta y sube

al asiento del conductor, deja el arma en el asiento del acompañante, teclea algo en el teléfono y arranca. Salimos del garaje y conduce por la calle. Me cuesta estar sentado, así que me tumbo boca arriba.

Tras alejarnos un par de manzanas, dice:

—No lo entiendo.

—¿El qué?

—Eso de no matar. Sé que lo que hacemos no nos va a proporcionar un sitio en el cielo, pero ¿hasta qué punto lo mantendrías? Si pudieras viajar en el tiempo, ¿matarías a Hitler?

—¿Y por qué habría que matarlo? Si pudiera viajar en el tiempo, ¿por qué no ir aún más atrás, a cuando era un niño, y dedicarle el amor y la comprensión que nunca tuvo? ¿Eliminar todos los conceptos retorcidos que tenía en la cabeza? Así no habría salvado a setenta millones de personas, sino a setenta millones una.

—Pero es Hitler. ¿Es que no merece morir?

No parece que se esté burlando, no exactamente. Da la sensación de que tiene verdadera curiosidad.

—Podrías argumentar eso, pero esto es un experimento mental.

Sigue conduciendo en silencio. Al rato, dice:

—¿Sabes qué es lo que más me fastidia?

Antes de que le pueda preguntar qué, algo se estrella contra un lateral de la furgoneta y el estómago me da un vuelco cuando salimos volando. Reboto en varias superficies duras mientras hago todo lo que puedo por protegerme la cabeza, algo imposible con las manos atadas a la espalda. Cuando por fin paramos, creo que con la furgoneta boca abajo, tengo la visión borrosa y mi cerebro parece un balón de fútbol muy usado y medio deshinchado.

—¿Astrid? —la llamo.

La puerta de atrás se abre. No veo quién es, pero creo que puedo adivinarlo. Antes de que me dé tiempo a hacer un comentario ingenioso, un bote que despide un vapor blanco cae a mi lado. Estoy demasiado sofocado para contener la respiración. El contenido del bote huele dulce, y después...

12

«La gracia significa que, ahora, todos nuestros errores tienen un propósito en lugar de servir para avergonzarnos.»

BRENÉ BROWN

Lower East Side Un año antes

—Me alegro de volver a verte —asegura Kenji.

Está de pie con las manos metidas en su larga chaqueta negra y me hace una leve reverencia. Yo respondo igual. Está un poco más mayor, tiene más canas en el pelo, pero se le ve mejor que la última vez que coincidimos, en aquel tejado cubierto de nieve.

No parece tan agobiado por el peso que lleva sobre los hombros.

Además, se ha vuelto a acercar a mí sin que lo detecte, y eso es algo difícil de hacer. Supongo que ciertas habilidades no se pierden nunca.

—Estamos muy lejos de Praga —comento.

—¿Te vienes a dar un paseo conmigo, Mark?

No espera a oír mi respuesta, porque supone que será afirmativa. Nos vamos abriendo paso entre la multitud que llena Delancey Street. Es martes. Han pasado tres días enteros desde que pensé en acabar con mi vida y encontré a P. Kitty, y considero eso algo bueno. Desde entonces se me ha vuelto a pasar por la cabeza varias veces la idea de acabar con todo, pero, por suerte para mí, en esos momentos el gato siempre hace alguna tontería, como ir al baño y maullarle a la bañera o caerse de una estantería.

Y ha sido suficiente para que haya abierto la grulla de papel. Dentro encontré una contraseña para un foro en Via Maris: «fénix ansioso».

Caminamos un rato hasta que Kenji se para delante de una iglesia destartalada. Las puertas están pintadas de rojo, pero deterioradas y desgastadas por el tiempo. La fachada de piedra se desmorona. Si no hubiéramos parado, habría pasado por delante sin fijarme en ella siquiera.

—¿Conoces la historia de santa Dimpna? —pregunta Kenji.

—Conozco un bar en Alphabet City al que le han puesto su nombre. Hasta ahí llego.

Kenji asiente.

—Santa Dimpna era una princesa que nació en Irlanda en el siglo VII. Cuando tenía catorce años hizo el voto de servir a Jesucristo. Poco después su madre murió. Su padre era un rey sin importancia. Pero lo pasó mal al perder a su cónyuge y buscó por todas partes una mujer con la que casarse que igualara la belleza de su esposa fallecida. Y al final decidió que la única mujer digna que había era su hija y que se casaría con ella.

—Repugnante —comento.

Pero él no se ríe.

—Dimpna huyó a Bélgica y fundó un hospital para los pobres y los enfermos. Un año después su padre la encontró, pero ella lo rechazó y él le cortó la cabeza.

—Eso sí que es una familia con una disfunción grave.

Kenji se gira y me fulmina con la mirada.

—Perdona —me disculpo—, continúa.

—Se construyó una iglesia en su honor en Geel, la ciudad belga en la que murió. Allí iba gente de toda Europa para pedir ayuda para sus enfermedades psiquiátricas. Así empezó una tradición, que perdura hasta hoy: la gente de Geel acoge allí a enfermos y personas que sufren. Los llaman huéspedes, no pacientes, y los integran en las familias. No buscan hacer un tratamiento ni una terapia, sino un acto de pura bondad que se ha ido perpetuando a lo largo de los siglos.

»Y esta iglesia lleva el nombre de esa santa. Aquí es donde nos reunimos todos los martes por la noche. Elegimos este sitio porque el sacerdote es amigo mío y sé que estamos a salvo aquí. Yo no creo en las coincidencias, pero el nombre me pareció algo providencial.

Nos quedamos ahí delante en silencio, examinando el edificio.

—Hay unas normas —dice Kenji sin mirarme—. Nos basamos en el modelo de Alcohólicos Anónimos, pero en estas reuniones hay muy poca gente, así que no tenemos que hacerlas de forma tan estructurada. No revelamos los alias que utilizábamos para trabajar y hacemos todo lo que podemos por no revelar nuestras afiliaciones políticas. Es por la seguridad de todos. Nadie debe saber que eres Caballo Pálido, aparte de mí.

—Gracias.

—Normalmente hay un proceso de admisión —prosigue—, pero eso lleva tiempo. Y por lo que veo, me parece que estás listo para reunirte con nosotros esta noche.

—¿Y qué es lo que ves?

Se gira, me mira de arriba abajo y después se fija en mis ojos. Su mirada es tan penetrante que siento la necesidad de ocultarme de ella, pero sé que eso no es lo que debo hacer. Lo que necesito es quedarme aquí y dejar que me vea.

—Una tristeza que llevas como una losa. Pero también un deseo de dejarla atrás antes de quedar enterrado debajo de ella.

—No vas desencaminado.

Me lleva a un lateral de la iglesia, bajamos por un corto tramo de escaleras de piedra, cruzamos una puerta y un pasillo oscuro y doblamos una esquina. El sótano de la iglesia tiene poco mobiliario, pero es lo suficientemente grande como para que quepan unas cuantas docenas de personas cada vez que hay una fiesta o un evento para recaudar fondos. La cafetera borbotea junto a una caja abierta de dónuts que hay en una mesita plegable colocada en un rincón. Las paredes son del mismo azul que un huevo de petirrojo y el suelo es blanco y negro como un damero.

En el centro del espacio hay cuatro sillas colocadas en círculo, lo bastante próximas para que la gente que se siente en ellas pueda inclinarse, estirarse o cogerse de la mano. Ya hay dos asientos ocupados: en uno hay una mujer hispana y en otro un hombre negro, los dos reconocibles al instante por el olor a pólvora que corre por sus venas.

—¿Este es el nuevo? —pregunta el hombre negro—. No me parece muy duro. ¿Estás seguro de que es uno de los nuestros?

Me acerco un poco, dejo que me mire a los ojos y asiente.

—Sí, lo es. —Me tiende la mano y se la estrecho—. Booker.

La mujer hispana también me ofrece la mano.

—Valencia.

Y le doy la mano a ella también.

—Como el sitio de donde vienen las naranjas —bromeo.

—No —responde, y aparta la mano. Se le oscurece la expresión—. Nada que ver con las naranjas.

Booker levanta las manos.

—En este lugar se puede decir cualquier cosa sin consecuencias, menos eso.

Yo también alzo las manos en un gesto de rendición y miro alrededor. Kenji señala a la mesita plegable. Me sirvo un café, aunque solo sea para tener algo que hacer con las manos.

—Esto —dice Kenji en cuanto me siento, poniendo en medio del círculo un dispositivo pequeño y plateado del tamaño de un pintalabios— inhabilitará cualquier dispositivo de escucha o grabación y distorsionará nuestras voces. Una medida de seguridad, por los temas de los que hablamos aquí. Y al inicio de cada reunión, repasamos los doce pasos:

»Uno: admitimos que éramos impotentes, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.

»Dos: llegamos a creer que un poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio.

»Tres: decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de un poder superior, como nosotros lo concebimos.

»Cuatro: sin miedo, hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.

»Cinco: admitimos ante el poder superior, ante nosotros mismos y ante otro ser humano la naturaleza exacta de nuestros defectos.

»Seis: estuvimos enteramente dispuestos a dejar que el poder superior nos liberase de todos estos defectos de carácter.

»Siete: humildemente le pedimos al poder superior que nos liberase de nuestros defectos.

»Ocho: hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.

»Nueve: reparamos directamente a cuantos nos fue posible el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.

»Diez: continuamos haciendo nuestro inventario personal y, cuando nos equivocábamos, lo admitíamos inmediatamente.

»Once: buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con el poder superior, como nosotros lo concebimos, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla.

»Doce: habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar este mensaje a otros como nosotros y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos.

Kenji hace una pausa, para que las palabras tengan tiempo de calar, y después dice:

—«Ninguno de los que estamos aquí hemos conseguido cumplir a rajatabla estos principios. No somos santos...»

—Muy cierto —murmura Booker.

—«Lo importante es que estamos dispuestos a crecer a nivel espiritual» —continúa Kenji—. Bueno, Mark, como es tu primera reunión, te invitamos a compartir tu historia. ¿Quieres contarnos qué te ha traído aquí?

De repente la cabeza me da vueltas. No estoy acostumbrado a hablar de mi trabajo, ni de mis sentimientos, ni de nada en realidad. Y aquí hay tres personas que están esperando que me abra las venas y deje que caiga la sangre al suelo. Me agarro las manos y me crujo los nudillos esperando que las palabras encuentren la forma de salir, pero sin saber en realidad qué decir.

Booker levanta la mano, envuelta en un rosario, que también le cuelga junto a la muñeca.

—Yo puedo compartir algo. Para romper el hielo.

Su voz suena diferente. Ahora es más suave y más cálida. Asiento.

—Me llamo Booker y llevo dos años sin matar a nadie —empieza a decir—. Durante la última semana he estado haciendo meditación guiada para ayudarme a dormir. Y me parecía que estaba funcionando bastante bien. Pero anoche me desperté en plena noche y él había vuelto, como si nunca se hubiera ido. El niño... —Su voz se apaga, sus ojos se oscurecen y después se llenan de tristeza—. Fue una misión nocturna y la información que teníamos no era correcta. Se suponía que todos los que había en aquella casa eran combatientes del otro bando. Cuando dejaron de silbar las balas, intentamos limpiar el escenario y lo encontré. Se había levantado de la cama y había llegado hasta la mitad del dormitorio. No sé si fue un disparo mío el que acabó con él, seguramente no, porque él estaba en la segunda planta y yo en la primera. Pero estaba allí, ¿sabéis? Formé parte de lo que había pasado. Y anoche me desperté de repente. Me pasa a veces, que estoy todo el rato durmiéndome y despertándome. —Se mira las manos, que tiene apoyadas en el regazo—. El niño estaba al pie de mi cama. Es uno de los habituales, lo veo muchas veces. Pero creo que cuatro noches seguidas era el máximo que había conseguido pasar sin ver a ninguno. Así que creía que había conseguido dejarlo atrás. Que esto había funcionado. Lo que ocurrió con él hizo que me cabreara con el mundo. Con la gente para la que trabajaba. —Mira el rosario que tiene en la mano—. Te pasas toda la vida oyendo eso de: «No matarás», y después entras en el Ejército y te dicen: «No matarás, a menos que te lo ordenemos. En ese caso, no pasa nada». ¿Cómo no te va a volver loco algo así?

»Pero bueno. Quería decirle al niño que lo sentía. Pero siempre es igual. Cuando los veo, pasa algo. No puedo hablar. Uno de los médicos que me diagnosticó el síndrome de estrés postraumático me dijo que era un terror nocturno. Eso es un sueño que a mí me parece real. Pero creo que no tiene ni idea. Es que las cosas son raras en los sueños, ¿verdad? Nunca nada parece estar bien, pero todos los detalles son exactos, desde el color de las sábanas a las cortinas de la ventana y los dos orificios de bala del pecho del niño. ¿Y cómo se explican los que veo durante el día? Me siento muy tonto contando esto...

Se calla un momento. Y yo hablo sin darme cuenta.

—¿Has probado la melatonina?

Frunce el ceño.

—Me daba pesadillas. Unas muy realistas.

—Interferencia —dice Valencia.

—¿Interferencia? —pregunto.

Kenji asiente.

—En las reuniones se supone que tenemos que dejar que la gente termine de compartir lo que quiera antes de ofrecerle un consejo o un juicio.

—Aunque siempre acabamos haciendo esto de todas formas —contesta Booker con una sonrisa burlona.

—Ya hemos dicho que no somos perfectos —aporta Kenji.

Todo el mundo me mira a mí de nuevo.

—Todo eso de dios es lo que no me cuadra a mí —digo, y noto una chispa de ira en el pecho—. Lo del poder superior. ¿Cómo voy a creer en dios después de las cosas que he hecho?

Kenji niega con la cabeza.

—No tiene que ser dios, solo algo más grande que tú. Puede ser dios, Buda, la naturaleza o la consciencia. Pero es especialmente importante para las personas como nosotros, porque actuábamos como si fuéramos dioses, por eso a veces tenemos que recordarnos que hay poderes por encima de nosotros. Una de nuestras mayores debilidades era la forma en que nos seducía nuestro propio poder. Hay un dicho en Alcohólicos Anónimos: «Deja que eso salga y que dios entre». A mí me parece una buena máxima. Nos recuerda que debemos reconocer que las decisiones sobre la vida y la muerte no las debemos tomar nosotros.

No es la respuesta que buscaba cuando vine aquí, pero me parece que se acerca.

—Si prefieres no compartir... —dice Kenji.

—Hace unas cuantas noches... —empiezo, pero me detengo—. Perdón. Hola, me llamo Mark y llevo... tres días sin matar a nadie. Todo empezó cuando conocí a una mujer. Me enamoré de ella hasta las trancas. Pero nunca le conté a lo que me dedicaba. Hice lo de siempre: inventarme una mentira. Estuvimos saliendo durante casi un año y... cada vez que la miraba era como ver un amanecer por primera vez. Me trasmitía una sensación de paz que nunca había sentido, supongo. Estaba dispuesto a abandonarlo todo por ella. Pero entonces, en Nochebuena, su hermano entró en la casa en plena noche. Quería darle una sorpresa y dejarle unos regalos. Pero yo estaba despierto y, claro, supuse que era alguien que venía a por mí... —Me froto los cortes de los nudillos con la fuerza suficiente para que vuelvan a dolerme—. Estaba furioso porque alguien quisiera arrebatarme esa paz, así que lo maté. Ni siquiera lo pensé. Lo hice y punto. Maté a su hermano. Y resulta que ella está embarazada. Yo nunca he querido ser padre. No es algo que haya contemplado nunca en realidad. Pero cuando me enteré, me di cuenta de que acababa de cargarme mi oportunidad de crear una mejor versión de mí. Al volver a casa solo pensaba en meterme la pistola en la boca y volarme la tapa de los sesos. Pero entonces en mi vida se cruzó un gato. Y me puse en contacto con Kenji. Y ahora estoy aquí.

Todo el mundo asiente, creando un espacio para que esos sentimientos tengan un eco en la sala.

—No dejo de pensar en la noche en que la conocí. Era febrero y había unos árboles en Bryant Park que parecían manos esqueléticas que querían alcanzar la luna, que brillaba en el cielo. Supongo que fuera de contexto puede parecer una imagen un poco espeluznante, pero no dejo de pensar en esas manos intentando llegar hasta algo que está fuera de su alcance. Así me sentía yo cuando estaba con ella: como si hubiera algo más importante que podía intentar conseguir. Algo que estaba fuera de mí pero supongo que también en mi interior. No sé. Es como si, cuanto más intentas lograr algo, más consciente eres de que merece la pena... —Y las palabras que me costaba encontrar por fin surgen—: Antes de conocerla, mi vida me parecía muy pequeña. Y después era como si fuera mucho más grande. Sé que he cometido errores, pero no quiero ser esos errores. Quiero ser otra cosa. No sé qué es esa otra cosa. Solo sé que la quiero.

Valencia se inclina y me aprieta la mano.

—No necesitas saber por qué estás aquí. Solo estar —asegura.

—Es que...

Hay más cosas que quiero decir, pero el sollozo que he estado conteniendo en el interior de mi pecho explota y sale al exterior. Un momento después me encuentro encogido, llorando como un bebé. Esas tres personas me tocan con sus manos, que antes utilizaban para matar, pero que esta noche, solo con su peso y su calor, sirven para unir las partes de mi interior que estaban hechas pedazos.

13

«Si no hubieses cometido grandes pecados, Dios no habría enviado sobre ti un castigo como yo.»

GENGHIS KHAN

En algún lugar desconocido... En el presente

Una sensación de quemazón que empieza en una ventana de mi nariz sigue por todo mi cuerpo y alguien me quita de un tirón la manta calentita con la que me estaba tapando. Después me empujan para hacerme salir al aire frío y mi piel reverbera como una vieja campana. Me llega un sonido: algo duro y plástico que golpea contra el suelo. Son demasiadas cosas que procesar al mismo tiempo y mi cerebro no puede seguir el ritmo.

Por ahora lo va gestionando todo por fases.

Tengo las manos atadas a la espalda y noto el contacto del metal contra la piel.

Suena una canción bajito a lo lejos. Una que conozco.

Huele como a bosque, pero estamos en un interior.

Inspiro hondo.

La canción que suena es el *Ave Maria*. Estoy sentado al pie de un enorme árbol de Navidad de esos caros, porque es de verdad. No tiene ningún adorno *kitsch*. Se alza hacia los techos altísimos y en el centro hay unas estrellas blancas que relucen y que son la única fuente de luz de la habitación. Al lado del árbol hay unas ventanas que van del suelo al techo, con vistas a la ciudad. Veo una esquina de Central Park desde aquí. Creo que estamos orientados al norte. El sol se ha puesto, pero la noche es clara y estamos tan arriba que me parece percibir incluso la curvatura de la tierra.

Sentada frente a mí, atada a una silla y con sangre en la cara, está Astrid. Parece que acaba de despertarse tras una siesta. Seguramente también se le están pasando los efectos de lo que sea que me hayan dado a mí también para dejarme fuera de combate.

Tiene un lacito rojo en la cabeza.

Y creo que yo también, porque noto algo que me tira del pelo.

A nuestra derecha está sentado Kozlov.

Él no está atado, solo arrellanado en una silla que está al revés, con los brazos apoyados en la parte superior del respaldo, y

sonriéndonos como si todos fuéramos amigos.

—*Dobriy vecher* —dice.

—Yo no diría que son tan «buenas», teniendo en cuenta las circunstancias —respondo—. Ya me estaba preguntando cuándo iba a volver a encontrarme contigo.

—Antes de que empiece todo, solo quiero decirte una cosa —se lleva una mano al pecho—: soy un gran fan. Sé que suena un poco estúpido decir «sin rencores» después de lo que ha pasado. —Se echa un poco hacia atrás y se señala vagamente la zona del vientre—. Lo de apuñalarte y eso. Pero espero que con el tiempo podamos olvidarlo.

Me sigue ardiendo la nariz.

—¿Qué nos has dado?

—¿Ahora? —Señala un pequeño inyector nasal de plástico que hay en el suelo—. Naloxona. Para contrarrestar el halotano con un poquito de fentanilo.

—¿No utilizaron eso mismo en el 2002, en aquella situación con rehenes en el teatro de Moscú?

Sonríe y mira a Astrid.

—¿Lo ves? Por eso es el mejor.

Astrid intenta lanzarse a por él, pero está muy bien atada a la silla. Kozlov me mira con una sonrisita burlona.

—Ella no es muy fan mía, parece.

—Me voy a vestir con tu piel para hacerle una videollamada a tu madre —contesta Astrid.

Kozlov no deja de sonreír.

—Me gusta eso. Pero mi madre está muerta. De todas formas, tú no le sirves para nada al jefe.

—¿Y quién es el jefe? —pregunto.

Kozlov mira por encima de mi hombro.

—Pues está aquí mismo.

Sigue sonando el *Ave Maria* (creo que es la versión de Bocelli), pero casi como si eso fuera una señal, oigo pasos que se acercan y una voz suave y rara empieza a cantar:

Ora, ora pro nobis peccatoribus

Nunc et in hora mortis.

No se me escapa el significado de esa frase: «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte».

Los pasos se detienen justo detrás de mí.

—Me has traído regalos. Gracias, Viktor.

Esa voz.

No...

Un sudor frío me cubre la piel y se me eriza todo el vello.

Un par de manos me cogen las mías y me quitan las esposas, que caen al suelo con un repiqueteo. También me sueltan las cuerdas que

me sujetan las piernas.

Me levanto, me giro, me arranco el lazo de la cabeza y me encuentro a Stuart.

Está descalzo, lleva un jersey granate que le queda grande y unos pantalones chinos beis. Toda su expresión es diferente. No está esa energía de animal asustado que tenía en las reuniones. Y parece haber crecido unos cuantos centímetros desde la última vez que lo vi, o eso creía yo, tirado en el suelo de su apartamento, con la cabeza reventada de un pisotón.

—Feliz Navidad, Mark —exclama. Después mira a Kozlov—: Lo de los lazos es un poco demasiado, pero te reconozco el esfuerzo. ¿Nos dejas un momento? Pero no te vayas lejos.

Kozlov se desplaza hasta el otro extremo de la habitación. Stuart gira la silla, la aparta un poco y se sienta cruzando las piernas. Me señala el asiento vacío que acabo de abandonar.

—Siéntate, por favor —pide—. No nos han presentado. Al menos no adecuadamente. Seguramente te suene más el nombre de Hannibal Khan.

—Hijo de pu... —dice Astrid.

Stuart la mira y dice:

—Si vuelves a abrir la boca, te arranco la lengua y te la hago tragar.

Astrid obedece, más frustrada que intimidada.

Yo me siento en la silla para evitar que me fallen las piernas, pero mi cuerpo se mueve como si estuviera en piloto automático.

Stuart chasquea los dedos.

—Seguro que tienes preguntas. —La confianza de su voz me resulta profundamente perturbadora.

—Muchas —reconozco.

Inmediatamente sé que el mayor error que he cometido hasta el momento ha sido no prestarle suficiente atención. Y lo del cadáver también. Era la única pieza que no encajaba en todo esto. ¿Por qué Stuart? Se me olvidó una de las reglas más básicas de este trabajo: no hay que destrozar la cara del objetivo, porque, si haces eso, puedes matar a cualquiera y hacerlo pasar por el auténtico.

Me señala y sonríe.

—Veo cómo se mueven los engranajes en tu mente. Necesitaba algo para alejarte del rastro, por si ibas a buscarme. Es impresionante que consiguieras encontrar el apartamento, teniendo en cuenta que no tenías mucho con lo que trabajar. Era un indigente que pedía en una esquina. Tenía un cuerpo similar. Le dejé darse una ducha, le di algo de ropa y, cuando acabé de reventarle la cabeza con la bota, era fácil confundirnos. —Extiende la mano en un gesto como de adoración—. Incluso para el gran Caballo Pálido.

—¿Cómo lo sabías?

Se encoge de hombros.

—Lo deduje. —Después sonríe y mira hacia las ventanas—. ¿No es una pasada este sitio? Más de cuatrocientos veinticinco metros por encima del parque. Tres plantas. Siete dormitorios y cuatro baños. Casi mil seiscientos metros cuadrados en total, contando la terraza residencial más alta del mundo. Me sorprendió, porque creía que tenían algo así en Dubái, ¿sabes? Pero la verdad es que ¿quién quiere estar más cerca del sol en medio del desierto? Me acabo de mudar, pero he pedido que lo primero que pusieran fuera el árbol. Es lo típico. Si te dijera lo que me ha costado este sitio, no me creerías. —Me mira con la ilusión de un niño que enseña el dibujo de un perrito que parece más bien un trozo de barro con patas derritiéndose. Pero como no muerdo el anzuelo, hace un mohín y frunce el ceño—. Doscientos cincuenta millones. Pagados al contado. No está mal, ¿eh?

Busco algo que pueda utilizar como arma. Stuart no parece que lleve ninguna encima. Kozlov tal vez sí, no puedo saberlo desde aquí. Pero no tengo suerte. Solo tengo delante una habitación vacía y una mujer, que es más una conocida que una aliada y que además está atada a una silla.

—Empecemos por el principio —comienza Stuart—. Fundé Via Maris para vender drogas. Se mueve muchísimo dinero en el negocio de las drogas. Pero acabó convirtiéndose en un sitio que aglutinaba foros en los que se negociaba con la vida y la muerte, lo que me pareció estupendo. Más dinero para mí. Solo con las tasas de tramitación..., una pasada. —Se recuesta en la silla y gesticula cuando habla—. Pero aquello se puso a crecer, se hizo cada vez más grande, y empecé a pensar que tenía la posibilidad de marcar la diferencia de verdad. Al mirar las conversaciones de los foros y ver lo que se jugaba y dónde, me di cuenta de que podía predecir en qué dirección soplaban los vientos políticos y reconocer las idas y venidas de las estructuras de poder mundiales. Y vi mi oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

—¿Crees que los Gobiernos matan a gente mala, Mark? Pues no. —Niega con la cabeza—. Matan a gente problemática. La Agencia no está intentando hacer del mundo un lugar mejor. Tiene un plan. ¿Y si pudiéramos reestructurar la forma en que funciona? ¿Y si en vez de permitir que los dueños del petróleo usen a gente como tú, el martillo de los dioses, para desestabilizar Oriente Medio y que eso afecte al mercado, vamos a por esos magnates que han estado utilizando su poder e influencia para destruir el planeta? ¿Y si en vez de matar a un líder político porque se atrevió a cuestionar la eficacia del capitalismo, lo dejáramos tomar el poder, y eliminásemos a sus enemigos, para que animara a sus seguidores a luchar contra el sistema? Podríamos

igualar el partido. Arreglar las cosas. Hacerlas bien.

—¿Y qué es bien para ti? —sigo preguntando.

—Hacer lo que queramos.

—Estás todo el rato hablando en plural.

Estira un dedo y dice:

—Ya llegaremos a eso. —Entonces se levanta, va hasta la ventana, une las manos tras la espalda y mira la ciudad como si fuera un territorio que hubiera conquistado—. Para hacerlo tengo que acabar con la Agencia. Crear un vacío que después llenaré yo. —Se vuelve y me ofrece una sonrisa de serpiente—. He hecho lo que he podido para ponerlos en contra de los rusos y hacer que ambos bandos se agoten con sus luchas. Eso me pondrá las cosas más fáciles. Pero necesitaba un ataque más dirigido. Tenía que encontrar a un empleado de la Agencia que causara malestar interno. —Une las manos de nuevo—. Por eso me infiltré en el foro de las Grullas de Papel. Supuse que no podría convenceros por la fuerza para que volvierais a meteros en el ajo. Todo el rollo del asesino en serie me lo inventé. No podía pasar por asesino a sueldo. Me detectaríais a kilómetros. ¿Pero un asesino en serie? Ya ha habido alguno en el grupo antes. Y todos me veríais como una persona repugnante, así que ninguno se fijaría mucho en mí. Eso me daría una buena tapadera para esconderme a plena vista. Es cierto que he tenido que matar a unas cuantas personas para establecer un patrón, hacer que la historia fuera plausible y pasar el proceso de admisión de Kenji, pero mereció la pena. Porque tuve más suerte de la que imaginaba. —Levanta la palma abierta y me señala—: Te encontré a ti.

—No te voy a mentir, Stuart. Yo no tengo la misma sensación.

—Lo supongo. Pero da igual. —Señala con la cabeza la figura imponente que hay al otro lado de la habitación—. Contraté a Kozlov para hacerte un poco de daño. Supuse que eso te desestabilizaría, y de paso a la Agencia. Yo lo orquesté todo, incluso lo de dirigir las sospechas hacia Kenji. Deberías haber mirado por encima del hombro de Gaius mientras trabajaba. Abrió un chat para hablar conmigo inmediatamente. —Se nota un poco de desprecio en su voz—. No existe el modo dios. No hay forma de rastrear el origen de nada. Yo le dije que te contara ese rollo y que mencionara ese nombre de usuario. Tenía que sacarte de esta chorrada de la rehabilitación, subirte de nuevo al caballo, nunca mejor dicho, y esperar a que desmantelaras la Agencia. Porque aunque no sospecharas de ellos, te darías cuenta de que no te iban a dejar vivir de todas formas, así que eras tú o ellos. —Sacude la cabeza—. Creía que ibas a arrasar ese lugar. De verdad que estaba convencido de que, llegados a este punto, ya habría logrado desequilibrarte. Pero esa parte del plan no funcionó. Aun así, me apaño con esto.

Me acomodo en la silla mientras pienso si podría derribarlo, pero no, porque Kozlov está esperando entre bambalinas. Lo mejor que puedo hacer es dejar que siga hablando.

—¿Para conseguir exactamente qué?

Me mira y suspira. Está emocionadísimo por poder explicarle todo esto a alguien. Estoy seguro de que lo ha ensayado delante del espejo y todo.

—Vamos a utilizar todos los datos que he recopilado en Via Maris para iniciar la actividad de nuestra propia Agencia. Todo en una, centralizada, *online*, y con una ubicación de fácil acceso. Pero los líderes necesitan un equipo. Tú serás mi jefe de operaciones. Y Kozlov, nuestro hombre de campo. Es un buen punto de partida, ¿no te parece?

Oh.

—Crees que voy a unirme y trabajar para ti —comprendo por fin.

—Conmigo, Mark. Trabajar conmigo. Eres el mejor. —Hace una leve reverencia, un gesto que pretende ser de respeto, pero que, dadas las circunstancias, solo puedo interpretar como algo retorcido—. Quiero que me enseñes a hacer lo que haces. Quiero guiar el barco por aguas turbulentas. Ni siquiera tienes que volver a matar desde ahora. —Agita una mano para quitarle importancia—. Puedes seguir en... la fase en la que estás.

—Esto no es una fase.

—Mark, por favor —insiste, y su cara se retuerce como si le doliera. Entonces inspira hondo y grita—: ¡Si de verdad quisieras hacer una reparación, te entregarías a las autoridades! —Se calma, y su voz vuelve a la normalidad—. Me moría por decir eso desde la primera reunión a la que asistí. La verdad es que esto de la recuperación es raro. Lo sabes, ¿verdad?

—Ponerme delante de un juez no va a arreglar nada. Porque el problema soy yo.

Pone los ojos en blanco.

—Estoy harto de verbalizar sentimientos. Mira, he pedido comida china y he pensado que podemos sentarnos todos a comer y tratar temas de logística, pero parece que aún tienes que hacerte a la idea. Está bien. Pero primero tenemos que organizar un poco las cosas y hacer limpieza. —Levanta la voz—. ¿Viktor? Es toda tuya.

Kozlov sonríe, hace crujir los nudillos y avanza hacia nosotros.

Me planto delante de Astrid.

—Tendrás que pasar por encima de mí —advierto.

—No necesito que me salves —murmura Astrid.

—En este preciso momento me parece que sí —respondo.

—Ella te habría abierto en canal si se lo hubieran ordenado, Mark —dice Stuart, y se acerca a mí.

—Pero no lo hizo —contesto—. Fue tu hombre el que me hizo un buen tajo.

Stuart asiente.

—Vale, vale.

Y un instante después me lanza una patada tan rápida que ni siquiera la veo venir. Me da en un lado de la cabeza y me tira al suelo. Me rodea y se quita el jersey por la cabeza mientras yo hago todo lo que puedo por recuperarme del golpe. Se queda a pecho descubierto y, aunque no es corpulento, sus músculos parecen tallados en granito. Gira los brazos, haciendo un poco de espectáculo, y se frota el tríceps.

—No está mal, ¿eh? —dice—. Tengo más dinero de lo que puedas imaginar. Y mucho tiempo. Y gracias a eso me he podido dedicar a entrenar mi cuerpo y mi mente. He hecho más tipos de lucha de los que puedo enumerar. También pesas. Incluso diseñé una recreación de la Semana del Infierno para hacerla, y lo conseguí, en tiempo récord. Tú fuiste SEAL; seguro que te acuerdas de cómo fue.

Me pongo de pie y me lanza otra patada dirigida a la cabeza a tal velocidad que no me da tiempo a apartarme.

—Lo que pasa es que no soy como tú —asegura Stuart—. Yo no me miento a mí mismo.

Kozlov le rodea la garganta a Astrid con las manos y yo me olvido de Stuart durante un segundo y cargo contra el ruso. Me estrello contra ambos y los tiro al suelo. Estoy intentando desatar a Astrid de la silla cuando Stuart me agarra por detrás, tira y salgo volando. Impacto contra la ventana y reboto. Por suerte no se rompe, pero el golpe es tan fuerte que veo estrellas delante de los ojos.

Consigo ponerme en algo así como posición de combate y el corte del costado me pide atención a gritos. Siento un calor que se extiende por mi piel. Me habré abierto los puntos otra vez.

Stuart abre las manos con las palmas hacia arriba.

—Vamos, Mark. Has nacido para esta vida. Solo he tenido que someterte a un poco de presión y mira lo que ha pasado. Vale, no has matado a nadie, felicidades. Pero has hecho todo lo demás. Has vuelto a utilizar el poder de tu alias. Has usado el miedo como arma. Quieres ser las dos cosas: Caballo Pálido y Mark. Y solo puedes ser uno. Pero tío, creo que sabes cuál de ellos es.

De todos los golpes que he recibido en los últimos días (y algunos han sido bastante contundentes) este es el que más me duele, el que me hace olvidar mi rutina de respiración, la oración de serenidad y prácticamente todo lo demás que he conseguido.

Porque tiene razón.

No solo he recuperado mis antiguas costumbres.

He hecho todo lo que he podido por convencerme de que no lo estaba disfrutando.

Pero así era.

He adorado cada segundo en el que he vuelto a sentir esa energía divina de nuevo.

Mis dudas existenciales se disipan cuando me doy cuenta de que Kozlov va de nuevo a por Astrid, pero veo que ella ha conseguido zafarse de la silla. Le da una patada fuerte en la espinilla al ruso, que hace que él eche hacia atrás la cabeza y aúlle de dolor, y ella sale como puede del salón y se dirige al interior del extravagante apartamento. Kozlov va tras ella. Yo centro toda mi atención en Stuart y espero a que venga a por mí. Pero no lo hace. Solo se queda quieto y espera.

Muy inteligente.

Hacer que yo vaya a por él.

Pero no respondo como él espera. Doy vueltas a su alrededor, intentando calentar los músculos y que los mecanismos de mi cerebro se activen de nuevo.

Y, ya que estoy, alimentar dos pájaros con un mismo panecillo.

—¿Por qué te llevaste el cuaderno? —pregunto.

—Oh, eso —contesta—. Bueno, si quiero desmantelar la Agencia, necesito más información sobre ellos. Pero también me hacía falta saber más sobre ti. Tus puntos de presión, ¿sabes? No creía que fueras a aceptar mi oferta de empleo a la primera.

—O igual no la acepto nunca, pirado.

Hace una mueca. Esa palabra le ha dolido.

—Como decía, puntos de presión. —Saca el teléfono del bolsillo y sacude la mano en mi dirección—. Tengo dos hombres apostados delante de esa casa en Jericho. Están vigilando a Sara y a Bennett ahora mismo. Lo único que tienes que hacer es decir la palabra mágica y no quedará de ellos más que unas manchas pegajosas.

—¿Y si acepto el trabajo los dejarás vivir?

Se queda callado. No se esperaba una reacción tan tranquila por mi parte.

Pero empieza de nuevo con sus fanfarronadas.

—Sé que ese no es el mejor incentivo, pero oye, si funciona, por qué no utilizarlo —dice, y se encoge de hombros.

—Supongo que solo puedo hacer una cosa entonces —admito.

Stuart sonríe.

—¿Y cuál es?

—Decirte que cojas tu oferta y te la metas por el culo.

Frunce el ceño.

—Crees que no hablo en serio. —Se oye un ruido de algo que se rompe en el interior del apartamento, y eso lo distrae un momento. Pero después vuelve a mirarme y prosigue—: Está bien. —Marca un número y lo pone en manos libres. Cuando alguien lo coge, dice—:

Podéis actuar contra la mujer y el niño. Y dejad la línea abierta para que podamos oír lo que ocurre.

—¿Stuart? ¿Eres tú? —responde una voz.

Es Booker.

La cara de Stuart es un poema.

Ha llegado mi turno de hacer una pequeña reverencia.

—Supuse que quien fuera que se llevó mi cuaderno buscaba algo que yo hubiera hecho, pero también entendí que Sara podía estar en peligro, así que, por si acaso, envié a unos amigos para que se aseguraran de que los dos estaban bien.

—Stuart, siempre supe que eras un cabrón —dice Booker por el teléfono.

Stuart gruñe desde el fondo de la garganta y lanza el teléfono al otro lado de la habitación.

—Qué mierda, ¿eh? —digo—. Admito que me faltaban unas cuantas piezas, pero había deducido todo lo demás por mi cuenta. El único error que he cometido ha sido pensar que me enfrentaba a alguien que estaba en el ajo de verdad. A Rusia. China tal vez. Pero nunca creí que sería solo un chiquillo con delirios de grandeza.

Stuart intenta responder, pero se le atragantan las palabas y su cara se contorsiona por la furia.

En esa llaga era donde yo quería meter el dedo. Sigo rebuscando.

—¿Sabes lo que creo, Stu? Que todo lo que dices es mentira. Me sueltas ese discurso absurdo sobre cambiar el mundo desde tu carísimo apartamento del que no puedes evitar alardear. Y cuando te digo que no, me muestras unos músculos que has conseguido gracias a tu dinero. No pretendes cambiar nada. Eres igual que todos esos cabrones que hay por ahí. Quieres ser rico y tener poder. Has conseguido algo de dinero y con él te has comprado el acceso a esta historia. Pero no eres más que un turista. Creo que lo que te pasa es que te gustaría ser yo. Quieres el tipo de poder que yo tenía. Pero como nunca lo conseguirás, la segunda mejor opción es comprarme, igual que has hecho con todo lo demás.

La cara de Stuart pasa del enfado a la ira y después a la pura furia, y se lanza a por mí.

Que es justo lo que yo pretendía.

Quería que él lo viera todo rojo.

Rojo significa estupidez.

Me ataca con una patada giratoria. El impacto es fuerte, pero ya tengo preparado el bloqueo y lo absorbe el antebrazo. Le doy un golpe cruzado y él resbala. Intento darle una patada en la pierna de apoyo, pero salta para esquivarme. La verdad es que no se le da mal esto, pero, como he dicho, lo ha conseguido con dinero y ha entrenado en una esterilla, en un gimnasio. Yo me lo he ganado sobre el asfalto,

donde la persona con la que estás peleando intenta matarte.

Eso marca una gran diferencia.

Vuelve a intentarlo con una patada frontal y me aparto, lo agarro del tobillo y se lo levanto, lo que me sirve para hacer palanca y tirarlo al suelo. Podría matarlo de seis formas diferentes desde esta posición. Pero no lo hago. Lo dejo ponerse en pie y venir a por mí otra vez; esquivo y bloqueo, esperando a que se canse. Después bailoteo un poco para crear algo de distancia y, cuando carga, me aparto hacia un lado y uso su propio peso para estrellar su cuerpo, con la cabeza por delante, contra esas bonitas y caras ventanas. Cae desmadejado, pero se pone en pie enseguida y empieza a darme patadas sin parar, gritando como un animal. Hago todo lo que puedo para ir bloqueándolo mientras busco un punto vulnerable y, cuando lo encuentro, le doy un golpe tan fuerte en el vientre que estoy seguro de que le he dejado la marca de los nudillos en el hígado.

Se dobla por la mitad y, antes de que llegue al suelo, yo ya he salido corriendo por la puerta en busca de Astrid y Kozlov.

Nunca hay que permitir que un oponente quede a tu espalda, pero no puedo abandonar a Astrid. Sigo los ruidos de lucha por una serie de pasillos, cruzo una biblioteca vacía y los encuentro en una cocina de mármol blanco enorme con una iluminación tenue. Astrid está tumbada en la isla que hay en el centro de la estancia y tiene a Kozlov a horcajadas sobre ella y apretándole la garganta con las manos.

—Sigo enfadado contigo, por cierto —le digo a él.

Uso el impulso de la carrera para dar un salto con la rodilla por delante y me estrello contra él. Yo aterrizo sobre Astrid, él sale volando hasta el otro lado de la habitación y golpea un armario. Se queda aturdido un momento y Astrid se incorpora para intentar introducir algo de aire en sus pulmones.

Visto lo que pasó en nuestro último encuentro, no le voy a dar a Kozlov tiempo ni para respirar. Salto de la isla y voy a por él rápido, le doy un rodillazo en la cabeza y rompe con ella el armario que tiene detrás. Se le ponen los ojos en blanco un segundo y estoy a punto de darle otro cuando me responde con un golpe en un lado de la rodilla y caigo al suelo.

Mañana me va a doler eso, pero por ahora funciona la adrenalina.

Se coloca encima de mí, pero al hacerlo consigo ponerle el pie en el esternón. Levanto la cadera y empujo con fuerza y sale despedido detrás de mí. Choca contra la nevera y deja una abolladura en el acero inoxidable. Para cuando me pongo de pie, veo que él ya me está esperando.

Se le ve un reguero de sangre en la cabeza, bajo el pelo. Intenta limpiárselo con el dorso de la mano, pero eso solo sirve para que se manche toda la frente.

—No te contengas, por favor —pide.

A partir de ahí todo se convierte en un baile. Los dos lanzamos golpes y bloqueamos en una oleada de violencia frenética y enérgica. Esto refuerza lo que aprendí la primera vez que nos vimos: somos rivales bastante parecidos y es solo cuestión de ver quién encuentra primero el punto débil.

Y soy yo.

Él baja la guardia justo lo suficiente para que pueda darle un golpe fuerte con la palma abierta en la oreja.

Lo bastante contundente para reventarle el tímpano.

Chilla, se tambalea, cae de rodillas, pero antes de que yo pueda aprovechar la ventaja, algo me golpea, me tira contra la isla y ruedo por encima de ella.

—¡Es mío! —grita Astrid.

Intento ponerme en pie, pero me fallan las rodillas.

—¿Lo dices en serio?

Levanta un pie bien alto, preparada para reventarle la cara con él, pero el ruso le lanza un puñetazo fuerte a la entrepierna y ella se dobla por el dolor. Se oye un ruido de algo que se rompe en alguna parte del interior del apartamento. Me giro para ver si se trata de Stuart, pero no lo veo.

Entonces oigo un ruido seco y repentino y Astrid se tambalea.

Kozlov tiene un arma pequeña junto al pecho.

Espero que ella tenga chaleco. Pero se lleva una mano al costado y, cuando la aparta, está llena de sangre. Kozlov está apuntando para dispararle de nuevo cuando grito:

—¡No!

Y él se vuelve hacia mí y una bala se me hunde en el hombro izquierdo.

Al principio es como un puñetazo; la adrenalina sigue haciendo su magia. Pero, aunque no sé dónde ha impactado, entiendo enseguida que es en algún sitio importante porque no puedo mover el brazo. El dolor viene galopando hacia mí y caigo sobre una rodilla. Kozlov se levanta y se acerca.

Astrid se está retorciendo en el suelo, pero él ha perdido todo el interés en ella. Me quiere a mí. Lo que sea que pasó entre ellos fue personal, pero no lo bastante para distraerlo del objetivo de acabar con Caballo Pálido.

—Sabía que al final no iba a funcionar, que iba a ser tú o yo. Pero te agradezco la oportunidad.

Me apunta a la cara con el arma.

Ha llegado el momento, supongo.

Si entras en esta vida, no esperas salir de ella como si nada. Cuando empecé con el programa, pensé que tal vez había encontrado

una salida. Y todavía hay una parte de mi cerebro que dice: «Puedes hacerlo. Puedes plantar cara y sobrevivir.

»Solo tienes que ceder ante eso que te has estado negando.

»Ser lo que tienes que ser».

Pero no quiero serlo.

No tengo que serlo.

—Va a ser un privilegio quitarte la vida —asegura Kozlov.

Se tensa, listo para disparar.

Y en ese momento la punta de una espada larga asoma en medio de su pecho.

Suelta el arma y se le ponen los ojos en blanco. Está muerto antes de caer al suelo.

Kenji está de pie donde un momento antes estaba Kozlov, con la cara llena de sangre. Toda su concentración está centrada en mantenerse en posición vertical y sé, sin que tenga que decirlo, que Kozlov no es la primera persona a la que ha matado hoy para llegar hasta aquí.

Mi corazón se hace añicos, cae al suelo de azulejos y sus frágiles esquirlas de cristal nos envuelven a ambos.

Cuando me ve, me dedica esa media sonrisa que parece su respuesta para alguien que acaba de contar un chiste que no es del todo gracioso. Abre la boca para decir algo, pero se oye otra detonación. Se lleva las manos al pecho y cae de rodillas y en mis brazos.

La sangre me empapa las piernas, caliente y pegajosa.

Muchísima sangre.

Kenji tose y escupe, con la mirada perdida, hasta que encuentra mis ojos. Extiende la mano para cogerme la mía, me la aprieta con fuerza y dice:

—No... pasa... nada.

Entonces se queda sin fuerzas.

Y muere.

Noto otra mano en el hombro.

—¿Ves? En el fondo, Kenji lo entendía.

Stuart.

Su voz es suave y cariñosa, como si estuviera consolando a un niño asustado.

—Es lo único que hay —continúa—. Esa fina línea entre la vida y la muerte. Y solo las personas como nosotros podemos comprenderlo. Vamos, entiendo que las cosas no han salido a pedir de boca, pero dejémoslo todo atrás y trabajemos juntos.

Esa negrura tóxica que tengo dentro hierve y empieza a salir a la superficie.

Estoy cansado otra vez.

Pero es otro tipo de cansancio.

Estoy muy cansado de luchar todas las noches con esto que tengo en mi interior para controlarlo, solo para que vuelva a asomar la cabeza cada mañana. Del esfuerzo que supone ser diferente, cuando ser lo mismo es solo una cuestión de...

Números.

—Ahora eres libre —insiste Stuart.

Le agarro la mano que tiene en mi hombro y tiro con todo mi cuerpo hacia delante, haciendo que Stuart cruce el aire y aterrice en el suelo boca arriba, para inmediatamente saltar encima de él.

—Me querías a mí, pues aquí estoy —dice Caballo Pálido.

Y le doy un puñetazo en la cara tan fuerte que me rompo un dedo.

Pero lo golpeo de nuevo.

Y otra vez.

Hay una voz en el fondo de mi cabeza que intenta decirme algo.

Pero la ignoro.

La adrenalina vuelve a recorrerme las venas como oro líquido. Eso es lo que me he estado negando. Lo que he fingido que no necesitaba. Alargo el momento para permitirme saborear cada golpe de mi brazo sano y sigo golpeándole hasta que tengo el puño húmedo y destrozado, hasta que toda la rabia bulle y acaba derramándose en el suelo y la parte más salvaje de mí llena cada metro cuadrado de este apartamento gigante.

Entonces huelo el humo, noto el sabor metálico y el edificio se estremece porque soy un dios.

La voz persiste, pero no distingo lo que dice, no es lo bastante fuerte. Disfruto haciendo esto. Mucho. No me va a devolver a Kenji, pero seguro que me va a hacer sentir mejor.

Me doy cuenta de que seguramente ya es más de medianoche.

Ha pasado un año desde que maté a Lucas.

Y es una forma increíble de celebrarlo.

Cuando estoy a punto de darle otro golpe en la mandíbula, con la clara intención de partírsela en dos, se revuelve y mi puño se estrella en la parte blanda de su garganta.

Y noto que cede.

Porque la tráquea tiene la misma resistencia a la tracción que una lata de refresco. Hay que tener mucho cuidado al golpearla; si lo haces bien, la persona no podrá respirar, y si no respira, no puede seguir peleando. Pero si lo haces con demasiada fuerza, no podrá volver a introducir aire en sus pulmones y se asfixiará.

Eso es lo que le está pasando a Stuart.

Acerca las manos a la masa ensangrentada que es lo que queda de su cara, boqueando, tragando sangre, escupiéndola, y se va

enrojeciendo por el esfuerzo. Verlo me saca inmediatamente de mi ataque de ira el tiempo suficiente para que llegue a escuchar la voz.

Sara.

«No resbalar.»

El truco para no caerse.

Tan sencillo que es casi ridículo. No lo oí cuando lo necesitaba, pero lo oigo ahora. Alto y claro.

«No resbalar.»

Tan sencillo como eso.

Me quito de encima de Stuart y veo que Astrid se arrastra hacia mí con un cuchillo de cocina en la mano, dejando un rastro de sangre en el suelo tras ella.

—Tenemos que ayudarlo —digo.

—Deja que muera —contesta ella.

No veo un teléfono cerca. No hay forma de que una ambulancia llegue a tiempo. Necesito salvarlo. Tengo que evitar que mi puño se cierre alrededor de la grulla de papel que he estado sosteniendo con tanto cuidado en mi corazón. He ido demasiado lejos. Tal vez Stuart merezca morir. No, sí que lo merece, seguro. Pero no es algo que yo deba decidir.

Yo no soy la muerte.

Podemos hacerle una traqueotomía. Saco el rotulador del bolsillo y le arranco el extremo con los dientes.

—Astrid, por favor —suplico—. Yo no sé cómo hacerlo.

Ella se pone boca arriba, mirando al techo. Le cuesta respirar.

—No.

—Pero si muere...

—Si muere, ¿qué? —dice con furia.

—No sé, no sé. —Intento encontrar las palabras adecuadas. Algo perfecto que exprese el sentimiento imposible que hay en mi interior. Está ahí, en la punta de mis dedos y necesito que ella lo vea, que ella me vea a mí...

—El mundo será un lugar mejor sin él —añade.

—Pero si muere será peor. Mira lo que nos ha traído esta forma de vivir. Esto no es vida, Astrid.

Suelta una carcajada, larga y profunda, con los ojos cerrados.

—¿Crees que podemos cambiar? Qué adorable me parece eso.

—Podemos —afirmo—. De verdad que podemos, ¿vale? —Y entonces encuentro las palabras perfectas—: El ayer importa, pero el hoy importa más.

Ella se da la vuelta y se me queda mirando fijamente. Creo que lo he conseguido. Que ahora lo ve: esa luz que parpadea en el centro de mi ser y que ha estado atenuada toda mi vida, pero que por fin se ha liberado. Ese sentimiento de que el mundo que antes era tan pequeño

ahora es más grande.

Pone los ojos en blanco y consigue incorporarse y colocarse a cuatro patas. Se acerca a Stuart y me tiende la mano. Le doy el rotulador. Ella lo mira un segundo, estudiándolo, como si nunca hubiera visto uno antes.

Entonces lo tira y le clava el cuchillo a Stuart en el ojo.

Él deja de asfixiarse.

Su cuerpo se queda inerte.

Astrid se deja caer al suelo otra vez.

—Tienes razón. El hoy importa más.

Me tumbo a su lado y cierro los ojos. La adrenalina me está abandonando, el dolor llega a toda velocidad y entra, haciendo estremecer mis cimientos. Dejo que me clave los colmillos y eso ahoga todas las demás cosas que siento en este terrible y desgarrador momento.

14

«Todos estamos caminando juntos a casa.»

RAM DASS

Jericho, Nueva York Un año después

Respirar. Inspirar cuatro segundos, contener otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro.

Observo a través de la mira la ventana de delante de la casa. El salón está vacío. Me vibra el teléfono en el bolsillo. No debería mirarlo. No quiero estar aquí más tiempo del necesario. Podría verme alguien.

Pero la mayoría de las entradas de las casas de esta manzana están vacías. La gente se ha ido a trabajar, o de viaje por las fiestas, o ha salido a comprar regalos de última hora. Así que me arriesgo. Es un mensaje de Booker.

BOOKER: ¿Has acabado ya?

YO: Casi.

BOOKER: Te quedas sin tiempo.

YO: Tengo tres horas.

BOOKER: Google dice que cierran a las 4.

YO: He llamado. Tienen horario especial por las fiestas. Están abiertos hasta las 6.

BOOKER: Google no dice eso.

YO: Google no lo sabe todo. Llamé para asegurarme.

BOOKER: No se te ocurra joderme con esto, Mark.

YO: Cálmate, tío duro. Lo tengo controlado.

BOOKER: Pregunta por Maritza.

YO: Más te vale que merezca la pena. No me pilla de camino. Y a mí me gusta ese local que hay en Bleecker.

BOOKER: ¿Te acuerdas de la última vez que pusiste la mano en el fuego por alguien? No puedo fiarme de tu opinión.

YO: No vas a dejar nunca de recordármelo.

BOOKER: En serio, tío. Llevo mucho tiempo pensando que estoy majara porque veo fantasmas por todas partes. Pero en este caso tenía claro que mi instinto no se equivocaba. Significa que mi radar todavía funciona.

BOOKER: Y no, jamás voy a dejar de recordártelo.

Vuelvo a utilizar la mira. Me la cambio al brazo derecho para que descanse un poco el izquierdo. La bala de Kozlov no me impactó en el hueso ni en ninguno de los vasos sanguíneos principales del hombro, pero sí me destrozó parte del deltoides. Tras seis meses de rehabilitación he conseguido algo de fuerza y de rango de movimiento, pero nunca va a recuperarse por completo.

Podría haber sido peor.

He pasado mucho tiempo pensando en lo que hizo Kenji al sacrificar su rehabilitación y también su vida. En la versión cinematográfica, yo podría resumirlo con alguna cursilada del código de los asesinos del estilo de: «El que vive con la espada, muere por la espada». Pero la verdad es que creo que Kenji me quería a mí tanto como yo a él.

Por eso he hecho un compromiso de servicio: organizar y dirigir las reuniones semanales, estar atento al foro de las Grullas de Papel y aceptar apadrinados. Es la mejor forma que tengo de honrar su memoria.

Todavía sigo esperando para poner en práctica esa última parte. Creo que estoy listo. Otra cosa en la que él tenía razón: ser padrino no trata de salvar a otra persona, sino de reforzar tu propia rehabilitación y de salvarte a ti en el proceso.

Una vida y además otra.

Aunque no tenemos ningún nuevo miembro, he estado practicando con las grullas de papel que contienen en su interior la contraseña del nuevo foro de Amber Road, el portal que sustituyó a Via Maris. Me gusta mantener viva esa parte de la tradición.

Siempre he tenido curiosidad por el origen de las grullas, pero nunca se lo pregunté. Ahora me siento idiota por no haberlo hecho. Es una de esas cosas que crees que surgirá en algún momento y al final ese «en algún momento» se convierte en «demasiado tarde».

La historia que he decidido contarme es que Kenji quería utilizar sus manos, esas manos que infligieron tanto daño y provocaron tanta muerte, para crear algo delicado y hermoso.

Por fin veo movimiento al otro lado de la lente de la mira.

Sara entra en el salón con Bennett dando pasitos vacilantes tras ella. Tardo un segundo en darme cuenta de que he dejado de respirar. Tiene el pelo del mismo color que yo. Se va a donde tiene una cocinita de juguete y se pone a golpear unos cachivaches de plástico con otros, haciendo como que cocina. Sara se sienta en el sofá, evidentemente exhausta, pero contenta. Las luces del árbol de Navidad parpadean detrás de ellos.

Es la primera vez que veo a Bennett y me cuesta mantener la mira fija.

Mi hijo.

La próxima vez que Sara salga, encontrará en el porche una caja envuelta en un brillante papel de regalo rojo y un gran lazo verde encima que he dejado donde no se puede ver desde la acera, no vaya a ser que alguien tenga la tentación de llevárselo. Dentro hay medio millón de dólares y una nota impresa en la que le explico cómo gastarlos para evitar llamar la atención de Hacienda.

En la bolsa que tengo a los pies hay otra nota, esta manuscrita, en la que explico quién soy, qué pasó y todo lo demás. Hay también un regalo envuelto para Bennett: un paquete de estrellas que brillan en la oscuridad para el techo de su dormitorio.

Durante todo el trayecto hasta aquí casi he conseguido convencerme de que existía una realidad en la que llamar a su puerta sería adecuado. Pero cuando doblé la esquina de su calle, fui consciente de lo egoísta que sería eso por mi parte.

Puede que adivine que el dinero es de mi parte, pero espero que no.

Y si lo deduce, rezo para que se lo quede.

Esto no es una forma de pagar una deuda.

Me gusta pensar que en algún momento podré hacer las reparaciones en persona, pero por ahora tengo que conformarme con la reparación vital, que significa seguir con el programa, hacer todo lo que pueda para que el mundo sea un lugar mejor y mantenerme alerta para asegurarme de que nada de mi pasado les afecte a ellos.

Si Bennett puede ser feliz y saber lo que significa que te amen, eso es suficiente.

Incluso más que suficiente.

Guardo la mira en la bolsa y vuelvo a la acera para dirigirme a la estación que me llevará hasta el Lower East Side y la pequeña pastelería que ofrece la promesa de pasar una Nochebuena tranquila rodeado de amigos.

Cuando empiezo a caminar, me siento más ligero. No sé por qué. No creo que sea por el dinero. Tal vez sea la libertad de saber que me pueden disparar en la nuca en cualquier momento, que las luces se apagarán sin más, como en *Los Soprano*, y eso solo significará que ya no importa nada y a la vez que importa todo.

Cuando cruzo la puerta de la pastelería, una mujer hispana joven con el pelo castaño y rizado y un aro brillante en la nariz me mira desde el mostrador.

—¿Maritza? —pregunto.

—Tú debes de ser Mark —dice ella, y me acerca una caja de cartón blanco por encima del mostrador—. Me ha llamado Booker para decirme que venías.

Me toco el bolsillo para asegurarme de que tengo el Lactaid.

—Sí, él estaba liado. Si se ha puesto un poco intenso, perdona.

Maritza me mira, confusa.

—¿Intenso? Booker viene mucho por aquí. Y siempre es... adorable.

Consigo contener una risa y saco la cartera. *Fairytale of New York* de los Pogues empieza a oírse por los altavoces del local. Señalo al techo.

—Esta es la mejor canción navideña.

—Estoy de acuerdo —contesta ella antes de poner un vaso de café pequeño junto a la caja.

—No te he pedido eso —digo.

Señala con la cabeza algo que tengo detrás, en la zona de mesas que hay en el otro extremo de la tienda.

—Lo ha pedido ella.

Me doy la vuelta y encuentro a Astrid sentada en un rincón, acurrucada dentro de un voluminoso plumas negro, con un vaso de cartón en la mesa que tiene delante. No sé qué me resulta más inquietante: que ella esté aquí, esperándome, o que no la haya visto al entrar. Me saluda con la mano y yo le respondo con el mismo gesto, aunque me parece un saludo ridículo dado lo enrarecido que está el ambiente entre los dos.

Meto un billete de cien en la jarra de las propinas, le deseo feliz Navidad a Maritza, cojo el café y los *cupcakes* y voy hasta donde está Astrid como si estuviera cruzando un campo de minas. Me paro delante de su mesa. Ella se lleva el vaso a los labios, le da un largo sorbo y la vuelve a dejar, todo sin apartar sus ojos de los míos.

—Hola —saluda.

—¿Cómo me has encontrado?

—¿Te sientas conmigo? —Como no lo hago, le da otro sorbo al café—. No soy Caballo Pálido, pero a mí también se me da bastante bien mi trabajo. No he venido para causarte problemas.

Saco una silla, me siento frente a ella y le quito la tapa al café para que se vaya enfriando.

—Si tuvieras intención de matarme, no esperaría que lo hicieras aquí. Maritza te ha visto la cara, la tienda tiene cámaras y hay una de vigilancia al otro lado de la calle. Demasiadas variables.

—Solo quería hablar.

—Bien, pues habla.

Un abismo de silencio se abre entre ambos y cuesta saber de qué tipo es por la reverberación que produce. Hay demasiadas emociones enmarañadas dentro de mi pecho y no tengo esperanza de poder desentrañarlas.

Astrid tiene los ojos hundidos y el cuerpo encorvado. Parece que no ha dormido desde la última vez que la vi.

—¿Sigues viviendo en la ciudad? —pregunta.

—Tengo una cabañita en las montañas. Lejos de radar. Vengo para las reuniones, pero, aparte de eso, creo que por aquí hay demasiada gente que quiere matarme. Y allí se está bastante bien, si no fuera por los ratones.

—P. Kitty estará en la gloria —comenta.

—Qué va, él no tiene ni el más mínimo instinto depredador. Los ratones se han hecho con el control del lugar.

—¿Y por qué no los matas?

—No trabajo gratis.

Asiente.

—Hablando de eso, feliz aniversario.

—¿Aniversario?

—¿No dijiste el año pasado que ya había pasado un año? Pues ya habrás cumplido dos.

—Ah, eso. —Me río, primero bajito y luego la risa se convierte en carcajada. Ella hace una mueca, confundida—. La verdad es que he vuelto al año. Después de todo lo que pasó, empecé de cero. Volví a contar los días. Regresé a la casilla de salida.

—¿Fue por lo que hice?

Me encojo de hombros.

—Necesitaba hacerlo así. Decidí que estar en el programa no era tan sencillo como matar o no. En cuanto las cosas se pusieron feas, volví enseguida a lo que era antes. Me aproveché de mi reputación y utilicé el miedo para conseguir lo que quería. Caí de nuevo en la trampa. —Hago girar el vaso sobre el pesado tablero de madera de la mesa, esperando que las palabras que llevo todo el último año intentando encontrar aparezcan de repente escritas en su superficie—. Pero resulta que solo había una persona a la que necesitaba matar.

—A Caballo Pálido —concluye.

Asiento con la cabeza.

Astrid mira a un rincón. Coge su vaso, pero no bebe.

—¿Qué era lo que más te fastidiaba? —pregunto.

—¿Qué?

—Cuando estábamos en la furgoneta. Antes de que Kozlov chocara con nosotros. Dijiste eso.

Asiente y deja el vaso otra vez.

—Lo de ir contigo no fue por lo de Kozlov. Quería entenderte. Sinceramente, estaba celosa. Eras el imprescindible. Y yo solo el segundo plato. Y me fastidió cuando me contaste que lo habías dejado. Me parecía que estabas malgastando tu potencial. —Se queda callada un momento—. Como si no solo fueras físicamente mejor que yo, sino también moralmente.

—Yo era bueno, Astrid, pero tú también lo eres. Por cierto, ¿qué

tal van las cosas en la oficina?

—Está todo patas arriba. Ese tipo, el tal Stuart, le dio una patada al avispero y enfadó a todas las avispas. Hubo muchas cosas que limpiar. Ahora tienen un nuevo chico de oro. Le dan a él la mayor parte del trabajo, así que vuelvo a estar en la segunda línea. Lo llaman Víbora.

—Si estuviera Ravi, se llamaría Leviatán, Nefilim, o algo así.

Por primera vez desde que me he sentado con ella, veo a Astrid sonreír.

—Cómo le gustaban las referencias bíblicas.

—Me pregunto si sería religioso. —Le doy un largo trago al café. Todavía está demasiado caliente, pero necesito hacer algo para llenar los huecos entre todas las aristas de ese extraño espacio—. No lo conocía lo bastante para saber si lo era o no, la verdad.

—Tenías razón, por cierto.

—¿En qué?

—En lo de beber el veneno. —Estira el cuello para mirar detrás de mí, pero Maritza está limpiando los mostradores y preparándose para cerrar, lo bastante lejos como para que pueda oírnos—. Durante años solo pensaba en matar a Kozlov. Y de repente estaba muerto y no me sentía mejor.

—Suele pasar.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¿Por qué?

—Por estropear tu rehabilitación.

Una vez más las palabras adecuadas no aparecen, aunque me he imaginado esta conversación muchas veces, a pesar de que no esperaba llegar a tenerla. Tamborileo con los dedos en la mesa, esperando que se me ocurra algo y, cuando no surge nada, simplemente le digo la verdad.

—Lo estuve un tiempo después de aquello. Te culpaba y pensaba que el hecho de que lo hubieras matado tú era igual que si lo hubiera hecho yo. Pero al final me di cuenta de que con quien estaba enfadado era conmigo. Arreglar mis cosas es solo tarea mía.

—El ayer importa —dice—. Pero el mañana importa más.

—El sesenta por ciento de la rehabilitación se basa en los buenos eslóganes.

—Me costó interiorizarlo, pero lo hice.

—A veces hace falta un poco de tiempo para que cale. Créeme, lo sé.

—Quiero dejarlo.

Pronuncia las palabras a trompicones, como si el río tumultuoso de su interior hubiera estado contenido por una presa. Cuando lo suelta y las palabras se quedan en el aire, flotando entre los dos,

contiene la respiración. Ya ha dicho lo más difícil, lo que llevaba un tiempo queriendo decir. Y veo los trozos de Astrid que se van desgajando posteriormente, en medio del torbellino coronado de espuma blanca.

—Oye —la miro a los ojos y tiro un salvavidas hacia las aguas turbulentas de ese río. Y sé hacia dónde lanzarlo, porque yo he estado en el mismo lugar—, ¿os enseñan la rutina de respiración táctica en las Fuerzas Especiales?

Niega con la cabeza, rápido y con fuerza.

—Pues en los SEAL sí. Calma el sistema nervioso central. Inspiras cuatro segundos, contienes la respiración otros cuatro, exhalas otro cuatro y mantienes los pulmones vacíos los últimos cuatro. —Me coloco una mano en el pecho—. Hazlo conmigo, ¿vale?

Asiente con la cabeza con la misma energía que antes y los dos juntos inspiramos, contenemos, exhalamos y mantenemos.

Lo hacemos una vez, dos, tres.

Astrid cierra los ojos y después vuelve a mirarme con las aguas más calmadas.

—Gracias —dice.

—De nada.

—No creo que todo eso del programa sea para mí.

—Tal vez no —reconozco—. Pero puedes probar.

—Todo eso de dios...

—No te preocupes, eso ya lo abordaremos.

—Perdonadme —dice Maritza desde el otro extremo de la tienda—. No quiero meteros prisa, pero tengo que cerrar.

—No, no pasa nada. —Tiro el café casi vacío a la papelera que tengo al lado—. Es Nochebuena. A todos nos esperan en alguna parte.

Astrid y yo recogemos nuestras cosas y salimos. Maritza cierra la puerta con llave. Hay unos copos de nieve girando en el aire y se posan sobre nuestros hombros. La calle está casi vacía y la ciudad se está tomando ese profundo y tranquilo respiro que solo ocurre una vez al año, en Navidad, cuando todo el mundo se va fuera o se queda en casa, buscando un poco de luz en medio de la oscuridad.

—¿Tienes planes para esta noche? —pregunto.

—No —confiesa.

—Yo me voy a reunir con Booker y Valencia. Y mi antigua vecina, la señora Nguyen. Ella también estuvo en el ajo. Es estupenda, aunque se pone un poco sobona cuando bebe.

—¿Forma parte de la rehabilitación?

—Sí y no. Es en parte fiesta de Navidad y también de bienvenida para el bebé de Valencia.

Astrid sonríe.

—¿Está embarazada?

—A punto de dar a luz. Y no te sorprenderá saber que eso no ha mejorado su carácter. Pero va a ser una buena madre. Está emocionadísima.

—No tengo nada que regalarle.

—Booker y yo hemos comprado unas cuantas cosas estupendas. Pondremos tu nombre en la tarjeta también.

Duda.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—No. —Le tiendo la mano que tengo libre—. Pero podría serlo.

Suelta una risita que me resulta agradable y conocida, como si hubiéramos vuelto a la época en la que estábamos huyendo, cuando creía que podría haber algo entre nosotros.

—No voy a ir de la mano contigo, Mark.

—Vale —acepto, y me guardo la mano en el bolsillo—. Pero anímate, lo peor que te puede pasar es que acabes comiéndote un par de *cupcakes* —digo, enseñándole la caja.

—¿De qué son?

—*Red velvet*. Los mejores de la ciudad, según Booker.

Contempla la calle vacía, las luces brillantes, los adornos, los copos de nieve que caen en espiral y la enormidad de lo que implica tomar la decisión de querer cambiar.

Tanto la imposibilidad como su pura simplicidad.

—Vale, tú dirás —acepta.

Me dirijo al metro y primero ella camina detrás de mí, pero enseguida se coloca a mi lado. Empieza a nevar más fuerte y la nieve va cubriendo la calle y los árboles podados y sin hojas que hay al borde de la acera y que parece que intentan alcanzar las farolas. Y aunque todo esto sea una artimaña, aunque su intención real sea matarme, resulta difícil no disfrutar de este momento.

Agradecimientos

GRACIAS a Todd Robinson, Jordan Harper, Shawn Cosby, Eryk Pruitt, Alex Segura, Mia Gentile y Chantelle Aimée Osman por leer estas páginas y darme su opinión, o por dejarme divagar y lanzarles ideas. Quiero dedicarles un agradecimiento especial a Pruitt, su esposa, Lana, y el escandaloso grupo de habituales del Yonder Bar, en Carolina del Norte, donde puse a prueba el primer capítulo en una lectura en vivo y recibí el ánimo que necesitaba para seguir escribiendo.

Gracias a mis amigos que forman parte de programas de rehabilitación que compartieron conmigo sus viajes y su sabiduría. Los nombraría aquí, pero prefiero no hacerlo por razones obvias, aunque admiro vuestra fuerza y os lo agradezco profundamente.

Si estás leyendo esto y te gustaría saber más sobre Alcohólicos Anónimos, visita: www.alcoholicos-anonimos.org.

Gracias a mi agente, Josh Getzler, a su ayudante, Jon Cobb, y a todo el equipo de HG Literary por partirse el lomo trabajando en todo el proceso de desarrollo y venta de este libro.

Gracias a mis editores, Mark Tavani y Daphne Durham, por sus esfuerzos incansables para darle vida a este libro. Y a todo el equipo de Putnam, sobre todo a la ayudante de Mark, Aranya Jain, por sus enormes esfuerzos para que esto pasara de ser un documento de Word a lo que los lectores tienen ahora en las manos. No ha sido fácil.

Gracias a Amblin Entertainment, y a Lauren Abrahams en particular, por ver el potencial de este libro, y a mi agente para cine y televisión, Lucy Stille, que me ha demostrado una vez más que es una de las mejores en lo suyo.

Y, por último, gracias a mi hija, Abigail, por inspirarme para ser mejor escritor y mejor persona.

Título original: *Assassins Anonymous*
Edición diggital: 2024
ASSASSINS ANONYMOUS © 2024 by Rob Hart
© de la traducción: M.ª del Puerto Barruetabeña Diez, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com
ISBN: 9788410138636